

Caras y Caretas

UNOS VIENEN Y OTROS VAN

— Oro ¿ te vas ?
— ¡ Cómo no !
— Seré a tu recuerdo fiel.
— Papel cuando no esté yo,
vas a hacer un mal papel.


DESEAR ES VIVIR
La sabia mano invisible que eslabona los destinos del hombre, está poniendo constantemente ante sus ojos las pompas alucinadoras del deseo. Brilla una y corremos desalados tras ella. Cuando la alcanzamos, estalla y se convierte en nada. Pero entonces surge otra y luego otra, y nosotros seguimos persiguiéndolas incansablemente.
Pero ¡cuántos sufrimientos nos asaltan en ese correr perpétuo tras las frágiles pompas! Fatiga, depresión nerviosa, malestar general y dolor de cabeza, son las consecuencias más comunes de nuestras diarias luchas. ¡Qué bendición tan grande es, en tales casos, una dosis de
CAFIASPIRINA!
No sólo se obtiene alivio inmediato, sino que el organismo experimenta una saludable sensación de fuerza y bienestar. Su eficacia es idéntica tratándose de dolores de muelas y oído; neuralgias; excesos alcohólicos; resfriados, etc.
Nunca afecta el corazón.
En tubos de veinte tabletas y Sobres Rojos Bayer de dos tabletas cada uno.
BAYER
BAYER

CELEBRANDO LA "SUBA"



POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Los vascos amigos de don Prudencio Amarrete, han querido festejar con una cena el regreso de éste a San Sebastián, después de su largo viaje por Italia. Ya en otras ocasiones he hablado de estos amigos de Amarrete, y míos, así como de sus diversos negocios en la Argentina, donde han vivido largos años.

Don Prudencio ha venido a mi escritorio a repasar como de costumbre los diarios de Buenos Aires, y a invitarme a la cena.

— Vengo, amigo don Pancho, a llevármelo a cenar con la vascada. No me haga quedar mal, porque yo he prometido a la riunión que usted será de la partida.

— Con el mayor gusto.

— Los amigos, estos hijos del páis con gorra de vasco, están lo más contentos porque todo marcha bien por allá, y se han empeñado en celebrar al mismo tiempo mi vuelta a estos pagos y la suba de la hacienda en aquellos otros. Esta mesturación de motivos, de afectos y de intereses, me parece natural, porque dueblan la alegría. Cuando los amigos andan platudos, el afecto adquiere más calor. Cuando andan águilas, en cambio, la amistad se empaca un poco, temiendo el pechazo. La platita, amigo don Pancho, vuelve a la gente lo más cordial.

— También los pobres son cordiales.

— Cierto, compañero; son cordiales entre sí, y los ricos, entre sí, también son cordiales; pero los pobres y los ricos, frente a frente, la cosa cambia mucho, y todos andan medio torcidos y con la jeta fruncida. Es natural. La falta de plata engendra pensamientos tenebrosos. Cuando yo era pobre como las ratas, la misiadura me tráia fulo. Lo que empecé a prosperar, ya me pareció que el mundo estaba mejor organizado. Así es la vida; no hay que hacerle...

— Muy bien, amigo Amarrete. Con razón allá, en la Argentina, le tienen a usted por un filósofo.

— Me toman un poco pa la butifarra; pero, en el fondo, los locos me admiran, porque yo no hago macanas con la plata. La plata, compañero, es cosa seria; cuesta mucho juntarla...

— Pero usted también sabe hacerla sonar cuando llega el caso. Pepita...

— No crea, don Pancho. Teniéndola un poco al freno, la macabisa no es gastosa. Además, se va aquerenciando. Y al final, quién sabe, amigo...; puede ocurrir no más que todo se legalice.

— ¡Qué me cuenta, amigo Amarrete!...

— ¿Le parece un macanazo? ¿Quizá cree que cometo un gran barro?...

— De ningún modo.

— Vea, compadre: dándole vueltas al mate, he llegado a esta conclusión: si yo desembarco en Buenos Aires así, con la cola sin legalizar, el titeo de toda la ciudad va a ser, compañero de los que hacen época; mientras que si me presento en la dársena con mi asunto arreglado en forma, nadies puede decir nada. La popularidad es halagadora, pero tiene sus inconvenientes el ser tan conocido. Si me resuelvo — aun no lo he rumiado bastante; porque el paso es serio, compañero — quisiera que me prestara usted un pequeño servicio.

— Usted dirá.

— Ser el padrino. Así la cosa sería más seria. Porque como usted es allí tan respetado...

— ¡No me diga!...

— ¡Pero cómo no, compañero! ¿Por qué no lo han de respetar?...

— Porque yo, la verdad, nunca he hecho nada que merezca gran respeto. Creo que el acto más respetable de mi vida sería ser su padrino.

— ¿Quiere decirse que le saca el cuerpo al asuntito?...

— ¡Qué esperanza! Cuente no más conmigo. ¡Bueno fuera!... Eso y todo lo que usted quiera. Mi «pero» era a lo del respeto; pero en cuanto a servirle, no hay «pero» de ninguna clase.

— Gracias, don Pancho.

— Si a usted le parece, podríamos dar algún paso para conseguir que la madrina fuera la infanta Isabel, que es tan conocida como yo en Buenos Aires y, desde luego, mucho más respetable.

— No me tome pa el patronato, amigo. La madrina será la señora de Eceizabarrena, el estanciero de Venado Tuerto. Ya la tengo medio apalabrada. Se lo dije los otros días en broma, para explorar su ánimo. Y lo que supo que usted sería el padrino, quedó encantada.

— La señora de Eceizabarrena me honra con exceso.

— Bueno, compañero. Yo les he dicho a los amigos que la cena se ha de celebrar en una fonda de vascos, en la parte vieja de San Sebastián. No quiero saber nada con los grandes hoteles de la parte nueva, donde se come a la francesa, puras salsitas, amigo. Gayarralde, el fondista de Trenque-Lauquen, que entuavía anda por aquí, se ha encargado de todo: una vaquillona, asado con cuero, carbonada, chinchulines, choclos, que ha traído un vasco que acaba de llegar de Carhué, porque aquí no hay más que maíz de chanchos; y, para final, unas empanadas que nos va a enviar calentitas la patrona de Eceizabarrena, que es criolla y las hace lo más bien.

— ¿Están todos los del año pasado?

— Algunos regresaron ya: se fué Danzarain, el ugartista cachafaz; parece que lo mandó llamar don Marcelino para ponerlo al frente de una invernada, lo que vió que la hacienda subía. Se mandó mudar también el tambero del Tandil, Echeveste, porque los hijos arrendaron más campo y el viejo temía que hicieran alguna macana con la nueva población. Salió como vendiendo almanaques, Urcolaga, que fué mayordomo de los Zubiaurre, y se alzó con diez leguas de campo. Le han escrito que una de sus hijas se ha encamotado con un dotorcillo que acaba de salir de la Facultad, un loco lindo, y Urcolaga se ha prendido a las anclas del primer vapor para ver si ataja el incendio. Yo creo que fracasará el bombero y que la estancia, a la larga, irá a la quemazón. Quedan aquí, entuavía además de Eceizabarrena y Gayarralde, el ovejero de la Patagonia, Errasti, que está podrido en plata con la suba de la lana; Salsamendi, el pergaminero; Zorraquieta, alambrador en Pehuajó; Errandonea, tendero, ferretero, pulpero mercero, además de corralón, en el Saladillo; por último Ur ieta, el corredor de Sarnífugos. Y mientras yo i. andado por Italia, han venido otros, que traen noticias fresquitas de por allá. Entre ellos está Sagarra, que tiene ferretería en Constitución, y Bustinbelza, que lleva muchos años en lo de Mignaquy, casi desde que se fundó la casa, antes de la presidencia de don Bartolo. Lo pasaremos lo más bien, don Pancho, porque barrunto que Gayarralde se va a lucir en la cocina. Lleva toda la tarde entre los tachos...

* * *

A la hora convenida llego con Amarrete a la fonda. El local es pequeño; la atmósfera, rarefacta, complicándose con el humo el subido zumo de la sidra que fermenta en dos grandes toneles que hay en el fondo. El zumo parece corporizar, aumentar, la pesantez del humo. Todos los indianos están ya allí, hablando a la vez sobre las últimas noticias de la Argentina. La fonda está atendida por dos mozas vascas, más guapas que lindas, esbeltas y ágiles, que corren sin cesar de la sala a la cocina, sufriendo algunos tentones furtivos que se anuncian con chillidos que acaban en risas sonoras y alguna condenación en la vieja lengua de Aitor...

Al entrar Amarrete es acogido con una prolongada manifestación de simpatía. Los viejos amigos le abrazan. Los recién llegados que sólo le conocen de nombre — ¡quién no conoce al viejo Amarrete! — le saludan con alguna cortedad; pero él es tan efusivo, de trato tan fácil, campechano y cordial, que la confianza se establece al punto. La algazara es general. Los saludos, simultáneos, todos a un tiempo. «¡Gran Amarrete!» «¡Amigo don Prudencio!» «¡Amarrete viejo, que ha venido buen mozo!» «¡Pero si está hecho un muchacho!» «¡Se ve, amigo, que lo han tratado bien en Italia!» Aparece Gayarralde con mandil, gorro de cocina y un cucharón en la mano: «¡Amigo don Prudencio — dice, — todo está listo; yo me he esmerao todo lo que he podido y, sin darme corte, creo que no he de quedar del todo mal. Así que, mi jefe, cuando usted ordene le prendemos al asao».

— Ahorita no más.

Se sientan todos a la mesa. Amarrete ocupa la cabecera. La conversación recae sobre la situación del país y, muy especialmente, sobre la subida de precio de la hacienda. Todos han recibido correspondencia recientemente; pero, hombres prácticos, todos desean conocer las impresiones personales de los que acaban de llegar.

— El páis marcha — dice el ferretero Sagarra; — los otros días, en Liniers, los novillos de frigorífico se vendieron bien; a 37 centavos kilo.

— A 18 tuve yo que vender, hace unos cuantos meses — dice algo triste Eceizabarrena.

— Le calotearon, amigo, los frigoríficos — afirma Zorraquieta, el alambrador de Pehuajó.

— ¡Como a todo el mundo! — replica el estanciero de Venado Tuerto, con cierta exaltación de amor propio, no tolerando la suposición de que sólo él fuera caloteado.

— El calote — interviene Amarrete — ha sido general; nadies se ha librado de que lo mandaran al tacho. A mi compañero Agarramendi ¡gran flauta! casi me lo funden. No le faltó ni un chiquito. A gatas salvó la estancia. Pero, compañeros, no podemos quejarnos de que los norteamericanos y los ingleses, juntados en patota, nos caloteen, sobre todo los norteamericanos, que son capaces, con sus mañas trusteras de voraciarse a medio mundo. Vean lo que han hecho con la Uropa; le han arrebatado tuito el oro, y no le han dejado más que papel sucio, emisiones fraudulentas, puros vales. Pero, como digo, nosotros tenemos buena parte de culpa. ¿Por qué no aprendemos a montar frigoríficos? ¿Por qué no estudiamos cómo se vende la carne en Uropa? Yo, sin faltar a la riunión, tengo que decirles ahura una cosa: todos ustedes tienen hijos criollos y...

— Yo no — interrumpe Errasti, el ovejero de la Patagonia.

— Bueno, amigo, ya los tendrá. Vea, aquí tiene

una buena moza — añade, aludiendo a una de las muchachas que sirve la mesa. Y, dirigiéndose a ella, añade: «Servile bien al ovejero; es un gran partido, te lo garanto».

— Le prefiero a usted, don Prudencio — dice la moza.

Los comensales ríen a gritos.

— Es mucho — responde Amarrete por lo bajo, evocando lo que ya puede suponerse.

— Pero a usted — añade maliciosamente la muchacha — le gustan más las del Casino que las de las fondas.

Nuevas y estentóreas risas de toda la reunión.

— Siga usted, amigo Amarrete — dice Eceizabarrena, que es un estanciero grave y gústale oir discurrir, y aun disertar él mismo, sobre problemas transcendentales.

— Ranudo sobre el pucho. Decía que todos ustedes tienen hijos. ¿Y qué hacen con ellos? Meterlos en la Facultad para que, a la vuelta de unos años, salgan hechos dotores. ¡Como si no hubiera bastantes! ¿Por qué no los envían a Londres y a las chancherías de Chicago para que aprendan los métodos y las matufias de los trusteros de los frigoríficos? Pero ustedes, compañeros, quieren también darse un poco corte con los hijos dotores. Si no son dotores, les parece a ustedes que no son nada, como si no los hubieran criado. Y luego, ¿qué resulta? Que los dotores no hacen más que bochinchear en política, o venirse a París a tirar la plata. Quizá algunos a fuerza de armar batuques en los comités, llegan a diputados, y entonces propongan alguna láy contra los frigoríficos; pero lo que hace falta no son decretos contra los frigoríficos, sino frigoríficos propios, saberlos montar y dirigir. Todo lo demás es puro cuento. Ustedes, cuando viene la «debacle», se dirigen al Gobierno para que los salve. Todos los hacendados hacen lo mismo, clamar, como si tuvieran agarrados los dedos entre la puerta. Pero, ¿qué ha de hacer el Gobierno, si ustedes, los hacendados, los padres, sólo dan al Congreso dotores y no frigoristas? El Gobierno, compañeros, no puede vigilarles la plata. Son los mismos hacendados los que tienen que buscar los medios de que no se la coloteen los trusteros. Cuando uno hace una mala operación con un campo o en un remate de hacienda, no le pide al Gobierno que le arregle el barro. Pues lo mismo ocurre con los frigoríficos. El gobierno no puede evitar el calote, fundado en la incapacidad de los hacendados para organizarse. Las cosas claras... ¡paf! ¡paf!...

— Cierto, amigo don Prudencio — dice Gayarralde, con su mandil, su gorro y el asador en la mano; — en mi fonda de Trenque-Lauquen sabía yo decirles eso mismo a los hacendados. Establezcan ustedes frigoríficos, pues, ¡ca...rancho! y no les calotearán los novillos — termina, hincando el asador en el suelo para dar más fuerza al argumento.

— El argumento es más complicado de lo que parece — arguye Eceizabarrena.

— Los asuntos — replica Amarrete — se complican mucho cuando no se sabe resolverlos. ¿No es cierto, don Pancho?

— La filosofía gaucha — digo — ha resuelto ya ese problema con un aforismo de una profundidad formidable: «el vivo vive del sonso, y el sonso de su trabajo».

— ¡No hay que hacerle! — asiente don Prudencio; — siempre fué así no más. Y el amigo Bustinbelza, ¿qué dice? ¿Pagan en la campaña?...

— Todo el mundo se va poniendo al día. Los retrasados van formando no más. Y el páis vuelve a marchar. La última suba de la hacienda ha mejorado mucho la situación.

— Lo que no comprendería ni el mismo diablo, a pesar de ser tan vivo — dice Errandonea, pulpero, ferretero, talabartero, tendero, mercero, además de corralón, en el Saladillo, — es por qué se ha producido la suba, pudiendo los frigoríficos mantener la baja todo el tiempo que se les diera la gana.

— Muy sencillo — dice Amarrete; — porque los frigoríficos han visto al fin que si el páis se hundía, ellos se irían también, a la larga, al tacho. Eso sin contar que la irritación podría un día mandarles por la cabeza las ollas y las cacerolas, todos los tachos de la congelación. Porque malo es el comunismo de abajo; pero, compañeros, cuando la gente de arriba se queda sin plata... no sé qué es pior.

Los trusteros se han dado cuenta de que se estaban voraciando la gallina y se iban a quedar sin güevos. Eso es todo lo que ha ocurrido.

Luego se dirige a Errasti, el ovejero de la Patagonia, que permanece casi mudo:

— Aquí el más vivo de todos es Errasti, que se ha hartado de ganar plata con las ovejas.

Errasti tiene la piel curtida por los ventarrones patagónicos. Ensaya una sonrisa, pero la callosa piel no cede, carece de elasticidad, y vuelve a quedar serio y mudo. Treinta años de soledad le han acostumbrado a prescindir de la palabra. El órgano se ha atrofiado por desuso.

La grata reunión termina con varios brindis celebrando el retorno de Amarrete, la valorización de la hacienda y el término de la crisis. Amarrete, copa en mano, dice: «Agradezco a toda la vascada esta demostración de afecto, festejando al mismo tiempo mi llegada y la suba de la carne. Brindo por la prosperidad de todos, por aquel gran páis y por esta bella tierra vasca.

Finalmente, brindo por estas lindas muchachas que nos han servido, y porque el amigo Errasti no retorne solo a la Patagonia, sino con la Marichu, que aunque ha dicho que me prefiere a mí, no puedo darme corte, porque yo sé que es él por quien ella está ya casi encamotada. Amigo Errasti, hay que ir poblando aquello en silencio».

Gran algazara. La muchacha se pone roja. Errasti vuelve a ensayar una sonrisa, pero los músculos faciales no pierden su rigidez, y quédase serio y callado, con ese grave mutismo característico de la Patagonia...



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

LOS DE AYER

La reunión se inició en casa de José Ingenieros. El recinto ofrecía un aspecto de sala, consultorio, sanatorio... En resumen: una reunión de locos. Esto explicaba los anuncios del joven psiquiatra: «Especialista en enfermedades nerviosas y mentales. Gratis para los hombres de letras». Era en esa edad alcibiadesca, cuando diariamente se le «corta al perro la cola». Había que llamar la atención, *épater le bourgeois*... La concurrencia, a propósito para el médico: Monteavaro, que murió loco. José Pardo, que terminó más o menos lo mismo. El doctor Cenzi, que no precisó de morir para estar de remate. Vestía esa noche pantalones blancos, levita y panamá. Roberto de las Carreras, quien según acaban de decirme en Montevideo, ha concluído por ingresar al manicomio. Un amigo me presentó en la amable reunión y de este modo penetré en aquel círculo literario. Era en el año 1903. Muy joven aún, me sentía cohibido. La locura nunca me gustó. Además, es contagiosa... Cada uno hacía lo que quería en aquel ambiente de absoluta libertad. Ingenieros tocaba en el piano un andante de Beethoven; Monteavaro y de las Carreras, arriesgaban nuevas hipótesis sobre los frutos del bien y del mal. Cenzi, creo, se hallaba empeñado en descifrar unos garabatos en latín.

En aquel instante vinieron a buscar al médico. Pardo, que paseaba sin ton ni son a grandes zancadas, contestó al paciente:

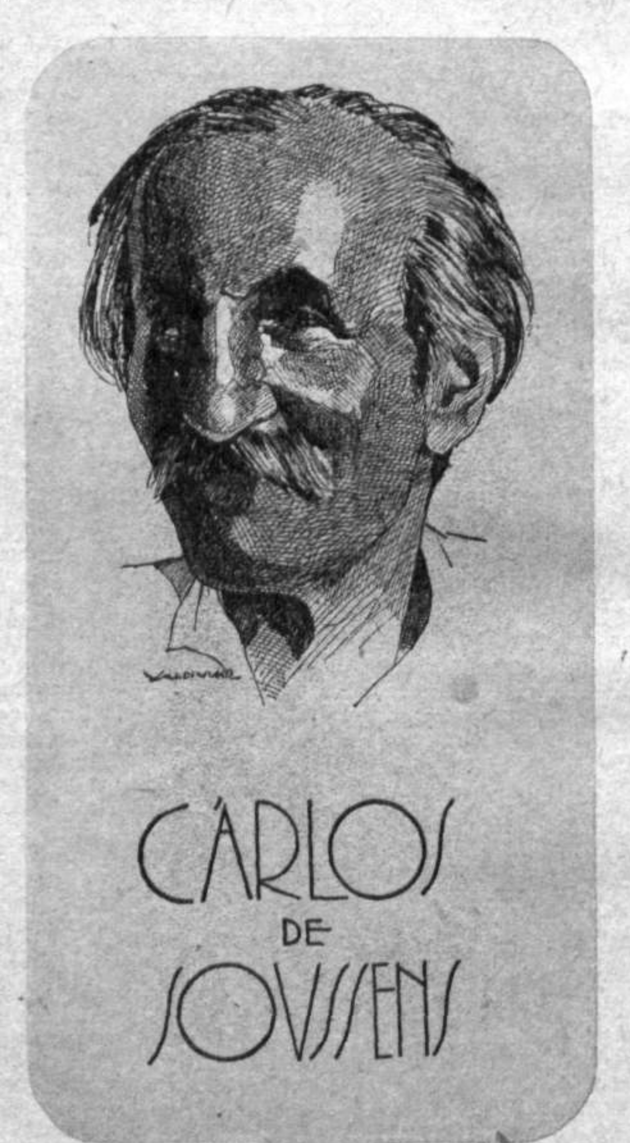
— ¿El médico?..., yo soy...

Y sin más lo hizo pasar a una salita. Allí sabe Dios lo que iba a recetarle. Me acordé del doctor Brea y el profesor Pluma.

Seguía el andante, disputaban los exégetas de la Biblia, Cenzi se sacó la levita, quedando en camiseta... Mi amigo deglutía concienzudamente un artículo suyo, y yo tropezando al azar con un libro me puse a leerlo. Suponía, por la figura de una negra que ornaba la tapa, que fuese alguna novela de las Antillas. Era «La reliquia»...

— Vamos a visitar a Roucau!... Sonó una voz.

— ¡Sí... eso es!... ¿Usted lo conoce?... es un loco interesante... actualmente administra el negocio más lucrativo de su vida: una loción capilar... ¡sí!... ¡algo maravilloso!... la prepara Lamberti... ¿no lo conoce tampoco a Lamberti?, no, no es loco... pero con ellos vive Soussens... además hay una sirena... ¡ya verá!



Calló Monteavaro, dejándome suponer poemas paradisíacos. Hubo un remolino. Cada cual buscaba el sombrero, como en una fuga, tratando de salir pronto a la calle. Iba ya a notarse la ausencia de Pardo, cuando se abrió la puerta de la salita y apareció con el paciente, riendo los dos a carcajadas. Era éste un tipo rubio, de ojos azules, chiquitos, con expresión maliciosa. Después de observarnos, guiñóle un ojo al «médico» y ahogado materialmente de risa empezó a bajar de a cuatro los escalones...

— ¿Quién es? — preguntó Ingenieros.

—¡Pst!... ¡qué sé yo!... preguntó por ti y no era cosa de interrumpir el «Claro de Luna»... De todos modos, tú curas con migas de pan y yo lo he curado con palabras. Sale de aquí convencido de que los únicos seres cuerdos del mundo somos él y yo... por eso se rió de ustedes, entes sin alma, locos incurables...

— ¡Has hecho bien, ya estoy harto!... Bueno, Vamos a tomar dos coches y a casa de Roucau. Por el camino iremos cargando las vituallas...

Era una noche de fines de verano. Iba a ser largo el paseo: hasta Núñez... Los coches rodaban y rodaban, por calles más bien solitarias. Tomamos por la Avenida Alvear y el aire fresco nos dilató

los pulmones, puso un ritmo dulce en el corazón. Alguien recitaba el primer canto del «Infierno»...

Nel mezzo del cammin di nostra vita...

¡Ah! no era en el medio, era al principio... pero algunos extraviaron luego el camino recto... Monteavaro distaba mucho de ser aquel dipsómano abotagado, de taberna en taberna, mascullando su amarga sátira. Era un hombre estudioso, cortés, con ironías y delicadezas... Pero, estaba de moda el alcoholismo literario, que Rubén Darío imitó de Verlaine... Había que beber ajenjo, suicidarse lentamente. El maestro lo hizo... ¡bah!

Los coches rodaban. Era largo el camino a Typerary... Por allá, cerca de Belgrano, encontramos abierta una hostería, — así nos empeñamos en calificar al negro boliche, — y se compraron grandes cantidades de todo: sólido y líquido. Uno de los cocheros rehusó continuar: tenía reventados los caballos. El otro cargó, en la mal llamada «victoria», con nuestras humanidades, seducido por una larga propina. Al rato de andar notamos que de las Carreras no iba con nosotros. Pardo hizo alusión a la mujer del bolichero: una gorda y blanca mujer...

La luna iluminaba el gran cielo celeste. Las primeras casas de Núñez aparecían diseminadas, entre árboles frondosos y desamparados potreros. El «Chateau», a donde íbamos, no aparecía por ninguna parte... Preguntamos en varias casuchas y solo nos respondieron maldiciones y ladridos. Eran, seguramente, las dos de la mañana. El camino extraviado, el cochero se negaba a seguir, un desánimo que nos penetraba... De pronto, al transponer un grupo de árboles, se ofreció un espectáculo inesperado. En un claro aparecía la fantástica silueta de un hombre vestido de negro. Este hombre gesticulaba, declamando a la luna versos en francés. Tenía el sombrero en una mano y en la otra empuñaba, sino una lira, algún otro eficaz instrumento de inspiración...

— ¡Charles de Soussens!... Gritaron todos. El hombre cayó en nuestros brazos y, por una clarividencia verdaderamente órfica, nos condujo hasta el «Chateau idéal», que tal vez se hallaba a diez pasos.

— Ingeniegos... egues la Povidencia... este infame de Roucau me considega ya un huesped indeseable... Vociferaba, indignado, Soussens. Aquel hombre moreno, de faz sombría, se hallaba en el tercer verso del terceto:

Ché la diritta via era smarrita...

Roucau, despertado, consintió en admitirle de nuevo. Ya estábamos todos rodeando una mesa bajo un emparrado. Vino la mujer de la casa, soñolienta, pero obsequiosa. Algunos cabellos blancos ornaban su frente... ¡Dios santo! ésta era la señora... ¡si podía ser nuestra madre!

Soussens, instalado entre una pila de fiambres y un tazón lleno del espíritu de vino, declamaba unos versos sarcásticos. Era en un balneario, me parece, y esto le sugería un malicioso «calembour», al describir aquella vida:

Ou l'hotel gagne et
l'autel perd...

— No sabía que era usted tan buen poeta... Afirmó Cenzi, con la boca llena de pan y salame, cuando el suizo hubo terminado.

— Procuraré serlo mejor... Respondió sobre el pucho el incorregible Charles.

Satisfecho con esa pequeña maldad, empuñó el tazón a manera de crátera, y de un solo trago lo fué insumiendo en su vasta sed. Luego dobló la frente, derribó los brazos, y «cayó como un cuerpo muerto cae»...

— ¿Por qué le había cerrado la puerta? Pregunté a Roucau.

— Porque aquí tenemos la fábrica de loción capilar... y usted sabe... está hecha a base de alcohol...

Rió con su gran cara de fauno rubicundo. Detalle irónico: era calvo... Pregunté por Lamberti, el inventor, pero no aparecía por allí.

La comida continuaba. Las cráteras comenzaban a darnos una realidad grecorromana. Se recitaban versos en griego y latín. El vino Mendoza y el guindado, transformábanse en el Chipre de los banquetes, en el Falerno de las orgías. Monteavaro propuso:

— Hagamos abluciones de loción... de todos modos, no sirve para nada...

Se trajeron algunos frascos. Nos ungimos el cabello y las manos y nos coronamos de pámpanos. La broma tomaba ya un carácter marcadamente clásico. Ingenieros echó de menos el tiempo de los césares:

— Nerón sentiría envidia de Soussens... y le ordenaría, como a Lucano, que se abriese las venas en el baño: sería una muerte exquisita... pero, naturalmente, Soussens tendría que bañarse...

Soussens, volviendo con lentitud a la vida, levantó a medias la cabeza y se le quedó mirando turbiamente. Reía, se tragaba las carcajadas:

— Querido Giusseppe... ¿es verdad que piensas ir a España, para entrar de torero?... hay allí muy buenos mosaicos, en la Alhambra... muy buenos... casi iguales a los que tú haces... ja, ja, ja... si yo pudiera escribir versos en español...

— Es cierto... si no has podido escribir versos en español, tampoco has logrado ser célebre escribiendo versos en francés...

Soussens no contestó. Aquello requería para responder mayor lucidez de circunstancias. Fué a levantarse del asiento, pero volvió a caer sonriendo a un vago mundo infinitamente lejano. A los dos minutos roncaba.

La aurora, rosa dáctila, abría ya las puertas de oriente. La escena adquirió líneas confusas y las voces se perdían en un vago sopor. Escuché rumores de despedida, el rodar de un coche... El sueño cerraba mis párpados y la Venus canosa oficiaba de Hécuba maternal. Luego tuve una pesadilla... una pesadilla... Sí, era un gigante malo que, por error, se bebía toda una pipa de loción capilar... y una verdadera Montaña de cabellos cerdosos le brotaba del cuerpo, se extendía, concluía por ahogarle... Y el gigante moría así, en castigo de sus crímenes... En el fondo era una pesadilla candorosa y que tenía su moral.



DIBUJO DE VALDIVIA

Apellidos Argentinos



O Jiménez, o Ximénez, que de las tres maneras lo escriben, poniendo un gran empeño en la inicial, los poseedores del apellido. Viene del nombre bíblico Simeón, segundo hijo de Jacob, epónimo de una tribu israelita. Simeón, en hebreo *Schimeon*, significa *oyóme*, palabras que, refiriéndose a Jehová, pronunció Lía cuando nació su hijo. Los modernos saben que en los relatos de la Biblia hay preciosos y exactísimos datos etnográficos. Pero esto no nos interesa por ahora.

Godoy trae la lista de las formas sucesivas que el nombre Simeón fué adoptando. *Simón, Simén, Semmén, Semén, Xemén, Xemeno, Gemmeno, Guemeno, Cemeno, Zemeno, Semes, Semino, Ximino, Simeno, Ximeno, Chimeno, Exemin, Exemén, Exsemén, Eximino, Scemeno, Escemeno, Excemeno, Eximeno, Eixemeno, Exigemeno, Nexemén, Memeno, Meme, Xeméniz, Ceméniz, Siménez, Geménez, Jeméniz, Geménez, Guiminiz, Exeméniz, Examéniz, Examenis, Enxeméniz, Exeménez, Sceménez, Exeminix, Exemenons, Seméneiz, Semeynes, Eximeoniz, Semenones, Semenos, Sceméniz, Ximinones, Xemenones, Eximinones, Scemenionis, Gimez, Mémiz.*

En esta evolución se echan de ver las influencias del latinismo, del helenismo y de los idiomas regionales españoles (catalán, mallorquín, gallego, valenciano) y de los dialectos.

Es posible que antes de formarse los apellidos españoles y la moda de usarlos, se acudiera a esas variantes. Un Zemeno no querría que se le confundiera con un Exemén, no por vanidad, sino por conveniencia. Entonces los homónimos resultaban más frecuentes, y no había diarios donde hacer constar que el honrado comerciante Geménez nada tenía de común con el bandolero Geménez.

Dice Godoy una cosa que dejo bajo su responsabilidad: «El patronímico de este nombre no tiene abolengo demasiado ilustre. La primera vez que aparece es aplicado al Iscariote, a quien el Evangelio de San Juan designa por *Judas Simonis*, forma no desusada en la edad Media, pues en escritura de Sahagún de 1336 hallamos un *Estevan Simones*, y en otra de 1230 del becerro de Aguilar de Campóo, *Pedro Simónez*. En mujer hizo: *Xemena, Iscemena, Exemena, Semena, Şcemona, Enxeme, na, Enxemea.*» También es preciso decir que San Pedro, antes de la confirmación impuesta por Jesús, se llamaba Simón. Coinciden, pues, los dos nombres en el de un vino andaluz delicioso; el Pero Ximén o Pedro Ximénez.

De todas las formas mencionadas más arriba, existen actualmente los apellidos *Jimena, Jimeno, Jiménez, Giménez, Ximénez, Semino* y el *Simonet* valenciano.

Veamos ahora el origen de las partículas *az, ez, iz, oz* que se agregan al nombre para convertirle en apellido. Dice la Academia: «Conserva (el castellano) la terminación celtohispánica *es, is* o la éuscara o ibérica *az, ez, iz,* indicativas de procedencia todas ellas; como *Garc-és, el de García: Per-is,* el de Pedro; *Froil-az,* el de Froyla o Fruela; *Gonzál-ez,* el de Gonzalo; *Ferránd-iz,* el de Ferrando».

Godoy sostiene que proceden del genitivo latino: *Ferrandizi, Garcesi, Munizi.* Menéndez y Pidal afirma que *ez, iz, oz* son de origen desconocido.

Los eslavos hacen apellidos uniendo al nombre los finales *itch, its, witsch, wicz, uitsch, ewitsch, off* y *eff.* Los ingleses usan en algunos apellidos la partícula *fitz* normanda que significa hijo (del *filius* latino), o *son* (hijo), o simplemente una *s,* señal de genitivo.

Aunque los vascos tienen para expresar la filiación la terminación *ana,* y más comúnmente *ena,* como *Lorenzana, Laurencena, Pedrorena, Juanena, Michelena, Cristobalena, Carlorena* (según nota Godoy), emplean la *z* como una de las señales del genitivo. Empleada después de *egun* y otras palabras tiene valor de «de»: *Egunez,* de día.

El sufijo *zaz* también significa «de», así como *sko: burdinezko subia,* el puente de hierro. Curioso es advertir que los polacos hacen en *ski* el apellido masculino y en *ska* el femenino, muy parecidos al *sko* vascuence.

Indudablemente, esa *z* es antiquísimamente ibera.

Apuntaremos que *Semeón* puede significar en vasco *hijo bueno,* de *semé,* hijo; *on,* bueno.

En resumen: Giménez equivale al Simons inglés, Simonovich ruso, Simonesji polaco, y otros apellidos extranjeros. Hubo una época en que la pedantería helenista mal aconsejó a algunos españoles, que adoptasen el *ides* griego para apellidarse *Ximenedes.*

FOLLETIN  HISTORICO

(A la manera de Fernández Ardavín)



PRÓLOGO:

Esta historia de amor y daño
acaeció (bien lo veréis)
en Buenos Aires, y en el año
1836.

CAPÍTULO I

La dama tiene el bello empaque
de una marquesa del Trianón,
con la gracia del miriñaque
y el encanto del peinetón.

CAPÍTULO II

El galán es alto y apuesto,
usa chistera y fraque azul,
tiene en la audacia de su gesto
cierta soltura de gandul.

CAPÍTULO III

El galán y la damisela
se han apartado del salón.
En el jardín vuela y revuela
el ave azul de la ilusión.

INTERMEDIO

Como la luna se ha ocultado
con discreción, tras de un ciprés,
quedó el amor desamparado.
(Luna, ¿no ves? Luna, ¿no ves?)

CAPÍTULO IV

Están tomados de la mano
cuando a tres hombres ven llegar,
con una orden del tirano
que al galán manda degollar.

CAPÍTULO V

Se desmayó la madamina
y se llevaron al doncel.
Lloró la fuente saltarina
y entre la sombra aulló un lebrel.

CAPÍTULO VI

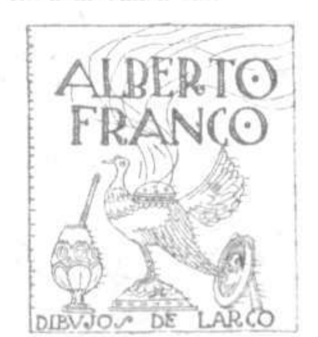
En el salón siguió la fiesta,
siguió la sombra en el jardín.
A los compases de la orquesta
no tenía la danza fin.

CAPÍTULO VII

Nadie supo de aquella historia
hecha de amor y de dolor,
una de tantas sin memoria
que provocara el dictador.

CAPÍTULO POSTRERO

El tiempo pasa, pisa y vuela,
como en el canto de Rubén,
y la llorosa damisela
poco después murió también.



EPÍLOGO

Cuando el tirano en Inglaterra
escondió su última ilusión,
de su jardín brotó en la tierra
la roja flor de un corazón.

ENVÍO

Linda lectora que deshojas,
hoja tras hoja, el folletín,
te está mirando entre sus hojas
don Luis Fernández Ardavín.

AMANECER SOBRE EL BOSQUE



Contemplar un amanecer sobre el bosque, fué uno de mis más caros ensueños de muchacho. Creo que este fué el más poderoso motivo de mi corazonada del Chaco, junto al afiebrado afán de libertad, despertado en las aulas infantiles, y exacerbado luego por largos años de encierro oficinesco.

El tugurio donde entonces trabajaba tenía cerca del techo, una ventana enrejada, semejante a un tragaluz. Por ella divisábamos un trozo de cielo y una rama frondosa de un álamo temblón. En horas desesperantes de cansancio, cuando la monotonía del trabajo se hacía más abrumadora, me bastaba levantar la vista hacia la ventana para quedar curado. Un retazo de cielo y unas cuantas hojas verdes, de un verde jugoso y brillante, libraban de toda opresión a mis grávidos quince años. Grávidos, sí, aunque plenos de deseos ingrávidos: el mar, el bosque, la montaña... todo ese espejismo que crea el horizonte demasiado uniforme de esta pampa en que he nacido.

Años después, satisfice uno de mis ardientes anhelos. Los otros dos — el mar, la montaña — esperan aún. Fuí al Chaco, es decir, al bosque...

Demás está decir que yo imaginaba aquel bosque en un todo semejante al clásico bosque de leyenda: grandes árboles coposos, tan juntos, que se confundían los unos con los otros; frondas inmensas que no dejaban pasar jamás un rayito de sol, y caminitos misteriosos, caminitos de céspedes jugosos, tiernos, esmaltados de florecillas, multicolores, apenas entrevistas en la sombra eternal, dormida bajo los árboles. Y flotando sobre todo esto, un silencio religioso y un halo de misterio impenetrable.

Tiempo me costó reaccionar contra la brusca y honda desilusión que la realidad me produjo. Pero, al fin, terminé por aceptar tal como era aquel bosque desencantado, que si no tenía la fácil belleza de los bosques de tricromía, poseía, en cambio, una apariencia hostil y salvaje, ofrecía un panorama de una dureza muchas veces desconcertante, pero más de acuerdo, indudablemente, con la naturaleza verdadera de los bosques y con la realidad necesaria y brutal de la vida.

Llegué a amarlo. Atraíame su fisonomía huraña, su hosca soledad, y, sobre todo, placíame la vaga sensación de espanto que el caminar por él me producía.

Duro, hostil, huraño. He aquí una síntesis del bosque chaqueño. Los árboles, casi todos espinosos, dan, apenas se los mira, la impresión honda de sus luchas dolorosas con el sol ardiente, la tierra árida y el subsuelo reseco. El «ópalo barroso» por sí solo, basta para oprimir para siempre el corazón del que lo mira. Y no se consuela uno contemplando luego, de trecho en trecho, la alta silueta del quebracho, de airosa copa y finísimo follaje, ni las suaves ondulaciones melancólicas de los algarrobales.

Pero yo quería ver un amanecer sobre el bosque. Solo no me atrevía a ir. La linde del bosque estaba un poco lejana del pueblo, desde el cual sólo se divisaba una larga raya sinuosa, de un negro sombrío, cerrando el horizonte como una inmóvil nube tempestuosa.

Una noche de luna, de esa luna maravillosa de las noches chaqueñas, tomé el camino que al bosque conducía. Recuerdo que la noche era tan clara, estaban las cosas tan impregnadas de azul y de luna, que el paisaje parecíame transfigurado de misterio. Esta impresión se hizo más grave apenas me acerqué a los primeros árboles. Las negras siluetas silenciosas, nitidamente recortadas sobre el lejano fondo azul del cielo; la singular disposición de algunas ramas que parecían brazos y manos dirigidas hacia arriba, en muda imploración dolorosa a las alturas; la extraña sensación de secreta angustia que se desprendía de estos árboles de formas caprichosas cuyo follaje, tan fino, da, en el aire azul de la noche, la ilusión de ser un velo de encaje tejido entre las ramas desnudas; el hosco silencio que cierne sobre las cosas su atmósfera de tragedia, todo esto obraba de tal modo sobre mis nervios, que una opresión indefinible — mezcla de asombro, de angustia, de espanto — empezó a invadirme. Y me volví. El alma profundamente hostil del bosque, me había vedado la entrada.

Y nunca más intenté hacerlo, solo. Pero no encontraba en el pueblo quien quisiera acompañarme. Los plácidos habitantes de aquellas regiones consideraban totalmente absurdo que un hombre que se estime se tome la molestia de

ir a ver la aparición del sol sobre unos árboles, cuando tan cómodo es verlo salir desde la cama.

Un doloroso suceso me dió la ocasión tan ansiada. Estalló una violentísima huelga entre el personal del ferrocarril. Las tres numerosas secciones — talleres, tracción y tráfico — se habían plegado a ella. Hubo incendios, muertos, heridos. Una noche, velaba yo junto al lecho de un amigo, a quien habían cruzado de un balazo, cuando vinieron a traerme esta noticia: un tren había volcado, a una legua de allí. Se sospechaban desgracias horribles. Partí inmediatamente, instalándome, en mi calidad de curioso, en el miriñaque de la máquina del tren de auxilio.

La noche era cerrada, trágica, absoluta. Quien no haya viajado, en una ocasión así, en el miriñaque de una máquina que jadea como un animal cansado, ignora una rara y deliciosa sensación. La tierra, obscura, obscura, huye vertiginosamente bajo nuestros pies, con un huír precipitado y angustioso que produce el vértigo; y mientras la máquina, en su loca carrera, horada sin cesar la noche, se pierde por momentos la noción del movimiento, y parece que se está quieto en medio de una danza fantástica de sombras fugitivas.

De pronto, nos salió al encuentro una gran masa de sombra aun más espesa, amenazadora y sombría. Era que entrábamos en el bosque; en el bosque negro.

Una débil claridad, de un rojo incierto, apareció en el lejano horizonte, separando los contornos del cielo y de la tierra. Vagas siluetas emergían confusamente de la sombra, mientras el tren huía, huía, hiriendo como una flecha el seno de la noche, todavía negra...

Y de golpe, con ese rápido y casi instantáneo amanecer de los países tropicales, amaneció.

* * *

¡Amaneceres! ¡Amaneceres! ¡Cotidiana bendición de la luz sobre la tierra obscura! ¡Exquisita transparencia de este aire matinal, luminoso y claro como el diamante! Amaneceres húmedos de rocío, grises y rosas, síntesis hermosa de la juventud; amaneceres lívidos, en cuya entraña asoma la amenaza de un día sombrío; amaneceres azules, de tan claros y puros, en los que el cielo parece unirse con la tierra, en un místico temblor de luz celeste; mañanas del mundo, en las que el sentido sagrado de la vida se descubre ante los ojos maravillosos, como la rosa que se abre al conjuro del rocío.

El alba tiene la candorosa inocencia de la sonrisa de un niño; inocencia clara y pura como el cristal de las gotas de rocío. Todos nuestros dolores, mezquinos y obscuros, se aroman, en la luz del alba, con el perfume de las blancas flores luminosas que esperan ocultas en nosotros el llamado de la fe; como aquellas otras que brotaron del cayado milagroso, en la leyenda cristiana...

Pienso que si los tribunales que los hombres erigen para juzgar las acciones de sus hermanos en desgracia, se reuniеran para deliberar a la luz del alba, acaso fuera nuestra justicia menos cruel y jactanciosa, menos sorda y ciega. Porque la luz de la aurora aleja los rencores mezquinos y torna más sabios y claros los ojos de la tolerancia.

Meditaba todo esto, mientras el bosque descubre ante mis ojos ansiosos interminables teorías de árboles añosos, hoscos, quietos, huraños; un perfume nuevo, delicioso y agreste, embarga mis sentidos; un perfume que parece surgir de la bruma suavísima que custodia todavía el sueño del bosque. Porque si el cielo está claro ya, la imagen de los árboles flota aún indecisa en esta media bruma gris, rosa, azul, del amanecer.

¡Qué suave, qué puro y melancólico el despertar del bosque! Tienen las cosas una dulzura penetrante; el aire es blando y perfumado; la luz, una caricia; y la vista de una florecilla toda temblorosa bajo el beso del rocío; de una pequeña flor amarilla, chiquita y humilde, que ha abierto su corola al amparo de la noche y que morirá dentro de unas horas bajo el rigor del sol, inunda el corazón de una ternura tan honda, tan pura, como pocas veces logran despertarla las acciones humanas.

Bruscamente, el tren se detiene. Frente a nosotros está la tragedia. Una máquina volcada, dos o tres vagones destrozados. Nos acercamos para ver un espectáculo horrible: el fogonero, aplastado bajo la carga de leña del furgón, que lo cubría casi por completo. En cuanto al maquinista, había sido despedido un poco más lejos, pero el agua hirviente de la caldera había pasado toda sobre él, quemándolo de un modo monstruoso. Aun vivía. Tenía los labios tan abultados, y la cara tan deformada por la inflamación, que no parecía una figura humana. Sólo podía abrir los ojos; unos ojos grandes, anchos, tristes, que nos miraban con una angustia suprema. Fueron inútiles todos los cuidados. Murió sin decir una sola palabra.

Yo tampoco podía hablar, de la opresión. A la sombra del bosque silencioso, bajo el aire perfumado de la mañana riente, clara, azul, esta escena cruel me parecía monstruosamente absurda. En nombre de un ideal de justicia distinta de la que hasta ahora se ha ejercido con ellos, los obreros rebeldes habían hecho perecer de esta muerte dolorosa, a dos seres humildes que no habían querido ser sus compañeros. Para vengar sus muertes, y en nombre de otra justicia, los hombres que habían acudido en su auxilio, hablaban también de represalias, de prisiones, metralla...

Y por más esfuerzos que hacía, yo no lograba comprender nada de esta extraña justicia humana, que sólo logra dar y recibir la muerte.

Y cuando nuestro viejo sol, indiferente y cansado, se elevó sobre la línea sinuosa del bosque, iluminándolo todo con sus rayos de fuego, me sentí tan triste, tan solo, tan mísero, que regué con lágrimas ardientes el polvo reseco de aquella tierra virgen. Que se me perdone esto. Era entonces tan joven, que creía ser bueno...





LA ULTIMA AVENTURA DE DON JUAN

INTERESANTE, interesante mujer!

Y el señor Gustavo Madelón, rentista y don Juan profesional, refirió su última aventura a Simón Aznar, banquero retirado, y a Prudencio Black, holgazán distinguido; candidatos a concejales los tres, y por un partido político que nunca lograba una representación parlamentaria.

— La conocí en Niza. El marido, un capitalista inglés, dedicaba sus ocios a una bailarina rusa, princesa, según él. La cortejó. Un ministro francés, un «fazendeiro» y un príncipe hindú también la asediaban. Aquella mujer era una preocupación internacional. En fin, ¡para qué contar más!

Y afectando un aire modesto, cruzóse de piernas y acarició su perilla ligeramente canosa.

Simón miró a Prudencio sonriendo picarescamente, como en sus buenos tiempos de banquero, y, después de un corto silencio, exclamó:

— ¡Quién fuera usted, querido Gustavo!

Y, una vez que hubo concluído de lamentar su vida sin alternativas, salvo en lo que a finanzas se refería, opinó que sólo podía jactarse de haber culminado gloriosamente una existencia amorosa quien fuese amado por la señora de Z.

— ¿La señora de Z.? — interrumpió Gustavo. — ¿Y quién es la señora de Z.?

— Una mujer superior. La señora de Z. posee una rara belleza, un raro talento, muchos raros caprichos y, entre tantas rarezas, un marido vulgar como un perro de policía. Vive en París y en Buenos Aires. Viste según sus teorías estéticas y, como posee un sutilizado sentimiento de caridad, opina que las asiladas del asilo que sostiene no tienen por qué vestir como las de las otras instituciones, lúgubremente. Y encarga a su esposo de las compras en tiendas más distinguidas. Afirman que conoce de memoria a Epicuro.

Y, voluptuosamente, relató la siguiente anécdota de la señora de Z.:

«Fué en París. La señora de Z. notó que de su arquilla faltaba su mejor collar de perlas, regalo de un amigo desinteresado, pues cuando los cortejantes de la señora de Z. no lograban su propósito se transformaban en amigos desinteresados. Avisada la policía, acudió al hotel uno de los mejores pesquisas. Este, después de haber revisado las habitaciones particulares de la señora de Z. con resultado negativo, preguntó a la denunciante:

— ¿Y no sospecha usted de nadie?

Y ella, sencillamente, repuso, mientras se frotaba las uñas con el «polissoir»:

— Sí, de uno de mis tres amantes.»

— ¡Bah! — repuso Gustavo. — Una mujer con tres amantes no es una mujer con dificultades.

— Se equivoca usted, querido Gustavo, pues la señora de Z. elige a sus amantes en-

los hombres más extraordinarios.

Y, al decir esto, miró a su amigo socarronamente, como diciéndole: «¡quién sabe si se fijaría en usted!» Gustavo, ligeramente herido por aquella mirada y aquella sonrisa de un hombre que había tenido éxito en las finanzas, afectando no dar trascendencia al asunto, preguntó:

— Y la señora de Z., ¿está ahora en Buenos Aires?

— Llegó el sábado en el «Almanzora».

Prudencio, que rara vez hablaba, comprendió que mediaba un desafío, y se restregó las manos.

II

HACÍA más de un mes que el señor Madelón no acudía al «club».

Cuando un hombre no frecuenta el lugar de sus predilecciones, sus amigos tienen la obligación de sospechar que un asunto de importancia le aparta de sus costumbres, y como aquí se trataba de Gustavo, pensaron en una interesante aventura, que éste, inesperadamente, vino a confirmar.

Al entrar en el salón, luciendo, como de costumbre, un clavel blanco en la solapa de su saco gris claro, y con el bastón suspendido del hombro, saludáronle con entusiasmo aquellos compañeros que no podían permitirse el lujo de entusiasmarse con frecuencia.

— ¡Querido Gustavo!

— ¡Lo sabemos todo!

En realidad nadie sabía nada; pero conocían a Gustavo y no ignoraban cuál era su punto vulnerable. Y él, arrellanándose en el sillón, contó la aventura, con lujo de detalles, para terminar diciendo:

— Será la última. Culminó mi vida gloriosamente. — Y palmeando afectuosamente a Simón, añadió: — Querido, gracias a sus insinuaciones, hoy comparto un gabinete azul con la señora de Z.

Pero Simón permaneció serio. Prudencio, en cambio, manifestaba un profundo entusiasmo.

Todas las miradas se posaron en Gustavo. Este hombre adquiría los contornos de un ídolo. Rico, arrogante, distinguido, superficial: su vida era toda una historia de aventuras felices y sus horas, en los momentos de recuerdo, ofrecían el encanto de los ensueños realizados sin esfuerzo. Su vejez, si bien tenía esa vaguedad triste, precursora de los pensamientos funestos, no dejaba de aparecer radiante, como una bella tarde de otoño, y suave como una página musical de languidez melancólica y alegre al mismo tiempo. Y el solo hecho de haberse admirado constituía para él el consuelo de sus ojos un tanto apagados y de sus cabellos bastante canosos.

III

VEA, vea, che!

¡Qué ricura de chica!

Estas exclamaciones de Gustavo y Simón ponían nervioso a Prudencio, el amigo inseparable que se había conformado, y que se conformaba aún, compartiendo los éxitos de los otros dos. Debemos sentir siempre una profunda simpatía por estos seres que, por timidez o por honestidad, se arriman, casi podríamos decir se adhieren, a un alma contraria y viven, emocionados, sus goces y sus desventuras, que luego cuentan y divulgan; son los historiadores de la insignificancia, y, por consiguiente, de lo agradable, y a los cuales debemos agradecer el encanto de nuestras horas sin trascendencia.

Los caminos de Palermo, en particular los que circundan el Rosedal, eran una fiesta de luz y de color. Como en el verso del poeta mágico, las muchachas lucían una cuarta más de linda pierna, y los vestidos, transparentes y de colores claros, exaltaban las formas y sugerían pensamientos traviesos a los tres amigos, que, «a pesar del tiempo terco», se internaban en los jardines...

— ¡Qué maravilla!

— ¡Qué bombón!

De pronto, un automóvil se detuvo ante ellos y una mujer, bella, elegante, con esa gracia que sólo conceden los treinta años a las mujeres, descendió de él luciendo un pie sutilmente calzado.

— ¡Mi Dios! — exclamó Gustavo, arrebatado. ¿Y esta mujer?

Simón le miró a los ojos, sonrió irónicamente con voz meliflua, acariciadora y cruel, repuso:

— ¿Esta?... Es la señora de Z., la que comparte con usted un gabinete azul desde hace seis meses...

Esta aventura de Gustavo Madelón, me la refirió el doctor Saúl Maroña, profesor de Clínica Quirúrgica en la Facultad de Medicina de Buenos Aires

EUGENIO JULIO IGLESIAS

MOMENTOS EMBARAZOSOS

Por el dibujante norteamericano CHARLES DUNN



Cuando corre usted a ofrecerse como empleado y la suerte lo trata bárbaramente mal.



Cuando quiere usted ganarse la buena voluntad de su patrón invitándole a una excursión en su bote de vela.



Cuando en ausencia de su patrón pide usted a la central el número de Dora, y el que quiere es el de María.



Cuando fué el primero de su pueblo que se puso esa clase de calzones.

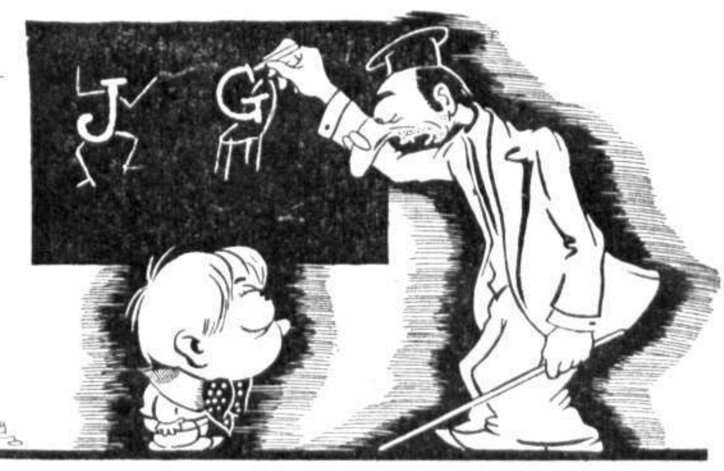


Cuando tiene usted un huésped muy distinguido instalado en el dormitorio para alojados.



Cuando le da usted a un mendigo un pantalón viejo de su marido, y una cría de ratas sale espantada de él.

ORTOGRAFIA PRACTICA
«SORDAO» SE ESCRIBE CON «L»



Las faltas de ortografía ajenas deben convertirse en lecciones provechosas. PASAGES PARA EUROPA. 32 PASAGEROS SENTADOS. ALQUILER DE CARRUAGES y otros rótulos parecidos se ven por ahí con demasiada frecuencia.

Sería lógico que se abusara de la «j» al representar los sonidos *je, ge, ji, gi*. Sin embargo, la gente prefiere abusar de la «g». Los chilenos han cortado por lo sano, y con bastante buen sentido. El gran Sarmiento era partidario de tal reforma ortográfica.

Los gramáticos sostienen que es necesario respetar el «uso de los abusos», introducido en la ortografía por la costumbre. Para ellos, escribir *jeneral* y *jeografía* constituye un pecado que no merece la absolución. El respeto a la etimología sobre todo, dicen, y se indignan contra los sistemas que buscan la mayor facilidad en la escritura.

Algunos aseguran que las dificultades ortográficas, vienen a ser las pruebas elegibles a todos cuantos deseen títulos de escribiente, escribano, escritor y grafómano. Si se suprimen los obstáculos, todos serán hidalgos de la escritura.

Por eso todavía tienen que luchar terribles batallas los innovadores en cuestiones ortográficas.

Como entre nosotros, gracias a esos escrúpulos, la «j» y la «g» nos hacen sudar tinta, voy a presentarles, lectores pacientes y curiosos, algunas reglas.

El armadijo que he ideado resultará ingenuo y a veces risible; mas no importa; la cosa es aprender.

EN LA ÚLTIMA SÍLABA SE BAILA LA JOTA; PERO HAY VOCABLOS ENFERMOS DE GOTA, QUE NO PUEDEN BAILAR LA DANZA ARAGONESA.

Carruaje, paisaje, paje, coraje, traje, forraje, peaje, gaje, pelaje, salvaje, encaje, etc., son infatigables bailarines. En cambio: *falange, laringe, faringe, auge, esfinge* y *ambages*, palabras de uso corriente; *compage* (enlace o trabazón de una cosa con otra), *estinge* (lechuza), *tinge* (especie de buho); *eringe* (cardo corredor); *enálage, paragoge, isagoge, metagoge* (voces gramaticales y retóricas difíciles de explicación) todas las cuales se usan, pero se dedican a «planchar» como niñas feas o pobres en sociedad recreativa. El río *Adige* (que se pronuncia *ádige*) las acompaña.

TAMBIÉN BAILAN LA JOTA LAS PERSONAS DE LOS VERBOS QUE TIENEN «J» EN EL INFINITIVO. *Trabajar, zanjar, alhajar, alejar.* Esto resulta fácil, porque nadie va a escribir TRABAGAR, aunque así lo pronuncia.

PERO LAS DE LOS VERBOS TERMINADOS EN IGERAR, GER Y GIR PADECEN DE GOTA, A EXCEPCIÓN DE *desquijerar, brujir, tejer y crujir. morigerar, aligerar, proteger, fingir, mugir, dirigir.*

Claro es que a veces, por razones fáciles de comprender, algunas personas de estos verbos bailan la jota. *Protejo, finjo, dirijo, muja*, y no *¡protego, dirigo!...*

Esto de *dirijo* y *dirija* ha dado nacimiento a una falta de ortografía burocrática muy en uso entre los «tinterillos» y entre los algunos «tinterones». *Tengo el agrado de dirijirme a usted*, es frase muy corriente en las notas y demás documentos oficiales.

HAY VERBOS QUE, SIN TENER GOTA NI JOTA EN EL INFINITIVO, PERMITEN BAILAR ALGUNAS DE SUS PERSONAS. *Aducir, conducir, deslucir, abducir, reducir, bendecir, decir, maldecir, predecir, contradecir, desdecir*, etc. *Condujo, conduje, maldije.* Tampoco necesito advertir que se escribe maldigo, *maldiga, desdigo, desdiga*, etc.

Junto al verbo *tejer*, única excepción bailarina de jota entre los terminados en *ger*, coloca la simpática palabra *mujer* sustantivo que parece todo un infinitivo.

LOS TERMINADOS EN «GEN» TAMPOCO BAILAN. *Origen, margen.* Les sucede lo mismo que a los *protegen, fingen, mugen*, de los verbos ya citados. Se exceptúa la palabrita *comején* que sirve para designar a un insecto neuróptero, blanco, de cinco a seis milímetros de largo, muy señor nuestro y bailarín de jota.

Y ahora tomemos respiración para emprenderla con otros desmanes de la «gota» y de la «jota».

BACHILLER





INVOCACION

¡Ah!, ¡la dulce añoranza de los días serenos!
¿Dónde estás, niña mía? Cual un vaho de rosas
me envuelve la nostalgia de tu amor. ¡Tantas cosas
quedaron sin decir! Y durmiendo en los senos

del pasado, aun aguardan los propósitos buenos...
¡Honda melancolía de las sendas umbrosas,
y el agua del estanque y las letras borrosas
grabadas en el tronco de los árboles, llenos

de pájaros!... «¡Ya es tarde!»... Dice el busto de yeso
carcomido. «Murió la flor... ¿a quién el beso?»
Y entre mis manos huye el tiempo que ya se ha ido.

¿Dónde estás, niña rubia? Sonrisa, beso, flor...
¡Y el alma siente un miedo, vago y fascinador,
de volver a vivir lo que ayer ha vivido!

TODA LA COPA

Atardecía. Estabas de blanco: una azucena...
No me acercaba a ti, como por miedo.
El tazón de la fuente, con un ledo
murmullo, rebosaba una canción serena.

De lejos te decía: «Eres pura, eres buena.
Tengo sed... y besarte ahora no puedo
por un sagrado, misterioso credo...»
Tú, comprendiendo entonces, respondiste a mi pena:

— ¡Bebe!... hundiendo en la fuente con presteza
la copa de tus manos... La cabeza
doblé: ya le ofrecías a mis labios profanos

el cuenco lleno, con fruición mimosa.
La tarde te bañó como en un sueño rosa...
¡Y todo el cielo me bebí en tus manos!





HERIDA D AMOR

El arquero divino nos hirió con su flecha.
Una rosa de gozo vertióse por la herida
sagrada, y apuramos toda tu copa, oh Vida...
¡Tanta pasión entró por la abertura estrecha!

Era el ardiente dúo y era la estrofa hecha
de un ansia palpitante, sollozante, sentida
hasta el fondo del éxtasis... Era como la ida
al paraíso, en alas del ensueño... ¿Qué brecha

fué jamás tan propicia y blanda en un combate?
Vencedor y vencido, con gloria y sin rescate,
y el ardor de la lucha terminando en un ruego.

Suprema excelsitud de amar y ser amado...
¡Y este dulce prodigio pudo ser realizado
por la gracia de un dios niño, y además, ciego!

ERNESTO MARIO BARREDA

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

LA HORA DE LA CITA

Aun me parece oir su rumor... Aun se moja
mi alma, por no sé qué llanto de alegría.
Rápida y silenciosa, de pronto aparecía,
cual un temblor de seda tras la frondosa hoja.

Y en mi ánimo triste, como la cuerda floja
de un arco, la pasión vibrando se tendía:
y era un grito de júbilo para decirle: ¡mía!
ya con la voz herida por la acerva congoja

de perderla!... ¡No sabes lo que vale el tesoro
¡de un ser, hecho de rosas y de oro,
que te comprenda, no te engañe ni te huya!

No sabes lo que vale, cuando desde su frente
hasta sus pies, late de amor... Y esta viviente
joya, se llama: una mujer... ¡y es tuya!



¡ADIOS!

Yo besaba la palma de tu mano
y la rosa de fuego de tu boca.
Y en la inquietud de amar — que no era en vano,—
la dicha de besar siempre era poca.

¡Oh, recuerdo tan dulce, tan lejano!
Una indecible pena me provoca...
¡En este mundo, demasiado humano,
la dicha es breve y la esperanza loca!

Yo besaba tus ojos... Pero cuando
entre mis brazos te arrojó, llorando,
el dolor de partir, de no ser mía

ya, sino desde muy lejanamente:
Aquella tarde te besé en la frente...
¡Sin poderme explicar por qué lo hacía!

SOMBRAS

Tú fuiste para mí como el divino huerto
cerrado y bien sellado, y a mi pasión rendido.
Y yo fuí como el barco que llega estremecido
de velas, y se duerme al arrullo del puerto.

Mas hoy te llamo en vano por el jardín desierto.
¡Nadie responde! Sólo el silencio a mi oído
le habla en secreto... Pienso, al caminar sin ruido,
si no seré una sombra o estaré acaso muerto...

Pero te busco, hasta te nombro. Me parece
que alguien me responde... ¿Un eco?... Algo se mece
tras un árbol... ¿Un velo?... Un resplandor solar...

¿Para qué voy ansioso? Si la voz de mi amada
no me espera. Si ya nada me espera, nada...
¡Y en un banco de piedra me tiro a sollozar!



ANECDOTARIO DEPORTIVO

El asunto del «amateurismo» en los deportes tiene por lo menos veinte años de vida. Ahora que debe discutirse en Praga, la «Eterna Historia», los viejos del deporte nos recuerdan hechos del pasado que se relacionan con el tema del día. Parece que en el football, se hará una limpieza enorme, pero los ingleses dicen que encontrarán aun «amateurs» entre los indígenas de Sud Africa. Y cuentan lo siguiente:

En la región de Cafres, años ha, un equipo de footballers, nativos de Ladysmith, debía encontrarse con el equipo de Harrismith, y por no tener fondos en caja, el consejo directivo resolvió que los jugadores recorrieran a pie los 96 kilómetros que dividían las dos poblaciones sud africanas... La hazaña se realizó y los footballers pedestristas ganaron el partido por tres goals a uno. Y como se disponían a volver a pie al pueblo de Ladysmith, unos entusiastas se cotizaron para entregar al equipo ganador el montante del viaje en tren...

Naturalmente, este sólo hecho representaba ya el primer paso rumbo al profesionalismo.

Los viejos automovilistas de Inglaterra fueron los primeros en estudiar a fondo el sistema de ruedas amovibles en los automóviles. Entre ellos, míster John Henry Thomas era el más entusiasta y fué quien llegó a fundar en Cardiff la Stepney Whest Co., que fué años después la más rica empresa del ramo. Su director llegó a ser millonario (en oro inglés) y presidía unas cuarenta sociedades comerciales.

Míster Thomas acaba de morirse. Los diarios han hablado de este activo comerciante y alguien ha recordado a sus lectores, que Thomas en su juventud era un ordenanza de un banco del cual debía ser más tarde el gerente principal. Como se ve, no sólo en la cartuchera de cada soldado hay un bastón de general.

Alain Gerbault, francés, es el «héroe» de la travesía del Atlántico en un bote de 9 metros de largo. Gerbault empleó 142 días para cruzar, solo, sin ayuda, el gran océano, y ganó el Gran Premio de la Academia de Francia. Su «exploit» era único, hasta pocos días ha, porque resulta, — según la historia — que otros habían realizado la temible hazaña. Parece que en 1903 en el mes de octubre el capitán L. Edsembrun con el bote Columbia, batiendo pabellón americano, atracó en Funchal, isla de Madeira. El bote medía seis metros de largo y el capitán había dejado Boston el 25 de agosto empleando 55 días para llegar a Madeira. Después de haber vencido dos tempestades en pleno océano, Edsembrun descansó seis días en Madeira y siguió viaje para Marsella.

Otro capitán, un tal Drake, también americano, intentó la travesía en 1918 con un bote de diez metros, pero había aplicado a su bote un motorcito de reserva. Cruzó el océano. Como se notará el *«exploit» de Gerbault no es* único, aun admitiéndole todo el valor, que en realidad tiene.

En el mes de febrero de 1895, treinta años ha, un gran cotidiano político parisiense publicaba en primera página una noticia sensacional que decía: «Desde quince años ha, el ingeniero Jeantaud estudiaba un coche eléctrico, y, finalmente, tras esfuerzos técnicos increíbles, ha llegado a presentar su vehículo a las autoridades comunales para pedir un permiso provisorio para circular en París».

El ministro, ingeniero Levy, concedió el permiso, y el coche eléctrico apareció — seguido por una multitud curiosa — en las calles de París.

«El aspecto del coche, decía el cotidiano parisiense, es muy parecido al del vehículo a petróleo, pero no hay sombra de mecanismo de carburador de lubrificación. Detrás del asiento hay 21 acumuladores con una minúscula dínamo. La dirección es a dos manos; hay también un freno de pie que acciona de acuerdo con la distribución eléctrica. Y es todo, concluía el diario de París.»

El coche eléctrico podía recorrer unos treinta kilómetros... nada más.

En Norteamérica ha de haber un código especial para los boxeadores... y tan especial ha de resultar su aplicación, que muy a menudo no se resuelven los casos más fáciles.

Parece que un púgil, un tal Glicken, debía encontrarse con otro boxeador de nombre Ben Súllivan en un match de diez rounds. Un público enorme, lleno de entusiasmo, se había dado cita en el local donde se efectuaría el encuentro, y la propaganda daba su resultado bajo la forma de entradas a precios exagerados.

Los dos rivales, como anunciaba el cartel de propaganda, se presentaron al público, y poco después iniciaron el combate.

A los 47 segundos, Glicknen, con una derecha, expide a Súllivan, quien cae dormido... El árbitro empieza a contar; a los siete segundos Súllivan se levanta, mira al público, sonríe a Glicknen, y, sin recibir otro golpe, se acuesta tranquilamente... declarándose, de *«motu proprio»*, K. O. El árbitro interviene con energía, y, sin perder un segundo de tiempo, descalifica a Súllivan. El público, que protestaba, amenaza al empresario; empiezan a volar las sillas, los silbidos se cruzan, las luces se apagan.

A los diez minutos Súllivan, que ha sufrido el K. O voluntario... se presenta al público y declara que al *fenecer los otros* matchs de secundaria importancia enfrentará otra vez a su temible rival Glicknen.

Sabemos que, por principio, el hombre es algo... materialista. En el inmenso hall, la gente sacó la cuenta de cuánto había pagado, y, con la promesa de Súllivan, quedó conforme.

A la media noche, los dos boxeadores se presentan otra vez. Y el match dura esta vez hasta el sexto round, en el transcurso del cual es Glicknen quien, con un golpe bajo, provoca las protestas de Súllivan... y un griterío enorme en la sala. El árbitro interviene, y esta vez la descalificación toca a Glicknen.

La comisión busca el código y sanciona... y resultó que Glicknen, que puso dos veces K.O. a Súllivan, no tocó la parte que le pertenecía.

PEDRO DE VAGLIERANO

Concurso de Belleza Femenina

En el número próximo publicaremos los nombres de las personas que formarán el jurado que ha de elegir las más bellas.

Dado el considerable número de fotografías recibidas, muchas de ellas en malas condiciones, encarecemos a las concurrentes que envíen el mejor retrato que posean.

En breve daremos a publicidad un interesante reportaje efectuado por nuestro enviado especial, Vizconde de Lascano Tegui al primer ministro italiano, honorable Mussolini.

L'ON. MUSSOLINI RICEVE IL CORRISPONDENTE DI "CARAS Y CARETAS"

Il Presidente gli consegna un autografo destinato alla rivista argentina

ROMA, 18 (Austral) — S. Ecc. il presidente del Consiglio, On. Mussolini, ha ricevuto in udienza il visconte Lascano Tegui, corrispondente dall'Europa della nota rivista di Buenos Aires "Caras y Caretas".

L'On. Mussolini ha consegnato al Visconte Lascano Tegui un interessante autografo sulla sua vita di giornalista dedicato all'autorevole rivista argentina.

Telegrama publicado por nuestro colega "Giornale d'Italia" de esta capital, en el cual se anuncia la visita hecha por nuestro corresponsal al señor Mussolini y la entrega de un autógrafo especial para "Caras y Caretas".

En nuestro próximo número comenzaremos la publicación de la intensa novela titulada: "LA MANO CORTADA", original del difundido y celebrado escritor Dr. Gustavo Martinez Zuviría.

Príncipe



SHAKESPEARE es un creador de hombres, y de mujeres, y también de monstruos. No hablo de Lady Macbeth ni de Ricardo III, ni siquiera de Calibán. Este deforme y repugnante Calibán es el hijo de una bruja y no es de extrañar, por lo tanto, que sea un borracho perdido, un desalmado ingrato, y que tenga las piernas parecidas a las aletas de un pescado. Es un diablo de ínfima categoría.

Pero el príncipe Hamlet, que no es hijo de bruja sino de rey, y que no es, al parecer, un malvado, sino un hombre de bien, revela instintos más diabólicos que los de Calibán. Es mucha creación la de ese enigmático príncipe de Dinamarca vestido de negro como un joven cuervo. Unos dicen que era loco; otros que no. Mejor sería que lo hubiera sido de remate en el caso sobre el que vamos a discutir.

Todos sabemos que vengar el asesinato de su padre fué el motor de los actos de ese personaje. Buscaba la ocasión de matar a su tío criminal, en cumplimiento de la orden que había recibido de una sombra o espectro que se le apareció, y que era, o no, el del rey muerto. El no estaba seguro. Y tan no lo estaba que se pasaba las horas dando y cavando en recoger informes y en hacer experiencias para cerciorarse de si lo que había visto en la explanada del castillo era o no su padre muerto; observaba, preguntaba, y, por fin, como prueba experimental, hacía que unos cómicos, en presencia del rey y de la reina, su madre, representasen la escena del asesinato. El efecto que ella produjera en los reyes sería la prueba decisiva de la realidad del aparecido y de la verdad del crimen de aquellos.

Y he aquí que, que más o menos convencido por el efecto de la comedia, la ocasión se le presenta por fin: el nuevo rey, el asesino, está allí, de rodillas, rezando. Hamlet desenvaina la espada, se acerca sigilosamente, se detiene y dice:

«La ocasión es propicia; ahora que está rezando... sí... pero entonces se va derecho al cielo... ¿Y es esa la venganza que yo quiero tomar de él? He aquí algo que merece reflexión. Un malvado mata a mi padre, y yo, el hijo único del muerto, envío al cielo a ese mismo malvado... Eso sería recompensarlo; no castigarlo... ¿Sería vengarme del asesino de mi padre el inmolarlo en el momento en que purifica su alma, y cuando está preparado para el viaje postrero? No; entra en tu vaina, espada mía, y espera el momento de herir con golpe más terrible: cuando esté borracho, dormido, o presa de la cólera, o hundido en los placeres de un incestuoso lecho, o absorbido en el juego, o con la blasfemia en los labios... Entonces hiérelo, a fin de que vuelva la espalda al cielo, y que su alma quede tan condenada y negra como el infierno a que irá a parar.»

Esa idea no es la de un loco, como se ve; ni la de un incrédulo.

Calibán, el hijo de la bruja, con ser nieto del diablo, no hubiera tenido pensamiento más diabólico, ni tan diabólico.

Caras y Caretas comienza con la publicación de este artículo una serie





II

CONOZCAMOS ahora un cuento, un caso, mejor dicho, perfectamente auténtico, donde conoceremos un carácter que no está entre los de las humanas criaturas que amasó Shakespeare, aunque hubiera podido estarlo.

El caso ocurre en esta mi tierra del Uruguay, tan distante del reino de Dinamarca.

Un hombre de nuestros campos, un *gaucho* llega a caballo, a gran galope, a la casa del cura de un pequeño pueblo, cuyas blancas azoteas se desgranan en la colina verde, rodeada de muchas otras desiertas. Sin desmontarse, golpea con el mango del rebenque en la puerta. Viene a pedir asistencia o socorro espiritual para un moribundo, con urgencia. Aun no ha aclarado; las dos primeras partes de la noche se han ido; sólo queda un resto de la tercera; las estrellas se inclinan, y las del horizonte, la cruz del Sur, el Alfa del Centauro, comienzan a diluírse en el cielo. A la luz de las cenitales, Sirio, Cánope, las tres Marías, el gaucho y el sacerdote, que ha montado a caballo, galopan, como sombras, en la semiobscuridad. Las cosas van pasando, una vaca que rumia en la loma; un gran pájaro blanco, dormido al borde de una barranca; un árbol en la soledad, la ruina de un rancho de tierra negra, una tapera. Ya no se oye el ladrido de los perros que dejaron detrás, en las inmediaciones del pueblo; se cruzan soledades.

El gaucho guía hacia el monte, que se ve aparecer allá abajo, entre las colinas ondulantes. El sacerdote lo sigue; pero cuando advierte que han penetrado en los primeros árboles del monte inhabitado, se detiene y mira receloso a su conductor. Por allí no se va a ninguna parte...

— No tenga miedo, padre... Un poco más allá... ¡Allí está! ¿No lo ve?

Allí estaba, efectivamente, en el suelo, un hombre inmóvil, boca arriba, con la cabeza hacia atrás como si llamara, con los ojos muy abiertos, pero fríos como si fueran de esmalte. La mirada acababa de irse de allí.

El gaucho, sin apearse, miró a éste algunos instantes y se echó, por fin, lentamente, el *poncho* sobre el hombro izquierdo, sin separar la mirada del caído, como para convencerse de que ya no se movía, sacó del cinto de cuero claveteado de chapas de metal, una moneda de plata, y se la extendió al sacerdote diciéndole: Tome, Padre... Dígame una misa por el alma de ese difunto... Yo lo maté...

Y al trote de su caballo, lentamente, se internó en el monte. Fué a esconderse de la justicia humana.

El sacerdote, de rodillas junto al muerto, siguió al jinete con los ojos...

Ese gaucho es un santo al lado tuyo, príncipe Hamlet, diabólico personaje, negación de toda misericordia. El es un héroe de caridad.

Tú no eres un loco; ves en la sombra, gato negro, vampiro infernal, espíritu asesino...



de ellos, escritos por el ilustre y vibrante periodista y literato uruguayo.

Semana Santa sevillana

Las primeras procesiones

El Domingo de Ramos salen procesionalmente las primeras cofradías.

El sol llena de luz la ciudad poniendo reverberaciones sobre todos los contornos, esfumándolos.

Comienza la gente a marchar hacia el centro por donde pasan, unas tras otras, las cofradías, como un hormiguero humano, llenando todas las calles y plazas.

Súbitamente vemos al primer nazareno que se dirige a la iglesia de donde ha de salir su hermandad. Lleva el capuchón levantado y fuma un enorme puro.

Le acompaña el indispensable amigo del nazareno, un tipo singular de las cofradías, para quien el mayor orgullo estriba en ir al lado del amigo nazareno y acudir presuroso a la satisfacción de sus menesteres.

Nuestra alegría es extraordinaria cuando vemos pasar al primer nazareno. Nos creemos más sevillanos, porque ha llegado la Semana Santa y Sevilla es entonces más Sevilla que nunca.

Comienzan a pasar las cofradías y a aumentar el bullicio y la animación.

Las voces de los clarines suenan a marchas triunfales, y el incienso embalsama los aires que llegan cargados de luz y de calor.

De Triana viene sobre el ancho puente del río, envuelto en resplandores, el Cristo de las Aguas, clavado en la Cruz. De la honda herida de su costado mana un reguero de sangre que recoge en un vaso de oro un ángel purísimo.

La gente forastera se extraña de que en Domingo de Ramos salga en procesión un Cristo clavado en la cruz; porque no sabe que las cofradías, en su salida, guardan un riguroso turno de antigüedad y son las más viejas las que han de hacer estación primero.

De ahí el anacronismo que se nota.

La plaza de San Francisco rebosa de gente. Los extranjeros y las familias más acomodadas de España llenan las tribunas.

Por la acera de la Audiencia y por la calle que se abre entre las tribunas, discurre el público para entrar y salir por la calle Sierpes, y para ir y volver a la Catedral, como un río humano que se desborda.

Los niños entretienen sus vivos afanes por ver llegar la primera cofradía comiendo dulces y corrucos.

También juegan y se divierten con globos de goma de color azul, verde, carmín, frágiles y relucientes.

A veces se descuidan un niño y otro y otro, y los globos se les escapan hendiendo los aires en plena libertad.

Para la gente el chasco constituye una alegre diversión que subraya con sonoras risas.

En el gran recinto de esta plaza se dan cita gentes de todo el mundo constituyendo su conjunto un extraño abigarramiento de razas, colores y modas.

Ya de noche pasan por la plaza de San Francisco las cofradías, cuando lucen con el mayor esplendor.

Y el espectáculo es maravilloso.

El torrente de luz de los *pasos* inunda la plaza de centelleantes fulgores, y las músicas, de sonoridades profundas.

Cuando pasan las imágenes todo el mundo se pone en pie para mejor admirarlas. Y clamores de alabanzas se extienden por todo el ámbito, también con sonoridades clarísimas.

Terminadas las procesiones del día, la gente regresa a sus hogares o alojamientos, con mayores deseos aún de que lleguen más pronto los otros días de más numerosas y ricas procesiones: el martes, miércoles y jueves, por la tarde y madrugada, y viernes, en los que no se cesa de admirar *pasos* en las calles y de escuchar clarines y *saetas*.

La última nota típica que se ofrece a nuestro gusto en la noche del Domingo de Ramos es ir a presenciar el retorno y recogida de la cofradía de San Juan de la Palma, en su iglesia del barrio de la Feria.

Todas las calles que conducen a la parroquia se ven llenas de gente que, al llegar a la placita frontera, se agolpa y apiña.

El momento de entrar en la iglesia el *paso* de la Virgen de la Amargura, hermosísima imagen, a la que acompaña otra de aún mayor valor artístico — la de San Juan — es hondamente emocionante.

La gente del barrio prorrumpe en vivas atronadores y en plegarias sentidas.

Las cadencias de mil *saetas* llenan los aires, exaltando en los corazones los más puros sentimientos, y arrancando doloridas lágrimas a los ojos.

Y al quedar en silencio la iglesia, la gente se extiende por la ciudad, por todas las calles y en todas las direcciones como un mar dilatado...

I [illegible] ROMÁN

Dos dramas vistos al través del microscopio

Medio oculto entre la intrincada vegetación de la serena y turbia laguna había un ser de aspecto tan imponente, que, al mirarlo, causaba un escalofrío de horror.

Su cuerpo, pulposo y grisáceo, se enderezaba al moverse, sostenido por ocho largos brazos, algo parecidos a los de un pulpo gigantesco, pero mucho más terrible, porque, en lugar de ventosas, tenía centenares y centenares de agudos dardos, que inyectaban mortífero veneno.

Entre las ramas donde acechaba el monstruo apareció, andando a saltos, otro ser de pesadilla. Se parecía a una enorme langosta sin pinzas, y su cuerpo era de transparencia tal que se veía latir el corazón en su interior.

Acercóse, inconsciente del peligro, rozó un tentáculo de su enemigo y se encogió instantáneamente; mas por rápido que fuera el movimiento, el monstruo fué más rápido todavía. Como un relámpago alargó otro tentáculo, tocó y asió. Siguió una lucha tremenda; pero la víctima cedió en seguida, porque no podía hacer nada contra el veneno que se mezclaba con su sangre, y, en menos tiempo que se tarda en contarlo, el monstruo devoraba la presa.

El segundo drama se desarrolló en una fuerte corriente de líquido obscuro que se deslizaba entre estrechas y rugosas paredes. Esta corriente arrastraba a un ser sin cabeza, sin cola y sin color, que a veces parecía una gran serpiente y a veces un tronco de árbol sin ramas, porque cambiaba de forma según se movía. Era un ser espantoso, imponente, porque sólo le animaba el propósito de destruír. Buscaba, sin duda, algún remanso de la corriente para dedicarse a su siniestra obra. De pronto chocó con una cosa blanca, viviente, que apareció de improviso, como si hubiera sido creada en aquel instante. La masa blanca era también un ser casi informe, pero tenía que cumplir una misión buena en la vida. Era un destructor de destructores. El Terror trató de escaparse para poder realizar su odiosa tarea de envenenar la corriente. Pero el Destructor cayó sobre él, y su blanca masa envolvió al enemigo y lo devoró.



El pasajero. — ¿Pero cómo consiguió usted su permiso de conducir automóviles?
El "chauffeur". — El oficial examinador me lo dió sin examen, porque me tuvo miedo...

Los incidentes descritos más arriba se desarrollaron... bajo el maravilloso ojo del microscopio. El primero, en una gota de agua de charca. El pulpo era una hidra de tamaño no mayor que la cabeza de un alfiler, y su víctima, una pulga de agua.

¿Quiénes eran el Terror y el Destructor del segundo drama? Su encuentro ocurrió en una vena; el corpúsculo blanco exterminaba a un mortífero microbio.

DISCOS-DOBLES NACIONAL

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Discos dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

DUO GARDEL - RAZZANO

Con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO-BARBIERI

18120 { **SENTIMIENTO GAUCHO. Tango. Solo Gardel. Caruso-Canaro,** Primer premio del gran Concurso de tangos del Grand Splendid Theatre.
Añorando. Tango. Solo Gardel. L. C. Spinetto.

18116 { **La mina del Ford.** Tango. Solo Gardel. Maroni-Contursi.
Machaza mi suerte. Zamba. Dúo. Maroni-Pracánico.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00.

ROBERTO FIRPO - Orquesta Típica

0322 { **La princesita.** Tango. José Laina.
Si esta mujer fuera mía. Maxixa. X. X.

FRANCISCO CANARO - Orquesta Típica y Jazz Band

4048 { **Vencida.** Tango. Típica. Juan Maglio.
Turquesa. Shimmy. Jazz Band. Eduardo Pereyra.

ELEUTERIO YRIBARREN - *American Jazz Band*

8052 { **Oh, Susana.** Fox Trot. José Bohr.
Dominguito. Pasodoble. J. M. López.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25.

IGNACIO CORSINI - Con acompañamiento de 3 guitarras

18127 { **Los carreteros.** Canción campera. Martín Castro.
El centenario. Estilo. Charras - Firpo.

Visite el pabellón del Disco Doble "NACIONAL" en la Exposición de la Industria Argentina.

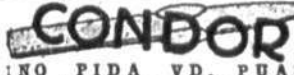
CREDITOS

SOLICITE INFORMES





VALIJA PARLANTE N.º 502..... $ 75

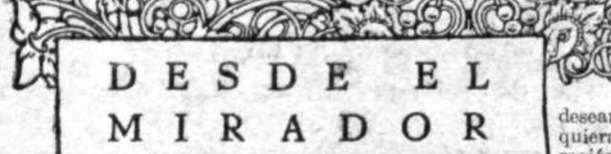


¡NO PIDA VD. PUAS! PIDA "PUAS CONDOR"
¡No es la mejor, es la única! En cajitas de 200, $ 1.-.

VALIJA PARLANTE N.º 503, $ 87

FONOGRAFO "REFLEX" PORTATIL N.º 501 .... $ 95





DESDE EL MIRADOR

EL CARNAVAL LARGO Y LA ALEGRIA TRISTE..

Las colgaduras luminosas y los perifollos carnavalescos prosiguen pendientes en la Avenida de Mayo, formando ya no arco triunfal o túnel fantasmagórico a las comparsas faranduleras, sino al tráfico de la vida urbana regular.

¿Por qué se obstinan esos adornos de la feérica gran vía porteña en seguir dando una apariencia, un disfraz de jolgorio popular a la gran cosmópolis del trabajo y de la acción fecunda? Pues sencillamente porque las carnestolendas no han terminado. Se trata de corsos adicionales con pretexto de la media cuaresma y de no se sabe qué otras razones, y continuamos en plena diversión, en plena apariencia de diversión, que es más grave...

¿Quién diría, al contemplar las vistosas colgaduras fulgurantes y policromas, que la ciudad no se obstina en los festejos? Los extranjeros que nos visitan durante estos días no han de recibir la sensación del centro laborioso que es Buenos Aires, sino que se irán creyendo que, en efecto, este es «el París del nuevo mundo» con todas sus aparatosidades regocijadas.

Se diría asimismo que los festejos populares han estado rebosantes de buen humor; que la alegría ha corrido por esas calles como el agua del cielo cuando cae en lluvias de oro. Se pensaría que las fiestas han sido tan intensas y desbordantes que fué preciso alargarlas, respondiendo así a un deseo público, plebiscitario y aplastante.

Pero nada de eso ha sucedido. El Carnaval ha estado bastante pulcro; pero poco concurrido y limitadamente alegre. Lo hemos atestiguado en la Avenida de Mayo. En cuanto a los bailes de disfraz de los teatros, ¿habrá quién se atreva a decir que han sido alegres?

Pocas reuniones hemos visto donde la melancolía se haya mostrado tan pesada como en la mayor parte de los bailes dichos. ¡El baile de Carnaval es fúnebre entre nosotros! Hay que decirlo *así, secamente*. Las caras que se hacen los bailarines son de una inenarrable dureza. Los rostros sonrientes de las mujeres y los expresivos de los hombres se tornan de palo al bailar en esos torbellinos de la carnestolenda. No hay nada tan triste — en síntesis — como la alegría de nuestros bailes de disfraz.

Y hemos pensado en Renán, que decía: «Un peuple gai est le meilleur des peuples. Ce qu'un peuple donne à la gaieté, il le prend presque toujours sur la méchanceté».

EL ENCANTO DE LOS AUTOBUSES...

Los autobuses, que cada día son más numerosos en nuestras calles, tratando de aprovechar y remediar el tráfico intenso de esta población dinámica y febricitante, van haciéndose acreedores a crecientes comentarios. Ello es perfectamente lógico.

Pero lo malo es que los comentarios no pueden, ni con muy buena voluntad, ser optimistas y halagadores, sino por el contrario acres y hasta descompuestos como cuadra a quienes se ocupan tenazmente en el verdadero progreso de las comodidades del país.

Los autobuses que actualmente ruedan por la memetrópoli son muy sucios en su mayoría. La educación de los empleados que los manejan deja muy mucho que desear. Paran y siguen cuando les place, sin que siquiera las mujeres les merezcan un poco de consideración. ¡Nada! Hay que ser deportistas para servirse de los autobuses, y además tener las glándulas pituitarias completamente anquilosadas.

¡Ah! No son raros los *motormen* o conductores que comen *sandwiches* en plena carrera y con gran habilidad. Esto, evidentemente, lo hacen muy bien...

¡AVE! ¡ALESSANDRI!

La próxima llegada del doctor Alessandri a Buenos Aires, de regreso a su patria, después de una importante y emblemática jira por Europa, merece señalarse con piedra blanca.

El presidente constitucional chileno, personificado por el gran demócrata y repúblico, es digno de todo respeto, y su paso debe ser saludado con el entusiasmo efusivo de los espíritus libres y disciplinados que saben que sólo la obra de la democracia dentro de las leyes civiles podrá encaminar a nuestras jóvenes nacionalidades hacia sus legítimos destinos.

El doctor Alessandri es el exponente de una superior cultura política que ha logrado reaccionar en la nación hermana; y nosotros nos inclinamos a su paso como ante el de un verdadero triunfador en las lides de la consciencia pública y civil.

PEQUEÑOS INCENDIARIOS

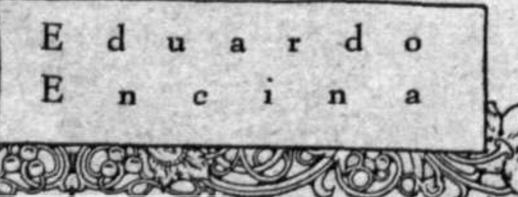
El delito de incendio es severísimamente punido en los códigos de todas las naciones. Esta es una premisa tan sólida como una columna corintia. En cambio no son tan sólidos los *sombreros* de las señoras que suelen recibir cigarrillos encendidos arrojados desde el balcón a la calle o a la vereda por imprudentes fumadores.

Si bien se observa — como lo hemos hecho nosotros — son frecuentes y numerosos los casos en que fumadores inconscientes, muy poco dignos de residir en una urbe civilizada, tiran las colillas encendidas por los balcones, sin que les importe un bledo el ojo, la cabeza, el regazo, donde pueden caer. Los que van por la calle... ¡Allá ellos! Los enemigos de la salivadera no tienen piedad; pero eso no quiere decir que no incurran o puedan incurrir en el delito que hemos nombrado al principio.

EL VERDADERO MAL DE LA EPOCA

El mal de San Vito — aunque tal vez un poco más rítmico, a pesar de las *jazz bands* — constituye la enfermedad cada día más aguda de nuestro tiempo y de nuestro país. Se baila con pretexto de todo, a todas horas y en todas partes. Nuestro elegante balneario de Mar del Plata ya no es sino un enorme campo de baile. Se danza comiendo, conversando, bañándose y posiblemente hasta durmiendo.

En Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica también se baila mucho y no pocos escritores, filósofos, sacerdotes, legisladores y sociólogos han manifestado su alarma sobre la enfermedad. Pero hay que confesarlo: entre nosotros el baile sobrepasa los límites y las proporciones que ha alcanzado en las regiones nombradas, y ya sólo nos falta danzar en los entierros y en las iglesias. ¡Esto es demasiado tanguear! Créanlo ustedes jóvenes trompos y jovencitas perinolas...



Eduardo Encina



PARIS



FLORAMYE

Polvos de Tocador
y Loción

Exhalan el delicioso aroma de frescas flores.

Los Arabes

El que desee conocer a fondo las primitivas andanzas árabes, indudablemente quedará tan poco enterado de ellas como si se deseara conocer la de la China. Esto no obstante, no se puede dudar de que los árabes tenían importancia mucho tiempo antes de venir al mundo Mahoma. Los mismos judíos confiesan que Moisés se casó con una doncella árabe y que su suegro Jetrho era un hombre de muy buen sentido.

Se cree que la Meca es una de las ciudades más antiguas del mundo: y prueba su remota antigüedad, el que es imposible que haya otra causa que la superstición para fundar una ciudad donde la Meca se fundó. Es un desierto de arena, en el que el agua es salobre y donde hay que morir de hambre y de sed. El territorio, a poca distancia hacia el Oriente es uno de los más deliciosos del mundo, el más regado y el más fértil; allí es donde debieron fundar la ciudad. Pero bastó que un charlatán, un tuno, un falso profeta defendiera sus teorías, para convertir la Meca en sitio sagrado y en punto de reunión de las naciones inmediatas. De ese modo se edificó también el templo de Júpiter Ammón en terreno solitario y arenisco.


Un escritor al centímetro luchando por redactar un telegrama carísimo.

La Arabia se extiende desde el desierto de Jerusalén hasta Adén, hacia el grado 15º, en dirección del Nordeste al Sudoeste. Es un país inmenso, casi como tres veces Alemania.

Es probable que las aguas del mar hayan traído sus desiertos de arena y que sus golfos marítimos fueran tierras fértiles en otros tiempos. Lo que parece una prueba de la antigüedad de dicha nación es que ningún historiador dice que haya sido subyugada nunca.

Ni la subyugó Alejandro, ni los reyes de Siria, ni los romanos, sino que, por el contrario, los árabes subyugaron a muchos pueblos, desde la India hasta el Garona; y perdieron luego todo lo conquistado, se retiraron a su patria y ya no volvieron a mezclarse con los demás pueblos.

Nunca fueron esclavizados ni confundidos con las demás naciones; y es más que probable que conserven sus costumbres y su lengua.

De modo, que el árabe es en cierto modo la lengua madre de toda el Asia, hasta la India y hasta el territorio que habitan los scitas, suponiendo que hayan efectivamente lenguas madres, porque yo creo que solo hay lenguas dominantes.

El genio de los árabes no ha cambiado. Todavía inventan «Mil y una noches», como en los tiempos en que los judíos, sus hermanos de raza, inventaron un jefe que les hacía atravesar el Mar Rojo con tres millones de hombres, de mujeres y de niños; que detenía, con su varita mágica, el sol y la luna, que hacía surgir fuentes de vino, y trocaba los hombres en serpientes cuando le parecía.

La nación que vive aislada, cuya sangre no se mezcla, no puede cambiar de carácter.

Etimología de los meses

En esto, como en tantas otras cosas, somos los hijos de los romanos, y los nietos de los griegos. Los meses del año derivan sus respectivos nombres de aquéllos, cuyo calendario principiaba antiguamente con el mes de marzo. Posteriormente, dos meses más fueron añadidos, los que conocemos con los nombres de enero y febrero.

La palabra «calendario» se deriva del verbo griego «Kalend», proclamar. El gran sacerdote acostumbraba congregar al pueblo en el Capitolio con ocasión de cada luna nueva, y era entonces cuando se proclamaba el nuevo mes.

El nombre de enero fué dado con objeto de conmemorar al dios de las dos caras: Janus; y dada esta etimología, los ingleses parecen, a pesar de su origen anglosajón, más proximos a los latinos que nosotros, pues al mes de enero lo denominan «January». Marzo se deriva de del Dios de la guerra, Marte. Abril proviene del verbo «aprilis», que significa «abrio», por corresponder a la época de la eclosión de las plantas, después del letargo invernal. Mayo tomó su nombre de Maia, la madre mitológica del dios Mercurio, a quien se ofrendaban sacrificios en los días primeros de este mes.

Igualmente, Junio fué el nombre impuesto al mes dedicado al dios Juno.

Julio fué llamado así en memoria de Julio César, y agosto, en honor del emperador Augusto, pues parece ser que éste era su mes favorito.

Los meses restantes toman sus nombres del orden cronológico en el calendario romano. Así, septiembre proviene de «septimus», o séptimo; octubre significa el octavo mes; noviembre, el noveno y diciembre, el décimo.

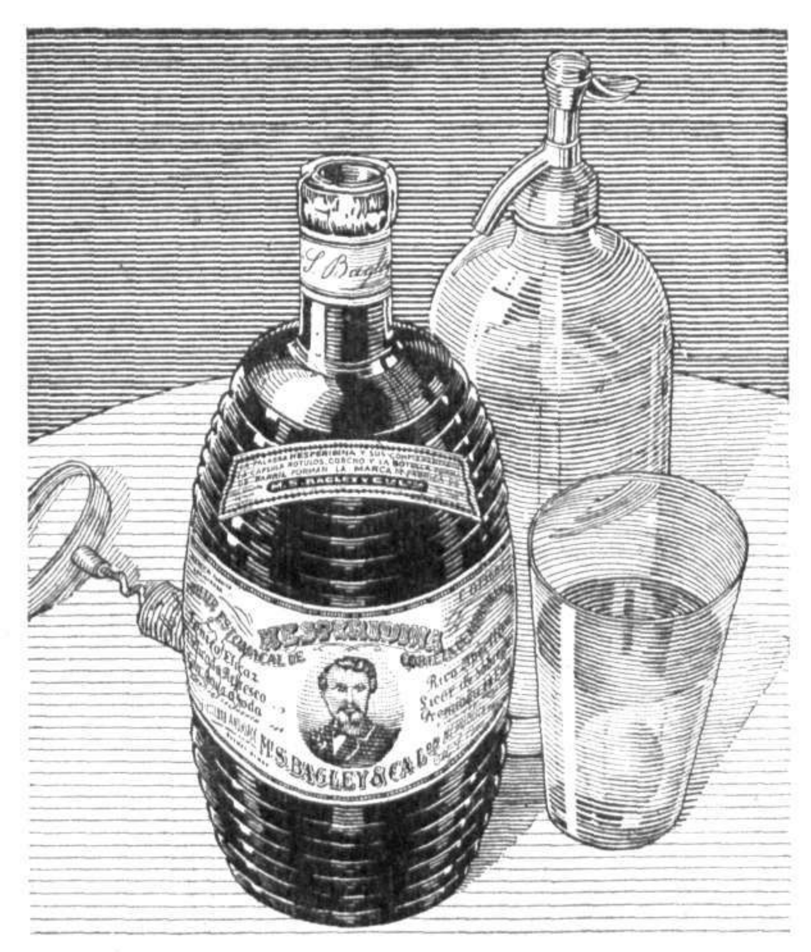

— Vea, conductor: he llegado tarde para despedirme de mi hermana, bésela en mi nombre y ¡dígale adiós por mí!

La rata animal sagrado

La «Ciclopedia de la India», dice que el dios indostánico Ganeas, va casi siempre acompañado de una rata, en la cual cabalga con frecuencia, y que los indostánicos consideran al repugnante roedor como a un animalito dotado de singular prudencia, previsión e inteligencia, en lo cual no están equivocados. Como compañera y favorita de una divinidad, la rata recibe, aunque indirectamente, parte del homenaje y adoración otorgados al dios Ganeas.

En Deshnoke Bikamir, existe un templo dedicado exclusivamente a la rata sagrada de Ganea, y en cuyo recinto viven ratas mantenidas a mesa y mantel por la munificencia de los devotos del dios ratonil.

En la puerta principal del templo, entrando a la izquierda, se encuentra el recinto o jaula destinado a las ratas, las cuales viven tranquilamente devorando con gran avidez las ofrendas de los fieles, sin prestar gran atención a las adoraciones de que son objeto.



La bebida preferida de nuestros abuelos sigue hoy deleitando los paladares.

Hace más de 60 años que Hesperidina, la tradicional bebida argentina, prodiga ese riquísimo e inimitable sabor corteza de naranja, que tanta preferencia le ha dado en los hogares.

Hesperidina hace de las comidas un placer. Preparada con soda o en cocktail, constituye el aperitivo más sano, agradable y estimulante que se conoce.

Tomada sola, como licor, Hesperidina es de una finura y delicadeza sin igual, por su moderado porcentaje de alcohol.

Se vende en botellas de 3/4 de litro y 1 litro.



HESPERIDINA
BÁGLEY

A PUNTA DE



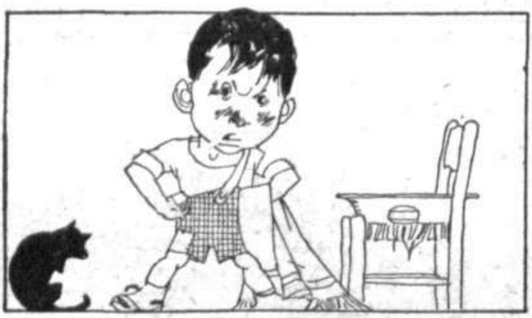
EL CORSO DEL DOMINGO

— Este es un corso de fanta ía.
— No me explico que hace aquí una mujer tan fea.
— Viene a ver si encuentra novio. ¿Le parece poca fantasía?



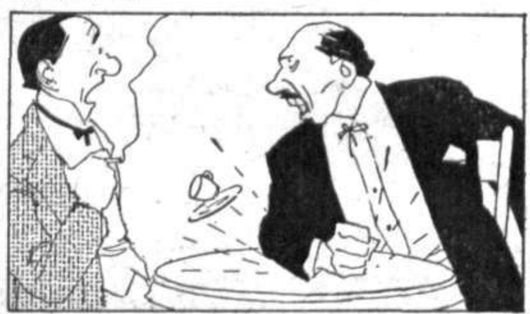
LA FAMA

— ¿Quién es ese que va en motocicleta? ¡Qué ruido mete!
— El pintor Sancocho.
— No le he oído nombrar nunca.
— Es un hombre que mete más ruido con su motocicleta que con sus cuadros.



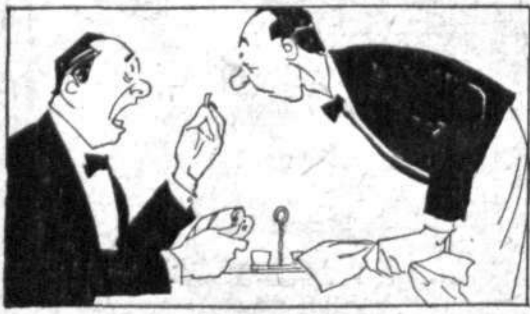
REFLEXIONES DE UN ESCOLAR

— ¿Por qué se empeñarán en lavarme la cara y las manos, antes de ir a la escuela? De todas maneras, en la escuela es donde me las mancho de tinta.



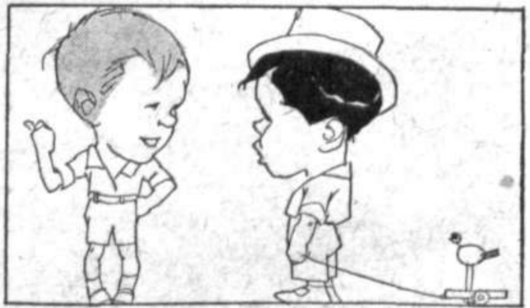
INVENTORES

— A mí no me admitieron en la exposición industrial y eso que soy inventor del aceite de ladrillo.
— Son unos envidiosos. A mí tampoco me admitieron y eso que he inventado más que usted: el aceite de ladrillo sin ladrillo.



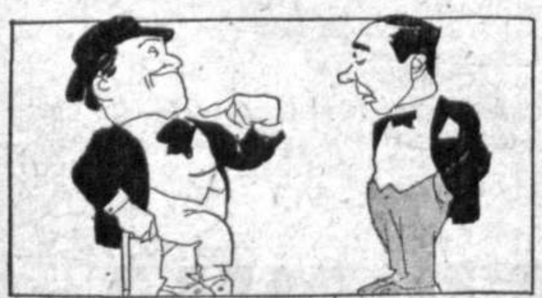
LA ESPERANZA

— El pan está lleno de cuerpos extraños. He encontrado en él trocitos de papel, de arpillera, de alambre... ¡Es un escándalo!
— Tenga paciencia. Puede ser que encuentre en él un bono de ahorro.



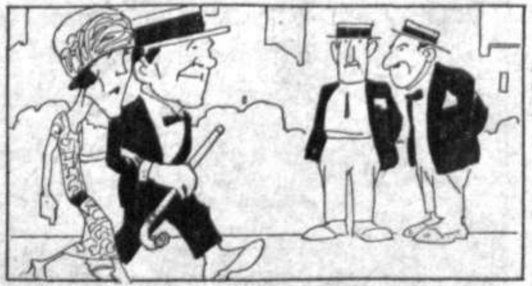
UN PRECOZ HOMBRE DE NEGOCIOS

— Mi papá me da veinte centavos cada día para que tome ese remedio que sabe tan mal.
— ¿Y lo tomas?
— No; le doy diez centavos a mi hermanito y él lo toma por mí.



LOS GRANDES PIANISTAS

— Anoche, en casa de Zulema, oltuvimos un gran éxito Enrique y yo.
— ¿Y qué tocaron?
— Interpretamos a Mozarl, a dos manos y un dedo. El del dedo era yo.



A MEDIAS

— Es partidario de las cosas a medias. Ahí lo tiene llevando al corso de mediacuaresma a su media naranja.
— Pues ella está flaca del todo.
— Es que la tiene a media ración.

L A P I Z, Por Valdivia



EN EL MINISTERIO DE I. P.

El empleado. — El señor X pide un puesto en...
Sagarna. — Mándele un discurso.
El empleado. — Y a la persona que recomienda al señor X ¿qué le contesto?
Sagarna. — Mándele otro discurso.



EN LA CASA DE GOBIERNO

Gallo. — Si ganamos en Córdoba, mandamos la intervención a la provincia de Buenos Aires.
Alvear. — *¿Y si ganan los otros?*
Gallo. — Entonces esperaremos un poco. Podremos mandarle una intervención de Cuaresma.



EN LA AVENIDA

— Ese es el palco del Concejo Deliberante.
— Nunca lo hubiera creído; no se oyen palabrotas.



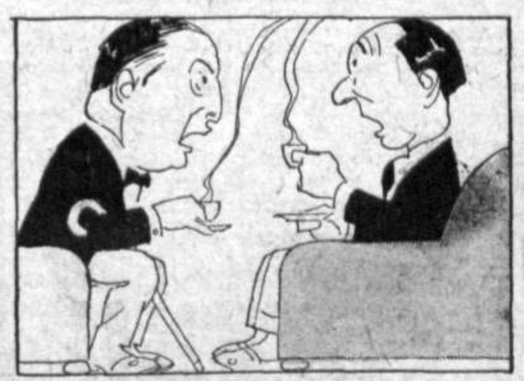
EN LA PLATA

— ¿Y usted no ha ido al corso, señor Cantilo?
— No; querían que me disfrazase de intervenido, y como no me gusta el disfraz me quedé en casa.



EN CORDOBA

— Usted es el vicepresidente de la república y no debe hacer propaganda política.
— Si yo fuese el vice llevaría el bastón y la banda. A ver ¡qué me registren!



EN LA INTENDENCIA

— La avenida costanera, pese a quien pese, será continuada por Noel.
— ¡Ah, Noel!
— Y, pese a quien pese, la terminará en el Tigre.
— ¡Ah, tigre!

El celibato sacerdotal

Las primitivas religiones, antes que prohibir, inducían al matrimonio a sus sacerdotes, ejemplo que dieron los patriarcas del pueblo hebreo, en los últimos tiempos de la nacionalidad judía, pulularon en dicha nación sectas, algunas de las cuales, exemós y terapeutas, preconizaban la continencia.

Los sacerdotes paganos obedecían al culto del Dios a quien adoraban así, los dedicados a «Cibeles» hacían voto de castidad, hasta se castraban por miedo de violar su promesa. Plutarco, cuenta, que en el Egipto había congregaciones de sacerdotes que renunciaban al matrimonio.

Los primitivos cristianos aunque observaban una vida de pureza, no consideraron el celibato como virtud primordial. Casi todos los apóstoles fueron casados. San Pablo, en su «Epístola» a Tito dice «Elejid por sacerdote al que solo tenga una mujer e hijos fieles y que no sean acusados de lujuria.» Lo mismo dice a Timoteo: «El buen sacerdote debe ser marido de una sola mujer».



El tío. — ¿Cómo te va, Luisito? ¿Erais tú y tu hermana los que vi esta mañana en el jardín?
Luisito. — ¿Pero acaso le parezco yo, tío, capaz de perder el tiempo con hermanas?

El célebre Concilio de Nicea prohibió a los eclesiásticos, tener en su casa «agapetas» y otras mujeres. Sólo les permitía vivir con sus esposas, madres hermanas o ancianas que no dieran ocasión a sospechas.

La iglesia recomendó desde entonces, pero no impuso el celibato, San Jerónimo exaltó la castidad sacerdotal, lo que no fué óbice para que siguiera el partido de Carterius obispo español que casó dos veces.

Son innumerables los clérigos casados que vivieron con sus mujeres. Sidonio, obispo de Clermont en la Auvernia, en el siglo V, se casó con Papianilla, hija del emperador Avitas. Simplicius, obispo de Bourges, tuvo dos hijos de su mujer Palladia. San Gregorio Nacianceno fué hijo de otro Gregorio, obispo de Nacianceno y de Nonna. Este tuvo tres hijos: Cesarius, Gorgonia y el santo citado.

En la recopilación de los antiguos cánones está inserta una lista muy larga de obispos que fueron hijos de sacerdotes. El papa Ozius era hijo del subdiácono Esteban, y el papa Bonifacio I hijo del sacerdote Jocondo. El papa Félix era hijo del sacerdote Félix, y llegó a ser uno de los abuelos de Gregorio el Grande. El sacerdote Proyectos, fué padre de Juan II. El papa Silvestre era hijo del papa Hormidas. Teodoro I nació del matrimonio de Teodoro, patriarca de Jerasalén, lo que hizo reconciliar las dos iglesias. Después de algunos concilios celebrados inútilmente para que los clérigos adoptasen el celibato, el papa Gregorio VII excomulgó a todos los sacerdotes casados, ya porque tuviese la iglesia disciplina más rigurosa, ya por ligar con más fuerza a Roma los obispos y los sacerdotes de otros países, para que de este modo no tuvieran más familia que la de la iglesia. Esta ley no se estableció sin provocar grandes oposiciones.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 — SOLICITEN CATALOGO N.° 21



MODELO N.° 427

En cabritilla negra. En cabritilla marrón. En cabritilla charolada. Taco de 5 ½ centímetros únicamente.

$ 14.90

MODELO N.° 415

En cabritilla charolada, aplicaciones de cabritilla marrón. En cabritilla marrón, aplicaciones en cabritilla charolada negra. En cabritilla negra, aplicaciones mate. Taco de 5 ½ centímetros únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 417

En cabritilla camello, talo era cocodrilo. En cabritilla camello lisa. En cabritilla negra lisa. En cabritilla marrón lisa. En gamuza negra lisa. En cabritilla charolada lisa. Taco de 5 ½ únicamente.

$ 14.90

MODELO N.° 401

En cabritilla camello, aplicaciones de charol. En cabritilla marrón, aplicaciones de charol. En cabritilla negra, aplicaciones de charol. En cabritilla charolada, aplicaciones de camello. Taco de 5 ½ ctms. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 330

En gum metal negro, caña mate, gabardina gris o beige, liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 315

En gum metal negro,
" " " de color, liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 327

En anca de potro negro. En anca de potro de color. En gum metal negro. En gum metal de color.

$ 14.90



MODELO N.° 334

En gum metal negro. En gum metal de color. Liso o picado.

$ 14.90

NUEVOS MODELOS PARA OTOÑO E INVIERNO

La Tierra

HACE trescientos años se creía que la tierra era el centro de la creación. Hoy sabemos que sólo es un fragmento desprendido del sol. Sabemos qué gases arden en la superficie de las más remotas estrellas: sabemos que el universo, del cual somos errante polvo, concibe y devora en su perpetuo trabajo; sabemos que cría astros sin cesar y que sin cesar los mata.

¿Pero en qué ha cambiado nuestra moral, a pesar de tan prodigiosos descubrimientos? ¿Aman las mujeres ni más ni menos a sus pequeñuelos? ¿Late el corazón de otro modo en el pecho de los héroes? ¡No! ¡no! Que la tierra sea pequeña o grande, nada importa al hombre. Bastante grande es puesto que en ella se sufre, puesto que en ella se ama: ¡amargura y amor, tales son las dos fuentes gemelas de su inagotable belleza! ¡La amargura! ¡Qué divina desconocida! Debémosle cuando de bueno hay en nosotros, cuando da valor a la vida; le debemos la piedad, le debemos el valor, le debemos todas las virtudes.



E. TETICA. — Un ataque simultáneo.

La tierra no es más que un grano de arena en el desierto infinito de los mundos. Pero si sólo se sufre en la tierra es más grande que todo el resto del mundo. ¿Qué digo Lo es todo y el resto no es nada. Fuera de ella no hay ni virtud ni genio. ¿Pues qué es el genio sino el arte de hacer amable el sufrimiento? Sobre el sentimiento reposa naturalmente la moral. Altísimos espíritus han abrigado, ya lo sé, otras esperanzas. Renán se abandona voluntario y sonriente al ensueño de una moral científica. Tenía en la ciencia casi confianza ilimitada. Creíale capaz de cambiar el mundo, poque lo es de horadar las montañas. Yo no creo como él que puede divinizarnos. Y en verdad que le envidio. No reconozco en mí el mérito de un Dios, por pequeño que sea. Amo la debilidad. Considero mi imperfección como mi única razón de ser. A. FRANCE.

Las ocupaciones domésticas constituyen una de las más grandes profesiones.—EL DUQUE DE CONNAUGHT.




MALTA URANO
PASTEURIZADA
ESCALADA & Cº
BUENOS AIRES



DE HINOJOS EN LA ERMITA

— ¿Por qué tanto sentir?
¿Por qué tanto soñar?
¿Por qué tanto pensar
para luego morir?
¿Y por qué tanto amar
sólo para sufrir?...

Pon en mi alma, señor,
un rayo del fulgor
de tu razón suprema
e hilvanaré con él
un básico poema
de esperanza, en que fiel
a la dulce, pristina
y cristiana doctrina,
florecerá el ideal
de la vida inmortal.

Porque, Señor: ansío,
con tu luz generosa,
poder ser otra cosa
que un pecador sombrío.

Señor: dame la luz
en que el Verbo destella,
¡aunque me des con ella
las llagas y la cruz!

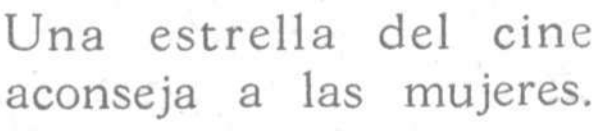
Humildemente, como
los ápteros hermanos,
sobre la tierra tomo
la más baja postura
y mis humildes manos
temblarán en procura
de la limosna santa,
¡Señor! Y mi garganta
emitirá el vocablo
del arrepentimiento
mientras el pensamiento
se librará del diablo...

Así dijo el romero
de hinojos en la ermita
ante el altar austero;
y la Virgen bendita
por Murillo pintada,
pareció más celeste
y más Inmaculada
cuando pidióle de este
modo maravilloso
al Todopoderoso:

— Señor: a esa alma, loca
de ideales amores
que vuestra gracia invoca,
uno de tus fulgores
algo de Ti le dé,
pues es un alma que
hace mucho que canta
— ebria de eternidad —
la obra sacrosanta
de vuestra Voluntad.

Entonces, la Divina
Paloma — Una y Trina —
que todo lo interpreta
con su eterna Visión,
al lírico poeta
le dió la inspiración.

E. CARRASQUILLA-MALLARINO



Una estrella del cine aconseja a las mujeres.

Por GLORIA

(Dibujo por Penrhyn Stanlaws)

Para evitar el Vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo ya es otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Por qué las actrices nunca envejecen.

De todo lo concerniente a la profesión teatral nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es comprar un poco de cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez y excesiva rojura. Este uso de cera mercolizada es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otra lado de las candilejas no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

Cabelleras Onduladas.

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Se acabaron las Canas.

No es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de ron o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello.

Un secreto contra los Barrillos.

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua «estimolizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

El mejor y más higiénico de los Deportes

El primer y natural trabajo que se impone a las extremidades inferiores es el de sustentación y de inmediato la marcha. Todos los miembros del cuerpo entran en juego; al caminar, desde el punto de vista fisiológico, este ejercicio practicado con método y actividad, ayuda poderosamente a la circulación y respiración, siendo el más eficaz de los tratamientos que se conocen para combatir la obesidad.

Las exigencias de la vida moderna, la multiplicidad y economía de los medios de transporte hacen que nos tornemos holgazanes y cada día se camina menos, mas por lo mismo debemos sacar todo el partido posible ejecutando nuestros paseos de una manera metódica y científica. En lo posible hay que andar con paso acelerado, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, balanceando los brazos a compás y tratando de respirar con ritmo: *dos pasos* miden la inspiración del aire; *tres la espiración*.

Difícil en los principios la gimnasia de la respiración, llega a ser automática y tiene importancia suma para el organismo.

A la primer sensación de fatiga se suspenderá el ejercicio, para continuar una vez se haya descansado.

Es menester caminar lo más que se pueda.

Paseemos, pues mucho, pero sabiendo hacerlo, para que nos sea provechoso.

Estatua antigua representando a un andarín, otra de admirable realismo y belleza.



Compárese con el dibujo calcado de una instantánea y se verá lo bien observado del movimiento en la estatua.



QUITA EL VELLO INSTANTANEAMENTE

Una navaja de afeitar tan sólo estimula el crecimiento del vello, de la misma manera que la poda en los árboles contribuye a que luego crezcan más ufanosos y desarrollados. Los depilatorios de Sulfuro de Bario, muy a menudo causan irritaciones dolorosas, escozor violento y trastornan los tejidos de la piel. La nueva Crema VYTT no contiene cantidad alguna de Sulfuro de Bario o demás productos químicos venenosos. No tiene olor ofensivo. Basta tan sólo extenderla tal como sale del pomo, esperar unos pocos minutos, enjuagarse, y el vello ha desaparecido como por encanto. Se garantizan resultados satisfactorios en todos los casos. La Crema VYTT puede adquirirse por $ 3.20 en todas las farmacias, droguerías y perfumerías.

(Unicos representantes: B. Liprandi e Hijos, Sarmiento, 2524, Buenos Aires)







Las primeras canas

le anuncian a Vd. que su cabello será blanco en plazo más o menos breve.

No demore en atajar este mal que destruirá el principal encanto de su juventud. Compre hoy mismo un frasco de

Agua de Colonia Higiénica

"La Carmela"

y verá maravillado que con unas pocas fricciones sus canas habrán desaparecido, tomando el color natural de sus cabellos: rubio, dorado o castaño. Se aplica como loción. Es muy agradable. No mancha ni ensucia la piel ni la ropa.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ **8.—** Interior: $ **8.50**

J. L. CONDE & Cía.

C. Pellegrini, 426 **Buenos Aires**

En el Uruguay: Soriano, 780 - Montevideo.
En el Paraguay: Gral. Díaz, 402 - Asunción.

"La Carmela"

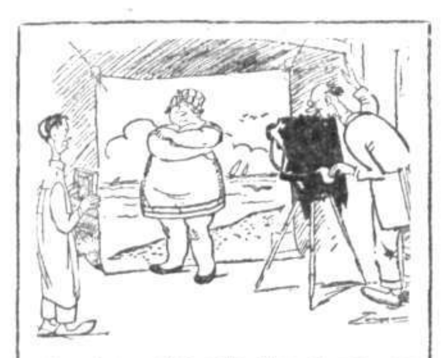
Para el año 1925. - Fragmento

Hay que hacer de la vida un ensueño — decía M. Curie, — y transformar este sueño en realidad». Pero no un ensueño del momento absurdo y tonto; sino un ensueño lleno de ideal, hermoso y adecuado; caminar hacia este ideal como el marino guiado por las estrellas, que sabe nunca llegará a ellas, pero que cada golpe de remo lo acerca. Una vida sin ideal sería un mar sin estrellas, un invierno sin sol.

Cada año debe de encontrarnos llenos de buenas resoluciones, impregnados de un optimismo fuerte y alegre que arranque de raíz los gérmenes morbosos de la tristeza, de la melancolía.

El verdadero ideal no tiene un fin definido que una vez logrado deje el espíritu inactivo; es un esfuerzo constante hacia un todo magnífico; es la continuación no interrumpida de realizaciones sucesivas; esperar y desear es vivir a condición de que la esperanza fallida de hoy no nos desmoralice para el esfuerzo de mañana.

A medida que los años pasan nos vamos despojando un poco de ciertas aristas demasiado defectuosas y si hay seres que el curso de los años en lugar de despojarlos un poco de ciertas imperfecciones, por el contrario se las aumentan, con seres que van por la vida ahogados en su egoísmo y materialidad; no buscan la felicidad sino en placeres groseros y vulgares, su naturaleza domina y amordaza su alma, sólo viven para saciar sus instintos, les importa poco anotar la transición de un año a otro.



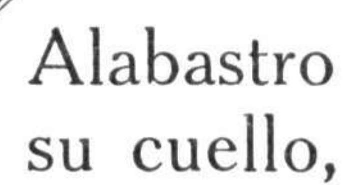
La señora. — Que salga bien el mar, que pienso mandar a todas mis amigas un retrato en la playa.

Teniendo abierto ante nuestros ojos el libro de nuestra propia vida vamos a añadir en él un nuevo capítulo; ojalá que al escoger el tema nos fijemos en adoptar un ideal bello y grande capaz de darnos la felicidad durante el transcurso de sus diferentes episodios; vayamos a la conquista de ese bello ideal que a mi entender debe ser *la serenidad.*

La serenidad es la alegría de sentirse bueno, de saberse fuerte, es el placer de oir la voz de la ambición que aconseja la generosidad, y la dicha de saber que llevamos en nosotros mismos todas las energías necesarias para su realización.

MARGARITA SANTÍN DE FRONTAURA.

Recibir sin orgullo los favores de la fortuna; perderlos sin lamentarse. MARCO AURELIO.



mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve", decía el enamorado hidalgo, ponderando la hermosura de Dulcinea. No menos puede ensalzarse hoy la suavidad, blancura y fragancia del cutis de toda mujer que se lava siempre con

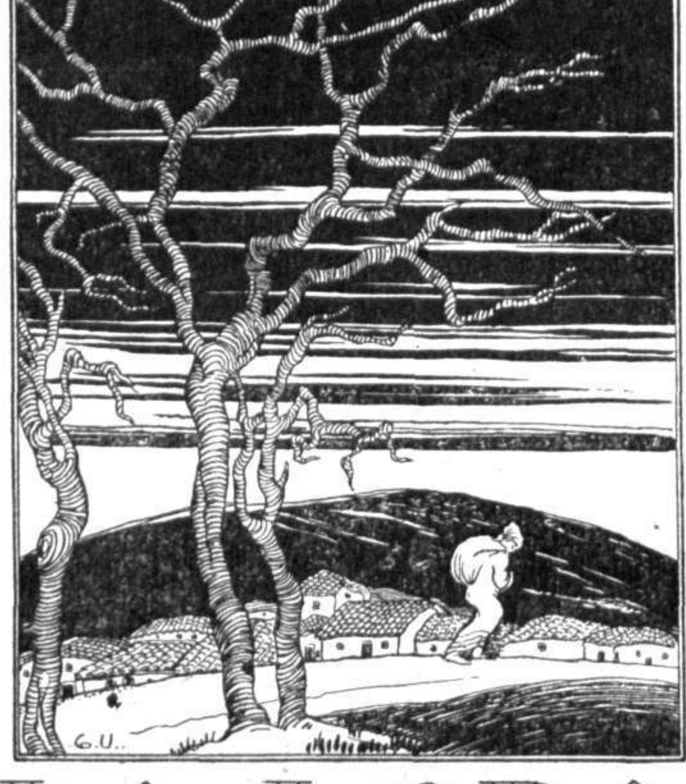
Jabón Heno de Pravia

Por sus excelentes propiedades higiénicas, estimula la cohesión de los tejidos, embelleciendo la piel de un modo insuperable.

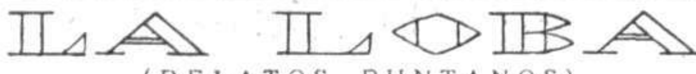
Perfumería Gal
MADRID

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMERICA









LA LOBA

(RELATOS PUNTANOS)



En cuclillas junto al catre de tijera, su lecho en la celda de la prisión, Silvia, apodada «la Loba» por la hosquedad agresiva de su expresión y los hechos que de ella se narraban, parecía dormitar con los ojos muy abiertos, duro el gesto, fija y lejana la mirada.

La cabellera roja y desgreñada flanqueábale el rostro de ángulos salientes y mejillas sumidas.

Bajo la frente rugosa y las cejas renegridas y espesas, las pupilas apenas brillaban; eran como dos pequeños globos de vidrio, hundidos en la sombra profunda de las ojeras.

Su boca ancha y pulposa nunca mostraba una sonrisa, ni aun ahora, cuando una de las hermanas guardianas acababa de notificarle que al otro día cumplía su condena.

— Mañana se irá, Silvia. Sea buena. Dios la ayudará — habíale dicho la monja, y ella no respondió, quedó en cuclillas, inmóvil, torvo el ceño.

Odiaba a las reclusas por igual, con una excepción, la «Bizca», una muchachita de cuerpo lamido y endeble, rostro sufrido de mártir y ojos azules de muñeca que a veces torcíansele en «tic» nervioso. Cumplía cinco años de prisión por haber matado a su marido, loca de terror por él y también de amor. Una noche llegó el hombre a su casa más borracho que nunca; como no le viniera pronto el sueño la emprendió a palos con la «Bizca» para cansar el cuerpo, como siempre y la infeliz, casi agónica, empuñó una plancha, se la tiró, cayó él bañado en sangre y a su lado ella comenzó a llorar a gritos acusándose del crimen.

A pesar de la condena, aun llevaba luto y en la celda los retratos del muerto colgaban de las paredes, cada uno con su ramito de flores al pie. Cada vez que entraba ahí la «Loba», torcía el gesto y alzaba los puños como queriendo barrer de un manotón hasta el recuerdo de aquel bruto. La «Bizca» la miraba chispeándole lágrimas en los ojos azules y, entonces, ella se enfurecía, gruñía palabrotas obscenas y terminaba barriéndole la celda de punta a punta para hacerse perdonar sus brusquedades.

Entre las reclusas, la «Bizca» era respetada por temor a su compañera. Un día, una de las «reincidentes», fiera estampa de bruja poseída, maltrató a aquélla y entonces la «Loba» convertida en furia le vació un ojo. Desde ese hecho, su torva mirada hacía temblar a todas y su amiga devolvíale su protección con pequeñas atenciones serviles, que por serlo tanto, exasperaban a la «Loba».

— Yo no te pido nada. No quiero nada — gruñía — ¿por qué hacés ésto? ¿De ande salgo yo con sirvienta?

— Y güeno — respondía dulcemente la otra; — vos sos güena conmigo y yo te agradezco.

— ¿Yo güena? No me digas eso.

— Si lo sos, pos.

— ¡No! Soy la «Loba» ¿m'entendés? ¡la «Loba»!

— Pero sos güena — insistía terca la «Bizca».

— ¡Si te oyera el finao!... El me sabía decir que yo era güena como los tunares, que dan fruta, pero p'arrancarla hay que clavars'espinas.

— ¿Y qué es la tuna?

— ¿No sabés?

Para explicarle, le hablaba de su pueblo que quedaba muy lejos, a un día de tren.

— «Lucecitas» se llama. Es chiquito y lindo, todo blanco y siempre parece dormido al pie de la sierra.

Allí la gente es generosa y güena... es decir — aclaraba frunciendo el ceño, — menos yo.

— Y vos, ¿por qué no?

— Porque no.

— Te habrán hecho mucho mal.

— Sí... me hicieron.

Se le obscurecieron los ojos y cerraba los puños.

— No hablemos d'eso — gruñía. — Día llegará en que cada uno hay de pagar su culpa y ese día no'e de ser güena, no... No podría serlo. ¿No estás viendo en mi cara las malas ansias que llevo adentro? ¿Yo güena?

Reía sarcástica, con risa silbante que daba frío. Luego quedábase mirando a la otra con mirada tierna y húmeda.

— ¿Por qué me miráis ansina? — preguntaba asustada la «Bizca».

— Por nada.

Entonces sacudía los cabellos rojos y de nuevo las pupilas le relumbraban hoscas y bravías.

No quería confesar que en los ojos azules de aquella, veía otros, más pequeños, más claros...

— ¡Chalito!...

Del fondo del corazón le subía ese nombre y le escapaba ahogado en sollozos. Sí. La «Loba» lloraba escondida en el rincón más obscuro de la celda. ¡Lloraba! Sus sollozos ondulaban pesadamente entre las cuatro paredes blancas, mientras sus manos fibrosas, alzábanse crispadas, ni ella misma sabía si de furor o de angustia.

Y clamaba: ¡Chalito!

Silvia.

— ¿Qué?

— Venía pa que hablemos. ¿Puedo entrar?

— Entrá.

La «Bizca» se escurrió silenciosa y encogida, sentándose en un banquito próximo al catre. Sobre una repisa ardía un velón de sebo. El resplandor amarillento alargaba las sombras de las dos mujeres en la pared alta y blanca. Afuera, oíanse los pasos de la celadora de guardia que iba y venía atisbando rumores y luces. Un gran silencio reinaba en la prisión. Bajo el corredor, contiguo a la capilla, un viejo reloj hacía resonar gravemente sus campanas; de rato en rato oíase un áspero rechinar de hierros, voces apagadas de los centinelas y otra vez el silencio.

— Apagá la vela — ordenó la «Loba» — a lo mejor, la «gachi» (1) nos «quema» (2).

Quedaron a obscuras. La «Bizca» sentada al pie del catre y la otra acostada.

— ¿Mañana te vas? — dijo aquélla con tristeza.

— Ansina es.

— Nunca me has contao quién te espera.

Por un instante quedó en silencio la celda; al al cabo, la voz ronca de la «Loba» repuso:

— Naides.

— ¡Qué! ¿Entonces es cierto que sos sola?

— ¿Sola? ¿Sola? Tuitos somos solos en el mundo cuando la desgracia nos sigue.

(1) Guardiana.

(2) Ver, sorprender.

— ¿Pero, ¿no tenés parientes?

— ¿Por qué me preguntás también si he pasao tarjeta de visita pa la güelta? ¡Parientes!

La risa áspera de la «Loba» vibró en la sombra.

— Ti de decir una cosa que a naide'i dicho — agregó — tengo un... güeno, sí, tengo... un hijo.

— ¿Vos?

— Yo. ¿Qué?

Las dos exclamaciones, enorme de asombro la primera, colérica y altiva la otra, parecieron cortar la sombra llenando de luz las pupilas de ambas mujeres.

La «Bizca» sintió revolverle las entrañas una pena muy honda. Llena de piedad por su amiga, en quien recién veía a la madre, comprendió el porqué de sus largos silencios, sus miradas hoscas sus ternuras bravías y cerriles.

— Nunca me lo dijiste — murmuró.

— ¿Y pa qué? ¿No te da risa saber que la «Loba» tiene un hijo?

— No, me da pena por vos y por él.

— ¡Calláte «Bizca»! ¡No hablés ansina!

— Ansina lo siento.

— ¿Y por qué?

— Porque sos madre. Pa mí, ser madre es ser mucho... ¡Un hijo! Yo nunca lo tuve. Dios no me creyó güena pa esa... ¡«Loba»! ¿Tenés un hijo?..

— ¿Qué?... ¿«Bizca»? ¿Llorás?...

— Tenés un hijo... entuavía la vida será linda pa vos...

Apretado el rostro a la colchas, la «Bizca» lloraba... La mano fibrosa de la otra se posó en su cabeza blandamente.

— No llorés ni envidiés mi suerte — dijo muy bajo; — quién sabe si el tener ese hijo no es pa pior. El encierro no es castigo pa mí, no; es él... Chalito...

— ¿Se llama ansina?

— Como el otro, su tata. Quién sabe si no es pa pior — y relumbraron los ojos sombríos de la reclusa.

— Háblame de él — suplicó su amiga.

— ¡Chalito! Tiene tus mismos ojos azules, es rubio... como era el finao. Me llamaba «mamita» y me quería más que a naides... sí, más que a naides. Pero, hace cuatro años que no me ve... ¡cuatro años «Bizca»!... ¡cuatro años!!...

Los sollozos le ahogaron la voz.

— ¡Pobre «Loba»!

— ¡Cuatro años! Cuando me sacaron del rancho pa trairme aquí, él me siguió hasta más allá del cerco de piedra, echándome los brazos. ¡Mamita! ¡Mamita! gritaba... Los policías me tuvieron que sacar a la rastra... ¡m'hijo!... se quedó con los ojitos llenos de lágrimas, mirándome como si quisiera remacharse en el corazón el recuerdo de su madre... y no lo vi más... nunca... ¡nunca!

El llanto sordo de la «Loba» onduló en la celda como un bramido.

— ¡Nunca más... ¡nunca!

— ¿Y and'está ahora? — preguntó su amiga.

— ¿Ahora? Con la otra... que no m'espera... no. ¡No m'espera!

Fué tan feroz su acento que la «Bizca» se paró estremecida.

—¿La odiás mucho?

—¡Mucho! ¡Más que al finao!... y a ese, ¡lo maté!

No hablaron más. A poco, un silencio absoluto reinó en la celda. Sin embargo, la «Loba» no dormía. Sentada en el catre, evocaba el pasado y sus enormes ojos obscuros fulguraban en la sombra, duros e inmóviles.

A la mañana siguiente fué puesta en libertad. Al despedirse de la «Bizca», ésta le deslizó unos pesos en la mano.

—Comprále unos juguetes a Chalito —le dijo al oído y se abrazaron conmovidas.

Al salir de la cárcel, miró un instante las paredes tan altas y tan blancas y se estremeció sobrecogida por un pensamiento amargo.

—Quién sabe —murmuró enigmática entre dientes y echó a andar.

Su palidez impresionante llamaba la atención. Andaba paso a paso, sin mirar vidrieras ni gentes. La expresión dura y hosca, hacía casi repulsivo su rostro.

Al hallarse, por fin, sentada en el tren que la conduciría a su pueblo, pareció despertar a la vida. Miró curiosamente el ir y venir de la multitud; comenzó a gozar la dicha de ser libre.

Asomada a la ventanilla vió partir el convoy. Lentamente primero, luego más rápido y, por último a fantástica velocidad, fué perdiendo de vista la ciudad donde había sufrido durante cuatro años largos.

¡Qué mal recuerdo llevaba de ella! Ahora volvía al campo, a los montes quebrados y a los valles de piedra de su pueblo. ¿Se acordarían de ella?

—¡Cuatro años!

Lanzó un profundo suspiro y cerró los ojos, evocando...

Al pie de «Sierra Blanca», como recostándose en la falda arenosa de la lomada, alzábase la ranchería de «Lucecitas», mostrando de lejos los techos claros de paja y barro, coronados por dos horcones en cruz.

Al fondo, la capilla del padre Juan, con su linda torre de ladrillo, su campana de bronce y el palomar entre hueco y hueco... Más allá, junto a la quebrada, el arroyo «Manso», «gambeteando» entre cardales azules hasta perderse poquito a poco en la bajada grande.

Atrás, un rancho todo blanco, con alero de «paja brava», pozo al frente y dos ventanas como dos ojos asomándose al pueblo... Era su casa. Allí estaban los rosales rojos, los canteros de «hierbabuena», las plantas de «cedrón», el naranjo, allí el cerco de «tunas» y más lejos, el horcón aquél, que servía de palenque y donde cayó Chalo, hacía cuatro años, con el corazón partido de un balazo...

—¡Chalo!

Despertó sobresaltada, loca de terror, gritando. Algunos pasajeros la miraron sorprendidos y los más no hicieron caso. Ella enrojeció avergonzada.

Para no soñar despierta otra vez, abrió la ventanilla y miró el campo. La mañana era luminosa, llena de sol, fresca. Había llovido el día anterior y el olor a tierra húmeda sahumaba la atmósfera. Los campesinos detenían su labor al paso del tren, saludando alegremente con los chambergos. Bandadas de «tordos» cruzaban a ras del suelo y en algunos postes del telégrafo, los lechuzones, grises y obscuros contemplaban el convoy con miradas inmóviles de pájaros agoreros.

De vez en vez, una liebre escapaba entre el pastizal y algún potro chúcaro pateaba en el aire y disparaba a campo traviesa agitando las crines...

En una estación acercáronse al tren varios vendedores de baratijas. La «Loba» se acordó del encargo de su excompañera y llenó de pequeños juguetes un enorme pañuelo.

—Para Chalito —decía luego, manoseándolos con el rostro radiante. Sin embargo, recordó en seguida a la «otra», la que un día le robó a su marido y ahora, robábale su hijo y el semblante se le obscureció hasta recuperar la torva expresión de siempre. Ya no tuvo paz. El campo luminoso y alegre, parecióle sombrío y triste. Tornó a cavilar revolviendo amarguras y odios en el fondo de su alma selvática. La «Loba» renacía en la madre, llena de impulsos violentos y pensamientos amargos. Los cuatro años de prisión no habían ahogado las pasiones bravías en ese corazón de criolla montaraz, que latía tumultuosamente con los viejos rencores y los mismos malos deseos de antaño.

Así la halló el atardecer a pocas leguas de «Lucecitas».

El tren corría entre campos desolados, blancos de salitre. Ni un pájaro cruzaba bajo el cielo plomizo, rizado de nubes pardas.

Poco a poco fué cayendo la noche. Al fin, el valle blanquecino quedó casi perdido entre un velo de sombras y, como si el alma del convoy quisiera escapar pronto de ese páramo, los vagones trepidaban devorando distancias... Sólo se oía el estrépito monótono de los hierros y el rodar de las piedras amontonadas al costado de la vía. Por instantes la claridad turbia del valle salitroso, desaparecía como esparcida en la noche. Espesas nubes de humo negro salpicadas de chispas rojas flanqueaban el tren y se alejaban ondeando en el aire hasta parecer de lejos obscuras banderas tremolantes o inmensas alas de pájaros... Los ojos de la «Loba» se agrandaban de asombro ingenuo. Lejos, en la profundidad del horizonte, surgió la luna. Parecía un perfil grotesco de máscara dado vuelta hacia la tierra, atisbando de soslayo en las tinieblas... La mirada de la ex-reclusa hundióse en ella, inmóvil y dura.

LUCECITAS!

Paró el tren.

La «Loba» estremecióse como despertando de un doloroso ensueño; cargó al hombro sus ropas y los juguetes y descendió por el lado contrario al andén. No quería hallarse con ningún conocido. Pasando entre varios vagones detenidos en «vías muertas», salió a la calle principal y echó a andar a grandes pasos.

El pueblo estaba como hacía cuatro años. La misma ranchería, el mismo silencio. Al cruzar una esquina oyó un ronquido espantable en la obscuridad y vió un bulto negro, del largo de un hombre, tendido junto a un churcal. Se acercó temblorosa y al reconocerlo le dió un brinco el corazón.

Era Goyo, el viejo arriero que dormía la «mona», como la durmiera tantas veces, hacía cuatro años, bajo el alero del rancho de la «Loba» cuando tenía que salir al alba con Chalo.

Lo miró apenada y se alejó con prisa. Al cruzar la plaza vió iluminado como antes el boliche de don Nicola, y en las mesas los mismos hombres, manoseando naipes. Allí sabía pasar Chalo las horas muertas antes que la «otra» lo embrujara... ¡La «otra»!

¿Sería verdad que vivía en su rancho, el que el finado levantara adobe sobre adobe, cuando el casó con ella? ¿Y Chalito? ¿Lo haría sufrir? ¿Le pegaría acaso? ¿Lloraría Chalito, gritando mamita?

Enfurecida, echó a correr, castigada por pensamientos cada vez más sombríos y amargos. Cayósele el atado de ropas y no hizo caso. Al saltar un cerco

de tunas, dió un traspié, rodó sobre las piedras y levantóse apretando al pecho los juguetes de su hijo. Le sangraban los brazos y el vestido se le abría, desgarrado. Los cabellos rojos esparcíansele sobre los hombros y los ojos parecían arder en sus cuencas. Corría, ahogándose, balbuceando por lo bajo el nombre del niño. Jadeaba su pecho y el corazón le martilleaba produciéndole agudas punzadas. Por fin, avistó su rancho y se detuvo sin fuerzas, pálida.

A cincuenta metros las paredes blancas le parecieron una mole inmensa, lejana y, a medida que se le hinchaban de lágrimas las pupilas, veíalas desvanecerse en la sombra. Rabiosa, secóse los ojos y avanzó.

Al llegar al cerco de «tunas», vió iluminada una de las ventanas. ¡Cómo le golpeó el corazón! Todo estaba tal cual ella lo dejara. Junto al palenque, regado con la sangre de Chalo, había una pequeña cruz cubierta de madreselvas. Acercóse trémula, helada... Quiso rezar por el finado, pero no sabía cómo. Los cuatro años de prisión, con sus horas cargadas de rencores y malas ansias, habíanle hecho olvidar el «Padre nuestro», única plegaria que aprendió de niña.

Inmóvil, pálida, con los ojos muy abiertos, quedó parada frente a la cruz. Sentía ahogos de sollozos y no podía llorar. Afirmóse en el palenque porque se le doblaban las piernas. Veía a Chalo, como hacía cuatro años, besando a la otra, boca contra boca y, de pronto, veíase a sí misma con las manos crispadas en la carabina... Chalo abría los brazos, revolvía las pupilas en las órbitas dilatadas y rodaba entre un charco de sangre. La otra huía despavorida, atronando el silencio con sus clamores.

— ¡Chalo mío! — gimió.

Las madreselvas crecían apretadas y raquíticas. Arrancó un gajo y lo llevó a su boca mordiéndolo como si buscara en el zumo amargo de los tallos, el sabor acre de aquella sangre...

De pronto se estremeció, irguiendo el busto con fiera arrogancia de perro en acecho .

La ventana que daba a los rosales habíase iluminado. Caminó hacia ella y miró adentro. ¡Dios!

— ¡Chalito!

El niño reposaba en brazos de la «otra» sus facciones afiladas y morenas, embellecíanse bajo la cascada de rizos rubios. Los ojos azules, miraban con ternura a la mujer que parecía hablarle al oído. El corazón de la «Loba» latía levantándole el seno como si fuera a abrirle de golpe las carnes. Las pupilas fulgurantes se le agrandaban como dos carbones encendidos sobre las ojeras profundas y el rostro hundido y lívido... El furor le hacía dar diente con diente. Las manos crispadas como garras tocaron el cristal...

El niño lanzó un grito de terror y escondió la carita en el regazo de la «otra», que fué hacia la ventana y la abrió, mirando afuera.

— ¿De qué te asustaste, Chalito? — preguntó en voz alta

— Una cara blanca que vi ahí, madrina... Era como la de mamita — repuso temblando.

— No hay nadie.

— ¿Y si fuera mamita que vuelve? — insistió el pequeño, corriendo a refugiarse en sus brazos.

— No, Chalito, no puede ser — dijo dulcemente ella. Tu pobre mamita está en el cielo.

— ¿Al lado de tata?

— Sí, al lado, juntitos los dos. Se querían mucho.

La «Loba», agazapada entre los rosales oía todo. Sus manos fibrosas, heladas y cubiertas de sudor, se apretaron a las sienes. Echó atrás la cabeza sintiéndose ahogar por un nudo de llanto que le raspaba la garganta. No lo maltrataban a su Chalito, no.

— ¿Querés rezar por ellos, Chalito?

— Sí, madrina.

La mujer cerró la ventana y la «Loba» tornó a mirar. El niño se arrodilló ante dos retratos: el de Chalo y el de ella.

— Rezá fuerte Chalito para que te oigan — dijo la «otra».

— ¿Vos también, madrina?

— Sí, yo también.

La voz clara y temblorosa del pequeño esparció el rumor de la plegaria en el silencio profundo de la casa.

— Pade nuesto qu'estás en lo chelo...

La «Loba» escuchaba. Lentamente fué cambiando la expresión feroz de su rostro, las pupilas se empequeñecieron, tornáronse turbias y en la lividez de las mejillas brillaron gruesas lágrimas... Cayó de rodillas sobre las espinas del rosal. La voz de su hijo, feliz junto a la «otra», seguía clamando a Dios por ella... Metiéndose un puño en la boca para ahogar los sollozos, fué repitiendo entonces, maquinalmente:

— Padre nuestro que estás en los cielos...

El odio cerril de la hembra celosa desvanecíase en su corazón. La madre surgía agonizante en su martirio, pero fuerte en su amor, y éste barría hasta el rastro que dejaran en el fondo de esa alma montaraz, las malas pasiones. ¡Su Chalito era feliz sin ella!

Estaba muerta para él y él era dichoso con la «otra» que le enseñaba a rezar por «tata» y «mamita»...

¡Muerta! Sí, estaba muerta, debía morir... Apretándose el puño a la boca, se levantó y alejóse paso a paso, dejando los juguetes bajo la ventana.

A pocos metros, las aguas del arroyo extendíanse en la sombra como una serpentina ancha y clara.

Desgarrándose la piel entre las tunas, fué hasta él y quedó mirándolo, luego, dió un paso y se sacudió toda con escalofríos.

Siguió avanzando. El agua subía, subía... Le llegaba a la cintura, al pecho, al cuello y... se detuvo. Volvió el rostro hacia el rancho. Todavía veíase luz. Chalito rezaría por su mamita. Dió un paso más y le faltó apoyo. Se hundió. Con un supremo esfuerzo, alzó de nuevo la cabeza y clavó la mirada agónica en la ventana iluminada.

— ¡Chalito!

Al pronunciar el nombre de su hijo, un borbollón de agua le subió garganta adentro. Su cuerpo brincó en una convulsión de asfixia. Manoteó un poco y se fué hundiendo.

Al instante, algunas burbujas reventaron entre un círculo de olas mansas.

La luz seguía brillando en el rancho como una pupila que atisbara en la sombra.

DIBUJOS DE USANDIVARAS



J. LUQUE LOBOS

Progresos de las misiones Católicas durante un siglo.

De de documentado e interesante artículo publicado en «Razón y Fe» por Hilarión Gil, extractamos los siguientes datos relacionados con los progresos de las Misiones de un siglo a esta parte.

Entre los mahometanos, dado su fanatismo, las conversiones son harto difíciles, y por ello más meritorias. En la Argelia, los PP. Blancos han convertido a más de 1.300 mahomeatnos, y los PP. Holandeses han cristianizado en Java a varias aldeas musulmanas. En Mindanao, el jesuíta P. Saturnino Urios convirtió él solo a varios miles. En la antigua Turquía, Egipto y Persia progresan también las Misiones católicas. En el Indostán, que hace un siglo apenas tenía misioneros, la última estadística nos da 2.970.103 católicos; es decir, seis veces más que los que existían hace un siglo. El número de sacerdotes católicos es de 1.320, y el de indígenas, 1.960. Los seminaristas son 600. La enseñanza católica es digna de todo encomio. Algunas de sus universidades son las más famosas; los centros de segunda enseñanza se cuentan por centenares y por miles las escuelas primarias, pasando los alumnos de 250.000.

Las misiones de la India llevan a cabo una admirable labor caritativa. Cuentan con 202 orfanatos, 23 asilos de ancianos, 17 de viudas, 10 inclusas, 10 hospitales, seis leproserías y 64 dispensarios.

LAS SUEGRAS Y LA GUERRA EUROPEA

La suegra. — **Adiós, hija mía; de buena gana os acompañaría.**

El yerno.* — *Imposible, mamá. A las suegras se les considera "material de guerra".

En la Indochina existen hoy 325 sacerdotes y 816 indígenas. Son numerosísimas las escuelas primarias. En la parte occidental hay 214 sacerdotes europeos y 123 indígenas. En 1922, el número de cristianos pasaba de 221.000 y el de alumnos de 40.000.

La misión china es la más importante de todas. En 1922, según el anuario de Zi-Ka-Wei, el número de cristianos era de 2.142.516, o sea más de 70.000 al año. Hay cerca de 10.000 escuelas, con 200.000 niños.

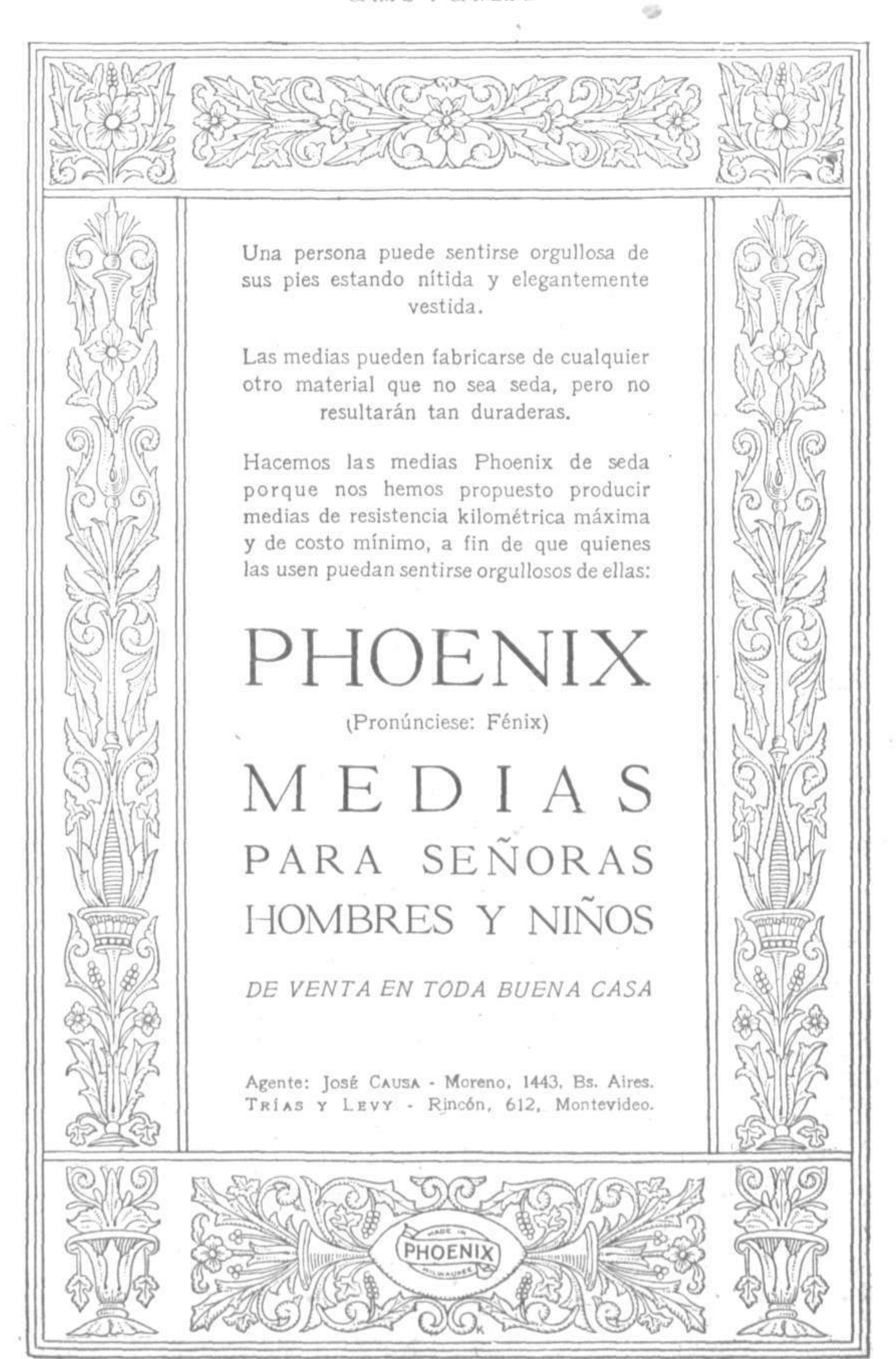
En el Japón hay 153 sacerdotes europeos y 38 indígenas, siendo los cristianos 77.682. El número de misioneros es harto escaso, dada la extensión del imperio.

En Africa, donde hasta el año de 1843 puede decirse que apenas había misiones, se cuentan hoy 2.283 sacerdotes y 248 indígenas. El número de católicos (prescindiendo de las Canarias, Cabo Verde, Argelia y Túnez) son 2.310.000, de ellos unos 300.000 europeos.

En América española, según el padre Arej, hay 40 misiones, con 1.300 sacerdotes y más de 1.440.000 católicos. Los infieles, que aun quedan, serán poco más de dos millones de indios. En cambio, entre los 11 millones, y aun más, de negros existentes en los Estados Unidos, sólo 200.000 son católicos.

Por lo que toca a Oceanía, incluyendo la Malasia y las Filipinas, con Australia, Micronesia, Melanesia y Polinesia, el resultado es también satisfactorio. En Australia apenas quedan indígenas. En Nueva Zelandia, además de los católicos de origen europeo, hay algo más de cinco mil católicos indígenas maorí. En las demás islas de la Oceanía hay 24 sacerdotes y más de 200.000 católicos.

El progreso que estas cifras demuestran es, por tanto, maravilloso y confortador. Se puede calcular que el número de católicos en las misiones de infieles aumenta, cada tres o cuatro años, por lo menos de un



Una persona puede sentirse orgullosa de sus pies estando nítida y elegantemente vestida.
Las medias pueden fabricarse de cualquier otro material que no sea seda, pero no resultarán tan duraderas.
Hacemos las medias Phoenix de seda porque nos hemos propuesto producir medias de resistencia kilométrica máxima y de costo mínimo, a fin de que quienes las usen puedan sentirse orgullosos de ellas:
PHOENIX
(Pronúnciese: Fénix)
MEDIAS
PARA SEÑORAS
HOMBRES Y NIÑOS
DE VENTA EN TODA BUENA CASA
Agente: José Causa - Moreno, 1443, Bs. Aires.
Trías y Levy - Rincón, 612, Montevideo.
MADE IN
PHOENIX
MILWAUKEE

Páginas médicas

Antisudoral

Cloruro de aluminio..	5 gr.
Agua aromática......	100 „

Esta fórmula es similar a las variadas preparaciones o específicos que se venden actualmente para combatir la hiperhidroses, bromidroses y osmidroses.

Es un antisudoral excelente.

Zumbido de oídos

Etiología poco conocida aún, de ahí la dificultad del tratamiento.

La causa reside en una excitación de las ramas laberínticas del nervio acústico, ya por excitación periférica, ya por aumento de presión, ya por alteración nerviosa.

Si el zumbido depende de un cuerpo extraño, o de un tapón de ceramen quítalo por medio de inyecciones en el conducto auditivo.

Si se trata de un cuerpo extraño, buscar si hay lesiones auriculares; otitis, sordera, vértigo, catarro tribárico, timpanitis, esclorosis del tímpano.

Puede ser también producido por neurastenia, enfermedad mental, intoxicaciones medicamentosas; salicilato de soda, sulfato de quinina.

Puede ensayarse diferente medicaciones, pincelar el pabellón del tímpano con una solución de clorhidrato de cocaína al 1 por 10, aplicar un pequeño vejigatorio, mosca de Milán, al nivel de la mastoidea.

Tratar el estado general; someter el enfermo a régimen, suprimir el te, café, tabaco y el alcohol.

Los neurasténicos tienen a menudo zumbidos de oídos; prescribir la valeriana, bromuro, etc.



PROBLEMA PORTEÑO

— Escriban: doce camiones, dos autobuses, seis autos quieren pasar al mismo tiempo por Chacabuco. ¿Qué deberán hacer?

Tenífugo

Contra la *tenia* (lombriz solitaria), el remedio soberano es el aceite etéreo de helecho macho. Entre las numerosas y variadas fórmulas que se han propuesto, es eficaz y de preparación sencilla la siguiente (para adultos):

Aceite etéreo de helecho macho	3 gr.
Extracto flúido de Kamala	5 „
Aceite de ricino.......	15 „
Goma arábiga	10 „
Azúcar en polvo......	10 „
Agua de menta........	60 „

Se toma por la mañana después de un ayuno de 24 horas.

Errores y prejuicios

A las lombrices de los niños, lo propio que a la dentición, se les atribuye una importancia exagerada. Muchas veces padecen los niños enfermedades de cierta gravedad y no se llama al médico porque se cree que se trata de lombrices.

Cuando un niño tenga fiebre debe abandonarse la hipótesis de las lombrices y de la dentición. Sépase que hasta seis meses los niños no tienen lombrices, y que cualquiera que sea la especie a que pertenezcan los helmintos, es muy raro que produzcan fiebre.


EDISON DICK
EL COMERCIANTE MODERNO
debe utilizar el medio más rápido, económico y práctico para hacer los trabajos de cartas-circulares, planillas, cotizaciones de precios, etc., en su propia casa y por sus propios medios.
El EDISON-DICK, le reproducirá 6.000 cartas, planillas, dibujos, catálogos, etc., por hora, exactamente iguales al original, pudiéndolo hacer cualquier empleado de su oficina.
El EDISON-DICK se usa con el nuevo y práctico papel matriz MIMEOTYPE (que no necesita humedecerse) que no se arruga ni se aja, y permite calcar directamente sobre él, cualquier planilla, dibujo, etc.
Solicítenos hoy mismo una demostración en sus oficinas sin compromiso de compra. Enviamos folletos gratis a quien los solicite.
AGENTES EXCLUSIVOS:
Pratt & Cia.
626, SARMIENTO, 636 — Buenos Aires
Maipú y Córdoba, ROSARIO.
San Martín, 89, CORDOBA.

N o t a s   S o c i a l e s

Entre las cartas que acompañan sobre la bandeja del desayuno matinal, todas aquellas menudencias indispensables para preparar una taza de te, elijo el sobre que me llega — según sus sellos — desde Cannes, Alpes Maritimes.

Dejemos, pues para más tarde, las noticias del terruño, aquellos mensajes escritos en estilo casi telegráfico, por los que alguna amiga, y más de una vez también, alguna desconocida, me envían sus impresiones vividas en un ambiente deslumbrador; porque pocas, muy pocas son, en verdad, las que descuidan los pequeños acontecimientos que dan interés a la vida mundana — más o menos encumbrada — para contemplar serenamente el cuadro maravilloso, en el que les es dado devanar estas primeras horas del divino mes de marzo.

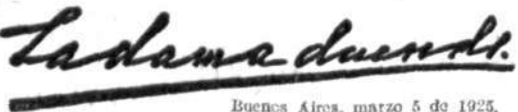
«Carlton Hotel, febrero 3...» Así reza el encabezamiento de la carta que me escribe desde Cannes, una amiga muy querida; en ella se revela toda la sugestión de belleza y serenidad de aquella región privilegiada, en la que algunas de nuestras compatriotas llevan la misma vida brillante y agitada que disfrutan ustedes hoy, lectoras y amigas mías, en la luminosa playa del Mar del Plata. Allí, como aquí, la «feria de vanidades» está en plena animación... Cuenta mi lejana e interesante amiga, que los americanos del Norte han convertido aquella región de ensueño, en la más suntuosa de las estaciones del placer y la alegría; que la mujer *yanqui* mantiene en ella el cetro del lujo, como también el de la más refinada elegancia. El desfile de los «Rolls-Royce» cargados de bellísimas y arrogantes figuras femeninas, no cesa un instante, mientras en el casino se derrochan sumas fabulosas, en un vértigo que aturde a los mismos espectadores. Sin embargo, a pesar de vernos honrosamente representadas en Cannes, por figuras muy prestigiosas de la sociedad argentina, una gran mayoría, entre las compatriotas nuestras, prefieren la estación de Saint Moritz, atraídas, sin duda, por el paisaje invernal, por los deportes, tan extraños a nuestro clima, a nuestra manera de vivir... En consecuencia, pocas serán las personalidades femeninas de nuestros altos círculos, que podrán compartir con las hijas de la gran nación del Norte, esa admiración que se las tributa por su belleza y arrogancia; pero la corresponsal amiga me cuenta también que acaba de instalarse en el *Carlton*, «espléndida y más joven que nunca» una interesantísima y opulenta dama argentina, que, a pesar de hacer en Cannes — por el momento — una vida muy tranquila y retirada, no tardará en conquistar el primer puesto en aquella deslumbradora «feria de vanidades», por su encanto tan singular, por su ingenio y su fastuosa generosidad.

Pero volvamos a las noticias del terruño... La vida de Mar del Plata suele tener, al decir de las figuras juveniles que en ella actúan, algunas modalidades un tanto molestas. ¿Se trasluce de pronto que tal o cual personalidad, muy representativa en los círculos sociales o políticos, dedica preferente atención a una atrayente figurita femenina? Inmediatamente, y con una discreción digna de mejor oportunidad, el círculo de sus amigos se aparte, sin tener la menor sospecha de los sentimientos que puede inspirarla el nuevo admirador, la obligan a pasar largas horas en su compañía, o de lo contrario, a permanecer recluída en sus habitaciones: el comentario de las gentes observadoras une sus nombres, y la situación, llena de facilidades para el candidato, se hace violenta para la figura culta y gentil a la que tanto perjudica la discreción tan poco oportuna de sus amigos.

Se cuenta también, y este es otro caso interesante, que la situación se hace insostenible para un grupo de *atrayentes y elegantes jovencitas*, vinculadas por lazos de cercano parentesco, y que llevan el mismo apellido, de origen extranjero, que es hoy sinónimo de una gran opulencia... estas interesantes figuritas, dotadas tan generosamente por el destino, han debido de sufrir más de una decepción, al instalarse en la «feria de vanidades». Asegura el comentario, *que no pasa día* sin que cada una de las cuatro figuritas reciba dos o tres propuestas matrimoniales, de los jóvenes que las rodean, y no escapa a su claro criterio el mezquino sentimiento que revelan esos *coups de foudre*, que se suceden sin interrupción. Esperemos, sin embargo, que ese claro criterio, uno de los mejores dones con que las dotara su pródigo destino, las hará descubrir a su tiempo, el sentir sincero de algún admirador menos resuelto tal vez, pero sobre todo, menos apresurado.

Pero no podría terminar esta reseña de breves comentarios, lectoras y amigas mías, sin anotar también una primicia sensacional, cuyo verdadero origen ignoro, pero que se extiende con una seguridad que me obliga a ser todo lo más indiscreta posible... Se asegura en distintos círculos, que una interesante figura femenina, perteneciente por los dos apellidos que lleva a la más acrisolada sociedad porteña, y que frecuenta asiduamente todos los acontecimientos de la alta vida mundana, en compañía de su hermana, también soltera, ha conquistado el entusiasta homenaje de una destacada personalidad que lleva un nombre histórico, nombre que simboliza el triunfo de las armas contra la tiranía y la obra del estadista en nuestra evolución nacional. Casi en el ocaso ya, de una vida plena de gratas emociones y de todas las ventajas que proporciona una gran opulencia, suele florecer una ilusión más, merced a la expresión llena de luz y decisión de una mirada femenina, a la sugestión de un porte arrogante y conquistador... Cuenta el comentario, que la voz habituada al mando, esa voz que impera militarmente en la suntuosa mansión que domina el río, allá en la región costanera, en la fronda de su parque majestuoso, o allá más lejos aún, en medio del susurro de las palmas a orillas del Paraná, sabe hallar ahora las más suaves modulaciones, para convencer a la interesante porteña, y rehacer, si ella lo consiente, una nueva vida de ilusión y de alegría...

La crónica no nos revela aún la decisión de ella, ni cuál pueda ser la impresión del círculo íntimo que a ambos rodea...



Buenos Aires, marzo 5 de 1925.

S E R E N I D A D

Dulzor de miel en los labios.
En las manos suavidad
de seda, y en el espíritu
perfume de santidad.

En mis pupilas tu imagen.
Tu corazón en el mío;
y mi alma pura y visible
como el alma del rocío.

Mis labios sobre tu frente.
Tus dos manos en las mías;
y el espíritu poblado
de místicas armonías.

Serenidad inefable
de la hora en que suspenso
queda el corazón; y el alma
es una espiral de incienso.



PEDRO V. BLAKE



CHELA

LOCION - EXTRACTO - COLONIA
POLVO - TALCO - CREMA



POLVO DE TOCADOR
CHELA
Indispensable en el tocador de toda dama elegante.
Precio de la caja, en la Capital:
$ 1.90



IMPORTANTE
La Perfumeria GRIET podria ofrecer REGALOS a los compradores de sus afamados productos, pero para esto tendria que aumentar los precios o sacrificar la bondad de sus articulos y prefiere mantenerlos INVARIABLEMENTE DE LA MAS ALTA CALIDAD

LOCION
CHELA
El perfume de moda.
Precio del frasco:
$ 4.20



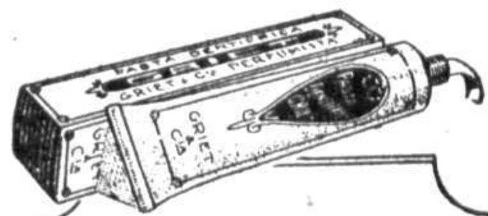
Todos los Polvos de Tocador de GRIET se preparan en los tonos BLANCO, ROSA, RACHEL y OCRE.



Precio de la caja:
$ 1.70



En los perfumes: JAZMIN - HELIOTROPO - VIOLETA, BOUQUET y ROSA





DENTIFRICO GRIET
Mantiene los dientes sanos, blancos y fuertes sin afectar su esmalte.

En pasta, el tubo.......... $ 1.20
En líquido, el frasco .... „ 1.80

Precios para la Capital.

Los casamientos en la antigua Roma

Las leyes de Roma favorecían mucho el matrimonio y se castigaba severamente a los que no abrazaban este estado. En una época los censores obligaron a los jóvenes solteros a hacer juramento de casarse en un período limitado de tiempo. Augusto aumentó los castigos impuestos a los célibes, y concedía recompensa a los padres que tenían muchos hijos.

Era costumbre darse palabra de matrimonio antes de efectuar las nupcias, y éstas se celebraban con grandes ceremonias, en presencia de los sacerdotes y augures. El contrato se extendía delante de testigos.

El hombre presentaba a la mujer un anillo y el padre de ésta corría con la fiesta. Poníase el anillo en el dedo anular de la mano izquierda, porque creían que sus nervios se comunicaban directamente con el corazón. Al vestir la novia, le partían los cabellos con la punta de una lanza, para significar que iba a ser esposa de un guerrero. La coronaban con una guirnalda de flores y le ponían un velo

Concluído el tocado, la llevaban a la casa del novio tres muchachos cuyos padres estuvieran vivos. Abrían el paso cinco teas encendidas, y detrás, las camareras llevando un huso y una rueca. A la puerta, la novia colocaba en un pilar tiras de lana impregnadas de sebo derretido, con el objeto de conjurar los hechizos o brujerías en que creían. No debía pisar el umbral de la casa y la llevaban en volandas a la presencia del novio, quien le entregaba las llaves y dos vasos que contenían uno fuego y otro agua. Después se daba una gran cena a toda la compañía, se bailaba y cantaban versos en honor de los recién casados.



LA PERFECTA BAÑISTA

— No juguéis tanto con el agua que acabaréis por mojarme.


En la playa.
Allí donde otros jabones fracasan, triunfa el Jabón de Sales Naturales de "La Toja".
Su excepcional condición de origen alcalino y radioactivo, permite utilizarlo con toda clase de aguas: amargas, saladas, calizas o sulfurosas.
La agradable sensación del baño de mar se completa con la acción vivificante de una buena enjabonadura con el
JABÓN DE LA TOJA
El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.
CONCESIONARIOS
POLLEDO & Cía
Bme Mitre 1352
Buenos Aires
JABÓN
LA TOJA

Etimología del vocablo asesino

Voz corrompida tomada de la palabra «Ehissessin». Sucede muchas veces a los que visitan un país lejano, que oyen mal repiten mal y escriben mal en su propia lengua lo que mal comprendieron en idioma extranjero, y luego engañan a sus compatriotas y se engañan a sí mismos. El error se transmite de boca en boca y de pluma en pluma, y se necesita el transcurso de siglos para destruirlo.

Existía en la época de las cruzadas un desgraciado pueblecillo de montañeses, que habitaban en cavernas cerca del camino de Damasco. Eran bandidos y se escogían un jefe, al que llamaban Chik Elchassissin. Créese que la palabra honorífica «chik» o «chek» (jefe), significaba antiguamente anciano; lo mismo que entre nosotros el título de «señor» proviene de «senior», que significaba anciano; como la palabra «grafcomte» significaba viejo, en Alemania. En la antigüedad más remota, el mando civil se concedía a los ancianos en casi todos los pueblos, y luego este mando se convirtió en hereditario.



—¡Ay, querida, estoy muerta de cansancio! He estado bailando desde hace diez días, todas las noches. Pero ahora, gracias a Dios, me voy al campo a lo de los Monteros, para descansar.
—¿Pero qué vas a hacer allá en esta época del año?
—Oh, los Monteros tienen un buen fonógrafo y podremos bailar un poco...

Los cruzados llamaron al anciano que era jefe de los montañeses árabes «el viejo de las mantañas», y creyeron que era un gran príncipe, porque mandó que robaran y mataran en el camino real al conde de Montferrat y a algunos otros señores que iban con los cruzados: y éstos llamaron a esos pueblos «los asesinos», y a su jefe el rey del vasto país de los asesinos». Ese vasto país tiene cinco o seis leguas de longitud y dos de anchura por la parte del Anti Líbino, país horrible y peñascoso como casi toda la Palestina, pero cortado por agradables praderas que sirven de pasto a muchos rebaños, como lo afirman todos los que han hecho el viaje de Aleno a Damasco.

El chik o sea el anciano de esos asesinos, tenía que ser un jefe de bandidos, porque entonces mandaba en Damasco un soldán muy poderoso.

OFERTA ESPECIAL

POR LA FESTIVIDAD DE SAN JOSE

Instrumentos finos a precios nunca vistos



Otros modelos de Guitarras Nacionales y Españolas hasta pesos **500**

Solicite catálogo N.º 23

ESTA PRECIOSA GUITARRA

"América" N.º 3007, verdadero instrumento artístico, construída en madera bien estacionada de nogal con finos trabajos de mozaicos en la boca. Voces melodiosas. Con método "América" para aprender sin maestro y embalaje gratis.

$ 13.90

Otros modelos desde $ 25.— hasta

$ 2.500

Catálogos ilustrados N.º 24, remitimos, gratis.

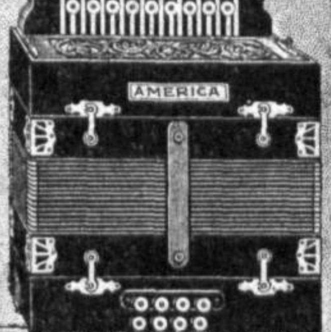
N.º 4.100 bis. — Hermoso Violín modelo de auténtico STRADIVARIUS, con estuche y arco fino, pez y embalaje gratis. **$ 33.—**



Regio Acordeón "AMERICA"

8 bajos y 19 voces, sonido armonioso, fuerte y vibrante. Construcción sólida y perfecta en todo sentido. Lo remitimos con método "América" para aprender sin maestro y embalaje gratis, por solo

$ 21.—



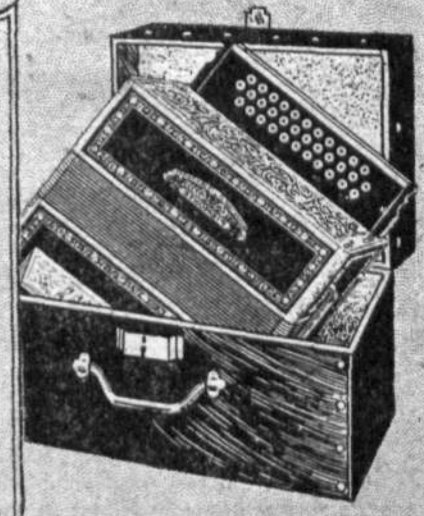
ACORDEONES de la afamada marca **"PIEMONTE"**

SEMITONADOS VERDADERO SISTEMA ITALIANO

Entonación Sol-Do-Si. Instrumentos perfectos en todo sentido, presentación artística y lujosas, construídos en maderas finísimas. Cada acordeón se entrega en elegante estuche similcuero.

N.º 6050. — 12 bajos y 31 voces, $ **85.-**
N.º 6051. — 16 bajos y 31 voces, $ **95.-**
N.º 6052. — 24 bajos y 34 voces, $ **150.-**
N.º 6053. — 36 bajos y 34 voces, $ **170.-**
N.º 6054. — 48 bajos y 34 voces, $ **190.-**

Todos los demás modelos a PIANO y CROMATICOS ofrecemos a precios increíblemente reducidos. Catálogo ilustrado N.º 26 remitimos gratis.



MAESTROPIANO, el autopiano moderno, modelos desde $ 1.500 hasta $ 3.600.—.

CASA AMERICA

SOCIEDAD ANONIMA Lda

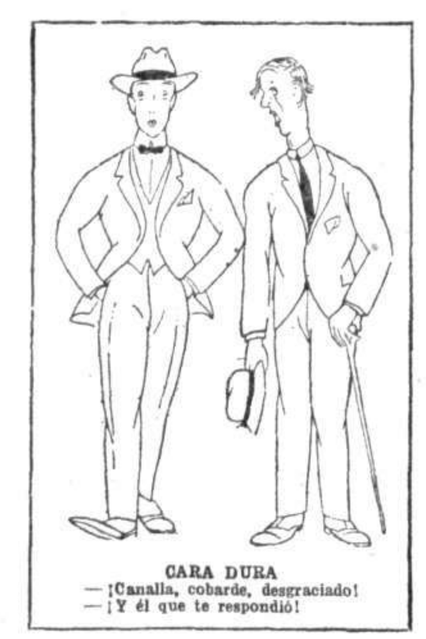
Avda. de Mayo, 979
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS los SABADOS

Cadenas colosales

La bricación de gruesas cadenas, tales como las que sirven para las anclas de los grandes buques, constituyen una de las operaciones de forja más duras y más difíciles de realizar con perfección. Hasta hace poco este trabajo se ejecutó a mano; se dedicaban a esta especialidad, forjadores hábiles y experimentados; y por cierto que llama la atención, aun hoy día, la perfección de algunas de sus obras hechas con los medios más rudimentarios. Se han sujetado a ensayo cadenas marinas que cuentan ya siglo y medio de existencia, y cuya resistencia puede competir con la de los mejores modelos actuales.

Con el desarrollo creciente de la marina, esta industria ha adquirido en nuestros días una importancia no despreciable; y era natural, por tanto, que más o menos tarde se tratase de eliminar de ella lo más posible la intervención del trabajo manual, poniendo a contribución en su lugar los eficaces recursos de la mecánica moderna. Para las cadenas de gran tamaño es ya imposible prescindir de su ayuda. Mencionaremos a este propósito, que para las esclusas del canal de Panamá ha habido necesidad de fabricar cadenas con barras cilíndricas de 75 milímetros de grueso. Las cadenas para las anclas de los buques, llegan con frecuencia a un grueso de 50 milímetros, y últimamente algunos de los grandes transatlánticos de la «Compañía Cunard», van provistos de cadenas hechas con barras de 140 milímetros de diámetro.

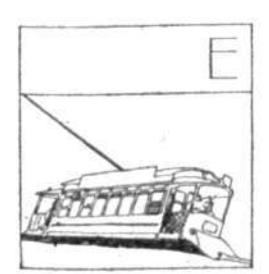


CARA DURA
—¡Canalla, cobarde, desgraciado!
—¡Y él que te respondió!

Cuando se llega a tales proporciones, es evidente que el trabajo manual no puede dar resultados perfectos. La soldadura del hierro requiere una temperatura muy elevada, y es difícil comunicarla a las partes interiores sin quemar o perjudicar a las exteriores; y no menos difilcultoso es asegurar bien el contacto de las superficies de soldadura, y evitar la inclusión de escorias. Estos defectos invisibles al principio, no tardan en hacerse patentes, y la acción corrosiva del agua de mar, acaba de agravarlos, al infiltrarse por las cavidades o grietas que han quedado en el interior.

La fabricación y forja de las cadenas es hoy puramente mecánica.

EL CHUPACHARQUI



El hombre oyó que una voz gruesa, de trueno, prorrumpía

— ¡Papáaaa! ¡Papacitóooo!...

Sonriendo, dejó de escribir, y a propósito, no quiso contestar. El ruido cavernoso tornó:

— ¡Papacitóooo!... ¡Jo, ja, ja, ja!... ¡Papacitóooo!... — y allende los hierros del balcón, por la entreabierta persiana, vió dos ojillos luminosos, de víbora; una enrome, descomunal bocaza abierta riendo; una barba que avanzaba de a partes, completándose al salvar los hierros, y luego, una manaza negra, de mono, que se introducía abierta, con la palma hacia arriba.

El hombre se echó a reir, y levantándose avanzó, diciendo:

— ¡Hola, Chupacharqui! ¿Cómo te va? ¿Qué andas queriendo?

— ¡Jo, ja, ja, ja, jo, jaummm!...

— ¿Vienes por los veinte, no?

— ¡Jo, ja, ja, ja, jo, jaummm!... ¡La vichucha, papáaaa!...

— ¡Qué vichucha, hombre! ¡Los veinte centavos serán, no?

— ¡Je, je, je!... ¡La vichucháaaa!...

— ¡Bueno, toma la vichucha!, — y le entregó la moneda. Se asomó luego, completamente y le dijo:

— ¡Oye, Chupacharqui!, ¿por qué tienes esos pies tan grandes, tan negros y tan llenos de envolturas y de trapos?

Al comprender la pregunta (que el hombre acompañaba sus palabras de ademanes,) el visitante se los miró y dijo:

— ¡Dueélen!...

— ¿Y por qué no te pones botines? Si quieres, yo te regalo unos!

— ¡Nooo!... — y con el dedo hizo ademanes elocuentes en contra de la oferta.

— Bueno, entonces, dime, ¿por qué andas siempre agachado, con la cara como por rozar contra el suelo, apoyado en ese bastón tan delgadito...., un bastón de buena calidad, ciertamente...

— ¡Puahx, pah, pah pah, puahx!... — se rió el visitante, con todas sus ganas, abriendo enormemente su desmesurada boca, su bocaza de sapo, en cuyo fondo blanqueaban sus dientes grandes, intactos, magníficos. Le causaba muchísima gracia el ver a su protector en tan ridícula postura, imitándole.

— ¡«Puahx, pah, pah, pah!...» Te ríes como las gallinas, Chupacharqui.

El opa cortó súbito su risa; y serio, lo miró, brillantes los ojitos. Le causó ira esa mitación burlesca.

— Bueno, no te enojes Chupacharqui. Si no quieres explicar, ¿qué levamos a hacer? Pero, oye, dime: ¿por qué llevas al cuello liado siempre con ese rebozo azul, de mujer? ¿No te hace calor? ¿No ves que ya ha llegado la primavera? Yo, por ejemplo, no uso chaleco ya , ¡mira! ¡Ufff, qué calor! Y, después, que a más de ser de mujer, ese tapado azul, no hace juego con tus pantalones amarillos, ni con tu saco verde, de un verde ratón...., ¡ratón precisamente, no!... Un verde botella, ¡eso es!, un verde que debió haber sido negro en un tiempo, pero que ahora está como bandera italiana de fondín. ¡Oye! ¿No ves que con esa indumentaria no te van a querer las muchachas? Dime: ¿y qué piensas tú del amor? A ver: ¿cuál de aquellas tres niñas te gusta? ¡Mira, aquellas tres, qué bonitas! ¿Cuál te agrada más? — y, al hablar, se las indicaba con los ojos, picarescamente.

El Chupacharqui movía la cabeza, con un dedo, duplicaba su negativa a tratar de asunto tan escabroso. Sus ojillos amarillos, redonditos de macaco, se fijaban penetrantes en su protector. La bocaza enorme se abría en rudas carcajadas, que cierto accidente blancuzco obligaba a cerrar de continuo para evitar el raudal, secándose con la manga. Muy avergonzado, el opa, riéndose, se doblaba más aún sobre su bastón y sus barbas hirsutas, algo canosas; su cara larga, dura, de caballo; sus piezazos negros, liados; su indumentaria astrosa, en fin, le tornaban tan pequeño, tan deleznable, tan digno de lástima, que no se atinaba a verse en él más que a un pingajo humano, a un resto grosero, despreciable de hombre.

* * *

Nativo de Guachipas, el Chupacharqui había sido macitero en se juventud, cuando ña Senaida, su ama, vivía aún. Pero a su muerte, cansado de los males tratos que le daban sus hijastros, que le heredaron como un bien mueble, los abandonó, y, tras algunos meses de vagabundeo por las aldeas del valle, apareció un día en Cerrillos, en donde se quedó. En los primeros tiempos dióse a implorar la caridad pública, pidiendo muy especialmente que le donasen charqui para chupar. Le agradaba enormemente eso, el succionar tal carne reseca. Mas como ello le originase su apodo «Chupacharqui», con el cual le gritaban, befándolo, los muchachos del pueblo, renunció a tamaña caridad, y jamás volvió a oirse en sus labios la palabra «chupar», y menos aún «charqui». Les cobró un odio profundo.

Por ese entonces se habló de una barrabasada muy grande que cometiera, gracias a la cual hubo de marcharse como con viento fresco.

Pero, es la verdad, que tres o cuatro meses más tarde estuvo apareciendo como ayudante del sacristán, y poseído de un fervor religioso tan ardiente, tan edificador, que lo que pudo haber existido de cierto en la inculpación anterior, se olvidó, y es más, la simpatía de las señoras hacia su donosa persona, que barría la ermita, ayudaba a limpiar los santos, llevaba el principal y más pesado farol al frente de las procesiones, vapuleaba a los perros en el templo en las grandes solemnidades, cuando el viejerío se alborota, y estaba siempre dispuesto a dar un mensaje o cumplir un mandado; la tolerancia de los hombres hacia su desarrapadura que imploraba algunos centavos de vez en cuando y que infundía, por pringoso, tanta lástima; y la protección manifiesta de la Iglesia, en fin, que le otorgó un cuarto deshabitado y medio en ruinas, en un extremo del pueblo y las sobras de las comidas de las fieles más distinguidas, tornaron amable su vida, y llena de encantadora suavidad sus días.

Al cabo de algún tiempo, se volvió a hablar algo de él, algo desfavorable; pero debía de ser falso, pues el Chupacharqui era incapaz de ello, ciertamente.

* * *

Hacia la primavera menudeaba sus visitas al amigo del balcón, a quien encontraba siempre, a eso del atardecer, en aquella habitación, agachado sobre una mesa, rodeado de papeles, moviendo un palito negro. Ese era el «papacito», que siempre le hacía merced de vein-

te centavos, los cuales, él, sabiamente empleaba en una copa de vino y un paquete de cigarrillos «Gigantes.» El «papacito» era un burlón, sin duda alguna. Siempre le estaba hablando de amor; estaba refiriéndose a la hermosura y donaire de las mujeres que pasaban; y sobre todo, ponderándole las curvas y los graciosos movimientos de sus atrayentes vecinas. Una de ellas, especialmente, era en verdad adorable, luminosa de juventud, resplandeciente de gracia. Esbelta de estatura, tenía los ojos grandes y retintos; sonrosadas las mejillas tersas, como un duraznito; roja la boca pequeña y bien dibujada; blanca, como la de una paloma, la garganta; maravillosas las mórbidas, perturbadoras curvas, que saltaban concluyentes a la vista, realzadas por su traje a la moda. ¡Cómo se marcaban todas esas formas al menor *movimiento de su dueña!* ¡Y qué resplandor en sus ojos, brillantes de juventud, llenos de picaresca, temblorosa exuberancia vital! Y ¡voto al ánima!, si dos años atrás era ya hermosa, ahora, que pasaba de los quince a los diez y seis, ¡cuán maravillosa estaba, cuán espléndida, cuán extraordinaria, de estupendas, habladoras líneas!

—¡Oye, Chupacharqui! ¡Mira! ¿Ves aquella niña tan linda? Bueno, quiero que le lleves esta rosa y se la des, diciéndole que hoy está más hermosa que nunca. Te regalaré otros veinte, si lo haces.

El opa, en lo corcovado que estaba, volvió la cabeza hacia la casa de enfrente, y vió a la jovenzuela que, sonriendo, los miraba, sospechando lo que «el papacito» tramaba; «el papacito», un muchacho muy simpático, que se le había adentrado poco a poco en el alma, conquistándole sus pensamientos.

El opa se rió ante la propuesta, negándose. Pero, «el papacito» insistió, doblando la oferta y diciéndole que se resolviese, sin temor alguno, pues la señorita a quien iba a hablar, también lo incitaba a que lo hiciese. Y era así la verdad, pues ella, acompañada de dos amigas, también lo incitaba a que acudiese, secundada en esa actitud por las dos amigas. Entre dos fuegos, el Chupacharqui no sabía qué hacer. Mas, al fin, ante tanta insistencia, se decidió. Tomó la magnífica rosa que «el papacito» le entregaba, se curvó más aún en su postura, afirmándose más reciamente en el bastón; miró a un lado y otro de la calzada, y emprendió la marcha para atravesarla. Pero, cuando iba ya hacia la mitad, se detuvo, volvió la cabeza hacia el «papacito», e hizo ademán de desistir en la empresa; mas, el muchacho lo incitó reciamente. El Chupacharqui dudó un momento aún, pero continuó. Al llegar al otro extremo de la calle, se detuvo, con la vista clavada en el suelo. A los diez metros, hacia la derecha, la jovenzuela resplandeciente de hermosura, toda vestida de blanco, con un vestido muy liviano, casi transparente, con los brazos desnudos, descotada, lo esperaba. El Chupacharqui dió dos pasos más, y tornó a detenerse. Entonces, ella, seguida de sus amigas, acudió a su encuentro. A su proximidad, pareció como si las anchas, fuertes espaldas del Chupacharqui se contrajesen, y ello le obligase a achatarse más aún. Ella habló:

—¿Qué me traes?

El Chupacharqui levantó en su dirección la mano con la rosa y murmuró unos sonidos que pretendían ser palabras.

—¿Qué dices? — le interrumpió ella, y, acercándosele muy próxima, envolviéndolo con el juvenil aroma de su cuerpo, se agachó para escuchar la respuesta. Al hacerlo, el opa vió sus formas redondas, blancas; fué como si temblase y, ágil como un tigre, se incorporó robusto el Chupacharqui; abrió sus brazos, encerró entre ellos a la niña, y, tremante, *con su bocaza temblorosa, la besó en la boca.* Ella lanzó un alarido. Las compañeras huyeron como palomas que el gavilán aventa. El opa la estrechó más aún, y la besó de nuevo, como enloquecido. Ella hizo un supremo esfuerzo para desligarse de sus brazos. Sobre el balcón de enfrente se vió la línea de un salto y, como una recia garra, un puño fuerte, de varón, cogió al opa por el cogote:

—¡Miserable! — Y lo arrojó en mitad de la calle.

La niña sollozaba, asustada y llena de vergüenza. El opa se incorporaba pesadamente en la calzada.

El muchacho, tomándola entre sus brazos, todo estremecido, le decía:

—¡Perdón, pequeña de mi alma! ¿Quién iba a pensar esto?

Y volviéndose hacia el opa:

—¡Alzate, miserable, opa ruín! ¡Vete! Y que jamás vuelvas a poner tus pies aquí, porque te moleré a palos. ¡Vete, opa repugnante!

Luego, a la niña:

—¡Perdón, Dorita mía, perdóname; deja que te estreche contra mi corazón, así, para que olvides!...

Ella, sollozando y sonriendo, lo dejaba hacer, vencida, que también lo amaba desde muy hondo, y contenta en lo íntimo, más allá del susto, de la oportunidad que lo obligaba a declarársele así, públicamente.

El Chupacharqui, más ruín, más corcovado que nunca, más miserable, se marchaba calle abajo, haciendo sonar su bastón, cargado de remordimiento y de vergüenza, pero libre el alma, al fin, de la tortura enloquecedora, del deseo monstruoso de estrechar aquel cuerpo incomparable, de besar aquella boca maravillosa, que por tres largos años le había estado quemando el alma, día tras día, noche tras noche, implacablemente. Sí, era verdad lo que el pueblo murmuraba: a él le agradaban las faldas, su única debilidad; él era capaz de todo por una mujer.

—¡Je, je, je!...— se rió, de pronto, y entre dientes dijo: —¡Ummm! ¡Ha gritao la bárbara! ¡Je, je, je! ¡Ummm!... ¡Y han disparao las otras!...

CIRO TORRES LOPEZ

DIBUJO DE USANDIVARAS

De qué se compone nuestro barro

Que somos un poco de barro, que somos polvo y polvo volveremos a ser, estamos cansados de oirlo.

La misma palabra hombre lo indica. Esta palabra viene de la latina «homo», probablemente de la misma raíz que la palabra «humus» y que la palabra «humilis», humilde. Es decir, que el «homo» latino significaría propiamente el terrestre o sea el ser formado, con el barro de la tierra.

La formación del hombre, según el Antiguo Testamento, también nos dice de que fué formado el ser humano.

Resulta, pues, que cuando decimos que todos somos de carne y hueso, esta carne y este hueso están hechos de barro, que somos un mineral o una combinación de minerales, y esto no lo podemos negar, pues la química ha tomado al hombre, lo ha metido en una probeta, luego en una retorta, ha obtenido precipitados, etc., y este químico que así ha manejado al hombre en su laboratorio nos presenta con toda exactitud, después de haber hecho el análisis cualitativo y cuantitativo del ser humano, su composición química.
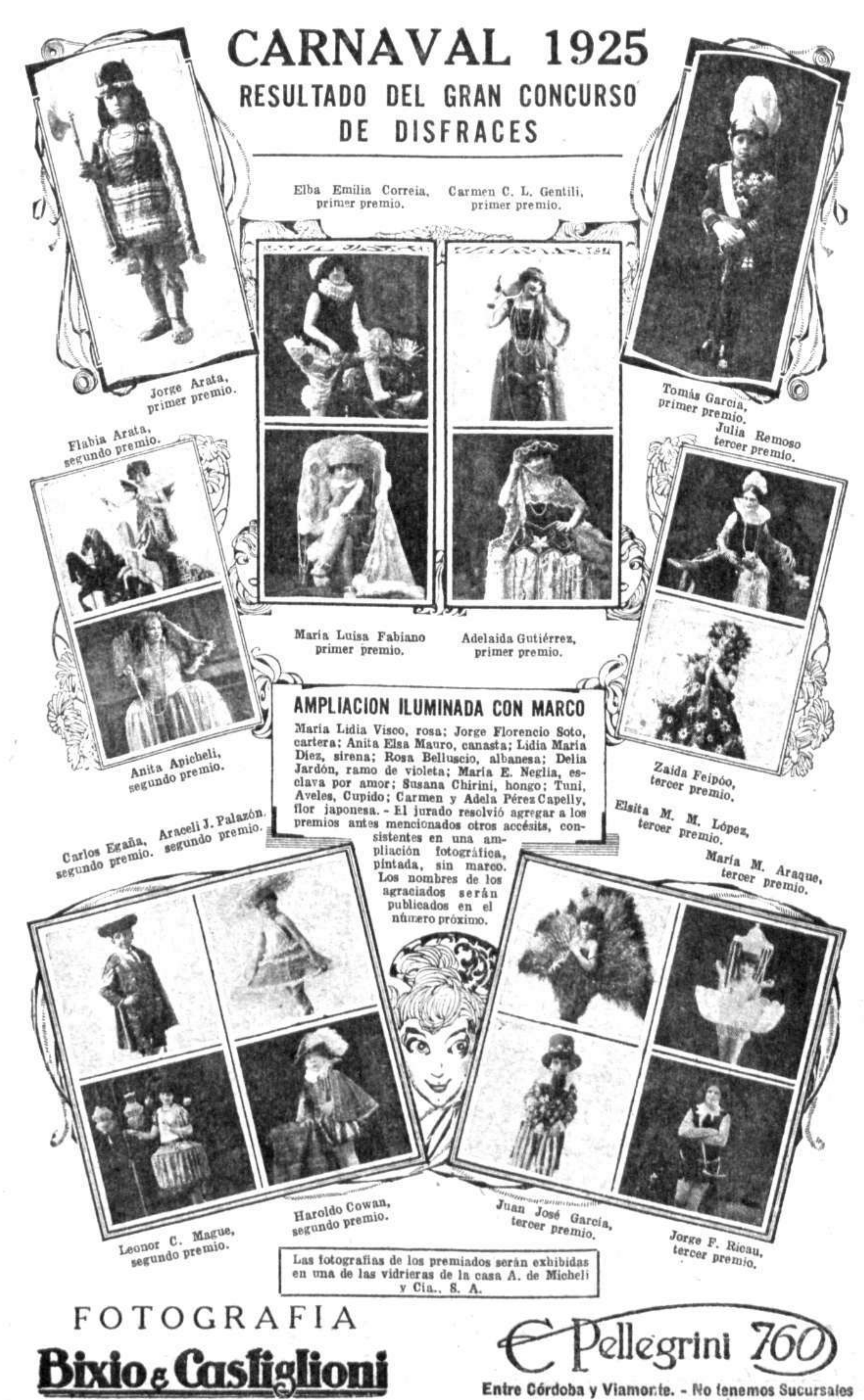


INVENTO MODERNO PARA MARIDOS

El tabaco de hoja que produce densa nube al pasar por las vidrieras de las tiendas...

El barro de que estamos formados se compone, en su mayoría, de agua: la más blanca de las mujeres lleva en sí varios kilos de carbón; el más tonto, muchos granos de sal; el de carácter más avinagrado, más azúcar que un gran caramelo, y todos, en fin, tenemos hierro, cal, yodo, oxígeno, hidrógeno, carbono, calcio, fósforo, potasio, fluor, azufre, magnesio y algún otro elemento. He aquí las cantidades en que todos estos cuerpos entran en la composición del barro humano: 45.40 litros de agua, 10.896 kilos de carbón, 7 gramos de hierro, 3.178 kilos de cal, 678 gramos de fósforo, 6 gramos de azúcar, 678 gramos de sal, 3.115 metros cúbicos de oxígeno, 1.672 metros cúbicos de nitrógeno, 15.728 de hidrógeno, yodo equivalente a 1/10, una gota de yodo y 280 gramos de potasio, fluor, azufre, y magnesio.

Después de conocer químicamente de qué nos componemos, es vanidad, el tener poco fósforo, el soñar con la inmortalidad.


CARNAVAL 1925
RESULTADO DEL GRAN CONCURSO DE DISFRACES
Elba Emilia Correia, primer premio.
Carmen C. L. Gentili, primer premio.
Jorge Arata, primer premio.
Tomás García, primer premio.
Flabia Arata, segundo premio.
Julia Remoso tercer premio.
María Luisa Fabiano primer premio.
Adelaida Gutiérrez, primer premio.
AMPLIACION ILUMINADA CON MARCO
María Lidia Visco, rosa; Jorge Florencio Soto, cartera; Anita Elsa Mauro, canasta; Lidia María Diez, sirena; Rosa Belluscio, albanesa; Delia Jardón, ramo de violeta; María E. Neglia, esclava por amor; Susana Chirini, hongo; Tuni, Aveles, Cupido; Carmen y Adela Pérez Capelly, flor japonesa. - El jurado resolvió agregar a los premios antes mencionados otros accésits, consistentes en una ampliación fotográfica, pintada, sin marco. Los nombres de los agraciados serán publicados en el número próximo.
Anita Apicheli, segundo premio.
Zaida Feipóo, tercer premio.
Elsita M. M. López, tercer premio.
Carlos Egaña, segundo premio.
Araceli J. Palazón, segundo premio.
María M. Araque, tercer premio.
Leonor C. Mague, segundo premio.
Haroldo Cowan, segundo premio.
Juan José García, tercer premio.
Jorge F. Ricau, tercer premio.
Las fotografías de los premiados serán exhibidas en una de las vidrieras de la casa A. de Micheli y Cía., S. A.
FOTOGRAFIA
Bixio & Castiglioni
C. Pellegrini 760
Entre Córdoba y Viamonte. - No tenemos Sucursales

El Hijo del Caos

Las religiones, son, evidentemente, instituciones venerables y transcendentales, pero que no dejan, a veces, de tener su lado altamente pintoresco y anecdótico, legendario y mítico.

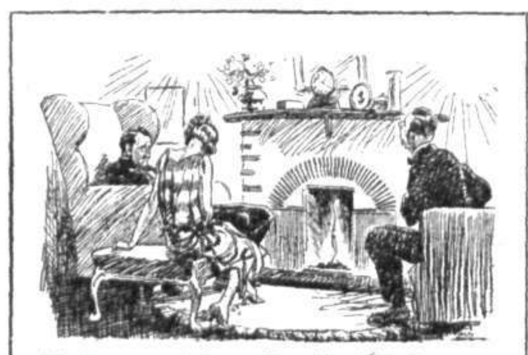
Según la cosmogonía china, el ascendiente del Cielo y de la Tierra y de todo lo que se mueve y existe, es «P'an-Ku», retoño de los dos poderes de la Naturaleza: el «yin», o principio femenino, y el «yan», o principio masculino.

«P'an-Ku» nació del caos, era un ser enano con dos cuernos, que se cubría con hojas o con una piel de oso. En una mano tenía un martillo y un cincel en la otra.

Sus trabajos le ocuparon diez y ocho mil años, durante los cuales formó el sol, la luna, las estrellas, los cielos y la tierra, al mismo tiempo que él, por su parte, crecía diariamente seis pies de estatura, hasta que terminada su tarea de crear el mundo y las cosas y seres en él existentes, murió para que sus creaciones vivieran.

Y he aquí lo más curioso. Sin duda, este mundo era algo informe o elemental todavía, algo exótico e impersonal.

La cabeza de su hacedor fueron las montañas; su aliento, los vientos y las nubes; su voz, el trueno; sus extremidades, las cuatro partes de la tierra; su sangre, los ríos; su carne, el suelo; su piel y su cabello, las hierbas y los árboles; sus dientes, sus huesos y su médula, los metales, las rocas y las piedras preciosas; su sudor la lluvia, y los insectos que anidaba su cuerpo, los seres humanos.


El visitante retardado. — ¿Eso reloj está bien?
El dueño de casa, aburrido. —Debe estarlo, porque a esta hora nos acostamos...

———

Es preciso que ordenes tu vida acto por acto; y si cada uno de ellos lo haces como debe hacerse a ser posible, puedes estar satisfecho. Luego nadie pude impedirte que obres como debes. — ¿Y si se sobrepone algún obstáculo extraño? preguntarás acaso. — No, nada puede impedirte que seas por lo menos justo, moderado y razonable. — ¿No habrá quizás otra circunstancia que me arrebate cualquier medio de obrar? dirás todavía. — En este caso, resígnate ante el obstáculo mismo; obra como te está permitido, sin recriminar, y de ahí proviene luego otra acción que entra igualmente en el plan de vida que debes seguir.

Marco Aurelio.

La diferencia que existe entre el

XEREZ-QUINA RUIZ

y un aperitivo común, es tan fundamental como la que se observa entre un estómago excelente y otro de funcionamiento imperfecto. Por consiguiente no dé Vd. lugar a dudas cuando Vd. quiera tomar el mejor aperitivo-tónico, pida claramente a su proveedor:

XEREZ-QUINA RUIZ



AÑO XXVIII BUENOS AIRES, 14 DE MARZO DE 1925 N.º 1380

CARAS Y CARETAS

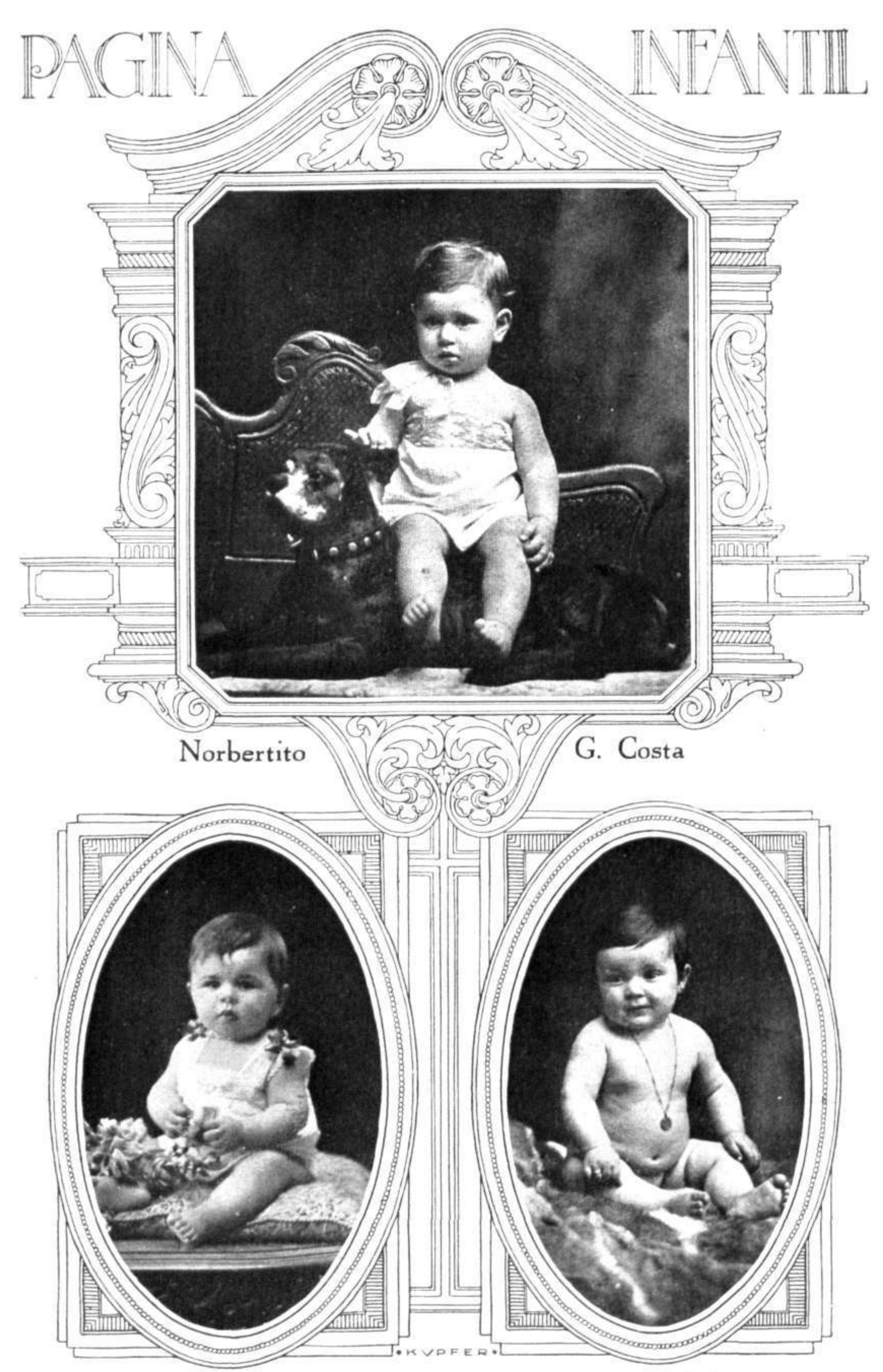
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



SEÑORITA

Rosa Carabassa del Carril

PAGINA INFANTIL



Norbertito G. Costa

Eugenio L. Thomas

Carmen Teresa C. Lorenzoni

Desde Hungría para "Caras y Caretas"





FESTEJANDO [illegible] PASCUA, LOS NIÑOS DEL SUD DE HUNGRÍA RECORREN LAS CASAS DEL PUEBLO ENTONANDO CANCIONES ALUSIVAS, LAS CUALES SON PREMIADAS CON GOLOSINAS DIVERSAS Y ESPECIALMENTE CON HUEVOS PINTADOS. HE AQUÍ A UNA LINDA PAREJITA CON SUS NOTABLES TOCADOS, EN ESTA TARJA.






DIVERSOS TOCADOS DE LOS HABITANTES DEL SUD DE HUNGRÍA EN SUS DIFERENTES EDADES Y SEXOS

CARAS Y CARETAS



LOS DÍAS DE FIESTA EN LAS PATRIARCALES ALDEAS HÚNGARAS TIENEN UN ACENTUADO COLORIDO PINTORESCO. ESTOS DOS PEQUEÑOS NIÑOS, PERTENECIENTES A UNA FAMILIA PUDIENTE, VAN A LA IGLESIA VISTIENDO TRAJES IGUALES A LOS DE SUS MAYORES.



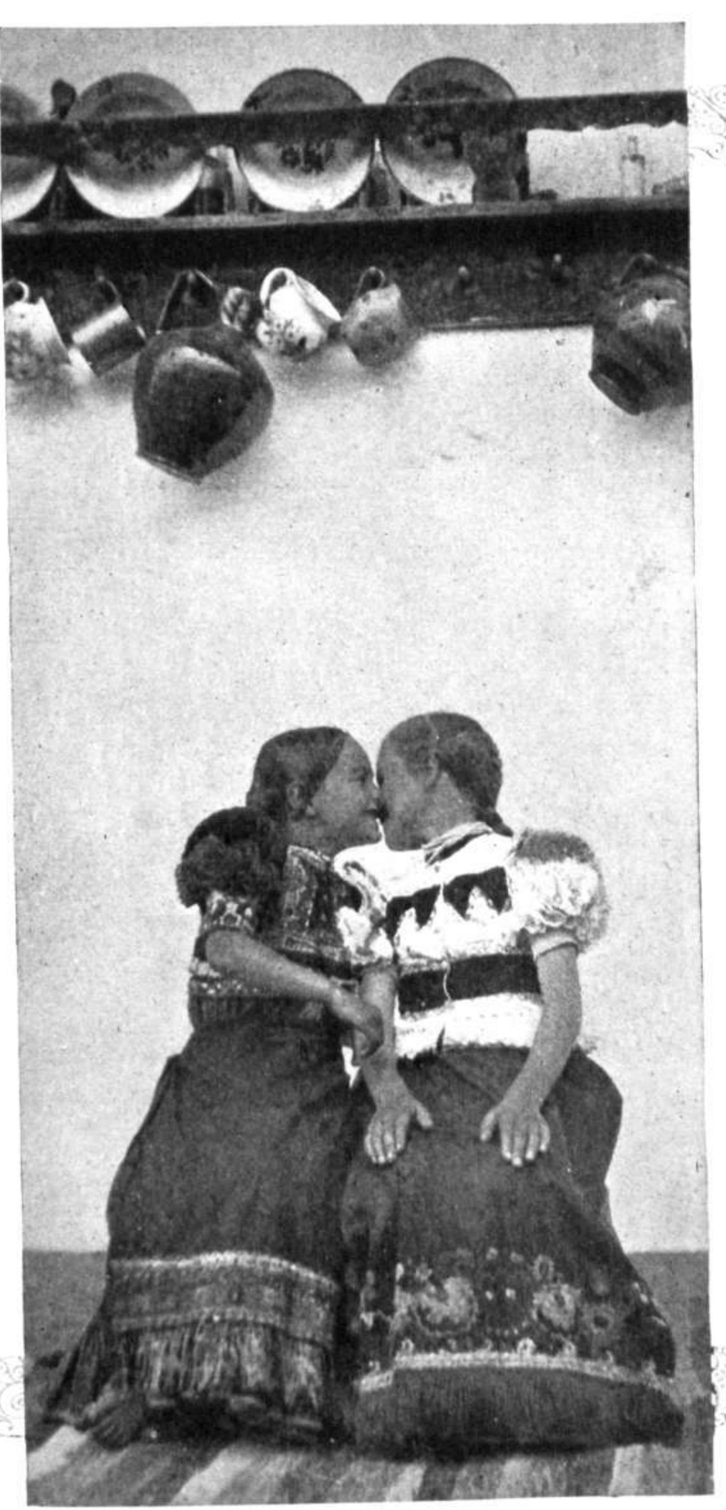


NIÑOS USANDO TRAJES MARAVILLOSAMENTE BORDADOS, TEJEN LOS CÉLEBRES ENCAJES CONOCIDOS CON EL NOMBRE DE «MATIAS».





ESCENA QUE TIENE TODO EL SABOR DE UN CUADRO ORIENTAL. EL TURBANTE QUE USA LA MADRE DE UNO DE LOS NIÑOS Y LA FORMA DE SENTARSE DE ÉSTOS, PARA ESCUCHARLA, RECUERDAN LAS COSTUMBRES DE LA DESAPARECIDA REGENCIA DE TURQUÍA.



LA ESTANTERÍA EN QUE ESTÁN COLOCADOS PLATOS Y BOTIJOS PINTADOS, PRODUCTO DE LA INDUSTRIA CASERA CAMPESINA, FORMA UNA ORIGINAL DECORACIÓN A ESTOS AMIGUITOS QUE SE BESAN CARIÑOSAMENTE ANTES DE COMENZAR SUS JUEGOS.



SEÑORA Y SEÑORITAS DE SALAS, SEÑORA DE DAVICO Y NIÑA DE FERRARI.

TEMPORADA DE MAR DEL PLATA



SEÑOR FRANCISCO COLLAZO Y SU ESPOSA, MARIA ELISA RUIZ PANELO



SEÑORA ZULEMA A. DE IUSTO Y LA SEÑORITA ESTHER ARCE.



ELSA Y MARTHA DE LUCA, QUE SE DESTACARON EN EL COTILLÓN INFANTIL VERIFICADO EN EL BRISTOL.





HORACITO QUILLOT.

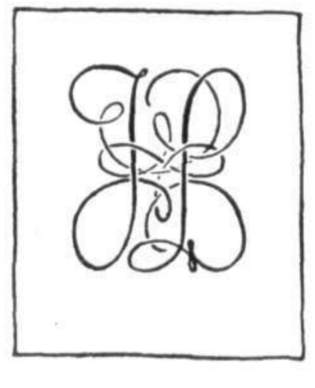


AMELIA R. PUJADAS QUILLAMONDEGUI.



EL PRESIDENTE DE CHILE CON SU FAMILIA Y ALGUNOS AMIGOS, ADMIRANDO LAS RUINAS DE TITO.

EL DOCTOR ARTVRO ALESSANDRI EN ROMA



a sido al llegar a Roma que el doctor Alessandri se enteró del movimiento revolucionario que le devolverá el poder en Chile. Y ha sido sobre el escenario de la Roma que asombró al mundo por su sabia política, y que su política ambiciosa destruyó luego, que hemos dialogado con el hombre de estado chileno sobre los hechos de otrora y de hoy, tan semejantes.

—Sólo una cosa me ha preocupado en las circunstancias en que vengo actuando desde que subí a la Presidencia de Chile: Salvar las instituciones, robustecerlas si fuera necesario con mi sacrificio. Es decir, no el propósito inmediato de ser presidente en cierto lapso de tiempo, sino salvar y acrisolar el prestigio de la democracia que como presidente represento, en la conciencia de todos y del pueblo, y que sepan así los hombres que para reunirse en sociedad y vivir de acuerdo hay que tener dentro del país, como tenían los romanos en este rincón del Foro, un lugar sagrado que nadie podía violar, bajo pena de muerte. Hoy no sería ya un templo. Sería un concepto para los americanos: el respeto por las formas sociales, por sus preceptos y sus leyes. Ellos son los dioses lares de las sociedades modernas. Las leyes sabias aseguran a los hombres los bienes que los dioses antiguos sólo prometían.

—¿Volverá usted a hacerse cargo del puesto?

—Si pudiera devolverse a Chile la paz y la legalidad sin necesidad de mi presencia, la educación de mis hijos y las obras que preparo, me aconsejan quedarme en Europa. Si mis amigos, y espero informaciones, creen que es absolutamente necesaria mi presencia, iría a terminar mi mandato y a pedir las elecciones que deben garantizar el retorno a la normalidad en Chile.

—¿Me permitiría, doctor Alessandri, tomarle varias fotografías para CARAS Y CARETAS?

—No puedo negarle nada a esa revista, que es el órgano de la prensa gráfica que hace honor a toda la América. Yo viviré emocionado, mientras viva, de las pruebas de cariño que me dió el pueblo argentino cuando pisé, desterrado, la tierra fraternal y hallé en esa tierra amigos sinceros y ternura.

Estas palabras suenan dentro del corazón del doctor Alessandri, que no calza su voz el tono épico, siendo un hombre modesto y mesurado, y su distinguida esposa repite, como suyas, dando pruebas de la sinceridad de un sentimiento que es común al hogar ejemplar de este hombre respetuoso y respetado.

[illegible] GUI



UN FOTÓGRAFO ENLOQUECIDO CON LOS REFLEJOS GOMINOSOS...

UNO QUE SE RÍE DE LOS RULOS.

UNA COLOSAL «BIABA» DE GOMINA.

LOS ENGOMINADOS

INMEDIATAMENTE después de las mujeres, lo que más llama la atención en Mar del Plata, es el uso y abuso de la gomina, asentada brillantemente en las cabezas masculinas. Vese por la Rambla, cuando el sol brilla con todo su poder, el incesante desfile de esos globos como de ébano que son las cabezas de los porteños gominosos. Tiene sus ventajas y tiene sus inconvenientes esta moda que hoy hace furor, pero, qué ¿dirían de nosotros los rudos guerreros de otros siglos si despertaran de su sueño? ¿Usarían también gomina o se volverían a

LA GOMINA TIENE LA VENTAJA DE HACER CABEZAS DISTINGUIDAS».

UN MATE QUE RESISTE, VICTORIOSO, LOS EMBATES DEL VIENTO...



ESTAMOS EN PLENO REINADO DE LA GOMINA. ÉSTE ES UNO DE SUS MÁS FIELES VASALLOS.

FULANITO, MENGANITO Y ZUTANITO, TRES REYES MAGOS DE LA GOMINA, EXCLAMAN: «¡Y SE NOS PUSIERON LOS PELOS DE PUNTA!»...

HE AQUÍ LA TARJETA DE VISITA DE ESTE MOZO: «FULANO DE TAL, SOLTERO Y ENGOMINADO».

FOTOS DE VARGAS.



UN TRICICLO BIEN APROVECHADO POR LOS ALEGRES Y JUGUETONES ESCOLARES QUE SE HAN DIVERTIDO, COMO TODOS SUS COMPAÑEROS, DURANTE LAS VACACIONES, ALEJADOS DE LOS PELIGROS QUE LA CALLE OFRECE A LOS CHIQUILINES EN NUESTRA CIUDAD.

COLONIAS DE VACACIONES

CLAUSURA DEL SIMPATICO CURSO INFANTIL

EN EL ALMUERZO DE DESPEDIDA LOS PEQUEÑOS COMENSALES HICIERON LOS HONORES DE COSTUMBRE AL MENÚ, BAJO LA VIGILANCIA BONDADOSA DE SUS MAESTRAS Y CELADORAS. LA FOTO DA IDEA DE LA IMPORTANCIA DE LA BRA REALIZADA.

UNA LINDA Y SA... CARITA QUE PREGONA LOS BENEFICIOS OBTENIDOS EN LA SIMPÁ- [illegible]

TODAS LAS NIÑAS CUMPLIERON ADMIRABLEMENTE SUS DEBERES «BUCÓLICOS» Y ESCO- [illegible]

Galería del Turf



MIRTO

Por Your Majesty y Poppy II

Con la monta de Cuchinelli, este defensor del «Stud Cayalti», al cuidado de J. M. Casella, se adjudicó el premio «Rey de Roma», en el que debutó, empleando 53 segundos 2/5 en recorrer los 900 metros.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. MANUEL MORA Y ARAUJO

INTERVENTOR EN LA PROVINCIA DE LA RIOJA

POR MACAYA

— ¿Conoce usted a Mora?

— Sí, señor.

— ¿Y qué hace Mora ahora?

— Pues en la Rioja está de interventor.

ACTUALIDADES

LA INTENSA LUCHA ELECTORAL EN CORDOBA

CANDIDATOS QUE SE DISPUTAN LA GOBERNACION



Doctor Ramón J. Cárcano, candidato a gobernador. Demócrata.



Dr. B. Soria, candidato a gobernador. Radical personalista.



José Ignacio Bas, candidato a gobernador. Radical antipersonalista.



Doctor Nicolás Repetto, candidato por el Partido Socialista.



Doctor Manuel E. Paz, que integra la fórmula demócrata.



Doctor A. Gallardo, que integra la fórmula radical personalista.

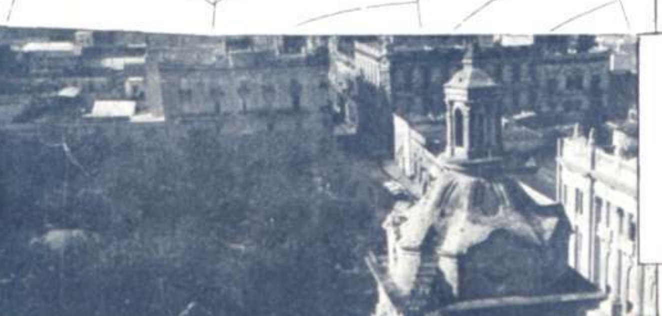


Ing. E. F. Quinteros, que integra la fórmula radical antipersonalista.



Señor Eduardo Tolosa, que completa la fórmula socialista.

Pocas veces una elección ha despertado tanto interés y entusiasmo como la realizada en la provincia de Córdoba para renovar la fórmula gubernamental. Los comentarios que se han bordado acerca del triunfo probable de alguno de los partidos concurrentes han sido apasionados y diversos. Como es natural, cada partido se adjudica la victoria por adelantado. Pero esta gran incógnita, que dará en tierra con muchas ilusiones, sólo se despejará por obra y gracia del escrutinio.



DESPEDIDA DEL CARNAVAL

Aida Bisodonime, bailarín portuguesa.



Normanda Pierri, fado.



Corita Acuña, pierrot fantasía.

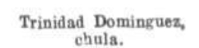


Un digno epílogo de Carnaval fueron las fiestas de la Media Cuaresma. Este interesante grupo obtenido en uno de los teatros de la capital prueba cuán brillantes fueron los actos con que se despidió al viejo dios Momo.



FIESTAS DE LA "MI-CAREME"

Bullicioso y animado aspecto que ofrecía la Avenida de Mayo durante la realización del último corso con que se clausuró oficialmente el Carnaval en Buenos Aires.


Trinidad Dominguez, chula.



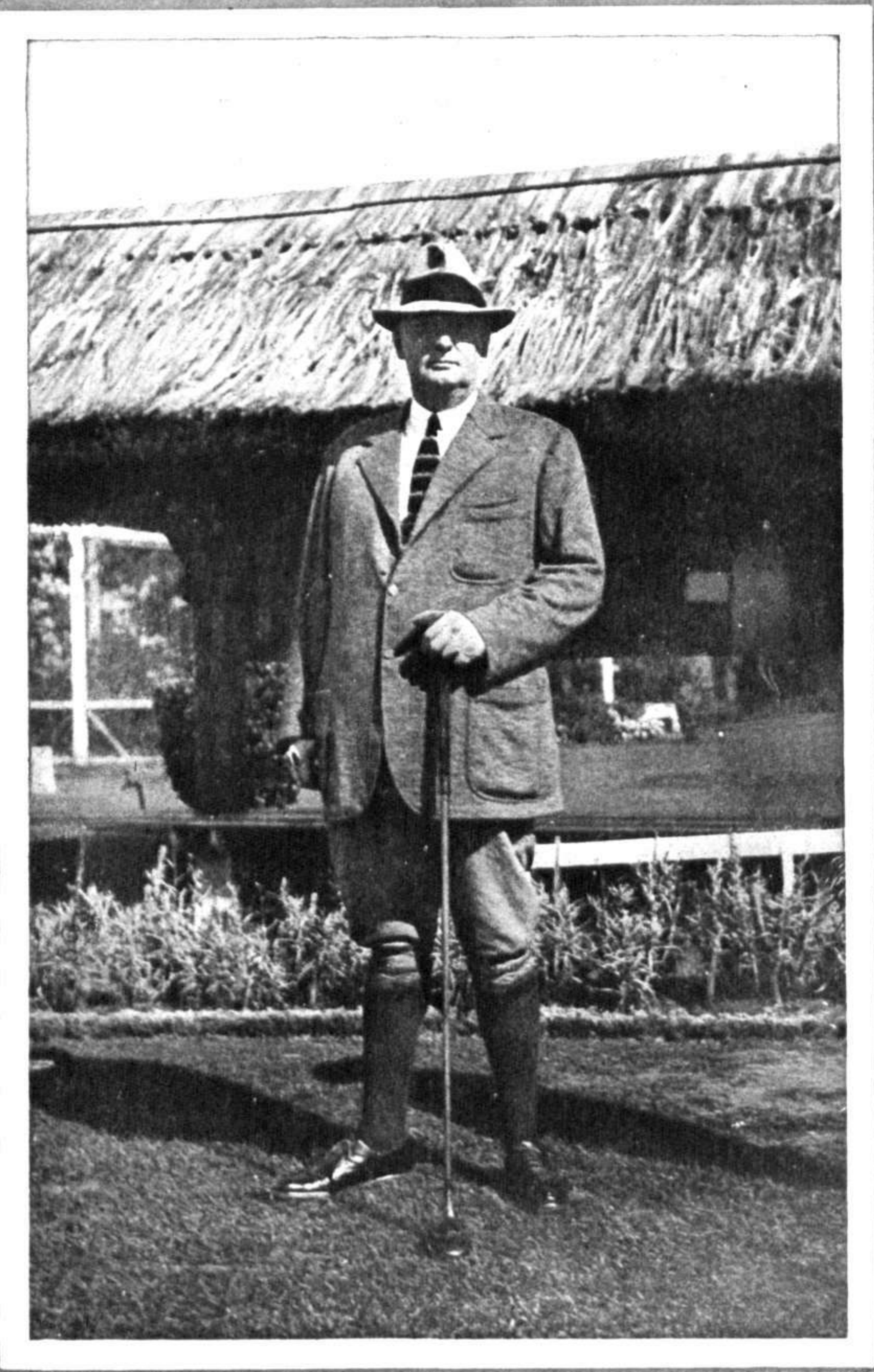
María Nieves González, Eva



Vicente Sapico, vaquero.



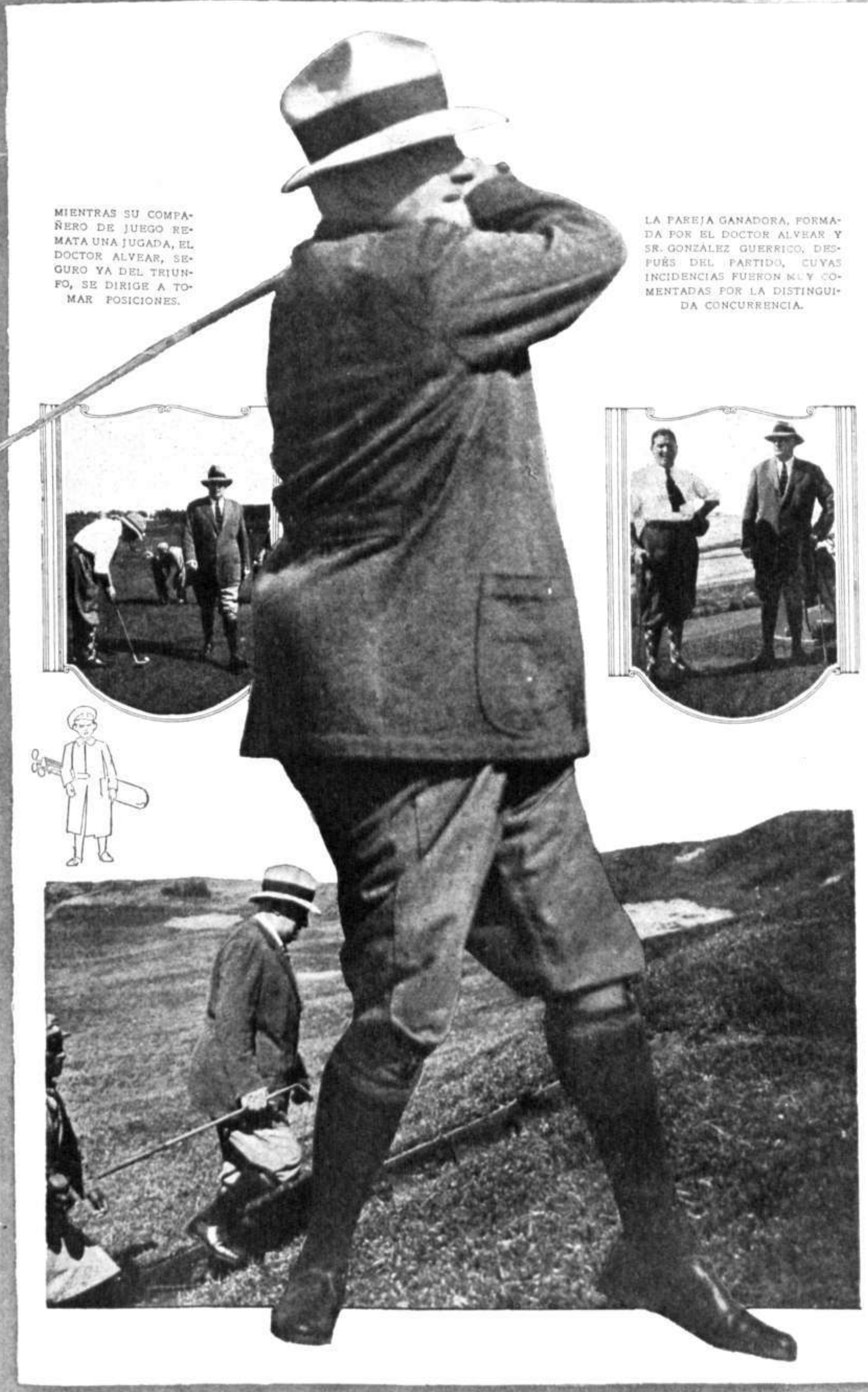




El Presidente de la República en el

Interesante pose, exclusiva para CARAS y CARETAS, del presidente doctor Alvear, obtenida en el Golf Club de Mar del Plata,

Fotografías



MIENTRAS SU COMPAÑERO DE JUEGO REMATA UNA JUGADA, EL DOCTOR ALVEAR, SEGURO YA DEL TRIUNFO, SE DIRIGE A TOMAR POSICIONES.

LA PAREJA GANADORA, FORMADA POR EL DOCTOR ALVEAR Y SR. GONZÁLEZ GUERRICO, DESPUÉS DEL PARTIDO, CUYAS INCIDENCIAS FUERON MUY COMENTADAS POR LA DISTINGUIDA CONCURRENCIA.

Golf Club de Mar del Plata

de Bonín

Durante los días de su visita al aristocrático balneario, el presidente de la República, doctor Alvear, [illegible] asta del golf y lo practica diaria-

En la Liga Patriótica Argentina



Monseñor Dionisio R. Napal, capellán de la Armada, pronunciando, en el local de la institución ante las autoridades de la Liga y distinguida concurrencia, su conferencia patriótica sobre "El comodoro Martín Rivadavia y la marina de guerra".

Visita del Prof. Einstein



El famoso sabio alemán que ha anunciado su próxima visita a nuestro país, despertando enorme interés en nuestros círculos científicos.

Círculo de Obreros de Maldonado



Monseñor Santiago M. Usher en el momento de proceder a la bendición de la piedra fundamental del nuevo edificio social de la benéfica institución, acto que dió lugar a una brillante y lucida ceremonia.

Homenaje a la memoria de D. Manuel Láinez

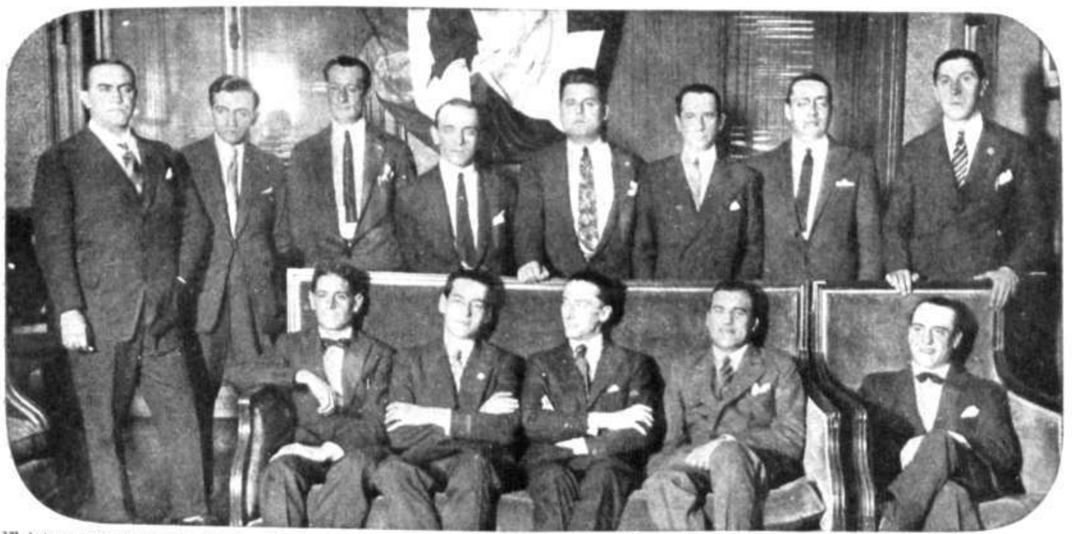


El doctor Roberto Bunge leyendo su oración fúnebre durante el acto verificado en la Recoleta en memoria del ilustre periodista y hombre público argentino en el primer aniversario de su contentada muerte.



Vista parcial de la calificada concurrencia que asistió al homenaje, entre los que se hallan los Ministros de Interior y Marina, doctor Gallo y almirante Domecq García y destacadas personalidades de nuestro mundo social y político.

VII Congreso Sudamericano de box



El intendente municipal, doctor Carlos M. Noel y los delegados de la Argentina, Uruguay, Perú y Chile al congreso deportivo de la Confederación Sudamericana de Box, reunidos en su primera sesión en el Club Universitario de Buenos Aires.

Exhibición de esgrima del maestro Sassone



El reputado maestro italiano hizo, en la peana del Club del Progreso, su primera presentación ante los aficionados argentinos. Su excelente técnica impresionó favorablemente a la numerosa concurrencia.

Ministro de Holanda



Barón Michiels van Verduynen, conocida personalidad holandesa, nuevo representante diplomático en nuestro país.

Mitín socialista pro separación de la Iglesia y el Estado



[illegible] doctor Héctor González Iramain pronunciando su discurso.



Aspecto de la sala del teatro Coliseo durante la realización del acto público organizado por el Partido Socialista, el que transcurrió en medio de un perfecto orden y de un gran entusiasmo partidario.



El concejal señor Américo Ghioldi, haciendo uso de la palabra.

EL ASESINATO DE SARA SZOCK

Por denuncia a la policía, hecha por una mujer amiga, se supo que Sara Szock, polaca, de 25 años de edad, había desaparecido hacía varios días de su domicilio. Al comenzar sus investigaciones, la policía estableció que en los días de Carnaval, Sara había salido a pasear con un sujeto que se hacía pasar por constructor de obras y que se llamaba Vicente Inga. Detenido éste y hábilmente interrogado por los empleados policiales, terminó por confesar que había matado a Sara y que el cadáver se encontraba en un pozo existente en una casa en construcción de la calle Cerrito, a donde había llevado a su víctima después de pasear con ella por distintos sitios de la capital.



Sara Szock muerta.



Vicente Inga, homicida.



Simón Szock, hermano de Sara.



Comisario Alfredo Calandra, que dirigió la pesquisa.



Auxiliar Roberto Barneda que intervino en la investigación.



Oficial José Manzione, que cooperó en la acción policial.



El pozo de la casa de la calle Cerrito, donde el criminal arrojó a su víctima después de haberla golpeado.



Empleado Pedro Reinoldi, que también actuó eficazmente.



La dueña de la casa donde vivía Sara, Rosa Marshall sufre un desmayo al ver el cadáver de su amiga.



Excavación hecha por la policía para poder sacar el cuerpo de Sara que yacía en el fondo del pozo.

LA AVISPA COLORADA



MORTAL por mortal, el veneno de la avispa colorada lo es en mayor grado que el de la víbora. Si no lo parece, es por la insignificante cantidad de que aquélla dispone. Pero si en vez de una gotita microscópica, la avispa inyectara con su aguijón cuatro o cinco gruesas gotas, como las víboras comunes, o veinte y más, como las grandes yararás, otro sería el porvenir de sus víctimas.

Pocos animales, por lo demás, tan bien dotados para la batalla como la avispa colorada. Ni el león ni el tigre dan, en su recogimiento de resorte al saltar, la impresión de ataque de la avispa cuando, presta a disparar desde el borde de su ni-

do, clava los ojos inmóviles en su agresor.



Fuera de su avispero, donde sus funciones de familia la exasperan hasta la ferocidad, la avispa que nos ocupa es más bien un manso insecto.

En las grandes épocas de sequía, nuestra casa en Misiones se veía asaltada por todas las avispas del contorno, en procura de agua.

Los baldes al lado de la cocina zumbaban por fuera y dentro; y en la mesa, a la hora de comer, los vasos parecían rayados por las avispas que ascendían por sus paredes y bajaban cabeza abajo a beber en ellos.

No nos molestaban, acostumbrados como estábamos en el trato con los animales a no hacer con ellos movimientos bruscos. Alguna vez, sin embargo, al tender nuestro dedo salvavidas a una avispa que sobrenadaba girando sobre sí misma, fuimos picados por la avispa, que se aprovechó ansiosa de nuestro dedo, y nos clavó el aguijón, — todo en uno.

Como las condiciones de nuestro bungalow nos mantenían al principio gran parte del día en las escaleras, para concluírlo a martillazos, y las avispas colgaban del corredor sus nidos chatos, cribados y resecos, como torrejas de cartón, nos vimos obligados a llegar con ellas a un modus vivendi que trajo paz a casa.

El secreto consistió en hablar a las avispas, explicándoles de cerca y con manso tono, la necesidad de martillar en tal clavo, de desviar tal alfajía pesada de avisperos, todo con el tono persuasivo y sereno con que puede uno dirigirse a un ser superior.

Las avispas, abalanzadas todas sobre el borde del panal y prestas a lanzarse, no comprendían una palabra de nuestro discurso,—cualquiera lo cree;—pero comprendían el tono de la voz; y este tono tranquilo, sin agresión ni temor alguno, era el que las mantenía vibrando sin atacar, mientras nosotros continuábamos aproximando la mano hacia ellas, a compás de expresiones de este valor:

— No sean zonzas... No les queremos hacer nada... Esténse quietas... ¡Cómo si el mundo se fuera a venir abajo por tocar sus ridículas alas!...

Sin más que esto, lentitud de movimientos y llamados a la persuación, llegamos a pasar la mano a las avispas coloradas en su propio panal.

Un joven inspector de estaciones meteorológicas que asistía un día a nuestro manejo, expuso con serena confianza que él haría lo mismo, sin conocer mucho ni poco el país. Llegó, en efecto, hasta el nido de avispas; pero fué cruelmente picado.

El joven meteorólogo era criollo, y fumaba grave y científicamente una pipa de inglés. Esto sin duda explica la irritabilidad de las avispas, que no comprendieron ni el tabaco ni a su fumador.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA



El ombú

Arbol americano
que tienes mala sombra según una leyenda,
que tienes sombra buena según la realidad.

Copudo, sombrío, verde, y casi siempre solo;
arriba, anidan los pájaros;
abajo, anidan los hombres.

Tú les das una rama para su nido;
tú les das un reparo para su rancho;
y ellos en cambio alegran tu tristeza
haciendo nacer en ti la madrugada;
la madrugada:
¡botón rosado de la flor del día!

Sobre tus raíces grandes y atormentadas
— el chambergo en la nuca y el barbijo en el labio —
se sentaron los rudos guitarreros
de manos varoniles y musicales,
que hacían girar la rueda blanca y celeste
de los pericones nacionales.

Ombú,
padre de la poesía rioplatense,
el redondel de tu sombra
está alfombrado de versos mayores;
el redondel de tu sombra
fué la tabla redonda de los payadores.



Fernán Silva Valdés



DIBUJOS DE GUILLERMO USANDIVARAS.






La Moda

Las llamadas "tres piezas", siguen en boga. Combinación de "reps" y popelina estampada. Abrigo de iguales telas e irreprochable línea, acompaña el traje.

De tela fulgurante el primero con volados de gasa, y enteramente bordado de cristal el segundo, estos dos modelos resultan ideales para las noches.

Sobre gasa negra grandes rosas bordadas de colores apagados... No menos sentadora, la exquisita túnica oro y roja, orlada de plumas de avestruz.

Preciosa túnica de terciopelo sobre forro de plata. Figura el bordado suntuoso grandes plumas de pavo real. Capa de terciopelo flexible, rojo, muy elegante.



EL GAUCHO VIEJO



Yo, — dijo don Juan Polonio mientras atusaba su «tordillo platiao» con una tijera de esquilar, — hablo del gaucho viejo. Ahura, no hay más que «gente e campo», medio pueblera, medio gringa. No digo qui hagan mal, ni que sean renegaos e su casta, pero, trancamente, ¿qu'hemos ganao con el cambio? ¿Comemos mejor carne? ¿Montamos mejores fletes? ¿El rancho es más lindo y más abrigao? ¿Nuestros hijos y nuestros nietos son más felices? Tuito lo contrario, aparcero, porque ahura semos mucho menos libres que denantes y más grandes las necesidades y las obligaciones.

— Se engaña, compadre — le contestó su amigo don Goyo, — no solamente hay gauchos entuavia, sino estancias en que sus dueños atuales tienen a mucha honra praticar las costumbres e sus agüelos. Pero, pa mí, por sobre tuitas las cosas nuevas que se nos han adentrao en la vida y que se irán adentrando, sin pedir permiso, esiste, el campo, qu'es el mesmo e siempre, aunque está alambrao, y la alma del criollo, que no se pone bombacha ni botines; que's tan gaucha como la suya, y como la mía, ¡canejo!, porque yo me considero, y siempre m'he considerao gaucho sin mesturas... como m'enseñó mi padre...

Don Juan Polonio sonrió, demostrando así su incredulidad.

— A mí me parece — agregó «ño» Feliciano, el peón «cebador» de mate, hombre maduro y «criollazo», según su aspecto y maneras, — qu'el patrón tiene rasón en lo que dise, pero pue'eser que haiga gauchos en algún sitio apartao. En el pago, ni pa remedio, sacandonós a nosotros, claro...

— Es que ustedes están sercaos e colonias. Leguas y leguas se andan entre chacras y hase años que no ven más que ojos celestes y pelos coloraos y amarillos. Cualquier día, compadre, si se descuida, van a haserle un trigal de la estancia. Ya está como limpión entr'el pastisal...

— Que l'hagan, cuando me muera, aunque m'hijo Lisandro es más afeto al ganao qui al trigo, lo que no quiere decir que no siembre su chacra y la cuide, porque miente quien diga, que el gaucho no ha sabido más que cuidar caballos, dejando que las vacas se criasen solas. Esas son barbaridades que dicen los puebleros que se meten a escrebir en los diarios, sin conocernos, confundiendo al gaucho vagabundo — Juan sin Patria, — con el gaucho hasendao, trabajador y ordenao como cualquiera, amante e su rancho e su familia; que supo arar la tierra y cuidar sus majadas y sus haciendas, costruyendo mangueras y corrales pa que se guarecieran de noche y abriendo tajamares pa que los animales tuviesen agua tuito el año. Es claro que las guerras deshacían su obra, arrasando cuanto encontraban a su paso destrutor y ansina nunca le dejaban alsar cabesa, ni difrutar en pas el premio e su fatiga... Eran otros tiempos... medio escuros y bravos, pero el criollo siempre tuvo harina pa amasar el pan,

porque él mesmo sembraba su trigo pa mandarlo a moler a la tahona y ganao en abundancia pa vender y hasta pa regalar a los extraños. Y si no, ¿di ande salieron las crías, que ahura han mestisao y que llenan tuito el páis? Nosotros las conservamos, aunque más de la mitá se las comieron los ejércitos, y se las robó la indiada... Cuando no jué un malón, jué el otro... Tuita la obra e los salvajes...

Y dispués que ayudamos a haser la patria, nos dejaron de lao, disiendo que no servíamos sino pa matiar, jinetear un potro y tocar la guitarra... Por eso, el gaucho se ha acabao... porque li han mudao la cancha...

— No diga, compadre — repuso don Goyo. Se ha equivocao e lo lindo. Yo — si usté aseta, le voy a mostrar muchas, pero muchas estancias ande se usan las costumbres camperas... no muy lejos del pago..., unas cuarenta o cincuenta leguas di aquí... y más lejos mejor entuavía. El día que quiera, dese ese gustaso, compadre y ansina cambeará de idea y podrá desmentir a los que sostienen lo contrario. Gauchos tan ricos que no saben lo que tienen, ni les importa saberlo y otros pobres, que son felises con lo poco que le ha dao la fortuna, pero que no envidian la suerte e naides, porque tienen lo que nesesitan: pan y carne, su puntita e ganao y su chacrita bien sembrada y muchos hijos que saben al levantarse e la cama y al acostarse, pedir la bendición a los padres...

— ¡Qué gloria, compadre! Pero... ¡qué vi a dir! Ya estoy viejo pa una galopiada tan larga y a más, tendría que pasar pa llegar a campo ajuera, por más de treinta leguas e chacra... No amigo, me quedo en mi campo, hasiendomé la ilusión de que mis vesinos son tan criollos como yo, aunque dende aquí veya las casas de techo e lata y sembrar el trigo y el máis a lo bárbaro... Podríamos los gauchos darles lesiones... y eso que disen que somos más bárbaros qu'ellos...

— Güeno, tuito eso está bien... pero ¿qué me dise de su hijo Liandro? ¿No se ha enamorao di alguna chacarera di ojos celestes y pelo rubio? Por áhi empiesa, tamién, compadre, el cambio e la cancha...

— No lo creo, amigo; él es gaucho como su padre y ha de tener mis gustos. A más, es un güen hijo...

— Pero el amor, compadre, se entretiene en haser diabluras, porqu'es mandinga difrasao di angelito y a lo mejor lo embarulla tuito o hase un botón de laso que ni el mesmo Dios lo desenrieda...de tan bien trensao qu'está... Es campión del tiento...

— Será ansina, pero Liandro sabe qu'eso disjustaría a su padre... y él no es capás de darme un mal rato... No sería pa morirme... pero, compadre, si como gaucho estoy medio solo en este campo que me dejó mi viejo, que Dios conserve en la gloria, m'iba a considerar, si esa disgracia sucediese, más solo entuavía... pero creamé, se lo asiguro, que mi orgullo de ser gaucho es firme y duro como tronco e ñandubay; le pueden arrancar las hojas una a una, pero pa voltiarlo hay que cortarlo a hachasos...

Caía la tarde. La sombra del ombú se alargaba, manchando el patio limpio de hierbas y en la lejanía, las estrellas metálicas de los molinos habían dejado de girar, después de haber llenado los estanques australianos, de agua fresca de los manantiales. Las parvas de pasto seco entre las grandes plantaciones de trigo, producían la sensación de ranchos abandonados y en la vaga penumbra del crepúsculo, se alcanzaba a divisar a las máquinas agrícolas ultimando la labor de aquel día..., como arañas monstruosas de hierro, caminando rápidamente sobre los negros surcos...

El «tordillo plateado» que permaneciera atado al palenque, ya emparejadas las pobladas crines, paró de pronto las orejas y casi simultáneamente lanzó un relincho agudo.

Don Juan Polonio se dispuso a mirar el camino colocándose la mano abierta sobre los ojos.

— Es Liandro — dijo, poniéndose contento, — la noche nunca lo agarra juera e casa. Ya ha di haber visto su flete, compadre, y sabe qu'estoy acompañao...

Don Goyo, miró también y cuando el jinete se acercó, dijo, sonriendo:

— Lindaso el mozo y bien empilchao a lo gaucho y el caballo es dino del que lo monta...

— Gordo nomás. En carnes, no hay animal feo — expresó don Juan Polonio — pero este tiene un gran valor: es criollo puro, e mi cría.

— ¿Tan grande?

— Ansina, de su alsada, eran sus antepasaos...

Leandro llegó, apeándose de un salto con suma destreza.

Saludó, primero a su padrino, abrazándole, y luego a su padre, como si hiciera mucho tiempo que no le veía.

— Sentate m'hijo, qui has de venir cansao.

— No, tata; si no he galopiao más de dos leguas...

Pero se sentó, atendiendo el pedido de su padre.

Este lo contempló, orgulloso de que el padrino pudiese apreciar la gallardía y la educación del ahijado.

— ¿Y de ande venís, m'hijo? — preguntóle, sin aparentar mayor empeño... agregando:

— Si es que se puede saber.

— Cómo no, tata — contestó el mozo, poniéndose colorado. — He estao de visita en la chacra e don Giácomo...

— Pero, ¿no juiste ayer, m'hijo?

— Sí, tata, pero me comprometí a dir hoy tamién.

— ¿Está güeno el hombre... la mujer... y... la... hija?

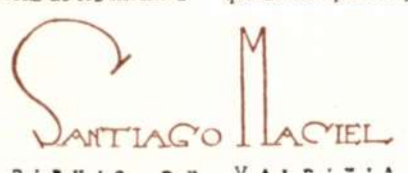
— Tuitos güenos, tata, y le mandan muchos recuerdos — contestó el mozo, ruborizándose de nuevo.

— Ta bien — dijo don Juan Polonio, poniéndose pensativo.

Se produjo silencio embarazoso. Don Goyo sonreía, mirando al mocetón de soslayo y para modificar la situación, dijo, sin pensar que así la agravaba más todavía:

— Con un compañero e trabajo campero como mi ahijao, se va a multiplicar su fortuna, compadre, pero, no hay qui olvidar qu'el fomento agropecuario, como dicen los ténicos, es el porvenir d'esta tierra e bendición. Se me hace que Liandro ya lo ha comprendido ansina... La prueba está en la chacra qu'esta formando con pacencia y que agrandará, dejuro, en llegando la ocasión. Nunca el gaucho jué enemigo del trigo y el máiz...

Es la ley, compadre, la ley e la vida. Dejelá que se cumpla... y no ponga reparos... Y aunque los ponga..., será lo mesmo p'al caso. Hay que ser a la juersa, con el tiempo, un poco don Giácomo y un poco don Juan Polonio...



SCHERZO

"ALLEGRO PIACEVOLE"

Me dicen, no es mala la tonadillera...
Y una cosa larga, más que deudas fiera,
repartiendo a todos sonrisita amable,
sale tropezando de entre bambalinas.
Cada pie es un barco, cada pierna un cable.
Tiene ojos pelados, como las gallinas.
¿Y la voz?... «Poquita, pero inaguantable».

Empieza a destiempo. Su grito me turba:
«parece un tranvía chillando en la curva».
En vano el maestro los ojos le guiña,
del tono y del ritmo viendo el abandono;
¿qué le importa, ¡oh cielos!, a la casta niña
del ritmo y del tono?...

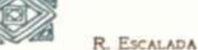
Canta horrible copla de la moza guapa,
chula, chulapona, chulona, chulapa.
¡La mar de graciosa!... según ella afirma
y nadie confirma.
Y da pataditas, entre copla y copla,
sin piedad hiriendo la tabla desnuda.
¡Olé!... ¡Cómo sopla, suda que te suda!...
¡Rediez!... ¡Cómo suda, sopla que te sopla!...

Y hasta ensaya un brinco. Su valiente ahinco
ante lo imposible cierra y no desmaya...
¡Hay que ver, señores, cuando el brinco ensaya,
hay que verle el brinco!...
¡Si casi se mata la muy coquetona
chulona,
chulona, chulapa, chula, chulapona!

El brinco la rinde. ¡Ay, que al breve rato,
se le muere el baile, se le apaga el «fiato»,
y antigua cojera, que la compromete,
ya no disimula!
A tu edad, en brincos, chula, ¿quién te mete?...
¿Quién te mete, chula?...

Más que nunca pálida y bisoja y fiera,
chillando prosigue, llena de temblores.
No es mala, me digo, la tonadillera...
¡Si al lado de tantas que apestan la esfera
es de las mejores!

DIBUJO DE  

 R. ESCALADA

RESUELTAMENTE

Tarde de otoño. Lugar, Tortosa. Hora, la del crepúsculo. Platicantes, dos conocidos naturalistas que han asistido a la Exposición olivo-aceitera.

El aceite de oliva (Bau) de la casa Freixas y Cía., lo reputo por encima de todos los otros aceites de Tortosa y de cualquier otro lugar.

— ¡Pero señor!-- exclama una voz, asombrada de tan rotunda afirmación. — ¿El aceite Bau por encima de todos los otros aceites? ¿Por encima, entonces, del que producen aquellos viejos molinos que aprensan la oliva después de saturarla con aromas del bosque y filtran el aceite a través de fragantes yerbas y de pétalos de flores selváticas? ¿Y por encima de aquella clásica aceitería de la calle del Pino, que reina entre ellas, y que, instalada a pleno estilo del año 40, tiene una galería con su barandita alrededor, y un reloj de arena al pie de un retraro de Linneo, y unos cajoncitos en las esquinas con Yerba Doncella y Mirto y Romero y Tomillo y Yerba de las siete sangrías, aromáticos y melancólicos de tanta flor seca como guardan?

— Sí. Por encima de todos éstos — contestó.

— ¿Y por encima del aceite de aquella famosa olivarera de junto al Puente, proveedora típica de todos nuestros hogares en Semana Santa, con sus olivas partidas y sazonada de yerbas bosquetanas que tienen el mismo gusto y el mismo olor, dicen, que las de aquel primer Domingo de Ramos, y que, por sugestión de los sentidos, nos hablan poniendo pátina de aquella época en el rosario de nuestras ideas? ¿Cuya dueña de casa te recibe sonriente cual si fueses de la familia y te da el precio del aceite en sueldos y en dineros lo mismo que si viviésemos en pleno siglo XIV?

— Pues también por encima de ese aceite, contesto yo.

— ¿Y, entonces, lo reputarás también mejor que el de los molinos del Obispo, obras de arte y modelo en su género a la vez, que, incrustados casi contra los muros de la Seo, parecen ungidos de la paz que fluye de la Catedral y aspergian de aire fresco y balsámico la irrespirable canícula que abrasa en la calle, hendiéndola en oleadas que te hacen revivir al aspirarlas? ¿Y por encima del de esas reliquias de siglos pasados, esas tiendecitas donde destilan aceite para los óleos, amarillentas y olorosas como una sacristía, serenas, indiferentes al dolor y al gozo humanos, sacando partido de uno y otro, vendiendo aceite para bautizos como para...

— Sí; también por encima de éstos.

Y la voz, aquí, intentando un último esfuerzo, prosigue:

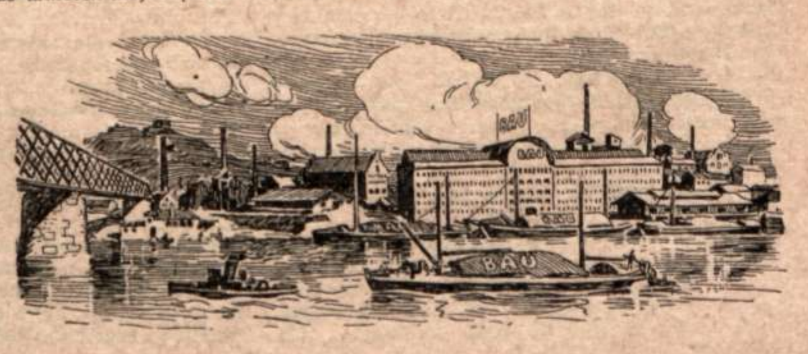
— ¿Y por encima del de aquellas tiendas de pajaritos, rumorosas y alegres como un despertar de primavera, encaradas a pleno sol por culto a tanta ternura, donde venden por privilegio ese aceite de oliva blanco, albísimo, cuyo aroma natural sirve de base para la alta perfumería moderna? ¿Y por encima de aquellos finísimos aceites que se vendían en tiempo de los gremios, en aquellas estamperías que tienen toda la Corte Celestial catalogada y en aquellas joyerías de la Argentería que hicieron sentir un estremecimiento de alegría a todas nuestras abuelas cuando fueron novias?

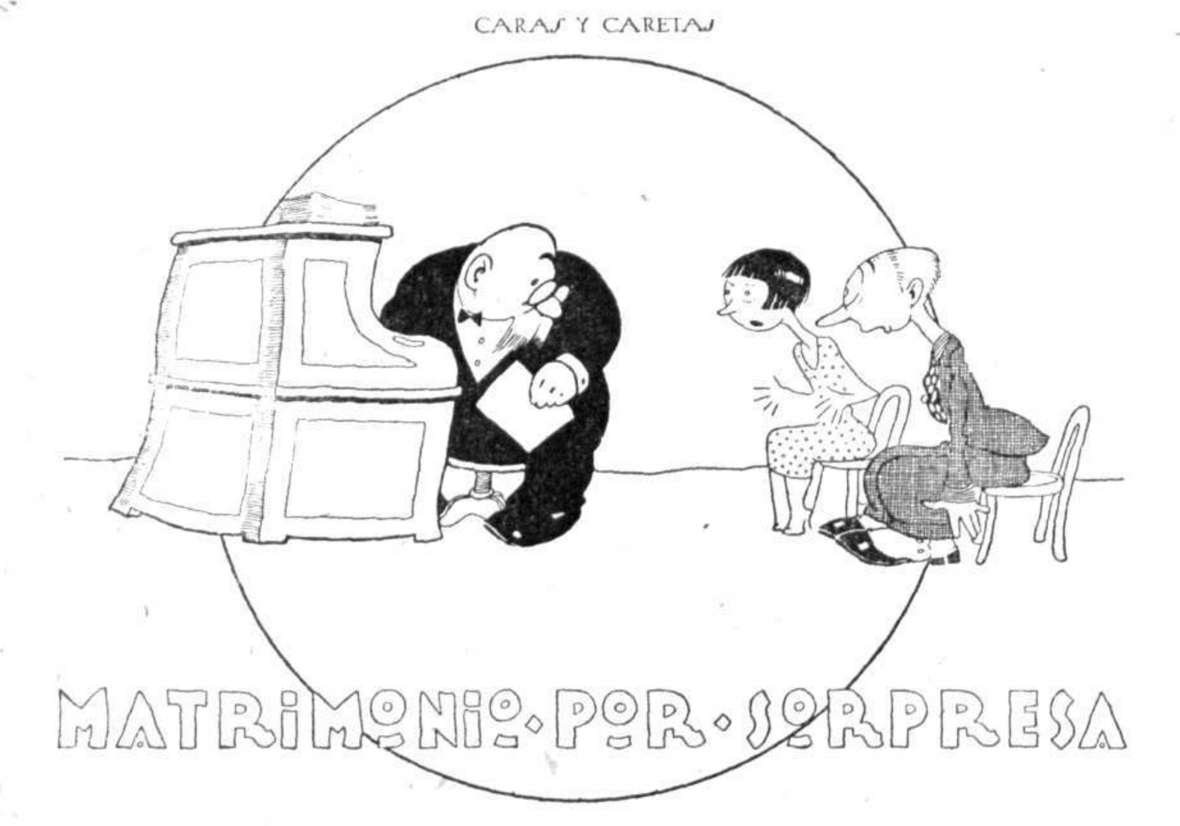
— Sí; hasta por encima de todos éstos.

— ¿Qué tiene, pues, de extraordinario el aceite Bau para que los peritos y el público conocedor estén unánimes en reputarlo por encima de todos los demás aceites?

— Tiene un nombre. No es una marca, es un nombre. Es verdad que se llama marca-Bau, pero el aceite es como si fuese de la propiedad, de la finca de cada consumidor, porque la casa Freixas no permite que la calidad decaiga. Cuando la cosecha de aceite fino para la marca Bau fué pequeña, la casa Freixas recibió poco aceite; cuando la cosecha es abundante, el aceite Bau alcanza para todos, como ocurre ahora. No le importa a la casa Freixas dejar de vender; le importa de su nombre, interpretando en esta forma el deseo formulado por todos los consumidores de toda clase de mercaderías. Todos decimos lo mismo cuando nos entregan una clase por otra: «¿Pero, señor, no sería más conveniente para el crédito de una marca decir que no hay cuando la clase no está a la altura?». Este valor de decir «no hay» ha hecho el crédito de la casa Freixas. Y por esto es que el aceite Bau no es una marca sino un nombre. Vale por un crédito adquirido después de un cuarto de siglo de pruebas que ha hecho el público con todos los aceites y con todas las casas exportadoras.







MATRIMONIO POR SORPRESA

(Traducido para CARAS Y CARETAS)

TOCARON el timbre.

—El señor Lecourtier y su esposa—anunció mi criado.

¡Lecourtier y su esposa! ¿Se había casado aquel joven que un amigo me recomendara, y que yo empleara en las Galerías Mundiales de la Moda?

Pasé a la sala de recibo, donde mi protegido me presentó una joven encantadora.

—Mi esposa... —dijo él, entre jubiloso y tímido.—He venido a presentársela..., porque es a usted a quien debo mi matrimonio.

—¿A mí?

—Claro que sí, puesto que conocí a Fernanda en las Galerías Mundiales, donde usted me empleó. Ella está en la sección de perfumes, precisamente frente a la de corbatas, que es donde yo trabajo.

—Comprendo...—respondí.—Eran ustedes vecinos. Mientras usted hacía y deshacía nudos de corbatas para incitar a los clientes, ella presentaba a las señoras clientes los lindos frascos de perfumes con nombres inspirados... Hasta que un día, a fuerza de verse el uno y el otro, descubrieron que se amaban. ¡Un idilio, ni más ni menos!

—Perdone usted; ha habido algo más—afirmó Lecourtier.—La verdad es que yo reparaba muy poco en las jóvenes vendedoras; ¡y nuestro casamiento se efectuó de un modo mucho más original!

—¡Hola, hola! ¡Cuénteme la historia!—exclamé lleno de curiosidad.

—Con mucho placer, tanto más cuanto que Fernanda sabe bien que si no le prestaba mucha atención en la sección de perfumería, en cambio, ahora la amo de todo corazón... He aquí, pues, la historia de nuestro casamiento:

»Un día, el jefe de mi sección, que me tenía entre ceja y ceja porque yo había ido a ocupar en el negocio el puesto que él pretendía para un pariente suyo, me reprendió áspera y groseramente, por una bagatela: una corbata que un cliente había tirado distraídamente al suelo y que yo no recogiera inmediatamente. Indignado por la evidente mala fe de aquel superior que, para humillarme, se asía a un pretexto tan insignificante, le respondí enérgicamente. Me replicó con una insolencia y yo, entonces, le dije cuatro verdades, que evidentemente le dolieron.

»—¡Ya voy a arreglarle yo!—me amenazó; y se retiró, loco de ira.

»Comprendí que iba a dar parte al patrón, empleando, claro es, toda clase de mentiras, y me desesperé al pensar que, no obstante ser un empleado puntual y diligente, iba a aparecer a los ojos de mi protector como indigno de su estimación. Me decidí entonces a solicitar audiencia al patrón, el señor Fortuguet, para contarle las cosas tal como habían pasado; y le pedí también que recibiera a la señorita Fernanda Loret, a la que yo había elegido al azar entre las empleadas de perfumería que habían presenciado la escena, para que sirviera de testigo.

»El señor Fortuguet es un hombre bueno y justo. El más modesto de los empleados puede explicarse en su presencia, lo que limita y muchas veces anula la tiranía de los jefes, quienes, de otra manera, abusarían de sus prerrogativas.

»Una mañana, tan pronto como hube entrado en el negocio y firmado en el libro de asistencia, me entregaron una nota para que fuese a las once en punto al escritorio del patrón, y

un aviso idéntico recibió también la señorita Loret. A la hora indicada, me presenté con mi testigo en la salita de espera, donde aguardaban varias otras personas.

»Fuimos introducidos en el gabinete directorial. El señor Fortuguet nos hizo señas para que nos sentáramos. Tomó de un montón de papeles una hoja que leyó atentamente; sin duda, los cargos hechos contra mí por el jefe. Pero, con mi gran asombro, el señor Fortuguet, a medida que leía, aprobaba con la cabeza, amable y sonriente...

»— Muy bien, así me gusta — comentó, a medio leer.

«Pero, ¿qué era lo que le gustaba? ¿Qué significaba aquella expresión? Mi testigo y yo cambiamos una mirada de sorpresa, mientras el señor de nuestros destinos se frotaba las manos, radiante.

»— Muy bien señores, repitió, doblando el papel en cuestión y dejándolo con los otros. Y luego, empezó este festivo discurso:

»— Pues es verdad... Me gusta que mis empleados se casen con mis empleadas. Si todos hubiesen constituído familia en esta forma, habría aquí un acuerdo, una solidaridad general de excelentes resultados para la casa. Sus intereses quedarían ligados a los nuestros, la prosperidad de los matrimonios estaría íntimamente relacionada con la de las Galerías Mundiales de la Moda, y esto me garantizaría una cooperación diligente, reflexiva...

»Fernanda y yo nos mirábamos, estupefactos...

»— Les agradezco — continuó el señor Fortuguet — la participación que me han hecho de su proyecto matrimonial, y voy a decirles lo que pienso hacer por ambos — como lo haré, en idénticas circunstancias, por cualquier empleado que se case sin dejar mi servicio. En primer lugar, daré a la novia ocho mil francos de dote y el ajuar. Al novio, además de concederle diez días de permiso y de correr por mi cuenta los gastos de un corto viaje de bodas, le regalaré un objeto a su elección. Luego, a partir de la fecha del casamiento, aumentaré su sueldo en un tercio, y, a cada hijo que nazca, en un tercio más. Y debo agregar que he decidido reservar los mejores puestos de la casa para los empleados que se casen antes de los treinta años — lo que también es su caso; — de modo que puedan consagrar a mis negocios una larga existencia de trabajo y alegría. Este es mi regalo de casamiento, y, por último, si aun no se han comprometido ustedes con alguna otra persona, desearía ser el padrino... Ahora, déjenme trabajar y, de hoy en adelante, cuenten con mi benevolencia paterna.

»Aturdidos, nos levantamos cuando él se levantó. Estrechóme largamente la mano, con la más evidente simpatía, besó a la señorita Loret en ambas mejillas, y nos despidió...

»Llegados al corredor, Fernanda y yo nos miramos, alelados... No cabía duda: el patrón se había equivocado al tomar el papel. E, inmóviles, en aquel sitio, ambos nos sentimos repentinamente invadidos por una extraña emoción. Miré por primera vez con atención a mi compañera de trabajo, y por primera vez ella reparó en mí. El mutuo examen dió resultados evidentemente favorables... Fernanda era y es linda, elegante; yo no soy mal parecido; ella me pareció de buen carácter y buen corazón; yo, aunque sea inmodestia, soy juicioso y trabajador. Tuvimos la impresión de que llegaríamos a amarnos. ¿Por qué no aprovechar las ventajas inesperadas que acababa de ofrecernos el señor Fortuguet y que representaban para nosotros tan considerable mejora en el presente y tan buena garantía para el futuro? Además, ¿cómo revelar al director su error, y decirle que no iba a casarme, que no era más que un empleado mal visto por el jefe de mi sección?

»— Señorita Fernanda — dije, emocionado, a mi compañera; — estaba escrito en el libro del Destino...

»— Es posible... — murmuró ella, ruborizada.

»Un simple paseo por el Bosque de Bolonia, al domingo siguiente, bastó para convertir aquella «posibilidad» en la más dichosa de las certezas...

»¡He aquí, mi querido protector, cómo pasaron las cosas!...»

— ¿Y el señor Fortuguet no supo nunca la verdad?

— ¡Claro que lo supo! Durante el *lunch* del casamiento, nos contó el tremendísimo susto que había hecho pasar a la pareja que realmente iba a participarle su proyecto matrimonial... Pedíle entonces que perdonara mi silencio; pero él, con la indulgencia provocada por mi casamiento por sorpresa, ya me había perdonado.

MIGUEL ZAMACOIS

DIBUJO DE PALACIO

La hermana ciega

Ya lejos de nosotros: ¿Por qué ocultos caminos
Serenamente triste, nuestra hermanita irá?
¿Por la utópica tierra de los lotos divinos,
Que le darán la clave de la inmortalidad?

Con los ojos cerrados, se fué por los caminos
— De las noches eternas — ¡qué sola marchará!
Si es que vuelve al misterio de todos los destinos
Por más que la llamemos, ya no responderá...



Los cuentos en invierno, las rosas en verano,
Todo ello lo esperaba sonriendo del hermano.
Si alguna vez reía, traviesa, infantilmente,

Si soñaba en voz alta, que despertaba un día,
Con los ojos más bellos que el sol alumbraría:
¡Por qué se fué la hermana tan silenciosamente!



Julio Vignola Mansilla

De Avellaneda



CARNAVAL. — Señoritas de Recagno, Barbero, Fernández Muñoz y Nieva.



Señoritas de Bustela y Bradi.



Palco ocupado por las señoritas de Mazzano, Bullendi, Rodriguez y Diaz.

NOTA
COMICA
DEL



—¡Buenos días mamá!

—Ya te he dicho que no me gusta que entres por la ventana; para eso está la puerta.

CARAS Y CARETAS

De Bánfield



CARNAVAL. — Señoritas de Orlandini y Núñez.



Señoritas de Fontela, Boffi, García, Lerca, Fabien y Perrone.



Aspecto del salón del Teatro Universal durante el baile de disfraz organizado por el Club Deportivo Bánfield.



AGRICVLTVRA

EL GRANO DE TRIGO

El grano de trigo, el grano de oro, que se conocía en las épocas prehistóricas; que cultivaban los egipcios 3.500 años antes de la venida de Cristo; que en la Argentina introdujo Gaboto a principios del siglo xv; que se cultiva en casi las cinco partes del mundo, cubriendo más de 120 millones de hectáreas, cuya producción puede alimentar diariamente 500 millones de individuos y cuya cosecha se efectúa, en las diversas partes del mundo, durante los doce meses del año; este grano, que constituye el pan nuestro de cada día, a pesar de su difusión y vulgarización, no es conocido aún por muchas personas, en su aspecto, estructura, caracteres físicos, composición y aplicaciones.

Este grano, por lo general, es de forma ovoidal, pero según la variedad a que pertenece, presenta variaciones, siendo oblonga en el trigo francés, y Saldomí, redondeante en los trigos túrgidos o regordetes, elíptica-alargada en el Barleta y Rieti, prismática o navicular en el Candeal; su cara dorsal puede ser plana o redonda, angosta o ancha, hinchada o gibosa, de superficie lisa o arrugada; su cara ventral ancha o estrecha, achatada o redonda, tiene un surco longitudinal más o menos profundo, derecho o sinuoso; sus caras laterales lisas, comprimidas o redondas; en su base está recortado oblícuamente formando una cavidad en que se contiene el embrión; su parte superior está provista de un pequeño pincel formado de numerosos y finos pelos, blancos u obscuros, más o menos largos. Su color puede ser blanco, amarillo, rosado, rojizo, moreno, grisáceo, plateado, o bien de colores combinados y a veces con manojos blancos en su cara ventral, o «panza blanca» como se les denomina vulgarmente; su aspecto puede ser opaco, brillante o translúcido.

El grano de trigo presenta dimensiones variables, desde el más pequeño como el Ruso que mide 2 ½ milímetros a 3 de ancho por 4 a 5 de largo, hasta el más grande que es el Candeal que tiene de 3 a 4 milímetros de ancho por 10 y 12 de largo; de estas dimensiones resulta su volumen que se mide por cada mil granos; es así que, de nuestros trigos, el menos voluminoso, como dijimos, es el Ruso que mide de 18 a 21 centímetros cúbicos por cada mil granos; el Barleta de 24 a 30; y el Candeal, el más voluminoso de todos de 32 a 45.

En cuanto al peso absoluto, que también se calcula por mil granos, el menos pesado es también el Ruso con 25 a 28 gramos por cada mil granos; el Barleta de 30 a 36; el francés colorado de 35 a 42; y el Candeal 42 a 50; siendo así, para formar un kilogramo se necesitan, en promedio, 24.000 granos de trigo Candeal; 28.000 de Francés; 34.000 de Barleta; y 40.000 de Ruso.

Derivado de estas dos características, volumen y peso absoluto del grano, es, para cada variedad, el peso del hectólitro que constituye una cualidad sobresaliente y valiosa del trigo, puesto que las transacciones comerciales se efectúan en base al peso mencionado; y a este respecto los trigos argentinos, presentan generalmente promedios satisfactorios, que varían entre 75 y 80 kilogramos por hectólitro; pero alcanzan, a veces, records que superan a todos los anotados en el mundo; en repetidas ocasiones, nuestros campeones nacionales llegaron a 86 y 87 kilogramos por hectólitro.

Corte longitudinal de un grano de trigo.

Descripto así brevemente el grano de trigo en su forma exterior y sus caracteres físicos que sirven para constatar la variedad a que pertenece, el estado de su desarrollo y su valor comercial, veamos ahora su estructura interna y su contenido, lo que interesa a los más.

En el grano de trigo encontramos varias capas: la primera, desde afuera, es la epidermis, que con el epicarpio y el endocarpio forma la corteza, la que da el afrecho; más adentro se observa una capa formada por células que contienen el gluten; la restante, la masa mayor, o almendra, o albúmen, está constituída por almidón y gluten, los que dan la harina; y en fin, el embrión, ocupa, en poco espacio, la base del grano.

Corte transversal de un grano de trigo.

La consistencia de la almendra del grano, ofrece una fractura blanca, opaca y harinosa en los trigos tiernos o de pan y es semitransparente, córnea o vidriosa en los trigos duros o de fideos; nuestros trigos, según las variedades y condiciones culturales, contienen de 65 a 70 por ciento de hidrocarbonatos (almidón); de 14 a 18 por ciento de materias proteicas (gluten); de 1,5 a 2 de materias grasas (en el embrión) y resto de agua, celulosa y cenizas. Cien kilogramos de trigo, dan en promedio 70 kilos de harina, 12 de afrechillo, 12 de rebacillo y 6 de afrecho; de un kilo de harina se obtiene un kilo y 200 gramos de pan; la Argentina, pues, con su producción actual, podría alimentar cotidianamente más de 35 millones de habitantes.

He ahí pues el rol y la función del grano de trigo en el mundo y en la humanidad.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO


Sasso
Olio
Sasso
El aceite
preferido
en todo el
mundo
UNICO IMPORTADOR
C.V. BERNARD
B. MITRE 2238

De Vicente López



CARNAVAL. — Con asistencia de un selecto núcleo de familias, realizóse en el Parque Hotel un baile de disfraz y fantasía, alcanzando brillantes contornos por la vistosidad y alegría de que hicieron gala las numerosas máscaras que concurrieron.

HORACIO, EL ESTILO

El principio y la fuente para escribir bien es tener juicio; si no, no hay versos que valgan.

El estudio de los filósofos podrá suministrarte todo lo que hace al fondo de las cosas, que luego de esto de suyo te vendrán las palabras.

El que aprendió profundamente lo que debe a su patria y lo que debe a la amistad; qué amor ha de tener al padre, al hermano, al huésped; cuál es la obligación de un senador, de un juez, de un general enviado a la guerra: ese sabrá, de fijo, dar a cada personaje su carácter.

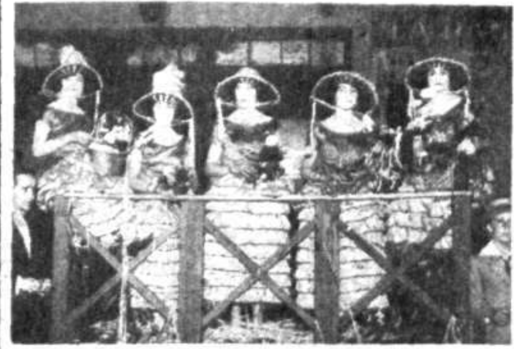
Fijaos bien en los modelos vivos de la sociedad, en las diversas costumbres, y vuestros tipos estarán en carácter, serán cosa viva.

Sucede a menudo que una obra adolece de faltas de estilo, que no hay soltura ni arte en sus versos, pero que ofrece caracteres naturales y pinta al vivo las costumbres, y sólo por esto gusta más al público que no los versos sin enjundia llenos de sonoras ñoñadas.

De Bernal



CARNAVAL. — Señoritas de Sánchez, damas Luis XV.



Señoritas de Gambetta y Cueto.



Señoritas de Lucero, Ponce de León, Alvarez y Romero Range.



EL MAMUT

por

PEDRO MILLE

Su nombre era Moutou - Apou-Kioui-No, es decir: *«Aquél que sabe dónde están las focas»*. Es preciso pronunciar como si existiera la mitad de una *s* que casi sería una *j* entre la primera *i* y *ou:* pero no es preciso que lo intentéis siquiera: la cosa es en extremo difícil. En el curso de este relato, nosotros le llamaremos sólo Moutou-Apou, es decir: *«Aquél que sabe»*, simplemente, para abreviar, y también por ser así como de ordinario le llamaba el mestizo que, en el día memorable en que míster Nathaniel Billington le conoció, sirvió de intérprete entre él y aquel miembro infortunado de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Moutou-Apou era un *inuit*. Nosotros le hubiéramos llamado un esquimal, pero con ello habríamos revelado uno de nuestros tantos errores. Son los indígenas de la América del Norte quienes aplican a esta raza, desde hace bastantes años, este mote injurioso, puesto que significa: *«los que comen pescado crudo»*. Moutou-Apou, como ignoraba la lengua de aquellos indígenas de piel roja, no se había enterado. En cambio *«Inuit»*, simple y llanamente, equivalía a *«los hombres»*, pues los esquimales por mucho tiempo se consideraban los únicos hombres que moraban sobre la tierra — los hombres por oposición a las focas, a las ballenas, a los osos, a los lobos marinos, a las morsas, a todo cuanto resta con vida bajo el cielo o en el seno de las aguas amargas. Y, por consiguiente, quizá, no siempre han morado en aquellas regiones inhospitalarias, donde por espacio de seis meses reina una obscuridad casi absoluta y el sol no asoma en el horizonte sino para desaparecer en el mismo instante de-trás de la tierra; donde la corta duración del verano, la extraordinaria intensidad del frío en invierno, que cubre el suelo bajo un espeso manto de hielo y de nieve, no permite sino a algunas míseras plantas, abedules enanos y hierbajos miserables, crecer sobre aquellas llanuras desoladas.

Según la hipótesis de algunos distinguidos historiadores, hace unos veinte mil años, estos mismos *inuits* moraban sobre la parte central del continente europeo, entonces invadido casi completamente por la nieve y los glaciares, y en la estación calurosa transformado en grandes estepas por las que corrían los renos y pesadamente se arrastraba el mamut.

Cuando el clima comenzó a dulcificarse, los *inuits* siguieron su caza, que se remontaba hacia el norte. Ignoraban que permaneciendo donde estaban gozarían de una temperatura más llevadera, de una existencia cuya tranquilidad habríales parecido un don de Maneto, el único genio indulgente para con los hombres que aun hoy reconocen sus hechiceros ...

Estos *inuits* son unos verdaderos conservadores; no pueden concebir la vida en otra forma que como ellos la sobrellevaban desde hacía siglos y siglos. Ponen una energía feroz e irrisoria en apartarse de la felicidad que se les brinda, y que ellos desprecian; llevan, en cambio, una existencia heroica y de triste ascetismo; pues hay heroísmo y ascetismo en no querer ni saber adaptarse...

Moutou-Apou había nacido en la parte más alta de las riberas del Mackenzie, en la extremidad septentrional de América, una de las regiones más heladas y siniestras del globo y don-

de los blancos, más tarde, acudieron, no obstante, al enterarse del rumor de que allí existía oro.

Era pequeño, rechoncho, con las extremidades gruesas y cortas, y un buen vientre bien redondeado, malgrado su juventud, debido a que bebía mucho aceite de pescado. Sus cabellos negros, abundantísimos, grasos y rudos, cubríanle las orejas. Tenía el rostro redondo, aplastado en la frente, dos ojillos negros hundidos en las órbitas, una nariz aplastada, labios gruesos, una gran boca con dientes blanquísimos y bastante regulares, los pómulos salientes y el color como un caldero de cobre mal pulido. En fin; todo el tipo de un verdadero *inuit*, sin pizca de sangre india. Las mujeres de su tribu encontrábanle agradable. Así fué, desde su adolescencia, distinguido por una de ellas que le tomó por segundo esposo, porque los esquimales, en cuanto al matrimonio, tienen ideas muy amplias...

Los hombres que son ricos, es decir, lo que disponen de muchas canoas de pesca y numerosos arpones, tienen varias mujeres; y, las mujeres ricas, es decir, las que poseen una gran cantidad de aceite de foca, no se contentan con un solo marido. Ellos encuentran que las cosas se hallan de esta manera muy bien organizadas; y era lo que con mucha ingenuidad explicaba Moutou-Apou a Eriksen, el pastor noruego que intentó convertir su tribu, aunque infructuosamente, pues el hechicero vendía amuletos para hacer que la pesca se multiplicara, mientras que él, el europeo que se burlaba de todas aquellas cosas, pretendía que para lograr algo bastaba con invocar al Señor.

□□

Como todos los de su casta, Moutou-Apou tenía dos morales: una moral de verano y otra de invierno. En la estación de los grandes fríos, acorde estaba en vivir completamente desnudo, en el fondo de las profundas cuevas cavadas en la nieve, donde las lámparas de aceite mantienen una temperatura casi excesiva que hace insoportable el peso de las vestiduras de pieles. Ambos sexos, en aquellas cuevas, viven mezclados, pero honestamente, como hermanos y hermanas. Es preciso agitarse lo menos posible, comer lo imprescindible y dormir lo más que se pueda a fin de economizar provisiones. En verano, al contrario, se suele vivir al aire libre, o bien en chozas construídas con las osamentas de las ballenas, recubiertas con pieles. Como las noches son frescas andan trajeados con riquísimas pieles que causarían envidia a cualquier mujer blanca. Pero, el pescado y la caza en general es abundante y es lícito y casi obligatorio comer mucho — cada día, de cuatro a cinco libras de carne por comida.

Empero, en el curso del invierno, Moutou-Apou, sin duda debido a su juventud, a duras penas conseguía dormir lo menos que la costumbre exigía. Entonces, sobre los huesos de cetáceo o bien sobre el marfil de las defensas de las morsas, con la ayuda de un agudo buril de sílex, grababa numerosas imágenes. Era la historia de sus correrías, de sus hazañas de caza y pesca, unos ideogramas donde se le veía llevando sobre sus espaldas el *kayak* de cuero que él mismo conducía sobre las aguas del Mackenzie y aun del océano Artico — porque la tribu, a veces, en sus migraciones, llegaba hasta allá, capturando focas y matando osos.—También eran retratos, muy parecidos; trazados con ingenuo arte, en los que aparecían estos mismos animales; lo que parecía probar que, en efecto, conservaba en sus venas algo de la sangre de aquellos sus ancestrales que han dejado en Europa, en las grutas donde celebraban sus ritos misteriosos, las pruebas conmovedoras de su talento de pintores y escultores. Como ellos, Mouton-Apou no se afanaba sino en imitar las cosas que tenían vida y que era posible matar para alimentarse. He aquí porqué ciertos libros del pastor noruego, el evangélico y mal recompensado Eriksen, le interesaban. Algunos estaban ilustrados y en ellos aparecían representados hombres y mujeres con bizarras indumentarias, cuando no desnudos — en la época de la moral de invierno, creía él, aunque en realidad, eran los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, — y otros con figuras de hombres vestidos como el pastor, y llevando el mismo y magnífico sombrero de copa con el que, aun en los aledaños del polo, solía tocarse los días de gran ceremonial.

Eran, sí, hombres y mujeres con vida, pero no se les podía matar para alimentarse, y, por consiguiente, para Moutou-Apou, menos atrayentes que las bestias cuyas efigies poblaban las páginas de otra de las obras de la biblioteca del pastor Eriksen. Muchas parecían de una talla monstruosa y otras afectaban formas harto extrañas. No había para qué sorprenderse: se trataba de reconstrucciones de la fauna antediluviana, tal cual se las puede ver en la versión inglesa de *La Tierra antes del diluvio*, de Luis Fignier, vulgarizador científico un tanto relegado al olvido en nuestros días, pero cuyos honestos trabajos no carecen de positivo valor. En el espíritu de Moutou-Apou, aquellos animales debían ser seguramente los más comunes en la patria del misionero, tan fáciles de encontrar como los osos blancos y las morsas en las tierras donde moraban los esquimales. Esto le causó una profunda impresión.

¡Gran paraíso aquel donde era posible cazar y matar aquellas montañas de carne, aquellos seres singulares y gigantescos! Soñaba con ellos bajo su choza de hielo y conservaba sus imágenes palpitantes en la memoria.

□□

Justamente, cuando comenzaba la primavera polar, el pobre pastor Eriksen falleció: no había podido resistir los rigores de aquel clima espantoso. Moutou-Apou lo lamentó sinceramente: había acariciado la esperanza de acompañarle cuando regresara a las regiones del sud, a fin de contemplar y matar, si le era posible, aquellas piezas tan atrayentes y ventajosas. Cuando menos, hubiérale agradado conservar aquel libro cuyas páginas repasaba con la imaginación; pero, el hechicero de los esquimales, considerando al difunto pastor como a un rival peligroso, exigió que con su cadáver enterraran la pequeña bilbioteca. Hizo apilar los libros en torno del muerto, bajo las pesadas piedras que formaron una como pirámide, o mejor un túmulo. Sólo sus ropas y la batería de cocina fueron repartidos entre



los principales de la tribu, y Moutou-Apou se quedó con las ganas, puesto que no era sino el segundo marido de su esposa.

En tanto, la imagen de aquellas piezas de caza envidiables que se deben cobrar en las tierras del sud continuaban aturdiendo su cerebro. Cuando la primavera estuvo más avanzada; cuando el sol comenzó a mantenerse algunas horas sobre el horizonte; cuando ¡cosa increíble! los pequeñas salvias, que permanecían casi muertas bajo la nieve, mostraron sus florecillas, Moutou-Apou, con gran sigilo y no pocas precauciones, hizo sus preparativos de viaje. Es decir: puso en condiciones algunos arpones de su propiedad y le robó a su mujer una respetable cantidad de carne seca de foca, aceite de pescado y un *kayak*. Luego, una noche de luna, se marchó.

□□

MOUTOU-APOU empleó muchos meses en descender por las riberas del Mackenzie. Por lo pronto, vióse obligado a aguardar que el sol derritiera las grandes barreras de hielo. Después, se vió precisado a cargar su *kayak* sobre sus hombros, a fin de sortear y evitar los rápidos peligrosísimos en los que, de haber caído, por más que nadaba como una morsa, se hubiera ahogado irremisiblemente. Cuando se veía obligado a detenerse, pescaba y cazaba, aumentando su caudal de provisiones de ruta. Fué de esta suerte como mató algunos renos y otras piezas menores. A los renos, hasta entonces no los conocía sino por las imágenes que había visto en los libros del pastor Eriksen. Esto no dejó de reafirmar en él el convencimiento de que más adelante encontraría seguramente las piezas mayores y raras que le traían sin sosiego. Experimentó una gran alegría en su corazón, o, como él decía en su lengua esquimal, en su estómago.

De día, de noche, durmiendo, despierto, parecíale estar viéndolas; imaginábase cómo llegaría a matarlas, con su astucia o con su fuerza; y, sobre los huesos de los renos, sobre todo en los de los omoplatos, o bien en el marfil de las defensas de las morsas, como deseoso de desembarazarse de aquellas imágenes, sacaba su buril de sílex de un saquito de piel de zorro curtida en la que guardaba los objetos más preciados que poseía, y trazaba ardorosamente aquellas formas inmensas y anheladas, tal cual las conservaba fielmente en su memoria.

Al cabo, muchos meses después, pisó las playas del océano Artico. Los más viejos de su tribu alguna vez habían llegado hasta allí; pero, Moutou-Apou encontróse con un espectáculo que aquéllos habían desconocido; los blancos habíanse establecido en aquellos lugares.

En medio de aquellas soledades desconsoladoras, una gran ciudad había surgido; veinte mil europeos se agrupaban antes de partir para las regiones desiertas y fabulosas donde el oro, según él aseguraba, ocultábase bajo la nieve, en el lado helado. Había incontables bares donde vendían, al peso de aquel oro, bebidas fortísimas y que calentaban la sangre mucho más que el aceite de pescado; había capillas con los muros de madera, techos de hierro ondulado y torrecillas con unos extraños instrumentos parecidos a calderos de cobre invertidos, que sonaban en una forma hasta entonces ignorada. Había tiendas donde se guardaban alimentos desconocidos y sabrosos y unos objetos de los que se escapaba otra música argentina cuando se daba vueltas a una manivela que en la caja tenían. Moutou-Apou ignoraba todo aquello. Parecíale milagros, manifestaciones de una sorprendente y poderosa hechicería. Tenía temor al mismo tiempo que experimentaba deseos de conocerlo todo. Pero, tales maravillas se pagaban con oro y él no lo tenía; no tenía ni la idea de que aquel metal pudiera servir para tal intercambio. Por eso, por lo pronto, en cambio de uno de aquellos maravillosos despertadores, propuso su arpón; mas, no recibió sino una desdeñosa negativa. Sacó de su saco de piel de zorro todo el resto de sus bienes, poniendo a un lado, como si, salvo para él, carecieran de valor, los omoplatos de reno y los marfiles que pacientemente había grabado.

Fué, entonces, en aquel preciso instante, cuando Moutou-Apou fué descubierto por míster Billington.

□□

MÍSTER Billington no era sólo un eminente geógrafo; se había consagrado, desde hacía dos o tres lustros, a la solución de los vastos problemas que ofrece la prehistoria. Esta ciencia es, aún, en buena parte, completamente conjetural; tiene todo el interés y ofrece todos los peligros propios de las más fabulosas novelas; las hipótesis tienen en ella tanto lugar como las comprobaciones definitivamente adquiridas e indiscutibles; excita y embriaga la imaginación.

Míster Billington se hallaba precisamente en el *store* donde el pobre Moutou-Apou acababa de entablar unas negociaciones que parecían condenadas a permanecer infructuosas... El sabio inglés, echando una ojeada sobre los objetos que había colocado vanamente sobre el mostrador, pudo a duras penas reprimir un grito de admiración, de alegría puramente científica, de loca esperanza, ante el barrunto de aquel descubrimiento que podía hacer eternamente célebre su nombre. Que aquel salvaje — un esquimal, no había duda, por su vestimenta y sus características físicas, — hubiera grabado, con un talento indiscutible, renos y otras bestias en plena carrera, no era muy sorprendente, después de todo. Aquellos animales, los indígenas de las tierras árticas, bien que los conocían. Pero, aquel gigantesco animal, representado sobre un omoplato de reno con tanto realismo y exactitud, aquel enorme y plácido paquidermo con la trompa arrastrándose por el suelo y las formidables defensas curvas como hojas de cimitarra, aquella figura, no quedaban dudas, ni era posible ninguna discusión, representaba lisa y llanamente un mamut. Y, ya es sabido que este animal ha sobrevivido casi hasta la época geológica contemporánea. ¿El cadáver de uno de ellos no apareció fresco casi, en los comienzos del siglo XIX, sobre las costas de Siberia, tan bien conservado entre los hielos que los pescadores indígenas pudieron comer su carne congelada y un trozo de cuya piel se conserva en el Museo de Leningrado? De cualquier manera, en aquel caso, según todas las apariencias, Míster Billington salía con ventaja; aquel esquimal *había visto* a un mamut viviente, pues así lo había representado, con todos sus de-



talles, característicos, sobre aquella placa ósea.

El profesor Billington fué generoso. En cambio de lo que podía llamar su álbum de grabados de historia natural, Moutou-Apou recibió un magnífico despertador que, en lugar de la campanilla, dejaba oir un trozo del *God save the King*. Además, míster Billington, por señas, hízole comprender que le tomaba a su servicio con el compromiso de darle de comer hasta el hartazgo. El sabio geógrafo había leído que la voracidad de los esquimales no tiene límites; pero, estaba resuelto a no reparar en gastos con tal de tener a su vera aquel testigo de la existencia de un sobreviviente zoológico cuya revelación haría época en los anales de la historia científica.

Hecho el trato, dispúsose a hacer interrogar a Moutou-Apou. No era fácil tarea. En toda la ciudad no se halló más intérprete que un mestizo de esquimal y piel roja que no conocía sino a medias la lengua de Moutou-Apou, pues sólo de los de esa raza descendía por la línea materna y ésta había muerto cuando era muy pequeño. Moutou-Apou puso, empero, la mejor voluntad del mundo, en sus explicaciones: estaba tanto o más deseoso que míster Billington por conocer a un mamut, y, sin duda, pensaba que el blanco se lo haría encontrar. Cuando le preguntaron dónde había visto aquello que con tanta fidelidad había dibujado, lo dijo sin rodeo alguno; pero el intérprete ignorante, conociendo sólo a medias las palabras, llegó de esta manera a la conclusión de que Moutou-Apou había visto el mamut en el país donde naciera y que un hechicero extraordinario era el que se lo había mostrado.

Míster Billington se apresuró a consignar el relato de aquel testigo *ocular* en una memoria circunstanciada que expidió inmediatamente a Londres, donde causó gran sensación. Todo parecía probar la existencia del mamut y, ya que no de todo un rebaño, al menos un ejemplar, en una región hipotética situada en los aledaños del Mackenzie, y al que un esquimal había llegado a ver. Listas de subscripciones para organizar una expedición científica cuyo objeto debía ser el estudio sobre el mismo terreno de las costumbres del paquidermo, cuya raza considerábase como extinguida y su transporte a Inglaterra vivo o muerto, presto cubriéronse con las más prestigiosas firmas. El general lord Melville, gran cazador y enamorado de todo cuanto a la prehistoria se refería, donó cincuenta mil libras esterlinas, anunciando, además, que él tomaría parte en la expedición. Mas, no faltaron tampoco los donativos de la gente humilde, mineros, alfareros de Staffordshire, *clerks* y horteras de los bancos y tiendas de Londres, contribuciones de un *shilling* y de *six pence*. En toda Inglaterra no se hablaba más que del famoso mamut y de la expedición organizada para ir a su encuentro.

La expedición presidida por Lord Melville, llegó en la primavera siguiente a Seattle, donde les aguardaban el profesor Nathaniel Billington y Moutou-Apou, que había engordado magníficamente, así como el indispensable e insuficiente intérprete, el mestizo de Labrador. La municipalidad de Seattle, y los mineros que se disponían a partir para los yacimientos ofrecieron una magnífica fiesta a todos aquellos eminentes representantes de la ciencia inglesa. Se bebió mucho champagne de veinte dólares la botella y muchísimos más de whisky. Moutou-Apou bebió de lo lindo, perfectamente convencido, por otra parte, de las innegables cualidades de las bebidas del Sud en comparación con el aceite de pescado de los de su raza. Por lo demás, conocía el sistema para procurarse bebidas a su agrado, pues, provisto de un buril y algunos colorantes, en cuanto hueso de buey, cordero y hasta conejo se le presentó, reprodujo la interesante silueta del famoso mamut que los mineros entusiastas se disputaban.

□□

La misión se puso en camino. Largo y penoso fué el viaje. El infortunado lord Mellville murió de escorbuto, víctima de la ciencia, y de su generosa curiosidad. A otros tres miembros de la expedición se les heló la nariz. Pero, míster Billington avanzaba siempre, insensible a los contratiempos, sostenido, como caldeado interiormente, por el ardor de su sueño y la gloria eterna ambicionada. Moutou-Apou, al fin, le condujo un día, así como a los maltrechos y diezmados sobrevivientes de la expedición, ante un montón de piedras y les dijo, con una plácida sonrisa.

— Aquí está.

Míster Billington, que jamás experimentara frío en el transcurso de los cuatro meses de travesía por aquellas desoladas regiones, sintió que de súbito se le helaba la sangre en el corazón. ¿El mamut estaba muerto? ¿Le habían enterrado allí? Su decepción fué inenarrable.

A fuerza de trabajos se consiguió demoler el *cairn* levantado por los esquimales. Completamente congelado, el cuerpo del pastor Eriksen reposaba allí, intacto, rodeado por sus libros. Moutou-Apou se inclinó y recogió uno, lo hojeó con mano segura, y, triunfalmente, su dedo, mostró un grabado que representaba al mamut. Estaba allí, perfectamente. Entre las páginas 220 y 221, tal cual lo reconstituyera ingeniosamente la imaginación del ilustrador de Luis Figuier, tomándolo de los trabajos paleontológicos del ilustre Cuvier... Moutou-Apou había tenido simplemente un poco de memoria, la admirable y fiel memoria de los artistas, de los niños y de los cazadores.

Jamás llegó a comprender porque míster Nathaniel Billington se arrojó de pronto al suelo, consternado, aniquilado, deshecho en lágrimas ardientes, para levantarse al cabo y propinarle un soberano puntapié... Puede ser — pensó el pobre esquimal, — «que esta sea la costumbre de los blancos, un rito imprescindible cuando exhuman el cuerpo de uno de sus hermanos.». De cualquier manera, por espacio de una buena temporada, había comido abundantemente y recibido buena paga. Estimó sobremanera provechosa la aventura y continuó dibujando grandes y perfectos ejemplares de mamut, durante sus horas de ocio, que no eran las menos.

□□

Esta inverosímil historia es rigurosamente verídica. Pueden los lectores encontrar todos sus detalles en los periódicos ingleses de hace unos treinta años.



TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS
POR E. S. M. DANERO

De Ramos Mejía. — Carnaval


Grupo de máscaras que "asaltó" el domicilio de los esposos Otero organizándose con este motivo una alegre reunión.

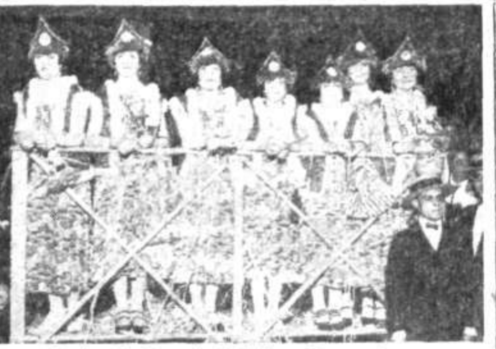

Señoritas de Reali.


Palco ocupado por las señoritas de Agriman y Cairoli.

De Lanús



CARNAVAL. — Señoritas Martínez Lelaz; Speroni y Ziege.



Señoritas de Preventoni, Suáces, Fasce y Aprea.



Señoritas de Luchini, Molinari, Oreiro y Ortobega.

GRAN TRIUNFO FARMACEUTICO

PARA PURGAR A LOS NIÑOS Y ADULTOS SIN QUE LO SEPAN

Por fin se resolvió el problema de poder purgar a los niños y adultos sin que lo sepan y evitar el relajamiento de estómago que suelen ocasionar la mayoría de los purgantes y laxantes, gracias al **Azúcar Collazo**, que es un purgo-laxativo seguro y suave en su acción y que teniendo igual sabor que el azúcar común, permite ser suministrado en la leche o café con leche, sin que el enfermo se dé cuenta; circunstancia que le hace inapreciable cuando se trata de niños. Es completamente inofensivo, por lo que no requiere régimen ni privación de ninguna clase de alimentos.

Sea precavido y tenga siempre en su casa una caja de **Azúcar Collazo** para tomar Vd. o dar a sus niños tan pronto sientan el menor malestar y se evitará así muchas enfermedades. A dosis laxantes, dos veces por semana, cura rápidamente la jaqueca, estreñimiento, cólicos hepáticos, indigestiones, acidez y demás enfermedades del estómago, hígado e intestinos, purifica la sangre, curando las erupciones cutáneas, granos, barros, sarpullidos, etc., y descongestiona el sistema nervioso, produciendo una sensación de alegría y bienestar.

La distinguida señora N. A. T. de D escribe desde Zárate: «... y deseo que me envíe dos cajas de ½ libra de **Azúcar Collazo** reconociendo desde mucho tiempo que es el purgante ideal de mis niños».

El más económico. Caja de ocho dosis purgantes para niño (4 para adultos), **$ 0.70.** Caja grande, **$ 2.80.** Pida muestra.

MALES FEMENINOS

La mujer sufre frecuentemente irregularidades y trastornos propios de su organismo; es víctima muy a menudo de afecciones neurálgicas, decaimiento, desgano, obesidad, palpitaciones y otros males diversos producidos por una desviación anormal de las funciones nutritivas, que le quitan la alegría, le restan ánimo y fuerzas y le privan, en fin, de amplio disfruto de la vida. De tal estado puede salir fácilmente la que en él se halle, utilizando la **Poción Tónica Depurativa Collazo**, medicamento agradable que, a la vez que regenera la sangre, fortifica los músculos y los nervios, limpia el hígado y los riñones y activa la función asimiladora, enriqueciendo el organismo y regularizando todas sus funciones. La señorita P. L. D., de Goya, que la ha usado dice en carta de 4 de abril, año anterior; «... y tengo el honor de manifestarle que desde que empecé el tratamiento con la **Poción Tónica**, he sentido una extraordinaria mejoría; ya no siento malestar ni decaimiento, me siento mucho más fuerte y con más ánimo para hacer cualquier cosa.»

De venta en las buenas farmacias, a **$ 4.20.**

ECZEMAS, ULCERAS, GRANOS Y OTRAS ENFERMEDADES DE LA PIEL

Las eczemas, úlceras, granos de todas clases (acné), barros, sarpullidos, herpes, hemorroides, escozor, urticaria y demás afecciones de la piel, agudas y crónicas, por rebelde que sean, se curan rápidamente con la **Pomada Collazo**, que es además sumamente eficaz para cortaduras, heridas y quemaduras, la que, aplicada a tiempo, cura sin dejar señal y evitando el dolor. Un tubito de **Pomada Collazo** es una verdadera necesidad en toda casa de familia.

Precio **$ 3.—** Pida muestra gratis.

LA CALVICIE, LA CASPA Y OTROS MALES DEL CUERO CABELLUDO

Cúranse radicalmente con un solo frasco de **Loción Collazo.** Precio: **$ 5.—.** Pida folletos gratis.

HIGIENE INTIMA DE LA MUJER

Para desterrar los flujos, evitar contagios y devolver a los órganos femeninos la contracción normal, es indispensable darse irrigaciones con solución de **Polvos Collazo.** Caja de 20, **$ 5.—.**

CONTRA LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS

La neurastenia y demás desórdenes del sistema nervioso, se curan en poco tiempo, tomando el medicamento fosfo-iodo-arseno-estrino-cálcico, llamado **Kusú.** Es el reconstituyente más indicado para los enfermos de avariosis.

Precio: **$ 3.50.**

LOS ESPECIFICOS COLLAZO

han sido premiados con medalla de oro en París y Roma.

Preparados por el Dr. Angel García Collazo en sus laboratorio de la

FARMACIA DEL CONDOR

CORDOBA, 864
ROSARIO

La que más barato vende en toda la República.

Gratis y franco de porte se mandan dos interesantes libritos y muestras de **AZUCAR COLLAZO** y de **POMADA COLLAZO** — Pídalos a **ESPECIFICOS COLLAZO,** Perú, 71, Buenos Aires, o a Farmacia del Cóndor, Córdoba, 864, Rosario.

URINARIAS

Después de nueve años de sufrimientos continuos, sanó completamente con los CACHETS COLLAZO.

(AMBOS SEXOS)

Ninguna persona — hombre o mujer — enferma de las vías urinarias debe desesperar de su curación, por antiguo y rebelde que sea su mal. El señor que escribe la siguiente carta no habría, acaso creído en la posibilidad de verse libre de su dolencia, después de nueve años de padecerla; sin embargo, sencillísimamente, económicamente, recuperó la plena salud. Véase cómo se expresa:

«Estación María Juana, mayo de 1922.

Doctor García Collazo:

Muy señor mío: La presente es para comunicarle que después de nueve años de continuos sufrimientos y de haber suministrado infinidad de remedios, pero siempre sin resultado y ni siquiera obtener el menor alivio, hoy me encuentro completamente restablecido, después de haber suministrado su maravilloso remedio, o sea los **Cachets Collazo.**»

Por discreción se omite el nombre del firmante; pero esta carta y muchas otras están a disposición de los interesados.

Curaciones tan notables como estas de afecciones a las vías urinarias tales como blenorragia, gonorrea (gota militar), orquitis, cistitis, prostatitis, catarro vesical, leucorrea (flujos blancos de las señoras y niñas), vaginitis, metritis, etc., se producen todos los días con los **Cachets Collazo.**

Su uso es muy cómodo y reservado, y, por la rapidez de su acción, resultan muy económicos.

Preparados por el doctor Angel García Collazo en sus laboratorios de Rosario, calle Córdoba, 864.

GRATIS y francos de porte se remiten dos interesantes folletos explicativos y muestras de Azúcar y Pomada Colazo, solicitándolos a Específicos Collazo, Perú, 71. Buenos Aires, o a la Farmacia del Cóndor, Córdoba, 864. Rosario.

De Santa Fe



RAID DE NATACION SANTA FE - ROSARIO. — Público que concurrió a presenciar la iniciación del raid, tributando una calurosa demostración de aprecio al nadador Pedro A. Candioti.



Candiotti, preparándose para la prueba.



En el momento de tirarse al agua, de la cual salió después de coronar con brillante éxito su hazaña.

AUTO - MOTO AVIACION

Los Grandes Premios de 1925

Según el calendario aprobado por la Federación de los Clubs Automovilistas Internacionales, se realizarán en el transcurso del corriente año los siguientes Grandes Premios:

Gran Premio de Indianápolis (Norteamérica), el 30 de mayo.

Gran Premio de Europa (Bélgica), el 5 de julio.

Gran Premio del A. C. de Francia, en Montlhéry, el 19 de julio (categoría turismo) y el 26 de julio (velocidad).

Gran Premio de Italia, en Monza, el 6 de septiembre.

Gran Premio de España, en San Sebastián, el 14 y 15 de septiembre (turismo y velocidad).

La quincena automotriz

Este comentario de los «quince días» no podría empezar sin decir algo acerca del «Gran Premio 1925» disputado del 21 al 24 de febrero bajo los auspicios del Automóvil Club Argentino y en el doble trayecto de Buenos Aires a Córdoba, que representa una distancia total de 1.500 kilómetros.

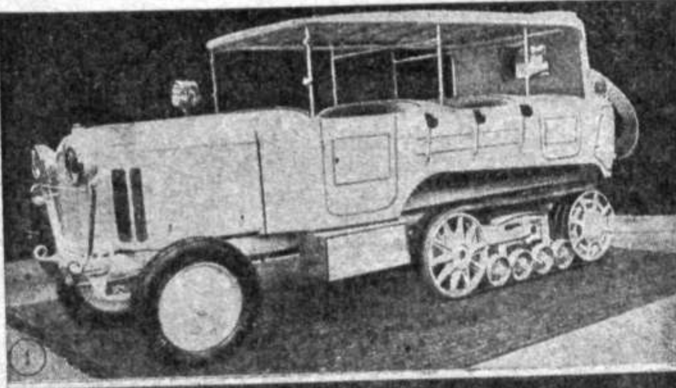
«El Gran Premio Argentino» ha absorbido la atención del mundo deportivo no solo de todo el país, sino también de esta parte de América, por encontrarse como competidores dos representantes del Uruguay y Chile, y por la importancia misma de la carrera.

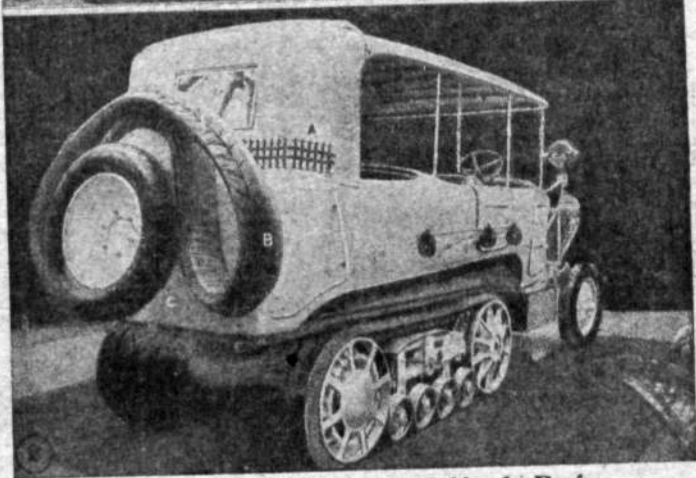
¿Ha triunfado el mejor? Es aventurado formular un juicio categórico al respecto, porque si hubo vencidos en la gran brega anual de nuestro automovilismo, justo es reconocer que existieron hombres dignos de esa derrota. Nos referiremos en primer término a París Giannini, Ernesto Zanardi y Rufino Luro Cambaceres, los que junto con Marelli, el vencedor, formaron el cuarteto digno de figurar como vencedores morales del Gran Premio, porque su comportamiento en nada desmereció al primero. Hubo en ésos resultados, solo cuestión de más suerte, si cabe la expresión, y nada más. Los tiempos marcados por todos ellos así lo atestiguan por otro lado, y los «records» que cayeron ante el avance de esos hombres, habla más de por sí que todo el comentario que pudiéramos formular

Se ha conseguido un promedio de más de 71 kilómetros en los 1.500 totales, y los mejores conseguidos en las rutas sobrepasó los 85 kilómetros, cifra nunca conquistada en carreras de tan larga distancia y por malos caminos como los que sirvieron para la reciente prueba.

El 15 del corriente, siempre que no medien inconvenientes se realizará el Gran Premio del Motociclismo Argentino, en el doble trayecto de Buenos Aires a Córdoba, que organiza el Moto Club Argentino.

A. Burgos Santillán.

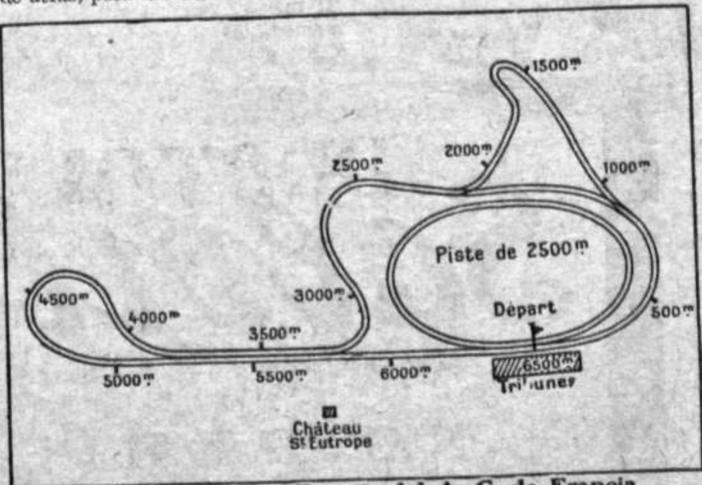




Curiosidades del reciente Salón de París

Entre los numerosos vehículos presentados al reciente Salón de París, llamó mucho la atención del mundo técnico y sportivo el nuevo tipo de máquinas sobre rieles «chenilles», expuestas por Citroen. Se trata de un vehículo de 15 H. P. de modelo destinado a la explotación de la línea Colomb-Béchar-Tombouctou, recientemente inaugurada a través del desierto del Sahara.

Publicamos las fotografías del vehículo aludido, visto de costado y de atrás, para dar idea más clara de lo que se trata.



El próximo Gran Premio del A. C. de Francia

En julio próximo deberá disputarse en Francia el Gran Premio del Automóvil Club Francés, prueba igual de la similar de Europa, que reune todos los años a los más diestros y hábiles pilotos del mundo entero. La intervención en estos torneos de los fabricantes más grandes de la industria, consigue siempre darle mayor realce a esta máxima competición del automovilismo francés.

Contra lo que se ha venido haciendo, en el corriente año la carrera será disputada sobre un pequeño circuito, que partiendo del autódromo de Linas-Montlhéry, terminará en la misma pista.

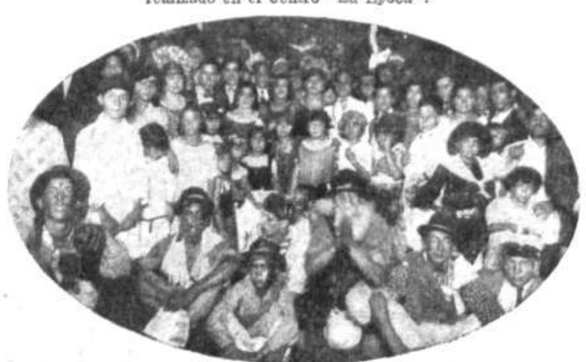
De Ciudadela



CARNAVAL. — "El molino", auto ocupado por las familias de Latattó y Bianco, que llamó la atención por su original presentación.



Distinguidas señoritas que concurrieron al baile de disfraz y fantasía realizado en el Centro "La Epoca".



Público que asistió al baile de disfraz realizado a beneficio de la Casa de Primeros Auxilios.

De Olivos

A una hermosa reunión social dió lugar el baile de disfraz y fantasía realizado en el club de tennis local; la señorita de



Corsini obtuvo el primer premio, el cual fué discernido entre los aplausos de la numerosa y selecta concurrencia.

UN DRAMA EN LA NIEVE

(RELATO DE LAS REGIONES DE UCO)



No he de olvidarme así no más de aquella guanacada en los cerros del Valle de Uco! ¡Qué me voy a olvidar! El silencioso drama me hiela aún de espanto con sólo evocarlo. Y es que yo tengo un poco de culpa; casi toda la culpa, sí, señor. Porque fuí yo el que dió la idea de la cacería. Fuí yo el que me obstiné en salir por esas montañas de Dios, no obstante la profecía de don Macario Pizarro, capataz de «Los Alamos».

Aquella tarde, yo le había dicho al viejo puestero:

—¿Qué le parece, don Macario, si mañana hiciéramos una guanacada?

—Como usted guste, señor. Pero...

—¿Qué, don Macario?

—Entuavía no ha caído nieve...

—¿Y?...

—¡Y!... No sé; tengo el pálpito que no ha de tardaren caír de lo lindo.

—Pero, vea, don Macario, si tenemos un tiempo espléndido.

—¡Ejem! ¿Devisa aquellas manchas detrás e los cerros?

—Sí, mi amigo.

—¡Son manchas nevadoras, señor! Cuando el cielo se pone así puallá abajo, es segurito que va a nevar juerte.

Y don Macario Pizarro se acarició la hirsuta barba negra. Yo insistí; insistí en una forma impertinente, lo confieso.

Pero es que Deolinda, la hija de don Macario, me había pedido que intercediese ante su padre para que se efectuara la cacería llevándola a ella.

Deolinda era una serrana pelirroja, fuerte como un alpataco y esbelta como un álamo. Sus grandes ojos negros ofrecían un contraste inquietante con el color de sus cabellos salvajes, cuyo peinado en raya remataba en gruesas chapecas relucientes. Todos la conocían por la «Colorada».

La muchacha, cada vez que me encontraba a tiro, me decía con su voz casi varonil, de cálidas inflexiones:

—Ydiáy, señor... ¿Le habló a mi tata de la guanacada?

—Más adelante, Deolinda, cuando haga más frío.

—¡Mire que tengo unas ganas locas! ¡Nunca han querido llevarme porque soy mujer. ¿Sabe? ¡Porque soy mujer! ¡Ta bueno!

Y sus ojos fieros y graves brillaban en la clara hora montañesa.

De ahí entonces que yo, recordando la formal promesa formulada a Deolinda, en el sentido de satisfacer sus deseos cuanto antes, insistiera aquella tarde de fuerte frío:

—¡Y bueno, don Macario; iremos prevenidos!

—Como usted guste. ¡Guanacos vamos a encontrar a patadas!

—Pero vea, don Macario; le voy a pedir una cosa que me han pedido a mí...

—¡Ya endevino!...

—¿A ver?

—Que la llevemos a la Deolinda.

—Eso es, mi amigo.

—¡No digo yo! ¡Si hace una punta e tiempo que me pide lo mesmo! ¡Tuitos los inviernos está con esa tonada!

—Y dele el gusto de una vez. ¡Para lo que cuesta!

—En osequio suyo...

—Gracias. ¡Ni alegrón se va a

dar! No es nada floja Deolinda, ¿No?

—¡Bravaza, señor! ¡No les tiene miedo ni a las ánimas!

II

Cuando llegamos a las casas, era ya hora de cenar. Nos sentamos a la mesa. Don Macario a la cabecera. Yo y Juan Cruz a la izquierda. Deolinda y Eufrasio, a la derecha y doña Filomena, mujer de don Macario, en la otra punta. Una vieja negra y cotuda nos servía.

Juan Cruz y Eufrasio eran los otros hijos de Macario Pizarro. Dos mocetones fornidos, maestros en tirar la daga y «las tres Marías».

Deolinda y Eufrasio vivían siempre riñendo. Y aquella noche se armó una tremolina del demonio, cuando yo, con tono casi solemne, comuniqué a la muchacha el resultado de mis gestiones ante el padre.

—¿No sabe una cosa, Deolinda?

Todos abrieron tamaños ojos.

—¿Lo qué señor?,

—¡A ver, adivine!

Ella sospechó en el acto de qué se trataba; pero la turbación que la idea le produjo, la hizo poner como una guinda y simuló que pensaba.

—¡No sé! ¡No sé!

—Mañana vamos a cazar guanacos, con Juan Cruz, Eufrasio y don Macario.

—¿Y qué tiene?

—Y su padre me ha concedido que la llevemos a usted.

Eufrasio pegó un brinco en la silla. Y estalló como una bomba:

—¡Pero, tata! ¿Pa qué vamos a dir con ese chisme?

La muchacha lo fulminó con su mirada de puma, y le respondió, vibrante, como una hoja de acero:

—¿Y a vos, qué te supone? ¡A ver, decí! ¿Qué te supone?

—¡Qué me supone! ¡Qué me supone! ¡Veanlán a la mocosa! ¡Pa eso servís, pa ensultar y estorbar! ¡Vos no vas a dir!

—¿Y quién sos vos? ¡A ver! ¡Quirquincho!

—¿Querís que te acomode un bife?

El padre intervino ante la inminencia de un pugilato entre la «Colorada» y Eufrasio:

—¡A ver, amigos! ¡No se pélien, po! ¡Y usted, caballero, cállese! ¡Yo hei dicho que la llevamos, y se acabó! ¿Entiende?

Deolinda, toda encarnada por la victoria obtenida, miró a su hermano con actitud, entre burlona y desafiante. Eufrasio trató de disimular el movimiento del pisotón que le endilgó a su hermana por debajo de la mesa.

Antes de recogernos, aprontamos las armas, los ponchos, algunas provisiones y otros menesteres. Estoy seguro de que aquella noche Deolinda no pegó los ojos.

Hacía un frío terrible.

III

La luz verdosa del alba daba en mi ventanuco, cuando entró la negra cotuda con el mate. Un rato después estaba vestido.

En el comedor andaba Deolinda preparando cosas.

—Buenos días.

—Muy güenos, señor.

—¿Está contenta?

—¡Y cómo no! ¡Ya le vía enseñar al Eufrasio ese que manejo el jusil mejor qu'él.

Eufrasio andaba en la otra pieza, desde donde gritó:

—¡Te vas a baliar vos mesma! ¿Te crés que el jusil es una cacerola?

—¡Callate, quirquincho!

Eufrasio apareció en la semiobscuridad, diciendo con tono zumbón:

—¡Chéi; no ti olvidés de ponerle julminantes a la matraca esa que vas a llevar! ¡Ah! ¡Y no mátes tuitos los guanacos! ¡Dejame uno pa remedio! ¡Haceme el favor!

—¡Salí de ahí, chimango! ¿O querís que te sampe con esta alforja llena e latas?

La actitud de la «Colorada» era decidida. Eufrasio se fué. Al rato entró don Macario y Juan Cruz.

—Güenos días, señor.

—Muy buenos.

—Cuando quiera. Las mulas ya están prontitas.

Alzamos con todo y salimos al ancho patio de la estancia. Ocho mulas aguardaban. Cinco para nosotros y tres cargueras.

—¿Y ese pico y esa pala, don Macario? —pregunté reparando en las herramientas atadas a una de las mulas.

—¡Por si acaso, señor! ¡En este mundo naide sabe nada!

Después de oir las recomendaciones de doña Filomena, enfilamos valle adentro, hacia las montañas enormes. Amanecía.

La «Colorada», sentada a mujeriegas sobre su mulita zaina, era una flor de tuna bajo la aurora serrana.

El frío era profundo. El viento nos azotaba el rostro despiadadamente. Don Macario iba adelante. Las tres mulas cargueras le seguían. Eufrasio iba a la zaga de todos, con gran contento de la muchacha, que, de vez en cuando, me sonreía, mostrándome sus fírmes dientes nevados entre la boca grande y roja.

Cuando el sol empezó a pintar de púrpura la cumbre de los cerros, paramos en una quebrada y Eufrasio hizo fuego de jarilla para asar una tira de carne. Más animados seguimos la ruta. El frío arreciaba, a pesar de estar el sol alto. La distancia que nos separaba a unos de otros se hacía cada vez mayor. En una de esas, yo vi desaparecer a la «Colorada» por una estrecha garganta de la sierra. Al rato sonó un tiro; y luego otro, y otro, y otro.

Eufrasio me alcanzó para preguntarme, algo alarmado:

—¿Qué jué?

—Me parece que es Deolinda. La vi torcer hacia adentro.

—¡Me caigo y me levanto! ¡Ya está haciendo macanas!

—¡Quién sabe, amigo!

—¡Pero cómo no, señor! ¡Si no sabe ni gatillar! Lo que va hacer esa mocosa es espantarnos a los bichos!

Cuando llegamos al sitio por donde había desaparecido la muchacha, ya se encontraban allí Juan Cruz y don Macario. Seguimos las pisadas del animal, y a poco trecho recorrido, divisamos a la «Colorada» que, desde su mula, agitaba alegremente los brazos.

Fuimos hacia ella. Cuando la muchacha distinguió a Eufrasio, empezó a decirle a gritos pelados:

—¡Vení; aprendé, quirquincho! A ver, enseñame a tirar. ¡Enseñame, enseñame!

Y señalaba en lo hondo de un barranco.

—¡Qué tanto cacariar! ¡A ver qué macana hai hecho!

—¡Mirá, mirá, quirquincho!

Cuando nos asomamos a la hondura, vimos dos hermosos guanacos

tendidos sobre las piedras. La derrota de Eufrasio fué aplastante. Estaba avergonzado. Ella lo aguijoneaba:

—¡A ver, chimango, serví pa algo! ¡Agarrá a esos bichos! ¿Querís? ¿O tendré que cargarlos yo mesma?

—¡Callate, mocosa e porra; no compadriés! ¡Los mataste de chiripa!

Entre los cuatro hombres alzamos a las bestias, y las atamos fuertemente sobre una de las mulas cargueras, para dejarlas más tarde en un lugar del camino por donde habíamos pasado, para recogerlas al regresar. No era cuestión de cansar las mulas inútilmente.

Continuamos montaña adentro; orillando abismos, atravesando quebradas, subiendo y bajando laderas, jinetes sobre nuestras mulas jadeantes. Y el viento, el rumoroso viento cordillerano, agudo como una hoja de cortadera, nos flajelaba las carnes con su constancia enloquecedora.

—¡Mal día, canejo! —exclamaba de vez en vez don Macario Pizarro. —¡La pucha con el viento, el diantre! ¡Parece que a Lucijer se li han roto los juelles!

IV

A eso de medio día ya teníamos unas cuantas piezas en nuestro poder. Y es que el guanaco, en la cordillera andina, abunda qué es un gusto. Se encuentra «a patadas», como decía don Macario. Andan en manadas numerosas. A lo mejor, al enfrentar una quebrada, aparecen y cruzan por delante de los cazadores como un relámpago. Apenas dan tiempo para echarse el arma a la cara. S[illegible]ra, y siempre queda alguno tendido en el suelo, con los bellos ojos abiertos y vidriosos. Son tantos, y corren apretujados, que basta disparar al montón para no errar el tiro. Nosotros, aquel día inolvidable y terrible, cobramos alrededor de treinta hermosos ejemplares...

Hicimos alto en un pequeño valle, para almorzar. Don Macario ordenó:

—¡Chei, Eufrasio; vos rejuntá jarilla pa hacer fuego!

—Sí, tata.

—Y vos Deolinda, aprontá el asado.

—Sí, tata.

Yo y Juan Cruz nos pusimos a revisar y limpiar las armas de todos.

Comimos el oloroso asado y el negro pan casero. El cielo se había encapotado. Yo lo veía al viejo Pizarro mirar con ojos escrutadores las nubes blancuzcas que iban y venían por arriba de las cumbres enormes.

—¿Qué hay don Macario?

—¡Nada, po, señor! ¡Que las nubes esas no me gustan nadita!

—Si le parece, podemos volver.

—¡No es pa tanto, señor! ¡No hay que tenerle miedo a la nieve!

—¡Si no le tengo miedo! —respondí algo picado, ante la idea de que el viejo montañés me creyera un «gallina».

Don Macario lo notó y trató de suavizar:

—¡Ya lo sé, señor! ¡Por eso mesmo lo dicía! Ahurita salimos, si li hace el gusto.

—¡Cómo no!

Habíamos reposado lo suficiente para disipar nuestra escasa fatiga. El asado y el vino cuyano habían hecho el resto.

Eufrasio se sentía acometido de una extraordinaria belicosidad. Quería cazar cien guanacos. Ni uno menos. Y Deolinda no perdía ocasión de mortificarlo.

—¡Que vas a cazar vos, quirquincho! ¡No vis que entuavía no has matao ni unito!

—¡Esperate, esperate! ¡Te vía enseñar yo, mocosa e porquería!

Y clavó las espuelas en los ijares de la bestia, adelantándose hasta perderse de vista.

Al rato resonaban en los laberintos profundos de las montañas los tiros de Eufrasio.

La «Colorada», esa adorable salvaje pelirroja, enderezó a la mula en dirección al lugar de la presunta carnicería. Yo la seguí.

Por allá los vimos a Eufrasio, disparando todavía contra una manada que huía vertiginosamente entre los quiscos y las rocas. Cuando nos vió aparecer, se puso rojo hasta las orejas. La muchacha le gritó:

—¡A ver, quirquincho, no los matés a todos! ¡Te envideo la puntería!

Eufrasio le respondió colérico:

—¡Callate, mocosa e porra! ¿No vis que andan disparando?

—¿Y qué querís, que se queden con la boca abierta?

—¡Y mi güinchiste no es tan güeno como el tuyo!

La manada ya estaba lejos. Dos guanacos se habían quedado rezagados, acaso vencidos por la carrera.

Deolinda, vehemente, me pasó su arma y le dijo a Eufrasio:

—¡A ver, trai pacá el güincheste!

—¿Y paqué?

—¡Trai pacá, te digo!

Eufrasio, casi dócilmente, le alcanzó lo que le pedía. Ella se echó el winchester a la cara. Yo no creía en el éxito de la prueba, porque los animales, a más de estar lejos, seguían andando. Sonó el tiro; y hubimos de comprobar, con estupefacción que, allá lejos, había caído uno de los guanacos, mientras el otro se ocultaba en un vericueto de la sierra.

Eufrasio era una estatua. Estaba lívido. La «Colorada» le entregó el arma, diciéndole:

—¡Toma, quirquincho; es güenito el jusil!

Pero el cielo estaba ya totalmente cubierto de nubes densas y trágicas. Las cumbres de los cerros se esfumaban en la gasa compacta. El frío arreciaba.

Oimos el silbido de don Macario y nos apresuramos a reunirnos con él y Juan Cruz. El viejo nos dijo en

cuanto llegamos: — ¡Hay que volver ahura mesmo! ¡Esto se pone fierazo; y tenimos una punta e camino malo!

Emprendimos el regreso por la tortuosa senda cordillerana. Las tres mulas cargueras llevaban algunas piezas. La caravana se tornó silenciosa entre los cerros enhiestos y bajo las nubes torvas. El viento soplaba con furia.

No habíamos andado mucho cuando empezaron a caer algunas gruesas gotas de agua. Al rato, la lluvia se hizo densa, para rarificarse luego y convertirse en menudos copos de nieve, sutiles y blanquísimos.

La volandera blancura fué cubriéndolo todo paulatinamente. Los cerros, las quebrasdas, las laderas y el camino abrupto que se iba perdiendo bajo el espeso sudario.

Una hora después el temporal se desencadenó, terrible, imponente, pavoroso. El viento hacía ondular la inmensa sábana nívea y nos azotaba cegándonos. Las mulas se resistían a andar. Agachaban la noble cabeza hasta encajarla entre las patas delanteras. Pero la espuela era más implacable aún, y tenían que andar, andar, afirmándose, temerosas a cada paso.

La nieve caía tenaz, tupida, terrible. Por indicación del viejo Pizarro, nos guarecimos junto a unos cerros, con la secreta esperanza de ver amainar la tormenta. Pero comprobamos, con espanto, que la nieve crecía a nuestro alrededor. De pronto, sonó un grito de don Macario:

— ¡Eufrasio, Juan Cruz; a ver, descarguen las mulas!

Los muchachos se apearon y se dirigieron a las cargueras para librarlas de los guanacos que traían.

Eufrasio y Juan Cruz se dibujaban apenas entre los copos de nieve. Cuando cumplieron con lo ordenado por el viejo, dejando tendidos sobre la nieve a ocho hermosas piezas, volvieron a sus mulas. Y el temporal seguía, llenando con sus cavernosos caminos bramidos los cajones serranos. La situación llegó a ser insostenible. Nuestras mulas tenían la nieve amontonada hasta cerca de los ijares.

— ¡Don Macario! — grité yo. — Es preferible andar! ¡Si seguimos inmóviles, nos vamos a quedar enterrados!

Todos acogieron mi proposición con un gesto de alivio. Menos el viejo. Pero asintió también. Cualquier cosa era preferible a esa inercia de hombres y bestias bajo el frío de muerte que nos iba aletargando. ¡Sí; cualquier cosa era preferible, menos lo que ocurrió después! ¡Si yo lo hubiese imaginado, no me habría movido de allí hasta no ver más la luz! ¡Palabra de honor, sí; palabra de honor!

¡Trabajo nos costó hacer salir a nuestras mulas del lugar en que se habían inmovilizado! Yo vi perfectamente, sobre la pureza del suelo nevado, el rojo reguero de la sangre que manaba de su ijar abierto como una rosa, una de las mulas.

La caravana lenta y taciturna se puso en marcha. Los jinetes nos escondíamos los ojos con el poncho, dejando librado al instinto del animal el camino a seguir...

Dos horas habíamos andado, cuando pareció decrecer un tanto la blanca furia que nos envolvía a todos en un abrazo de locura. Pero, nuestra alegría duró bien poco. ¡Demonios!

Para salir de entre la doble hilera de montañas en que nos hallábamos, teníamos que pasar indefectiblemente, por una estrecha garganta. ¡No había otra cosa que hacer! ¡No, qué esperanza!

Estábamos sitiados. El único paso era ese, que no podíamos atravesar. En vano escrutamos todas las cercanías. ¡En vano! Nuestros ojos iban a dar siempre allí, a ese estrecho camino que la nieve nos vedaba inexorablemente.

Después de un largo rato de duda, el viejo Pizarro, apeándose, desprendió el pico y la pala de la montura. Entonces comprendí del todo aquél: «¡Por si acaso!» del viejo cuando yo le pregunté el motivo que lo inducía a llevar estos menesteres.

— ¡A ver, Juan Cruz; empezá vos! — ordenó a su hijo.

El muchacho obedeció en el acto. Bajó de su mula; tomó las herramientas de manos de su padre, y empezó a derribar la nieve del paso. Tarea lenta, ardua, casi inútil; porque a medida que la nieve se desprendía del bloque, la que bajaba del cielo lo volvía a engrandar. Pero, de todos modos, se llevaba alguna ventaja en la lucha. Los fuertes brazos de Juan Cruz, de un solo golpe, abrían un enorme boquete. La labor era larga; demasiado larga. La pared de nieve alcanzaba una altura de tres metros, y para abrir un trecho que dejara paso a una mula, no era cuestión de soplar y hacer botellas.

Nos apeamos todos para contrarrestar la profunda inercia y la acción traidora del frío que nos iba venciendo insensiblemente. Yo me sentía casi incorpóreo. Una somnolencia extraña me invadió poco a poco. Me encontraba en un estado semejante a los producidos por una fuerte fiebre. Pensaba incoherencias estrafalarias, descabelladas, ridículas. Perdí, en absoluto la noción de la muerte. Me parecía estar bien, después de todo. Demasiado bien. Me hubiese muerto sonriendo, sin pensar en nada. ¡Sí, todo iba a pasar! ¡Cómo diablos no iba a pasar! Y allí, no más, detrás de todas las montañas, estaba la casa, con el fuego oloroso y la cama! ¡La cama! ¡Qué lindo tener una cama; una cama cortita, para estar acurrucado! ¡Y con muchas colchas! ¡Ah, sí; con cien frazadas de lana de vicuña! ¡Y un te bien caliente con anisado! ¡Un te con anisado! ¿Y los guanacos? ¿Qué harán ahora los guanacos? ¡Caray! ¡Ahora me acuerdo que dejé en la quebrada donde comimos, una de mis caramañolas! ¡Cualquiera enciende un cigarrillo con este temporal! ¡Hay que ser muy baquiano; ya lo creo! ¡Yo, cuando era chico!... ¡Qué barbaridad! ¡Cualquiera enciende un cigarrillo!

Recuerdo vagamente que, sin querer, me fuí sentando en el suelo cubierto de nieve. Las piernas se me doblaron poco a poco, pero muy poco a poco. Ya veía la escena del muchacho que hundía su pico en la terrible pared, y todo me parecía un sueño; un sueño algo molesto del que no podía despertar. Después vi al viejo Macario que, con paso inseguro, se dirigió hacia mí.

— ¡Quítese el poncho, señor!

Yo lo miraba y le sonreía con dulzura, con una honda dulzura.

— ¡Quítese el poncho, le digo!

Quise obedecer sin saber por qué, naturalmente. Pero no pude. No pude de ninguna manera. Entonces, don Macario me sacó la prenda, y poniéndose a mi lado, empezó a descargar sobre mis espaldas, con todas sus fuerzas, la ancha lonja de su talero. Yo oía el ruido del lonjazo sobre mi húmedo saco de gruesa pana. Pero no sentía dolor alguno. No sentía nada. Y el viejo Pizarro, impertérrito, como un verdugo implacable, seguía azotándome.

Poco a poco me fuí reanimando. Me levanté, y empecé a percibir en mis carnes el terrible flagelo. En eso, como despertando y dándome exacta cuenta de todo, grité:

— ¡Ya estoy bien, don Macario! ¡Basta!

— ¡Bueno, venga! ¡Ahura agarre el pico y dele no más, señor! ¡Y dispense! ¿Sabe? Hay que hacer así;

de no, se hiela. ¿No ve? ¡Ahura hay que chicotearle a la Deolinda.!

Y allá fuése el viejo, a castigar con su ancha lonja a la pobre muchacha que ya estaba de rodillas, acurrucada como una momia, blanca de nieve.

Yo tomé el pico y di en descargarlo sobre la pared del paso. De vez en vez, descansaba y miraba hacia atrás. Y allí estaba el viejo, dando feroces latigazos a su hija, que permanecía aun arrodillada. Más allá, Eufrasio, castigaba duramente a Juan Cruz. Era una escena horrorosa, de un sadismo inenarrable y siniestro, bajo aquella nieve fina que caía de los cielos grises. Los golpes no sonaban. Sólo se veían los brazos descargando el fuerte rebenque sobre las espaldas de los que habían caído y se revolcaban entre los blancos montones de nieve.



No puedo ahora, de ninguna manera, precisar el tiempo que se prolongó aquella escena de tortura. Sólo sé que cuando uno dejaba el pico o la pala, pasaba a ser flagelado por los lonjazos, y viceversa. Hasta la muchacha trabajó en el desmoronamiento. ¡Y había que verla levantar el pico en alto para dejarlo caer en un sacudimiento de su cuerpo robusto y magnífico! ¡Sí! ¡Había que verla! ¡Pobrecita!

Todos teníamos que estar continuamente en acción; de lo contrario, la inercia nos vencía fatalmente, irremediablemente.

Cuando logramos derribar unos dos metros de nieve, don Macario montó su mula, y castigándola, enderezó hacia el paso. Cruzó a duras penas, pero cruzó. Nos apresuramos a hacer lo mismo. Los ijares florecieron sangre que formaban grandes coágulos sobre la brillante mortaja. Pero teníamos que pasar. Y pasamos también como don Macario. Nuestras mulas jadeaban como enloquecidas.

La caravana, de uno en uno, siguió por el borrado camino. El temporal arreció de nuevo con más violencia. Todo era blanco, espectral, desolado. Apenas nos distinguíamos entre la bruma. Parecíamos fantasmas. Deolinda iba a la zaga.

V

Nos faltaban unas dos o tres horas para llegar al valle, cuando, de improviso, me dió por mirar hacia atrás. Y no vi a Deolinda. Detuve a la mula y esperé un rato, sin resultado. Entonces intuyendo algo malo, puse mis índices en contra de la lengua arqueada hacia arriba, y emití un largo y agudo silbido. La nieve amortigua las voces. Y yo silbé con todas mis ganas.

Primero se pararon los muchachos. Estos silbaron a su padre, quien se detuvo en el acto.

Yo me reuní a ellos, y el viejo, instantáneamente, se dió cuenta de lo que ocurría. Palideció como un muerto, pero, con voz firme, y ronca preguntó:

—¿Y la Deolinda? ¿Ande está la Deolinda?

Nadie sabía nada. Yo era el único que recordaba que la muchacha venía la última de la caravana.

El viejo, fuera de sí preguntaba a cada uno:

—¡Vos, Eufrasio! ¿La viste?

—¡Sí, tata; yo la vide!...

—¿Y?

—¡Y... dispués no la vide más!

—¡Me caigo y me levanto! ¿Y vos, Juan Cruz?

—¡No sé, tata... dende la quebrada...

—¿Y usted, señor?

—Hasta hace poco la vi con nosotros. ¡Debe haberse quedado atrás! Volvamos. ¡Y no se ponga así don Macario!

—¡Canejo! ¡Cómo no me vía poner así! ¡Si es mi hija.

—¡Bueno, vamos a buscarla!

El viejo, entre imprecaciones tremendas, iba escrutando las distancias. El temporal no nos dejaba ver nada, absolutamente nada. La mula de Pizarro, a fuerza de ser aguijoneada por las espuelas, perdía abundante sangre. Nosotros marchábamos atrás, sobrecogidos de una angustia sin nombre.

Anduvimos mucho, mucho. Yo me había acercado a don Macario y trataba de serenarlo. Ya estábamos cerca de la quebrada que nos había casi enloquecido, cuando vimos, al pie de un barranco, la mula de Deolinda, solita, agachada junto a un montón de nieve, por el que asomaba apenas un trozo de paño negro.

Pizarro se tiró de la mula como un puma herido; y empezó a escarbar, a escarbar, hasta que apareció el poncho rayado de la muchacha. Nos bajamos todos, y en un instante, despejamos la nieve que cubría a Deolinda. Estaba tendida de costado. Le sangraba la nariz y la boca.

—¡Se ha caido! ¡Se ha caido! ¡Se ha desbarrancado, canejo!

Rugió el viejo echándose sobre el cuerpo de la hija. El corazón de la serrana había dejado de latir hacía rato. La «Colorada» sonreía con una suavidad inolvidable.

Pizarro, loco de dolor, desgreñadas las barbas, la tomó en brazos y la empezó a besar fuertemente. La besaba, la besaba, en silencio, en un grave silencio. Después pasó el cadáver a Juan Cruz, subió a su mula, y lo requirió de nuevo. Lo puso delante, cruzado sobre la montura y las piernas. La hermosa cabeza de la muchacha, con sus dos trenzas rojas, caía en suave abandono del fuerte brazo paterno.

Nos pusimos en marcha. Don Macario adelante, con su hija muerta. La nieve, que había cesado un momento, arreció de nuevo.

En eso vi a don Macario que se quitaba el poncho.

—¿Qué hace, amigo? ¿Para qué se quita el poncho ahora que nieva fuerte otra vez?

—¡No m'hable, señor! ¡Se lo vía poner a m'ijita pa que no sienta más frío! ¡Pobre mi «Colorada»

Tendió el poncho sobre el cadáver de la niña, y, ahogando un sollozo profundo, hundió con fuerza las espuelas en los costados sangrientos de la mula.

La nieve seguía cayendo, fina, implacable, tenaz, sobre la caravana taciturna.

ALFREDO R. BUFANO

DIBUJOS DE DESSARES



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1934.—En pose para CARAS Y CARETAS.
MARÍA MAGDALENA LÓPEZ.



1935. — Pasan los tonys.
GUSTAVO ADOLFO KREIN.



1936. — Comprando CARAS Y CARETAS.
RAFAEL EZPELETA.



1937. — Llegando con CARAS Y CARETAS.
YOLANDA E. BELTRAMO.



1938. — Un partido de «foot-ball».
CARLOS MASTRANGELO.

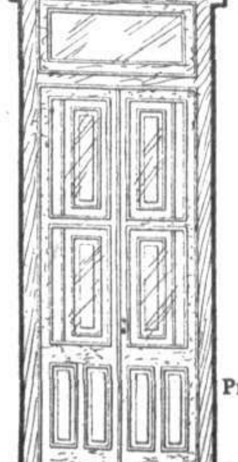


1939. — El regalo de tía Coca.
MARCELA DUPRAT.

En toda la República

hállanse diseminadas nuestras sólidas **PUERTAS** y **VENTANAS** fabricadas con maderas escogidas y el mayor esmero, así como también los galpones, casillas, tinglados y garages que ofrecemos.

Puerta para patio N.º 1



Puerta para patio N.º 1

	DE CEDRO	DE PINO
De 3.00 × 1.10 c/u. .... $	88.—	61.—
2.80 × 1.10 ,, ... ,,	86.—	60.—
2.60 × 1.00 ,, ... ,,	83.—	59.—

Acordamos 5 % de descuento

Estos precios comprenden las aberturas con marcos y herrajes colocados.

CASILLA N.º 502

de 1 pieza de metros 4 × 4 × 4 la parte más alta, con galería de metros 1.50 y elevada a 1 metro del suelo.

Con piso.............. $ 830.—
,, cielorraso......... ,, 70.— más
,, forro interior..... ,, 170.— ,,

Precio neto, completo, $ 1.070

Este precio comprende la casilla colocada en su destino, a no más de 20 kilómetros de la Capital.

Solicite catálogo de puertas y ventanas, casillas, galpones y tinglados.

TORTOSA Hnos

Casa central: Charcas 2941. Buenos Aires.
Anexo: Chiclana 3341 — Buenos Aires.

L'HOMME CHIC

ne porte que les

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.

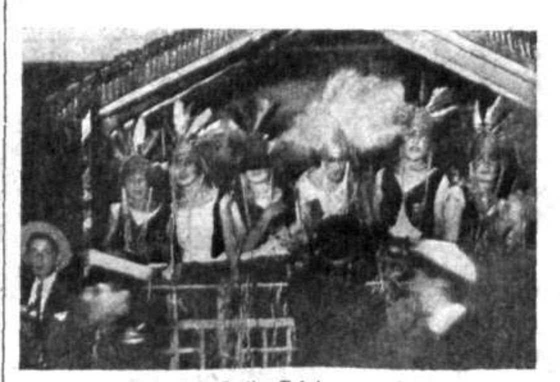
De Villa Urquiza



CARNAVAL. — Palco ocupado por las señoritas de Durante, Lamas y Docieri.



Señoritas de Montana Bozzone, Rizzo y Fernández.



Señoritas de Izetta Belnizona y Dolazo.



Señoritas de Dorato y Soler.

OPTIMISMO

Cuando somos propensos a ver y juzgar las cosas bajo el aspecto más favorable, se dice que estamos llenos de optimismo.

¡Ver las cosas color de rosa! ¡Estar siempre alegre, de buen humor! Todo el mundo ofrece su amistad a las personas de buen carácter. Son queridos por sus semejantes, y este apoyo moral que alcanzan, les estimula, les ayudan a conseguir el éxito en los negocios y la felicidad en la vida.

¡Cuán raro es que las personas optimistas se enfermen con frecuencia! ¿A qué se debe atribuir tanta plétora de salud, esa euforia? Es que su modo de mirar las cosas, les hace ser previsoras, y como el enfermarse no es nada agradable, tienen buen cuidado en asegurarse el buen funcionamiento de su organismo. Nunca se les oirá decir que sufren, y no es que sean de distinta masa que el común de la humanidad; pero ellas saben que si son estreñidos, las

PILDORITAS REUTER



no fallan en sus efectos laxativos; y que por ser antibiliosas les hacen expulsar los malos humores, origen de ese carácter hipocondríaco que muchos padecen.

La alegría de vivir está en la salud y ésta depende del perfecto funcionamiento de todo el organismo, lo que solamente puede conseguirse con el uso metódico de las Pildoritas Reuter.

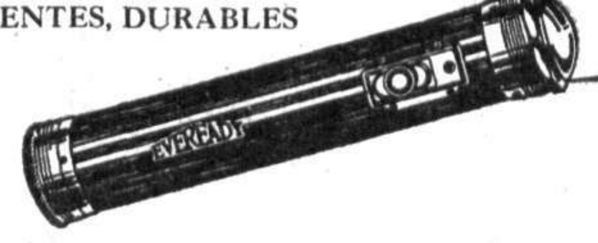
UNICOS IMPORTADORES:

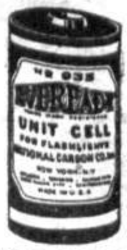
Calle MAIPU, 73 - ILLA & Cía. - BUENOS AIRES

Ampárese durante la noche con una lámpara de bolsillo

Lámparas de bolsillo EVEREADY

SEGURAS, EFICIENTES, DURABLES





Toda clase de lámpara de bolsillo mejora si se usan en ella las baterías Eveready

LA luz de las lámparas de bolsillo Eveready previene contra los peligros que acechan en la oscuridad. Producen luz en el instante preciso que se necesita.

VILA MARZONI & Cía.

Rivadavia 1447. — Buenos Aires.



EN LA HORA DEL DOLOR

POR

LUZ Y SOMBRA

Tapado de luto

Vestido para reuniones íntimas.

Tener que vestirse, elegir figurines y géneros, discutir con las modistas, ir a las pruebas cuando el alma está agobiada por la desaparición de una persona querida, es el mayor de los sacrificios. Pensar en la vida cuando en el alma y en la casa está la Muerte.

Sin embargo, un luto inelegante es un ultraje a la persona que hemos perdido; vestirnos por ella es llorarla, es conservar en nuestra tristeza esa distinción que nos ha acompañado en los días felices.

El luto debe de ser, sobre todo, discreto. Hay lutos excesivos, hay lutos llamativos; ambos son deplorables.

Es sabido que los géneros de luto deben de ser opacos. El «velour» de lana, la «duvetina», el «kasha» Los velos opacos, los «crêpes Georgette» y los «crepella» sirven para los accesorios, eso es, adornos, blusas, etc. En otros tiempos el «todo negro» era de rigor en un luto. Hoy la costumbre ha cambiado un poco, puesto que, en muchos países, el luto más riguroso tiene que comprender algo de blanco, poquísimo sí, pero indispensable.

El tapado de piel debe ser, naturalmente, negro. Por más que pueda ser lógico que quien posee un tapado marrón no puede renunciar a él por el duelo que, al fin y al cabo, dura menos que un tapado, sin embargo, faltaría a la estética más elemental un velo de luto sobre un abrigo de «rat musqué». Se preferirá, entonces, el «caracul», el «breitschwarz», el «kid», y el «astrakán» negro, que sobre todos armoniza con el atavío de luto. Para un tapado de género, es conveniente el «gamuza» negro. He visto un modelo, para luto elegante, en una casa de modas de primer orden. Era un «tailleur» de «kasha» negro, con pequeñas tiras de armiño. También había un tapado de estilo Directorio, en «drap» negro, opaco, todo adornado de «bourrelets» de crespón.

Un sencillo tapado de «kashaduvetina» o «zibiikasha» con tiras de crespón en las solapas, en los bolsillos y en los puños, y cuello de «astrakán», es sin duda una prenda al alcance de todos los bolsillos, y, sin embargo, de alta distinción.

También la piel de «loutre» está de moda para luto, a pesar de sus reflejos dorados. El «loutre» es muy sentador, y acompaña el «cotelé» opaco.

Pasando a los vestidos, vemos también en los lutos los bonitos modelos que la moda ha lanzado este invierno para todas las reuniones distinguidas. Por otra parte, la mujer que está de luto, aun quedando reservada, no está ya constreñida por las conveniencias sociales a una vida de prisionera, y es justo que tenga también su moderada coquetería.

Muy elegante es el «reps» negro o el «kasha» en un vestido perfectamente derecho, abotonado de costado, y terminando por dos volados de crespón sobrepuestos y ribeteados de «reps».

Para medio luto, hay el «kashaclan» negro y blanco a cuadros, bordado de «loutre», y más tarde la «robe-manteau» de «kasha» negro, con bordados de trencillita blanca, y sobrepollera de «kasha» blanco, «plissé», bordada de zorro blanco.

Las medias han sido, y son, objeto de discusiones.

Hay quien admite sólo la media de seda opaca, negra, sin transparencia, o la media de hilo, mientras que otros aconsejan la media de seda gruesa, en un tono platino o plateado. Aunque el zapato liso es preferible, puede admitirse la hebilla de acero bruñido.

Por la ropa interior, el blanco es de rigor. Añadir ribetes negros es superfluo y poco aconsejable.

Mejor el ribete lila pálido o, si gusta este color tan delicado, todo el juego en lila.

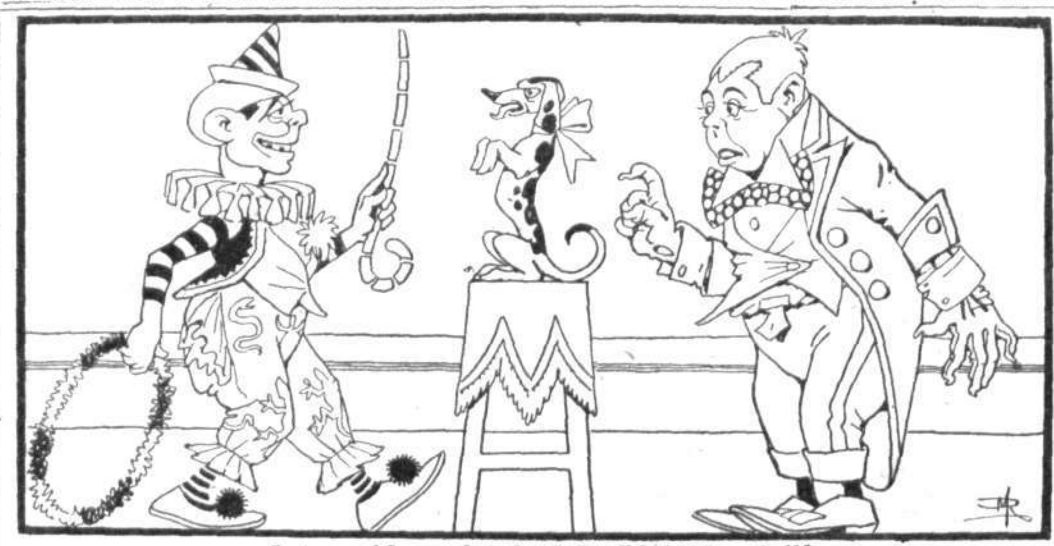
El pañuelo no precisa ya tener ese chocante borde negro. Un ribete finísimo, o un monograma son suficientes.

El sombrero es, naturalmente, pequeño, de «crêpe» o de crespón.

El velo es reglamentario, a pesar de que nuevas tentativas se hacen con el fin de independizar a la mujer de esa imposición que, en muchos casos, constituye un gasto y una molestia, sobre todo, para las que por las exigencias de la vida, están obligadas a salir con frecuencia por sus ocupaciones.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 116.

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

De San Fernando



CARNAVAL. — Palco ocupado por las señoritas de Otarola, Marquesi, Catáneo, Mariani, Oneto y Francini.



Distinguidas señoritas que llamaron la atención por su gracia y elegancia de sus disfraces.

De Pueyrredón



CARNAVAL. — Grupo de pequeñas mascaritas que tomaron parte en el concurso infantil.



Miembros de la comisión organizadora y jurado que tuvo a su cargo la repartición de premios.

De Morón



CARNAVAL. — Señoritas de Basterrich, Aguerrebeu, Edita Lara y Trinchero.



Concurrentes al baile de disfraz y fantasía realizado en los salones del Club del Progreso.



Señoritas de Ricaldi, Monsón y Campos.


FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD



EL DECIMOOCTAVO SECRETO DE POLA NEGRI

Desde hace tiempo, Pola Negri está publicando lo que ella llama sus "secretos de belleza". He aquí una mujer bella que sabe porqué es bella y que sabe cómo hacerse más bella. Al mismo tiempo sabe explicar a las mujeres cómo perfeccionar su belleza.

El décimooctavo secreto de Pola tiene que ver con las piernas de las mujeres. Una palabra algo delicada. En inglés mucha gente la considera chocante. Usan de preferencia la palabra "miembro". Sin embargo, Pola usa la palabra pierna, y no parece sentir rubor alguno.

La famosa artista da consejos para que la mujer llegue a tener las más bellas piernas. Dice Pola: "La curva de la mujer, desde la cadera hasta la rodilla, es la línea más bella de lo más bello que hay en nuestro mundo lleno de belleza." Convenido. Este pensamiento lo pide prestado la conocida artista a un escritor del siglo XVI, lo que prueba que la veneración por esta curva viene de antiguo.

Para obtener la perfección de esta curva, Pola Negri recomienda una serie de ejercicios. Trascribimos la receta, que es uno de sus secretos.

Ejercicio 1.° — Pie derecho hacia adelante, todo el peso del cuerpo sobre el pie izquierdo, brazos extendidos. Júntense los dedos del pie derecho, hágase que apenas toquen el suelo, rodilla en tensión y dóblese la pierna cuanto se pueda hacia afuera sin mover los dedos. Tráigase el pie derecho hacia atrás e inviértase el ejercicio.

Ejercicio 2.° — Llévese el pie derecho hacia atrás, tocando el suelo. Pierna en tensión, flexión de la rodilla hacia afuera, cuanto sea posible. *Inviértase el ejercicio y hágase con el otro pie.*



Ejercicio 3.° — Firme, con los pies unidos; dóblense las rodillas hacia afuera cuanto sea posible y sin perder el equilibrio, sepárense las rodillas.

Ejercicio 4.° — En pie. Manos a la cintura, pies separados. Flexión de las rodillas y el cuerpo sin doblar el tronco. Levántese poco a poco. *Hágase* como si se ejerciera presión hacia afuera con las rodillas y los muslos.

Ejercicio 5.° — Pie izquierdo adelantado y un poco hacia un lado. Flexión de la rodilla izquierda, pierna derecha en tensión. Al bajar el cuerpo manténgase derecho. Levántese el cuerpo lentamente y tráigase el pie izquierdo a su lugar. Inviértase el ejercicio.

Ejercicio 6.° — Pie derecho adelante, dedos hacia el suelo. Músculos en tensión. Descríbase un semicírculo sin que los dedos dejen de tocar el suelo.

Ese es todo el secreto para perfeccionar la curva más bella del mundo.

MODELOS PARA EL INVIERNO

Podemos anticipar a nuestras lectoras que los modelos de vestidos de invierno lanzados por los modistos parisienses traerán como nota distintiva la moda masculina y femenina del estilo Directorio, modificando así la línea del talle, que ha subido a la altura del busto; para habituarnos a ella poco a poco, sólo va indicada por pespuntes, adornos o pecheras.



Esta nueva línea está en perfecto acuerdo con los vestidos carentes de talle y de corte recto; los modelos inspiradores son las levitas a grandes solapas y chalecos de los Incroyables y los vestidos de las Maravillosas.

Otra base que ha servido de inspiración son los vestidos típicos de países exóticos como el Japón, China e Indo-China y Rusia, que proporcionan adornos inesperados de coloridos ricos y variados, los cuales contrastan con una línea neta. Así, pues, vemos blusas rectas de "mujiks", largas túnicas chinas y japonesas abiertas de lado, boleros cortos, etc. Como color preferido, el negro continúa en boga, en combinación con el azul vivo; muchos adornos dorados, aun para los vestidos de calle, botones, galones y pasamanerías.

Aquí reproducimos los modelos tipos inspirados en las dos grandes escuelas: uniformes militares del Renacimiento y vestidos de lejanos países.



COSTURERO PLEGADIZO



He aquí un costurero de atractivo imaginado para poder plegarse a la mitad de su anchura. Dentro de la bolsa que sirve como cesta para guardar la costura, hay numerosos compartimentos con los útiles para coser.

PARA EVITAR LA OBESIDAD

La obesidad es uno de los mayores peligros que amenazan a la belleza, y que nos sorprende cuando nos entregamos a la molicie y a la pereza.

Para no engruesar es inevitable el ejercicio. Así lo han entendido damas de encumbrada posición. Se cita, entre otras, a la infortunada emperatriz Isabel de Austria. Notó ésta que su mentón de estatua y que su talle se hacía más amplio. Dió un grito de espanto. Engruesar era perder su perfil de diosa; entonces, ella, la primera *ecuyére* del mundo, renunció a la equitación para dar largos paseos.

La reina madre Margarita de Saboya, amenazada de obesidad, se dedicó a los penosos ejercicios de alpinismo, con tal de continuar siendo la más bella soberana de su tiempo.

La célebre Diana de Poitiers daba largos paseos todos los días para conservar su belleza. Ninón de Lenclos no pasaba ningún día sin pasear.

Debe establecerse un plán curativo para llegar a perder las grasas sin debilitarse.

Primero se recurre a la higiene.

Ejercicio un poco exagerado para que aumente la transpiración y se quemen los excesivos hidrocarburos, féculas, azúcar, antes de que se opere su transformación en grasa. Es preciso acostarse tarde, levantarse temprano, imponerse un trabajo intelectual muy sostenido y recurrir al masaje y a la gimnasia.

Para que estos ejercicios sean eficaces, se hace necesario acompañarlos de una extrema sobriedad y de un régimen diatético riguroso. Así se prohiben todos los alimentos que ejercen influencia en la producción de grasa, las materias ricas en fécula, como el trigo, arroz, patatas, tapioca, etc. Es preciso tomar carnes blancas asadas, legumbres verdes, huevos y leche, frutas ácidas y compotas cocidas.

ELEGANCIA

La moda no es llevar todas el mismo vestido. Para que una mujer vaya vestida con toda elegancia, tiene que elegir, sin engañarse, el traje que mejor siente a su rostro y a su estatura.

Una mujer debe ser su propio crítico. Conviene, por lo tanto, juzgarse tan severamente como se juzgaría a una extraña.

La mujer que sabe juzgarse tiene una especial habilidad para elegir el traje que realza su belleza y sus encantos.

Ya se ha dicho muchas veces y con todo acierto que, no porque una cosa esté de moda, debe ser usada por todas las mujeres.

Una cosa es conocer la moda y otra el complicado arte de vestir *con elegancia refinada.*

Por eso yo le recomiendo a mis lectoras que no olviden que el principio que gobierna las modas es la selección del estilo que mejor se adapte a la persona que lo usa.



Otra cosa muy importante para vestir con elegancia es la elección de colores. El campo, la playa y la montaña son tan amplios, que este problema femenino es relativamente difícil.

El secreto para armonizar la novedad y la elegancia satisfactoriamente, estriba en el color que se elija para los vestidos.

Las mujeres temen a los colores. Por eso se sienten perplejas cuando se trata de elegirlos. Tememos destacarnos demasiado con los colores.

Las combinaciones de colores no tienen límites. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado al hacerlas, para que el buen gusto no sufra con ellas.

NOVEDAD



Guantes de piel blanca con puños negros adornados con aplicaciones de piel igualmente blanca.

NUESTRAS PEQUEÑAS ENFERMEDADES

Indigestiones. — Cuando el estómago ya no puede digerir los alimentos de que está lleno, precisa tomar te o manzanilla, para cortar el vómito. Empero si estos cuidados no pueden activar la digestión, se tomarán unas gotas de eter en agua azucarada. Casi siempre después de esta absorción, la digestión se realiza por completo sin más esfuerzos.

Luego, el descanso, la dieta y el te, vuelven el estómago a su normalidad.

Insomnios. — Para esto son provechosas las infusiones de tilo y hojas de naranjo.

El insomnio muchas veces es causado por la mala digestión. Es necesario, en este caso, abstenerse de comer demasiado, componiendo la cena de substancias blandas y suprimir el te, el café y todo cuanto pueda sobreexcitar el sistema nervioso.

I V O N N E

De Ituzaingó



Público que asistió a la fiesta inaugural del teatro-cine "Ituzaingó" realizada a beneficio de la Copa de Leche de la Escuela N.° 6.



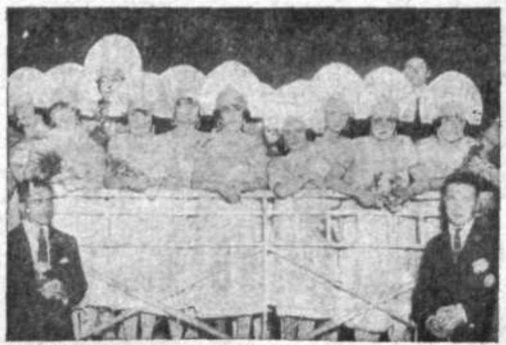
Teatro-Cine "Ituzaingó". Vista del frente.

DE JOSE INGENIEROS

Sin firmeza de conducta no hay moral; no puede haberla. Las buenas intenciones que no podemos cumplir son la caricatura de la virtud. Los hombres sin voluntad se proponen volar y acaban arrastrándose, persiguen la excelencia y se enlodazan de vicio, conciben poemas y ejecutan gacetillas, sueñan vivir intensamente y se esfuman en perpetua agonía. Nunca dicen "yo hago", que es la fórmula del hombre sano; prefieren decir "yo haré", que es el lema de la voluntad enferma.

La más frecuente infelicidad arraiga en nuestra propia pereza. El barco no avanza si el marinero dormido no abre sus velas en la hora propicia; se desvía de su derrotero si el piloto no da a tiempo el buen golpe de timón. Por eso la voluntad debe estar siempre lista para ejercitarse; un solo minuto de cobardía puede perdernos, si en ese minuto llega a coincidir la oportunidad.

De Lomas de Zamora



CARNAVAL. — Palco ocupado por las señoritas Cignoni, Vivero, Oyhesqui, Balni, Abdaba, Rodríguez y Millán.



Señoritas de Echepare, Tagliani, Arredondo, Badie y Rodríguez.



Concurrentes al baile de disfraz realizado en el Teatro Español, a beneficio del hospital Luisa C. de Gandulfo.



EL AUTOMÓVIL-DE-TURISMO DODGE BROTHERS

Es una satisfacción muy agradable el saber que se tiene un coche completamente equipado con fuerza amplia para cualquier emergencia y con capacidad para cuatro personas además de sí mismo.

Queda justificado el deseo de alabar un poco las buenas cualidades del Automóvil de Turismo DODGE BROTHERS, con su poderoso motor y su sistema de arranque tan eficiente.

Y es muy satisfactorio saber que por detrás de su coche, está uno de los primeros fabricantes del mundo, cuya reputación le da la seguridad del mayor servicio al menor costo.

PRECIO DEL DOBLE FAETON
equipado con su quinta goma $ **4.400.-**
(puesto sobre vagón Buenos Aires.)

JULIO FEVRE Y CIA.
AV. LEANDRO N. ALEM 1620 - 1640 - Bs As
SUCURSAL, ROSARIO ENTRE RIOS 579

Sarrasqueta
QUIERE CASARSE

TEXTO Y DIBUJOS DE REDONDO



Sarrasqueta, que vive muy aburrido, por encontrarse solo, solo con su gato, desea casarse lo más pronto posible, por lo que trabaja buscando su media naranja.



De carácter tímido, se ruboriza ante las señoritas, las que se ríen de él, al ver a un mozo tan corto y le ayudan para que rompa y las declare su amor.



Para evitarse las dificultades del "flirt", ha decidido insertar un aviso en los diarios, abriendo un concurso, ofreciendo su blanca mano, sobre las bases siguientes:



"Caballero honorable y serio, del país, joven, oscilando entre los veinte y los cincuenta años, bien parecido, simpático, elegante, y muy relacionado y apreciado por la gente bien.



Habla varios idiomas, entre ellos el esperanto y el coqueluche, y ocupa una alta y sólida posición en un banco municipal, y con un brillante porvenir a la vista.



Desea contraer enlace, con señorita joven, sin tacha, tan agraciada por lo menos como él, de familia bien, bien de plata, ya sea nacional, extranjera o del extrarradio.



Las señoritas aspirantes o interesadas por la mano de Sarrasqueta, que deseen tomar parte en este concurso matrimonial, deben llenar si saben escribir, el cupón adjunto a este aviso.



Acompañado de cinco pesos para gastos de correo, y de una fotografía de la interesada, sin toques ni retoques, al bromuro-sódico-bicarbonatado o al platino sobredorado.



A la calle Pichincha 100.000, donde se verificará la elección y proclamación de la elegida. Sarrasqueta se reserva el derecho de declarar desierto el concurso, si no hay ninguna de su agrado.

STUDEBAKER

POR CUARTA VEZ

CAMPEON

del Gran Premio del Automóvil Club Argentino

1.° Angel Marelli
2.° Paris Gianini

los dos con **STUDEBAKER**

Una vez más ha triunfado el Studebaker. Con este es el cuarto año que se adjudica el honroso título, pues en 1922, 1923 y 1924 se clasificó también en el primer puesto.

El Sr. Marelli, ganador de la carrera, llegó 1 hora y 25 minutos antes que sus competidores.

El Sr. Gianini, conductor del Studebaker que llegó 2.º y ganador de la primera, tercera y cuarta etapas, superó en 25 minutos el record automovilístico entre Buenos Aires y Rosario. Con el tiempo empleado, 4 horas y 5 minutos, batió en 40 minutos al rápido Buenos Aires - Rosario, el tren que más corre en la Argentina.

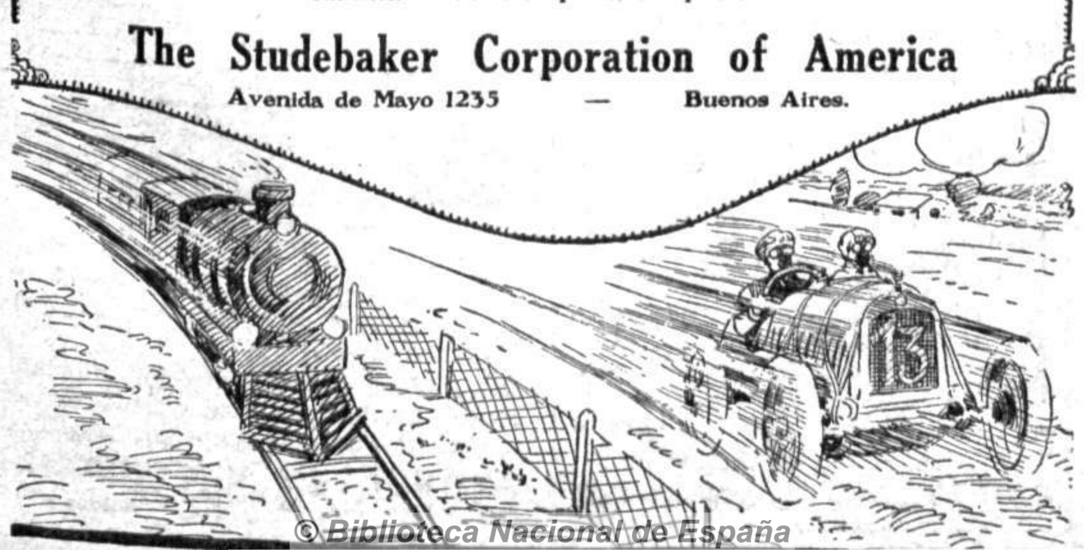
Este nuevo éxito de Studebaker, viene a confirmar las cualidades superiores de este magnífico coche, evidenciadas en los 4 años consecutivos que se adjudica dicho trofeo, batiendo a casi todas las principales marcas, tanto americanas como europeas.

Cada año con coche diferente y distinto volante. Quiere decir que todos los Studebaker se construyen con la misma perfección mecánica y que todos responden con admirable regularidad, cuando sus conductores les exigen el esfuerzo que los ha de llevar a la victoria.

Donde corra un Studebaker, siempre se clasificará en los primeros puestos.

The Studebaker Corporation of America

Avenida de Mayo 1235 — Buenos Aires.



De Quilmes

CORSO DE CARNAVAL





Núcleo de distinguidas familias que dió realce y animación al corso realizado en esta localidad.








CONCERTOLA
Nuestra Asombrosa Oferta
Con motivo de las fiestas de
SAN JOSE
Casi REGALADAS entregamos estas Regias Máquinas Parlantes.
N.º 40. — HERMOSO GRAFOFONO, caja en madera fina. Mide 32×32×15. Con 200 púas y embalaje gratis, a........ $ 26.-
N.º 404. — REGIO GRAFOFONO, caja en roble midiendo 38×38×19. Con 200 púas y embalaje gratis, a........ $ 40.50
N.º 465. — BONITO GRAFOFONO tipo «CONCERTOLA», caja en maderas finas midiendo 39×39×18. Con 200 púas y embalaje gratis, a........ $ 36.-
N.º 456. — ESPLENDIDO GRAFOFONO tipo «CONCERTOLA», rico mueble en roble. Mide 44×44×30 ctms. Con 200 púas y embalaje gratis... $ 43.50
N.º 4. — "CONCERTOLA AMERICA", hermoso mueble midiendo 55×45×36 ctms. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a........ $ 115.-
N.º 7. — GRAN "CONCERTOLA AMERICA" con armario guarda discos. Mide 49×40×102 centímetros. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 175.-
CATALOGOS DE CONCERTOLAS, GRAFOFONOS Y DISCOS REMITIMOS GRATIS
$ 175
$ 43.50
$ 36
$ 40.50
$ 26
$ 115
CASA AMERICA
SOCIEDAD ANONIMA Lda
Avenida de Mayo, 979
BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

La GATA PENSADORA



El doctor Alberto Rego no había sido siempre doctor, pero se había propuesto serlo desde que a los cinco años no cumplidos — «¡qué portento de muchacho!» — había comenzado con gravedad y constancia la primaria elemental. La predestinación al doctorado había circundado de luz severa a aquel infante blanco y despierto desde su más tierna niñez. Una fotografía en tamaño corriente que representa al ilustre hombre a los nueve años, con una mano distraídamente apoyada en una baranda de madera y el rostro pensativo de un primero de la clase, nos anuncia claramente que aquel niño espera únicamente un poco de barba y una cátedra.

Las biografías futuras de Alberto Rego desmentirán la leyenda de que los grandes hombres no fueron casi nunca excelentes estudiantes. Nuestro doctor siguió uno tras otro todos los cursos que un gobierno bien intencionado impone a los jóvenes que quieren consagrarse, mediante adecuado precio, al servicio de la sociedad, y no se echó atrás un paso ni desperdició un segundo. Salió bien de todos los exámenes, se embebió de todas las ciencias, padeció toda clase de maestros. A medida que su cabecita crecía, íbala llenando a horas y con dosis fijas, de nuevo saber. No se detuvo ante ningún obstáculo, pero desdeñó los caprichosos saltos de las almas inmoderadas.

Ajeno por naturaleza a toda forma de originalidad personal, supo contenerse austeramente en los límites señalados por los programas vigentes y tuvo la alegría, no amargada por la envidia, de ser siempre el primero de su clase. Así, al cabo de veinte años de rigurosa disciplina y molestos trabajos, llegó con precisión de calendario a la primera etapa de sus ambiciones y fué ante la ley y ante los hombres lo que siempre había sido en su pensamiento y en su más íntimo ser: doctor.

Pero esta primera e insigne victoria no le embriagó, y sólo se vió una señal exterior del cambio profundo que se había operado en su vida: se dejó crecer la barba. La dignidad de su nuevo título se le imponía; ¿quién se atrevería a censurarle por aquella pequeña exhibición de su naciente importancia? Un jovencillo de veintiséis años, rasurado, no se impone, no infunde respeto: parece todavía un estudiante. La barba es el símbolo de la fuerza, de la sabiduría, de la virilidad conquistada. Aquellos mechones de pelos rizados que caracolearon en la barbilla del doctor Rego fueron el sello definitivo y exotérico de su doctorado, el principio de su autoridad y su fama.

Pero un doctor con barba no puede estarse sin hacer nada: los enfermos le invocan, los ignorantes lo esperan, el mundo entero está pendiente de sus labios legalmente doctorizantes. El doctor Alberto Rego estaba dispuestísimo a corresponder a tal expectativa, tanto más cuanto que aun le quedaban varios fines que alcanzar. Ya no le bastaba con ser doctor: quería llegar a profesor, a hombre de ciencia célebre, a jefe de escuela. Quería, en suma, ser un hombre de importancia reconocida, un maestro de los que no saben, un guía de conciencias, director y dueño de algo. Y aquí surgió en todo su esplendor la desmesurada grandeza de su ingenio.

Los hombres geniales se dividen, para quien no lo sepa, en tres categorías. Los hay que teniendo talento y genio acaso no consiguen hacerse valer y conocer por sus contemporáneos y mueren, por eso, pobres y casi ignorados. Hay otros que consiguen que fructifique el genio que realmente poseen y reciben el justo premio de su trabajo. Otros hay, en fin, que sin tener ninguna originalidad ni genialidad logran, con todo, hacerse considerar y pagar como originales y geniales. Todo su talento consiste en hacer creer a los demás que en efecto lo tienen.

A esta última especie pertenecía el doctor Alberto Rego. No tenía ideas, pero sobresalía en el arte de apropiarse de las de los demás; no sabía hablar, pero sí repetir lo que había escuchado; no era capaz de inventar nada nuevo, pero estaba al tanto de toda novedad extranjera, para hacerse al punto su propagandista primero. No seguía la estúpida política de los imbéciles que consiste en odiar a los grandes hombres y huír de ellos. También él los odiaba, pero a escondidas; antes bien, buscaba su compañía para obtener de ellos, astutamente, lo que pensaban y decían, y poder así recitar mejor ante los demás su papel de pequeño grande hombre.

Había descubierto de tiempo atrás, con aquella su profunda penetración, que con dinero y amigos se puede llegar a donde se quiera. Cuartos tenía por su casa — hijo y sobrino único de parientes ricos — y con los cuartos y sus virtudes los amigos acudían por batallones. Los cuartos le permitían comprar muchos libros, subscribirse a muchas revistas, tener en su casa muchos maestros, y viajar cómodamente por toda Europa. Viajando veía otras novedades y obtenía nuevas amistades. Hablaba poco y mal, pero en cuatro o cinco lenguas, y los extranjeros en Italia y los italianos en el extranjero estaban sinceramente admirados de la extensión de sus conocimientos y de la diversidad de su ingenio. Su silencio le hacía venerable a los ojos de los idiotas; su charla políglota le introducía en la buena compañía de las celebridades exóticas, su disimulo hacíale grato a las gentes superficiales, y su cobardía le evitaba los puntapiés de los inteligentes y de los fuertes. Tres o cuatro años tardó en tan fatigosa conquista de «parecer algo». Uno tras otro, su vaciedad íbase poblando de nombres, de teorías, de títulos y de cargos. A fuerza de pescar un poco de budhismo en América, un poco de teosofía en Inglaterra, un poco de psicología en Alemania, un poco de gracia en Francia, tal cual teoría en Viena y algunos métodos en Berna, había llegado a obtener una cierta estimación en Italia. Ahora ya el aguilucho podía salir del nido y probar sus alas de papel con tanto esfuerzo fabricadas y pegadas. Más grande que César, llegó, no vió, y, con todo, venció. Re-

unió unos cuantos discípulos, fundó una revista, dirigió una colección, fué presidente de una sociedad, no tuvo ni siquiera un amigo, pero contó con millares de conocidos. Su libro de señas llegó a convertirse en un grueso catálogo dividido por naciones. Todos los congresos oyeron su palabra, toda revista insertó su prosa, toda sociedad escuchó sus comunicaciones, todos los cafés tuvieron el honor de que fuera su cliente — ¡ay! — por una temporada. Como Fausto, quiso probar todos los conocimientos, se hizo místico, frecuentó a los magos, curó a los locos, indagó los misterios del alma, se arriesgó a la literatura y se las dió de entendido en música. Pero no bastaba. Era menester algo que lo distinguiese de todos los doctores que tienen barba y que hablan de todo.

Entonces introdujo por primera vez en nuestro país un procedimiento húngaro para curar las enfermedades sin medicinas. Este método consistía en hacer el análisis gramatical de las conversaciones de los enfermos y servirse de las palabras así obtenidas para provocar sueños terapéuticos. Sobre su puerta un gran letrero en mármol blanco con letras rojas anunció que estaba dispuesto a curar a todo el mundo por aquel su método ajeno. Pero no tuvo fortuna. Acudieron únicamente tres o cuatro señoras o señoritas histéricas, las cuales, como después se vió, buscaban en el médico al hombre, sobre todo. Pero el doctor Alberto Rego no quiso contaminar con fáciles conquistas el santuario de la ciencia y la pureza de su laboratorio. ¿O es que tal vez, como dijeron algunos maliciosos murmuradores, nuestro hombre había perdido en las largas vigilias de sus estudios, todo rastro de masculina bestialidad? No está probado el hecho y nosotros preferimos atribuír al misticismo aquellas victorias sobre los sentidos.

Pero después de algún tiempo nuestro doctor perdió toda pasión por el nuevo método. Otros doctores, celosos de su gloria, habían estudiado el húngaro sin más objeto que robarle su secreto, y le hacían una descarada competencia. Su especialidad ya no era únicamente suya. Era menester encontrar otra.

La rebusca no fué difícil. En aquel tiempo un matemático finlandés había empezado a estudiar la inteligencia del reno y conseguido ya resultados maravillosos. Los renos leían, hablaban con signos convencionales, habían aprendido las cuatro reglas y hacían esperar que comprenderían al cabo la regla de tres. Estas victorias de la inteligencia humana y animal eran absolutamente desconocidas en Italia, pero empezaban ya a ser discutidas en Holanda y en Polonia. El doctor Rego no dudó un momento. Hizo la maleta, se echó mil liras al bolsillo, y cargado de cuadernos partió para Finlandia. Los milagros de los renos eran auténticos. Nuestro hombre de ciencia pudo asistir a todos los experimentos y se convenció con facilidad de que también los animales saben pensar. Basta con educarlos y mandarlos al colegio para que igualen a nuestros más aplaudidos estudiantes. ¿No vió con sus propios ojos a un oso negro que, a fuerza de zarpazos, leía sin equivocarse una fábula de Krilot? Poseído de tan estupefaciente novedad, el doctor Rego volvió a su casa decidido a iniciar por su cuenta la experiencia y a hacerse el jefe indiscutible de una gran escuela de psicología animal. Era difícil, sin embargo, escoger los animales destinados a gozar los frutos de la nueva enseñanza. Los caballos y los burros eran demasiado llamativos y molestos, y, sobre todo, comían exageradamente en estos tiempos de forrajes caros. Excluyó a los perros porque le recordaban un mal paso suyo. Pero una noche, ya tarde, cuando regresaba a su casa meditabundo, pensando en la elección, se encontró casualmente con un pobre gato perdido, que se lamentaba junto a la trampa de una bodega.

Un relámpago cruzó la mente aguda del doctor. ¡He aquí el animal designado y predestinado! Aquel misterioso felino oriental, caro a los poetas y a los filósofos, compañero de sus aplicadas vigilias, amigo de la noche y de la meditación, indolente, era lo que precisamente le convenía. Se acercó al triste gato, lo acarició, hízose su amigo rascándole la cabeza y se lo llevó a su casa. Una vez en ella, una comida abundante y extraordinaria de carne asada y mortadela, le conquistó para siempre su devoción. Desde el día siguiente, el gato fué instalado en un cuartito del que sólo el doctor tenía la llave, y la instrucción comenzó. El gato, según pudo ver el doctor, luego de depurado examen, era gata, pero el sexo para nada había de influír en el experimento. Se trataba de todas maneras de una gata dotada de una inteligencia nada común. El cuartito se llenó de dibujos, de cuadros, de láminas, de bolitas, de dados, de libros para niños.

Todos los días el doctor se encerraba allí durante varias horas y se oía su voz de falsete dominando imperiosa los tímidos maullidos de la gata. A fuerza de paciencia, de repeticiones, de cordilla, de golpes y de caricias, la educación del pobre animal avanzaba a grandes pasos de mes en mes. Al año y medio, leía — sirviéndose de un alfabeto convencional a golpes de pata — muchísimas palabras, demostraba entender su sentido; respondía a tono a las preguntas del maestro y había llegado incluso a calcular el interés simple y compuesto de cualquier capital. Pero estos resultados no le bastaban al doctor Rego. A aquellas mismas cosas habían llegado también los renos finlandeses y él quería que la gata italiana maravillase con más complicadas gestas a todo el universo científico. Otro curso fué menester para que la desgraciada estudiante fuese capaz de llegar al álgebra y de hacer uso de palabras abstractas. «Esta — decía para sí el doctor Rego — es la verdadera y decisiva conquista. Mientras se trata de que los animales reconozan las cosas tangibles y visibles, la dificultad no es muy grande, pero cuando se consigue hacerles comprender las invisibles y teóricas, entonces la victoria es completa y probado terminantemente que la inteligencia de los animales puede igualar a la de los hombres».

Entre tanto, algo de la estupenda obra del doctor había trascendido al exterior, y muchos curiosos y algunos hombres de ciencia insistían para ver y conocer a la gata sabia. El doctor Rego, casi terminada ya su enseñanza, y temeroso de que alguien se apropiase la primacía de aquella gloria, consintió de grado en ello e invitó a su casa a una sociedad escogida, compuesta sobre todo de médicos, oculistas y señoras. Aquella famosa noche, la casa del sabio italiano se vió llena de gente anhelante y charlatana. Al fondo de una sala de gusto horrendo, pero bastante grande, una mesita cubierta de un tapete rojo esperaba a la gata prodigio. Cuando apareció al cabo, acom-

pañada de su preceptor en traje de sociedad, todo el mundo sintió una gran desilusión. Era una vulgarísima gata negra, de ojos amarillos y fijos y unas orejas largas y enhiestas. El doctor no quiso tomar la dirección de las pruebas para que no se creyese en una simple transmisión del pensamiento o en un vulgarísimo truco, y, dando con voz temblorosa algunas explicaciones e instrucciones, se alejó de la sala.

Un viejo profesor, elegido por los allí presentes, se acercó al animal y los experimentos empezaron. La pobre gata examinó un terceto del Dante, hizo tres multiplicaciones, respondió a muchas preguntas de física y de zoología y dijo de memoria — batiendo siempre con su pata derecha de la manera convenida — una poesía de Stecchetti.

Una señora, que había llevado a propósito un libro ilustrado, quiso ver si el animal pensador sabía reconocer los objetos. Entonces asistieron al colmo de las maravillas. La gata no sólo decía el nombre de la cosa representada en la figura, sino que añadía por cuenta suya algún que otro juicio. Por ejemplo, al ver a una vieja añadió: «Fea». Ante una gallina, luego de decir su nombre, continuó: «Buena». El gran descubrimiento del doctor Rego se confirmaba, pues, así, sin duda alguna: ¡los animales podían llegar incluso a emitir juicios!

Los profesores, los budhistas y las señoritas estaban en sus glorias, y ya se disponían a dar por terminada la sesión y a aclamar al prodigioso maestro, cuando un matemático presente tuvo la idea de presentar a la gata el último retrato del célebre doctor. El animal lo miró fijamente, con sus ojos amarillos, surcados por el corte negro de la pupila, y luego comenzó lentamente a dar con la pata sobre el tapete rojo. Empezó por una *i*, luego vino la *m*, después la *b*, seguida de la *e*, y así una tras otra, una *c*, una *i*, y, por último, una *l*: *¡Imbécil!* Un momento de silencio, luego unas risillas, alguna cara colorada, un levantarse y murmurar, un rumor de toses voluntarias y de sillas. Nadie habló en alta voz. La gata, tranquila y pacífica, contemplaba a la turbadísima reunión con sus ojos claros y relucientes entre el pelo negro. Parecía comprender que su educación se había logrado hasta el punto de poder juzgar ella a sus maestros. Un animal había dicho la palabra que tantos hombres no se atrevían a pronunciar ante el célebre sabio.

Todo el mundo se apresuró a marcharse, y el doctor Rego fingió no haberse dado cuenta de nada, no obstante haber escuchado detrás de la puerta desde el principio del experimento. Gracias a su fuerza de voluntad y a su constancia, presto se vengó. Una facultad universitaria le llamó a su seno poco después para ocupar una cátedra de psicología animal, y la gata demasiado inteligente murió en esos días de obscura y sospechosa muerte en casa de su maestro.

GIOVANNI PAPINI



Canción del Arco

Eras un arco de flechas audaces,
¡oh, corazón!, a la luz de otros tiempos:
con sus manitas pueriles
te manejaba el Arquero,
el Arquero que viene y que va
riendo...
En el carcaj se han dormido tus dardos,
ya no te encorvas detrás de los sueños;
¡Oh, corazón sin audacia,
¿te habrá olvidado el Arquero,
el Arquero que viene y que va
riendo?
¡Ah, los minutos vacíos que caen
en la cisterna del Tiempo,
y esta esperanza que nunca se duerme
y este continuo gotear de recuerdos...
Me asomo a la vida
desde mi silencio
y aguardo
al Arquero
al Arquero que viene y que va
riendo!

Leopoldo Marechal

Carnaval en las Provincias



9 DE JULIO.—Comparsa "La Marina", que obtuvo el primer premio en el corso oficial.





Palco oficial ocupado por las familias de las autoridades locales.



Después que usted se seque

Terminado su baño habitual, aplíquese Talco WILLIAMS, el más medicinal y absorbente. Dada su porosidad, la humedad que subsiste, es absorbida rápidamente. Posee condiciones excelentes para suavizar la piel, conservándola fresca, seca y saturada de un delicioso aroma.

TALCO

Williams

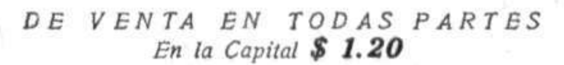
LILA, EL PERFUME DE MARZO

Envasado en tarros de mayor capacidad que sus similares y provistos de tapa especial patentada, que impide el desperdicio de su contenido y la pérdida del aroma.

DE VENTA EN TODAS PARTES

En la Capital ***$ 1.20***





T. W. - C. C. - 12 - 3 - 1925.

Envíe el cupón adjunto a Mayon Ltda. (Dep. W.) Avd. de Mayo 1257, acompañado de una estampilla de 10 cts., y recibirá una muestra del Talco Williams

Nombre ....

Calle .... N.º ....

Ciudad ....

(1)

Carnaval en las Provincias



MAR DEL SUD - Pequeños veraneantes de esta localidad que festejaron alegremente el carnav-l.



CONCORDIA. — "Los negros enamorados", murga que obtuvo el primer premio en el corso di rno.

INAUGURACION PARCIAL DE NUESTRO NUEVO EDIFICIO

Compruebe la belleza y originalidad de estilos de los muebles que ofrecemos. Sus precios representan verdaderas oportunidades, que brindamos a nuestros clientes por inauguración parcial de nuestro nuevo edificio.

Sirlin Hnos Muebles

Corrientes 1172-80

Bs Aires

Mientras dure la reedificación total de nuestro nuevo edificio, entrada única por el número 1180.



GUARDARROPA, modelo 1046, de nogalina maciza, en color roble, puertas corredizas, cajones internos, división lateral con estantes, ancho 160 por 210 centímetros, a $ **140.-**



CAMA DE HIERRO, modelo 1010 al "laqué" blanco o imitación roble, caños superiores y codos de bronce, armada con elástico imperial, reforzado con estiradores. De una plaza, $ 55.— De una plaza y media, $ 65.—De dos plazas, $ 80.-De dos plazas y media,$ **95.-**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al "laqué", armada con elástico imperial a doble tejido, con estiradores. De dos plazas, $ 45.— De plaza y media $ 35.— De una plaza $ **25.-**

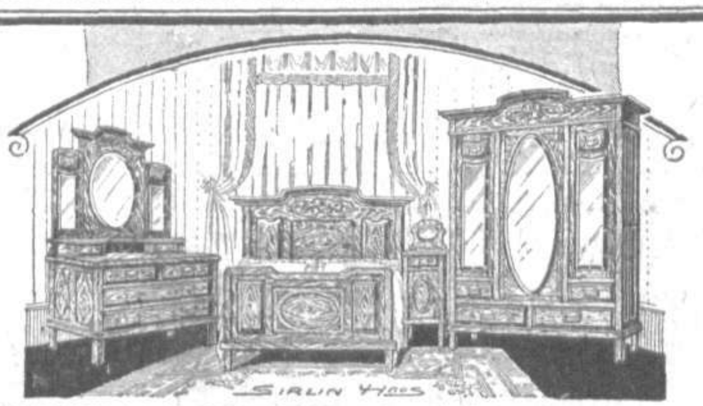
Los precios anunciados en este aviso rigen también para nuestros favorecedores del Interior.



JUEGO DE COMEDOR, construido en roble norteamericano, lunas Saint-Gobain biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, lustre a muñeca en color claro u obscuro, formato amplio, compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de repuesto y 6 sillas tapizadas. El juego completo.... $ **540.**



JUEGO PARA HALL o vestíbulo, modelo Jacobino, sólidamente construido en armazón de cedro, acabado en color patinado obscuro, asientos y respaldos tapizados en género damasco o imitación gobelino, compuesto de: 1 sofá 2 sillones, 2 sillas, 1 percha y 1 mesa forma octogonal. El juego completo $ **315.**



DORMITORIO de roble n/americ. lustre a muñeca, color claro u obscuro, amplio formato 3 cuerpos, lunas bisel., herraj. de bronce, mármoles rosados, compuesto de: 1 ropero, 1 "toilette"-cómoda, 1 cama 2 plazas, con elást. reforz. 2 mesas de luz, 2 sillas, percha y toallero. Precio reclame .... $ **425.**

Carnaval en las Provincias



TUCUMAN. — El viejo "Orfeón Argentino", presidido por Carlos Ormachea, alegró como es de rúbrica las calles que recorría al son de clásicas marchas.

GANADERIA

CONSEJOS UTILES PARA CRIADORES DE AVES

EL MES DE MARZO LA EPOCA DE DESPLUME

Habiéndome favorecido numerosas cartas de los lectores de CARAS Y CARETAS, fechadas en diversas partes de la República, solicitándome que dedicase nuevamente algún espacio a la avicultura, complacido aprovecho la ocasión que se me brinda para tratar sucintamente de la época de desplume de las aves. De paso quiero consignar que me será grato en todo momento evacuar las consultas que se me dirijan sobre la industria de avicultura, pues su progreso siempre me ha inspirado el mayor interés. La exigüidad del espacio que tengo a mi disposición esta semana, no me permite tratar más extensamente del desplume.

Durante el mes de marzo las aves comienzan a perder sus energías, después de haber tenido gran actividad en la producción de huevos, encontrándose debilitadas y buscando un período de descanso para recuperar su vitalidad gastada. La gallina empieza, durante dicho período, a disminuir la producción de huevos, y gradualmente reduce el número hasta terminar de poner, y al mismo tiempo pierde el plumaje hasta que la silueta redonda y bien formada de la gallina se ha convertido en una caricatura, y, en vez de ser un ave robusta y bien alimentada en apariencia, se cambia en el mero esqueleto de lo que fué. Este período se titula la época de desplume, y dura desde seis semanas hasta tres meses. La vitalidad de las aves está muy reducida y si el tiempo se pone frío y húmedo corren el peligro de morirse.

Muchas aves mueren anualmente durante el período de desplume si no reciben la atención y cuidado que la pérdida de su vitalidad les hace indispensable. En algunos criaderos importantes es costumbre «apurar el desplume», no alimentando a las aves durante algunos días, con el objeto de tratar de abreviar el período y convertir la gallina otra vez en una máquina productora de huevos. Para mí, no desearía correr el riesgo de tratar de mejorar los métodos de la naturaleza, que son tardíos, pero seguros. Creo que el criador que adopte tales recursos es un hombre mal aconsejado.

Es verdad que durante el comienzo de la época de desplume las aves no comen bien, pero esto se debe simplemente al hecho de que entonces no producen, y las gallinas comen bien a fin de producir bien, y no hay motivo adecuado para dejar a las aves sin alimentación. Hay escritores sobre asuntos de avicultura que abogan por este método de dejar a las aves sin alimentación alguna durante varios días, alegando que tal procedimiento da por resultado limitar la duración de la época de desplume. Puede ser que esto sea verdad, pero hay que tener en cuenta los malos efectos que un período prolongado de hambre absoluta tiene que ejercer en la constitución de las aves así tratadas, y, además, los inconvenientes consiguientes que más tarde el criador y su plantel indefectiblemente tendrán que experimentar. Es muy natural que un criador deseara acortar la duración del período de inactividad de las gallinas, pero, en mi opinión, es muy dudoso que la naturaleza consienta tales impertinencias sin vengarse luego de una manera u otra.

Algunas gallinas de extraordinaria vitalidad continúan poniendo huevos durante una parte, y aun durante toda la época de desplume, y en tales casos no es conveniente adoptar medida alguna, pues constituyen excepciones al orden natural de las cosas. La mayoría de los criadores siempre desean una producción amplia y continua de huevos, y como en el caso del famoso Oliverio Twist, en la novela del mismo nombre escrita por Carlos Dickens, siempre piden más. Empero, si las aves producen bien durante ocho o nueve meses, no corresponde restringirles el corto intervalo de descanso indicado por la naturaleza para recuperar sus energía agotadas.

Para mí, siempre ha sido cosa increíble que una gallina continuara poniendo un huevo cada día durante 300 días del año, sin descansar. Muchas veces al ir hasta los nidos pienso entre mí: «No, hoy no me han de dar 100 huevos», y, sin embargo, ahí están los huevos puestos, esperando la recolección. Una selección cuidadosa de aves reconocidas como buenas ponedoras ha resultado en la evolución de tipos de gallinas que no son meramente aves, sino máquinas productoras de huevos.

La gallina moderna, mejorada durante generaciones sucesivas ha formado la costumbre de poner el huevo diario, y hoy día sería cosa milagrosa si dejara de producirlo. Además, mientras la gallina está pasando el período de desplume, la polla de seis meses va a comenzar su trabajo, pues no son pocas las pollas de junio que comienzan a poner huevos durante tal período, aunque todavía faltarán dos o tres meses antes de que las aves de agosto hayan comenzado a llenar su cometido. Es el objetivo del productor de huevos tratar de conseguir producción entre el período de desplume y el momento en que las pollas de seis a ocho meses comienzan a poner. Si fuera posible esto, ya no existiría el problema de escasez de huevos en el invierno. No es el mal tiempo el factor que influye en la falta de producción entre el fin de febrero y abril, sino que las gallinas han dejado de poner y las pollas aun no han comenzado; pero no es el tiempo que influya en la producción de huevos de una polla bien desarrollada. Por lo tanto es muy evidente la importancia de la incubación de las pollas en el mes de agosto o comienzos de septiembre de cada año.

En el tiempo de desplume, los gallineros deberán mantenerse limpios, sacando todas las plumas caídas diariamente, y en los casos en que el desplume haya sido ayudado es conveniente tener las aves aparte. Un poco de sal inglesa en los bebederos dos veces por semana dará buenos resultados.

Si la época de desplume demora en declararse, de tal suerte que durase hasta el tiempo frío, será conveniente ayudar a la naturaleza disminuyendo la ración en un cincuenta por ciento, y no proporcionando ninguna alimentación estimulante durante una semana. Pero en seguida que el desplume empieza hay que alimentar bien a las aves, incluyendo en la ración una pequeña proporción de lino molido, digamos una cucharada para cada ave, mezclada en la comida.

El lino ayudará a aflojar el plumaje y la buena alimentación sirve para fortificar el sistema. Es peligroso dejar que pase el mes de marzo sin que comience el desplume, debido al tiempo frío que las gallinas tendrán que sufrir antes de haber terminado de cubrirse con el nuevo plumaje. Puede ser que la época del desplume durara de diez a doce semanas, y rara vez sucede que las aves recomiencen a poner huevos antes de completar la época.

En conclusión: aquí, tal vez, cabe mencionar los peligros de tener un número excesivo de aves en los gallineros. No hay nada que más perjudique la salud o utilidad de las gallinas que una cantidad excesiva de aves en los gallineros. Si las gallinas han de dar los mejores resultados en la producción de huevos, es indispensable que tengan bastante espacio para moverse y lugar amplio en los dormitorios. Mejor es tener cincuenta gallinas bien acomodadas que cien sin lugar suficiente. Una mayor producción se consigue en el primer caso que en el segundo, y la vitalidad y resistencia de las aves en la época de desplume serán mucho mejores. Cálculos fidedignos dan unos ocho pies cúbicos de espacio para cada ave en el posadero.

Guo. G. J. Peters

PELICULAS GOERZ

EN ROLLOS Y FILMPACKS

Las que aseguran el éxito en fotografía.

En todas las casas del ramo en la República.

GERMAN PFEIFFER
Distribuidor Mayorista
RIVADAVIA, 1379-Bs. Aires.

La cámara Goerz en España – Puente de la Muza Valmaseda

GOERZ

BOX-TENGOR

APARATO FOTOGRAFICO DE PRECISION

VENTA $ m/n. 19.-

En todas las casas del ramo.

Carnaval en las Provincias



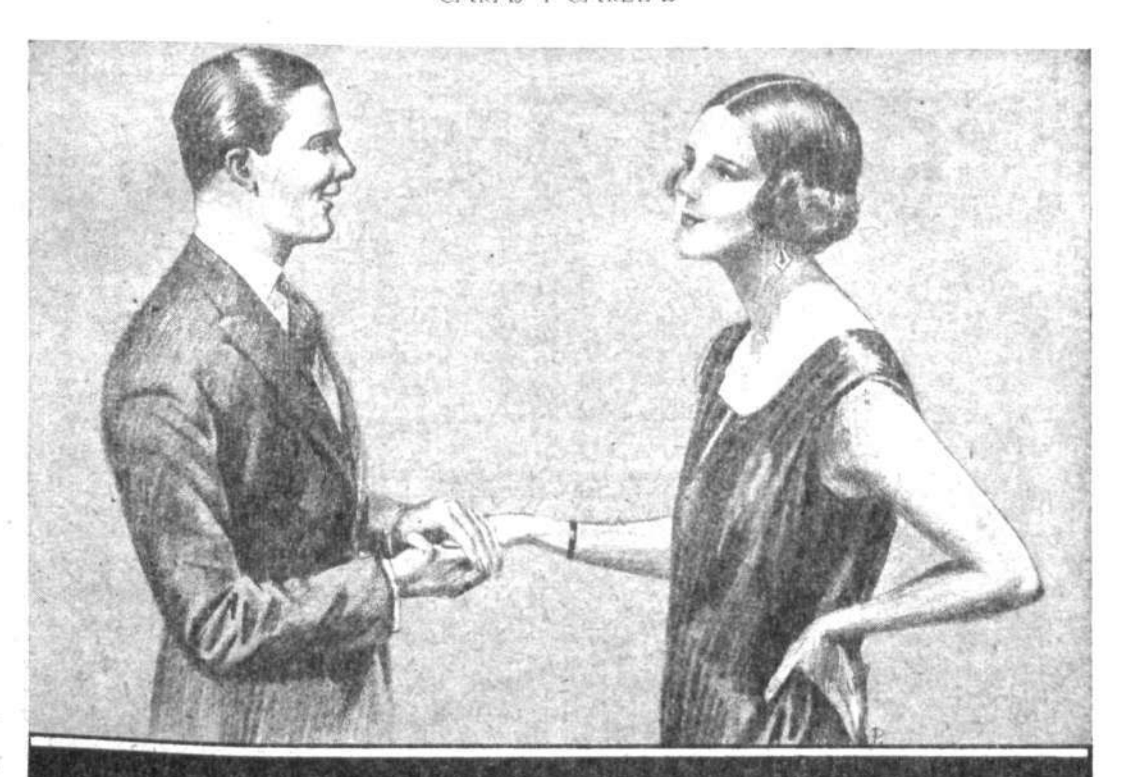
TUCUMAN. — Palco de la subcomisión oficial de señoritas en el corso oficial de Tucumán.



Fantasía.



"Las Margaritas", carrozas que se destacaron en el corso oficial de Tucumán.



La Salud y la Felicidad

dependen de la pureza de la sangre

HIERRO NUXADO

Poderoso Tónico Reconstituyente, la purifica y enriquece.

Da fuerzas y vitalidad a personas de ambos sexos, en cualquier edad.

VENTA EN FARMACIAS

(FER NUXATE)
HIERRO NUXADO
(NUXATED IRON)
DAE HEALTH LABORATORIES
PARIS, FRANCE
NEW YORK, U.S.A.

Carnaval en las Provincias



SAN MARTIN. - Palco ocupado por las señoritas de Lapadula.



Auto artisticamente adornado, que ocupan las familias de Senet y Menvielle.



Señoritas de Mercado.



CIUDADELA - "Los mucamos unidos", conjunto que obtuvo el primer premio en el concurso realizado en el Club Mitre.



Grupo de máscaras que concurrió al baile realizado en el club antedicho, alcanzando esta reunión brillantes contornos.

PRODUCTOS FORD
GRAN REBAJA DE PRECIOS

PRODUCTOS	PRECIOS ANTIGUOS	PRECIOS NUEVOS
Chassis Chico . . .	$ 1,198	$ **1,025**
Chassis Chico (Con arranque eléctrico y llantas desmontables)	$ 1,398	$ **1,225**
Voiturette	$ 1,575	$ **1,350**
Voiturette (Con arranque eléctrico y llantas desmontables)	$ 1,775	$ **1,550**
Doble Faeton. . . .	$ 1,595	$ **1,435**
Doble Faeton (Con arranque eléctrico y llantas desmontables)	$ 1,795	$ **1,635**
Chassis Camión . .	$ 1,615	$ **1,370**
Chassis Camión (Con arranque eléctrico y llantas desmontables)	$ 1,815	$ **1,570**
Coupelet	$ 2,800	$ **2,420**
Sedan Tudor (Dos puertas)	$ 2,985	$ **2,580**
Sedan Fordor (Cuatro puertas)	$ 3,375	$ **2,700**
Tractor Fordson . .	$ 1,900	$ **1,655**
Tractor Fordson (Con guardabarros)	$ 2,025	$ **1,780**

El Coupelet, el Sedan Tudor y el Sedan Fordor llevan arranque eléctrico y llantas desmontables como equipo corriente.

(TODOS PRECIOS S W BUENOS AIRES)

Esta gran rebaja constituye un nuevo record en el precio de los productos Ford en la Argentina y está de acuerdo con las normas de la Compañia de entregar sus productos al publico consumidor al precio más bajo posible.

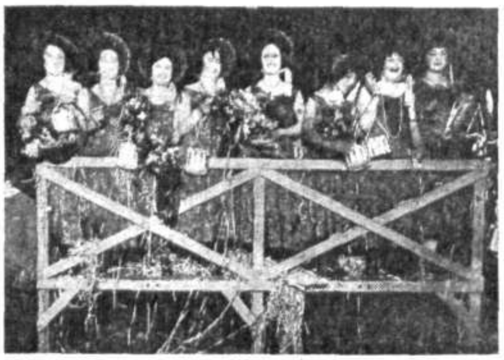


El Primer Congreso Panamericano de Carreteras se inaugurará en Buenos Aires el 22 de Mayo próximo

Carnaval en las Provincias



MORON. — Parte de la concurrencia que asistió al baile de fantasía realizado en el Club del Progreso.



"Las pequeñas sombrereras", señoritas de Bello y Medina.



TANDIL. — Con brillante éxito realizóse en los salones del Palace Hotel Tandil, un baile de disfraz y fantasía, concurriendo lo más significativo de la sociedad local.

RUFINO. — Palco que ganó el primer premio, presentando la murga "Sin Igual".

Señoritas de Veshio y González, que contribuyeron con su espiritualidad al éxito de la fiesta.

"El Cisne", original carroza que obtuvo el primer premio.

NUEVAS VICTROLAS ELECTRICAS



Victrola N.º 400
Caoba, 2 tonos
$ 1.120.— m/n.



Victrola N.º 410
Caoba
$ 1.120.— m/n.



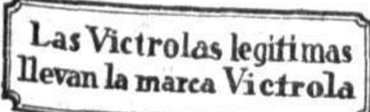
Victrola N.º 405
Nogal, 2 tonos
$ 1.300.— m/n.

Los nuevos modelos de Victrolas Eléctricas que ilustramos en esta página, poseen el mismo alto grado de calidad que caracteriza a todos los productos Victor.

La electricidad aplicada a una máquina parlante, constituye la mayor comodidad y sencillez que se pueda pretender en instrumentos de esta índole. - Vd. puede oir cuantas piezas de música desée con sólo cambiar de disco. No hace falta dar cuerda cada vez. Conectando el toma corriente, la electricidad se encarga de hacer funcionar el aparato con toda regularidad.

Cada instrumento Victor es del valor máximo que pueda exigírse por su precio.

Vea estos modelos en cualquier casa revendedora de artículos Victor y notará Vd. qué maravillosos son.



Revendedores Victor en todas las ciudades importantes de Argentina y Uruguay.

Distribuidores para la Argentina: TOMAS y Cía. — Bartolomé Mitre, 1976. — Buenos Aires.

Para el Uruguay: DELLAZOPPA & MORIXE. — Plaza Independencia, 733. — Montevideo.



Victrola

REG. U.S. PAT. OFF. M. de F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.
Sucursal Argentina

Carnaval en las Provincias



CONCORDIA. — (Entre Ríos). - Señoritas de Cheirasco, Garat y Cerro Requena, que obtuvieron el primer gran premio en el corso nocturno.



Señoritas de Garat, Harispe y Galeano, primer gran premio del corso diurno.



Señoritas de Salduna Barbat, Arruabarrena y Caninal, primer premio Fantasía, del corso diurno.



Murga "Los locos del Asiguín", que obtuvieron el primer premio.

Nuestros pequeños visitantes


Vicente Rosato y Elvira Pisani, pierrots.


Juan C. y José R. Vázquez; pierrot.


Sara y Víctor I. Algaze; egipcia y príncipe hindú.


Irene y Nélida Casabella; silla y moneda.


Emma y Esther Nicolini; aldeanas.


Andrea y Vicenta Pérez Egaña; personaje y gitana.


Rosa V. y María E. Curia; dama antigua y bailarina


Nélida y Jesús Ruibal; dama antigua y pierrot.


Zulema y Elsa Devincenzi; caja de sombreros y cisne.


Elsa y Osvaldo Núñez; mimí y baturro.


Nelly y Josefina Lema; billiken y pierrot.


Olinda y Emma Arias; ángeles.


Alicia y Lydia Majio; gitana y holandesa.


Isabel y Delia Menéndez; bailarinas.


Julia y Raúl Gonzalez; baturros.


Antonio y Dora N. Carró; indio y hada.


Elena y Julio Magadan; pantalla y baturro.


Isabel Sist y Vainilla Moratz; turcas.


María del Carmen y Juan F. Calani; bailarina y cocinero.


Haydée y Emma Leonardi; nueces.


Coco y Rosa H. Villegas; torero e italiana.


Albina y Osvaldo Nerisogui; reina agrícola e indio.


Rosa y Mabel Casoni; billiken y noche.


J. Pompey Cruz y J. González Cruz; fado y pierrot.


Elsa y Lydia Briamonte; holandesa y gaucho.

Nuestros pequeños visitantes


Irma D'Agostino bataclán.


María E. Giurliddo, holandesa.


Angela Pinnicchia, maja.


Horacio Paradiso, pierrot.


Rosa Esperanza, muñeca.


Rafael Ferrari, marqués.


Velia Ruppoli, pierrot.


Carolina Tocchi, pierrot.


Luisa J. Gómez, manola.


Liria Fransechini, odalisca mora.


María E. de Nápoli, bataclán.


Nieves Ortí, miosotis.


Faustina Marini, dama antigua.


María S. Dutrey, maja.


Angel Longarte, arlequín.



Zulema Las Heras, dama antigua.



Araceli Imelda Palazón, sombrilla fantasía.


José Serruya, pescador.


María E. Eyheralde reina del vidrio.


Sarita Garbarino, dama antigua.


María Angélica Bedoya, reina de las perlas.


N. B. Márquez Gilardoni, dama antigua.


María E. Morchio, odalisca.


Dora Sturga, mirasol.


Celia Mercader, maja.


María E. Iglesias, dama antigua.


B. Haydée Mazzarello, palmatoria.


Carlos Arnaiz, cowboy.


Daniel Gioseffi, holandés.


Carmen Illa, farol chinesco.


Martín Aires, baturro.


Roberto R. Baccarezza, holandés.



Carlos A. Carioni, holandés.


Mercedes Vidal, billiken.

Elvira Marchan, bataclán.


Juana L. Schiavo pescadora.


Carlos Fontelia, choclo.

Nuestros pequeños visitantes


Pedro Tripode, Guillermo Sangermano y Francisco Besio; fantasías.


María Angélica, Rafael García y Haydée L. Ferrari; bailarina, pierrot y egipcia.


Anita, M. Esther y Juan J. Louro; dama antigua y pierrots.


C. Batatello, M. David y C. Carelli; pierrots y alsaciana.


Pascual y Dora Jannicelli y Elsa Loizo; mosquito, jazz band y gusano.


Jacinto, Francisco y Aida Tripodi; billiken.


Juan C. y Héctor A. Mouly y Horacio Américo Yacovella; soldados montenegrinos.


A. Sánchez, L. López y Migue A. Bardauca; perchelera y castellanos.


I. Sánchez, J. O. Cavallini y A. Lotitto; cocinero y mucamas.


Norma y Aida Biondi; cisnes.


Alicia y Beatriz Fabbio y F. Frauquet; yerbera, mate y paisano.


Angel, Luis F. e Irma Ortega; Cupido, pescador y pescadora.


Angélica, Luisa y José Paredes; fantasías y marqués.


Elsa, Zulema y Celina Navarrine; música, bañista y bailarina.


Chichí, Coco y Susana Kibrik; pierrots y mariposa.


Inés F., Haydée E. y Julio M. Ramos; diablo, maja y pierrot.


Emilse y Aureliano Aguiar, Dora Ferrera y Carmen Cosia; hados y holandesa.


M. L. Passo, L. Manduco, S Simson y M. I. Felippelli; dama antigua, marqueses y mirasol.


Carmen y Angelita Fontana; palmatorio.


Nilda Pozzi, Nélida y Victoria Bonichini; fantasías.

Nuestros pequeños visitantes


Alberto Horacio e Irma Andón y Enrique Semionato; holandés, bataclán y bandolero.


Ana y Josefa Valia, Elsa Valles y Aurelia Rifrancore; gitana, bailarina y holandesas.


Dionisia y Esther Caccialanza y Amalia Labiaguer; damas antiguas.


Encarnación del Campo, Amalia y E. López, gitana y bailarina.


Beatriz Fuentes, A. Rodríguez L. Cuesca, Mmes. Pompadour y favorita.

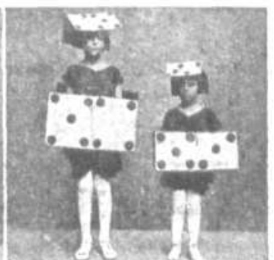

B. Amelia y Oscar J. Gómez; pierrots.


Cayetano D. y José A. Curin, turco y paisano.


E. Larregain, A. R. y H. P. Buffa, Pompadour, fado y príncipe.


Pituca, Felisa y Ofelia Auladell; aragonesa, pierrot y florista.


Nélida y León de la Croix y Esther Davico; bataclán, pescador y doncella.


Clotilde S. y René V. Rossi; juego de dominó.


Rosario D. y Elsa L. Cevasco; pareja marquesa.


María E. Salernó y Obdulia Grottala; trébol y bretona.


Elvira y Juana García, dama antigua y Enrique II.


Esther y Vidal Yobai; pierrot y clavel.


Delia Borelli y Rafaela Martell; aldeana y gitana.


María A. Correas y Blanca A. Calvo; maja y Salomé.


Margarita e Isabel Sobola; holandesa y bailarina.


Carmen Pérez y Serafina Melí; fantasías.


Emilia C. Tiberio y Martina Dykstra; gitana y aldeana.

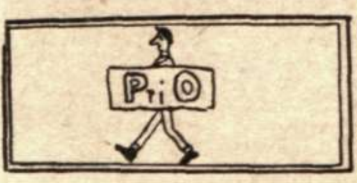

Olga y Lydia Borreñi; fantasías.



N.º 1
Frase interpretativa, por «Rola» (San Isidro F. C. C. A.)

MESES		MESES
ENERO FEBRERO ABRIL OCTUBRE DICIEMBRE	NI	ENERO FEBRERO ABRIL OCTUBRE DICIEMBRE

N.º 2
Comprimido, por «Rola» (San Isidro, Ferrocarril Central Argentino)



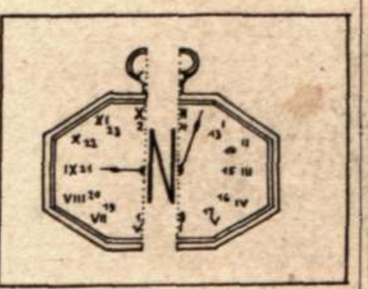
N.º 3
Intercalación, por «Rola» (San Isidro, F. C. C. A.)

RIO DE ATON EUROPA

N.º 4
Intercalación, por «Rola» (San Isidro, F. C. C. A.)

MINE ANIMAL RAL

N.º 5
Intercalación, por Alberto D. Garibaldi (Ciudad)



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de Juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.º En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.º Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.º Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.º Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.º El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

A LOS SOLUCIONISTAS Y COLABORADORES

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital, pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

Nota importante. — Los premios pueden retirarse cualquier día hábil en nuestra Administración, previa presentación de documentos que acrediten la identidad. Toda correspondencia que se relacione con la entrega de premios, debe dirigirse a nombre de la Administración y no al redactor de esta sección.

N.º 6
Intercalación, por «Morocho» (Ciudad)

OPER PRE ACION

N.º 7
Comprimido, por «Morocho» (Ciudad)

: ISLA NOTA

N.º 8
Intercalación, por «Morocho» (Ciudad)

NOM NOTA BRE

N.º 9
Refrán interpretativo, por «Juan Romeo» (Ciudad)

COLOR DE PELO MUERTO CANSADO

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MARZO DE 1925
CUPON N.º 1380.

A NUESTRAS LECTORAS

Avisamos a nuestras lectoras el proyecto de destinar el concurso de abril próximo, en lo que a colaboraciones se refiere, al sexo femenino, para el que pueden enviar pasatiempos y, si la calidad lo merece, darle forma práctica.

NUESTRO NUMERO PROXIMO

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La mano cortada, novela original del doctor **Gustavo Martínez Zuviría.** El pique, por **Horacio Quiroga.** Paisaje al ponerse el sol, por **Fernán Silva Valdés.** Una cacería en la pampa, por **Julio Llanos.** La señorita risa, por **Edgardo Garrido Merino.** De cómo fumé gratis tres meses, por **Emilio Dupuy de Lome.** En mi pueblo hay un circo, por **Herminia Brumana.** Recuerdos de la vida literaria, por **M. Soto Hall.** Tipos de ciudad, por **Manuel Aznar.** La visita, por **José Hernán Figueroa.** Un flamante caso de antipatía personal, por **César Garrigós.** La viuda del balcón, por **Arnold Bennet.** El marido escribe, por **Federico Karenthy.** La ley, por **Alfonso Allais.** El pasado, por **Jeanne Nerel.** Notas de Asunción, por **Fansto Burgos.** Apellidos argentinos: Avellaneda. Los últimos modelos de la moda, para CARAS Y CARETAS. Momentos embarazosos, por el dibujante norteamericano **Charles Dunn.**

MACAYA

EL PIQVE



N cierta ocasión, como hubiéramos naufragado en el Alto Paraná al embate de una recia tormenta, fuimos arrastrados a cobrar tierra bajo un cobertizo de cinc abandonado en la costa, y cuyo destino fuera en otra época el de secar ladrillos. Vastos montones de ceniza diseminados por el suelo, lo atestiguaban todavía.

Para náufragos, no estaba aquello mal. Solamente que al volcar sobre la ceniza el agua de nuestras botas, una especie de nubecilla obscura comenzó a ascender por las piernas.

Eran los piques. Había millares de ellos, si no millones.

Para valorar lo pintoresco de esta visita, es bueno que se sepan las costumbres de dichos visitantes.

Por su aspecto general, apenas se diferencia el pique de la pulga. Bastante más chico, desde luego; pero igual aire precipitado, e idéntica manía de caminar perpendicular a la piel.

Hasta aquí, el pique es una simple pulga, y, felizmente, sin predilección por la sangre. Su amor al hombre tiene otra finalidad.

Se desvive, en efecto, por penetrar en nuestra carne. Allí se revuelve, se acomoda y procede a crear su familia, huevo tras huevo, a la tibia razón de treinta y siete grados.

Para ello, el pique, que ha caminado rápidamente por la piel en busca del sitio feliz, se alza de pronto de abdomen, más perpendicular que nunca, y comienza su obra de perforación.

En breves momentos, de él sólo queda fuera la extremidad posterior, como un puntito negro. El resto del cuerpo se trasluce muy aumentado a través de la piel.

Pasados algunos minutos, nada se ve ya del pique. Si acaso una mancha de azul lívido lo denuncia bajo los tejidos.

La penetración del pique en la carne es siempre indolora. Pica — de acuerdo con su nombre — cuando ha comenzado su proceso generador. A veces sólo se lo siente cuando dicho proceso está concluído, en forma de una bolsita esférica llena de centenares de huevos aglutinados, cuyo centro ocupa el pique madre. Todo el sistema se trasluce bajo la piel como un tumorcillo muy redondo y muy maduro. La extirpación de este tumorcillo no ofrece dificultad alguna, ni acarrea peligros el hecho de que pueda romperse la envoltura de los huevos. Una gota de tintura de yodo lo vuelve todo a lo normal. El peligro, cuando lo hay — y muy vivo —, estriba en la infección primaria que el pique puede aportar con él.

Esta pulguita es eminentemente casera. La escoba desorganiza sus costumbres; pero prospera de un modo increíble en las cenizas muertas, en el polvo sin remover de los ranchos abandonados.

En ciertas épocas, y por poco que la escoba sea olvidada tras la puerta, los piques se reproducen pasmosamente. Es imposible obtener de los perros que lo sigan a uno, pues no pueden dar un paso, con la patas devoradas de piques. Arráncanse con los dientes las nidadas de huevos, y con ellas la piel entera.

Los muchachos de monte, en esas épocas, llevan las plantas de los pies lívidas y gruesas como suelas, taladradas literalmente de piques. Hemos visto una vez a un grupo de chicos caminar dificultosamente por el patio de su escuela, dejando tras ellos un rastro húmedo de exudados de piques. No enferman mayormente, porque la naturaleza es así; pero apena ver que en esas escuelas ultra rurales, adonde se remiten complicados aparatos que el chico no entenderá jamás, falte un centigramo de creolina para la curación y la educación higiénica de las lisiadas criaturas.

H. Q.

DIBUJOS DE MACAYA





La señorita Risa

Por

EDGARDO GARRIDO MERINO

Jacinto Miralles experimentó una intensa emoción al retornar a su patria, después de largos años de ausencia. Quince años de vida europea, de comunión con otros seres y paisajes, transformaron su carácter, dejándole en alma y cuerpo imborrables huellas. Un dejo de extranjerismo, un perfume de idiomas extraños, en los labios; una visión de vivir muy diversa y múltiple, en el fondo de las pupilas, y en el espíritu, un sedimento de malancolía, formado por esas horas de añoranza, desaliento y pesadumbre que se viven en el camino doloroso del arte.

Volvía triunfador. Su nombre, como una moneda de oro acuñada en el troquel de la fama, era ahora resplandesciente y tintineante. Sus telas, acogidas con aplausos, vendíanse a precios fabulosos. La crítica lo saludaba como un maestro, y los salones, cerrados antes egoístamente al artista pobre de cabellos desordenados y mejillas pálidas, abríanse hoy para el hombre célebre de cabeza gris, frente pensativa, que lucía en su solapa la roseta de las palmas académicas.

Pero el pintor afamado, célibe aún, a pesar de sus cuarenta y cinco años, no podía sustraerse a esa honda tristeza, a ese escepticismo que se apodera de los hombres que ven su vida vacía de todo afecto.

Gloria, fortuna, aplausos, todo aquello resbalaba sobre su corazón como en un estanque helado. ¡Si, al menos, unos piececitos de mujer hubiesen dejado alguna huella! Nada, absolutamente nada. Había vivido fervorosamente para el arte, en una pasión de todos los sentidos, entregándole a la vanidad las mejores savias de su juventud. Su estudio de París, por el que desfilaron, como rosas de estufa, los cuerpos maravillosos de sus modelos, había sido como una Tebaida, donde enclaustrara su alma en una torre de silencio.

Viajó mucho, pasó días interminables y pacientes en los museos, como si aquellas bellezas de relicario le embalsamasen con el aroma de viejas tradiciones. Entre la niebla de Londres, los grises opalescentes del otoño en París, y el áureo verdor de la campiña romana, vió deslizarse largos años, durante los cuales su espíritu, como la reencarnación de un alquimista, no hizo sino torturarse buscando la fórmula de un arte nuevo. Por fin, la red sutil de sus nervios, sensibles y refinados, tendíase en una pesca milagrosa. Y el perfil hacíase original, inconfundible, estremecido de recóndita belleza, y el color adquiría tonalidades exquisitas, cálidas y palpitantes, como si su paleta hubiese descubierto el enigma de las coloraciones ticianescas.

Descubierta su personalidad, su existencia fué una embriaguez de vanidades y ambiciones. El amor era para él un sentimiento pequeño, pasajero, superficial; el hogar, un refugio cobarde de almas burguesas, un puesto de renunciamiento. Y no vió más horizonte que el de la humana gloria, hecho de aplausos, de adjetivos, de envidias y recelos. Pero, ahora, hundido en la pereza de una paz provinciana, rodeado del ambiente antes familiar, parecíale despertar de un sueño febriciente.

¿Es que los espejos nada le dijeron hasta ese instante? Su decadencia física no la advirtió, o más bien no la

comprendió, en medio de las inquietudes de su sed ambiciosa. Pero, esta vez, el recuerdo de los treinta años saltaba a sus ojos: los cabellos eran negros, el porte bizarro, la frente limpia de arrugas y sombras. Y sus pupilas claras, amparadas hoy bajo los cristales de los lentes, eran vivaces, alegres, como dos gotas de ajenjo.

El no había reparado que quince años son, después de la juventud, casi una eternidad. La sonrisa venía dificultosamente a sus labios; los entusiasmos eran poco espontáneos y el espíritu de comparación, desarrollado en los viejos, ponía en las impresiones una gotita de hiel. Agua en el vino, que no es otra cosa la decantada experiencia. Y, sin embargo, aquello parecía *haber sido ayer*....

* * *

En el viejo caserón paterno todo aparentaba estar igual, y, no obstante, la madre había muerto; varios hermanos estaban dispersos, y una algarabía de sobrinos ponía bajo los aleros una canción juvenil que no se acompasaba con el ritmo de su carácter huraño, a fuerza de misantropía.

Pero hubo algo que puso en su corazón un destello de lejana alegría. Aquel viejo desván, en el que, desde muchacho, tuviera su taller de artista. Aun conservábase el sofá desvencijado, el caballete, los modelos de yeso, y un montón de telas, en comienzo, entre las que había bocetos y dibujos inconclusos que hablaban de una inspiración, falta de método, pero vibrante de juventud.

Fué su rincón predilecto. Había polvo, telarañas, olor de olvidanza. En un viejo baúl encontró papeles y libros que removió con manos estremecidas. Todos esos recuerdos parecíanle evocar una vida distante, hundida para siempre en un pasado de perfiles borrosos.

Pero aquella tarde, la curiosidad le condujo a un rincón de su antiguo taller. Había un grupo de telas arrinconadas, en las que por pudor no había posado sus ojos. Eran bocetos de sus veinte años, obras primerizas, que iniciara con ardor y que luego quedaron interminadas, suspensos los pinceles por el desaliento. Volvió las telas, una a una, y las contempló a la luz del atardecer, que filtrábase por los cristales en un resplandor mortecino. Una tela representaba un mendigo, con la mano ahuecada en actitud pedigüeña; otra, una mujer desnuda, con un tirso en la diestra, tan mal dibujada, tan falta de colorido, que la arrojó con fastidio... Luego, un paisaje de nieve; una naturaelza muerta: dos faisanes junto a un cesto colmado de frutos... Una sonrisilla irónica prendíase a sus labios. Pero, de pronto, el corazón estremecióse en un asombro gozoso. Un rostro fresco de mujer, bajo un sombrero de paja de forma pastoril, con bridas de terciopelo sobre la garganta emergió de una tela.

Era una fisonomía hermosa, de grandes ojos zarcos y mejillas sonrosadas, con una expresión inefable de alegría en toda ella. La boca grande y roja, entreabríase en una sonrisa. Los dientes lucían entre los encendidos labios como las semillas de una granada. Aquella boca risueña, parecía brindarle un beso desde la tela inconclusa. Miralles entornó los párpados, como cegado por un rayo de sol. Era ella, su prima Isabel, su novia de la adolescencia. Recordó aquellos días lejanos, cuando ella venía a posar y llenaba el rincón del artista con su risa de cristal. Sí, porque era una mujer toda risa. Reía por nada, como si la risa fuese en sus labios una canción. El la bautizó con el nombre de *la señorita Risa*, y así la llamaron en su casa. Miralles cogió la tela y la apoyó sobre sus rodillas. Deseaba criticarla, desmenuzarla, para vengarse de la tierna emoción que le causaba, pero sobre el artista venció el hombre sentimental.

¡*La señorita Risa!* Casada con un extranjero, viviendo en un país lejano, agobiada de hijos, quizás, *la señorita Risa* no sería ni la sombra de aquella loca cabecita adorable.

Veinte años atrás. La vida, la alegría sana de corazón, la risa franca, desbordándose del alma como una espuma...

Los ojos del escéptico se humedecieron tras los lentes. En la penumbra del atardecer, *la señorita Risa*, con su sombrero de pastora y su boca risueña, era una evocación demasiado viva. El debió quererla, pues de otra suerte, su corazón no latiría, ahora, así tan deprisa.

Limpió con su pañuelo el polvo que cubría la tela y la sonrisa pareció más jocunda, más fresca... Reclinó la frente en las manos, y el recuerdo, en la paz del taller, se hizo tan preciso, tan real, que parecióle oir que todo el silencio se hacía risa de mujer.

Fué un impulso loco, pasional, un arresto impropio de su espíritu decepcionado. Abrazó la tela casi con fervor y posó sus labios sobre la boca roja que reía a través de veinte años... Pero, luego, avergonzado, apresuróse a dejarla en su sitio. Se aproximó a la ventana encendida en sus cristales como una flor de crepúsculo, y un suspiro le acongojó el pecho. ¡Veinte años atrás! Entusiasmo en las venas, alegría en el corazón... Ahora lo comprendía claramente: ¡La señorita *Risa* era su juventud!

DIBUJOS DE J. LARCO



Las palabras nacen, viven, cambian de opinión, mudan de oficio y mueren. Decir hoy algo que no se quiso significar ayer, resulta un hecho tan filológico como humano. Así es la vida. Todo el que habla español sabe el significado actual del apellido *Avellaneda*, equivalente de los nombres *Avellanal* y *Avellanar*, o sea, sitio poblado de avellanos, árboles y arbustos, pertenecientes al género *Corylus L.*, familia de las castañáceas, que, «si bien viven en los climas y terrenos más variados, se desarrolla mejor en los climas templados, en los terrenos ligeros, síliceoarcillosos, poco compactos y algo frescos.»

Así lo afirman las enciclopedias que todo lo saben; pero si abrimos un diccionario etimológico, la cosa se complica. Veamos el notable diccionario del Dr. Matías Calandrelli, obra que desgraciadamente quedó inconclusa:

«Avellana — dice el sabio filólogo — viene del latín *avell-ana*, avellana, derivada a su vez del nombre *Avella*, Avella, ciudad del reino de Nápoles (en Terra di Lavoro). Era Avella una colonia de Vespasiano y es hoy un suburbio llamado *Abella-Vecchia*, *Avella* y *Avellino*. Llamábanla los latinos *Abella malifera* (abundante de frutos) por la gran cantidad de avellanas que producía.»

Hasta aquí, nada hay de particular. Anotemos que *malifera* significa abundante en manzanas o portadora de manzanas. Sigamos leyendo a Calandrelli:

«Le corresponde el griego *Abella*, que deriva del primitivo *Abelios*, el Sol, derivado, a su vez, de *a-F-elios* (dórico) y *helios* (ático), el Sol.»

Debemos advertir que esa *F* la pusimos en lugar de un signo fonético arcaico que puede representarse por *u*, o por *w*, con sonido entre *v* y *u*. El dórico *a F-elios* se pronuncia, pues, *auelios* o *avelios*.

«El primitivo *a F-elios* desciende de *a F s-elios* (latín *Auselius=Aurelius*) cuya raíz *a F s*, correspondiente á la indoeuropea *ausvas*, y sus aplicaciones pueden verse en *adurir*. De *a F s-elios* desciende *S-a F s-elios* (con la *s* esporádica), del que derivan *sabelus*, sabino, samnita, *sabelli*, los samnitas, etc. Etimológicamente, *Abella* quiere decir *la ciudad de los sabinos*, o sea, la ciudad de *los que ofrecían sacrificios al Sol, de los que adoraban al Sol*, etc. De *Avella* o *Abella* (porque puede indiferentemente el *F* ser representado, por una *v* o una *b*), descienden también: *avellina*, *abellinates*, los habitantes de *Avella*; *Abellinum*, *Avellinum*, Avella, Avellino; *abellinus* o *avellinus*, habitante de Avella, etc.»

Tenemos, por lo tanto, en avellana, una palabra de sagrado origen, que a merced del capricho y de las necesidades ha ido a parar en el nombre de una fruta humilde y sabrosa.

Los nombres Aurelio, Aureliano y Avelino y el apellido Abella, se enlazan etimológicamente con Avellaneda.

La ciudad de los adoradores del Sol, gozaba de un clima templado que, unido a las excelencias de sus tierras síliceoarcillosas, hiciéronla famosa por sus magníficas y abundantes avellanas.

Ahora se nos ocurre preguntar: los avelinos, sabelios, o sabinos, ¿fueron los emigrantes introductores de la avellana en Europa? Llegaron de lejos (tal vez de Africa, si las teorías en auge no mienten) empujados por otras tribus. En Avella encontraron un suelo abundante en sílice y arcilla; sílice para hacer cuchillos, hachas y puntas de flechas y todo cuanto material ofensivo y defensivo necesitó el hombre de la edad de piedra; arcilla con que amasar ladrillos y secarlos al sol. *A F-elios*, *aurelius aurelius*, ¡cuánto sugieren a la fantasía estas palabras, a la traicionera y loca fantasía, que tantas sonseras hace decir! *Aus*, *Ause*, *Aure*, ¿no son las palabras abuelas del vocablo latino *Ave*, un grito de saludo, una interjección prehistórica, con la cual se saludaba el nacimiento cotidiano del astro rey? *Ave*, equivalente a *buenos días* o *Dios te guarde*. *¡Ave Helios!* Voz de cariño, paternal, filial, fraternal, que pronunciaron conmovidos aquellos hombres cuando se volvían a ver, al regreso de las excursiones peligrosas, de los combates... ¡Ave María! ¡Dios te salve! dicen aún los fieles católicos. Pero dejemos ese terreno tan resbaladizo.

Don Lope Díaz de Haro, décimo señor de Vizcaya, de su mujer doña Aldonza Ruiz de Castro tuvo por el quinto de sus hijos a don Martín López de Haro, que casó con doña Urraca de Avellaneda, en La Rioja (España), y murió en 1174, dejando por hijo a don Lope Martínez, segundo señor de la casa de Avellaneda, cuyo solar y señorío sirvió de apellido a sus descendientes. La rama de América la formó Juan de Abellaneda Temino, en el nuevo Reino de Granada.

EN MI PUEBLO HAY CIRCO

HERMINIA C. BRUMANA

DIBUJOS DE PARPAGNOLI







¿CON SOMBRERO?

¿Con sombrero se va al circo?

La señora está preocupadísima. Ignora este detalle. Piensa:

«Al *cine*, cuando dan *vistas*, se va sin sombrero. Al mismo *cine*, cuando hay compañía de teatro, se lleva sombrero...

«(Eso está dentro de los *clásicos puebleros* que dictaminan la moda.)

— ¿Pero al circo?

Y mi buena señora del caso, frente al espejo se empeña en resolver su problema. Adusto el ceño, contraídos los labios, fijos los ojos ensombrecidos... No tan preocupado un sabio, en despejar una incógnita científica.

De pronto, una vocecita infantil:

— ¡Mamá, las de Galíndez van al circo!

He aquí la salvación para la señora que grita:

— ¿Cómo van? ¿De sombrero?

— ¡Sí! — contesta el chico.

(Las de Galíndez son casi lo más *chic* del pueblo; como que van a Buenos Aires los inviernos!)

Y mi señora en cuestión, se *encasqueta* su torturante gorro de seda y plumas. Torturante, porque el alambre de la copa le ajusta tanto sobre las sienes que le produce un horrible dolor de cabeza. Afortunadamente en el circo...

NO HAY QUE REIR

Porque en mi pueblo lo *chic* es no dar importancia a nada. ¿Reir en el circo? Pero eso es cosa de paisanos o plebeyos. Y en mi pueblo a pesar de la distancia de Buenos Aires, son tan ciudadanos como el más *porteño de la Capital*...

Al circo van para pasar el rato, por no saber qué hacer, pero por nada del mundo irían a reir, a hacerse eco de las gracias del «tonny».

Ni siquiera van a admirar las proezas de estos trapecistas que con sus pruebas me dejan el corazón anhelante, o de esta contorsionista que me pone los labios temblorosos a cada movimiento de sus miembros...

No, no hay que darle importancia a nada. Tanto que, un momento, me di cuenta que solamente yo — de los palcos — reía a todo reir, y me hubiera cohibido a no sentir, detrás de mí, eco a mis risas.

Eran las carcajadas de los espectadores del campo, los paisanos, los inciviles...

Pero ya se contagiarán también y aprenderán a sonreir melancólicamente, con cierto *spleen* que, en verdad les caerá mal sobre sus rostros morenos, curtidos, radiantes de vida y salud.



IMITADORAS

Tengo ante mí, en el palco de enfrente, una muchacha que ha llamado mi atención.

Desde que ha llegado, adoptó una actitud... ¿cómo diré? enigmática. Ha clavado la *barbita* en su pecho y mira *vampirescamente* por sobre las cejas. Aunque hace calor, abriga su cuello un «echarpe» de seda rojo y negro...

No ha sonreído, no se ha movido siquiera: es de admirar cómo conserva la *pose* aun en medio del fragor y el estruendo de los tiros que descerraja el domador de leones que atemoriza a todo el mundo, menos a los leones, se entiende.

No puedo acordarme la *pose* de qué artista de cine imita esa señorita...

Pero no me cabe duda: esta muchacha está gravemente enferma de *cinemanitis*.

No es ella sola. Conozco mujeres grandes — que podrían dedicarse a cosas de mayor provecho — que viven pendientes de esas artistas.

Aquí hay quienes se retratan copiando modelos de «entre ellos»: de mantón, de riguroso cowboy con pistolas en el cinto, de *bañistas*, de *vampiresas*... Es natural: como no tienen personalidad, se dedican a imitar...





INDECISIÓN

Hay, entre los números del circo, uno en que interviene el público.

Pueden tomar parte los niños y la prueba consiste en repetir los saltos que, sobre una *cama elástica*, ejecuta uno de los artistas.

El asunto era sencillo y ante la perspectiva del premio anunciado creí que asaltarían la pista no quedando un solo niño en su lugar. ¡Se trataba de juego!

Pero a los chicos de pueblo — como a los grandes — la indecisión los domina generalmente. Analizan, analizan demasiado y se preguntan: ¿y luego?...

Y fué así cómo después de diez minutos de llamar a los chicos, de insistir, de asegurarles que no les ocurriría nada, de prometerles — empresario, artistas, payaso — que saldrían ilesos, se arrojaron — se arrojaron, sí — en medio de calurosos aplausos al valor, a la pista, cinco o seis muchachitos.

¡Yo, en tanto, sufría por estos chicos de pueblo, sin entusiasmo, sin decisión, sin impulsos ni para jugar!

Son los que, después, de hombres, no se deciden a alargar el brazo para detener a la felicidad...

PIEDAD TERRENA

por

Roberto Ledesma

A MEDIDA QUE ENTIENDO Y A MEDIDA
QUE ME ACERCO AL ESPIRITU DEL LODO,
ME DAN IMPULSOS DE BESARLO TODO,
COMO SE BESA A LA MUJER QUERIDA.

MIRO LA VIDA DE PIADOSO MODO,
COMO SI FUERA PADRE DE LA VIDA,
Y ENSAYO EL GESTO DE LA DESPEDIDA
CON ENTERNECIMIENTO DE BEODO.

HALLO DIAFANA EL ALMA DE LOS HOMBRES,
TENGO UN TONO PROFUNDO
PARA LLAMAR LAS COSAS POR SUS NOMBRES,

Y, ACONGOJADO POR EL MUNDO ENTERO,
QUISIERA, A VECES, ABRAZARME AL MUNDO,
COMO CRISTO AL MADERO.





Falda lisa azul muy corta y blusón de popelina estampada. Acompaña a este conjunto, un saco recto con cuello de marta.

Nada más elegante para excursiones automovilísticas que este abrigo marrón a cuadros, forrado de azul liso con cuello y puños de lince.





Moda

Qué admirablemente se combinan en este traje raso negro, "crépe" gris, rosas bordadas rojo y verde y la piel de "petit gris".

Llamaron la atención en Biarritz tanto el traje, como el abrigo. Gris, marrón y rojo, combinan maravillosamente.



Pasé unos días en Mar del Plata, y allí, en un hotel, conocí a Carlos María Padilla, que, como todos los Padillas, es tucumano, y, como todos los tucumanos, es afable, simpático y gentil. Al enterarse de que a mí me gustaba más fumarme un buen habano que ponerle dos pesos al 32, el hombre, misteriosamente, sacó de su cartera un veguero de los que ya no pueden fumarse, por culpa del maldito fisco, y me lo tendió, diciéndome:

—¡Pruebe usted esto, amigo! Néctar puro... son una maravilla... contrabando!

Me apresuré a encenderlo y, en efecto, las primeras «pitadas» me supieron a gloria

—¿Y se puede saber cómo han llegado a sus manos?

—Permítame que guarde el secreto; se trata de un amigo que los trae de contrabando y si yo le dijera a usted la procedencia..., usted que es periodista...

Fué inútil que yo le jurara que mi fe periodística estaba muy por debajo de mi afición al cigarro habano. Ninguno de mis argumentos convencieron a Padilla. El hombre defendía al contrabandista a capa y espada.

Llegó, por último el triste día de mi salida del Mar del Plata, pues se me habían acabado los recursos y la licencia, y regresé a Buenos Aires.

Padilla fué a despedirme al tren. Minutos antes de la salida del convoy, insistí en mi súplica. Padilla sacó del bolsillo del chaleco un papelito que llevaba preparado, y poniéndomelo en la mano, me dijo:

—Dígale que yo le mando... Ya le he escrito.

Me metí en el bolsillo aquella reliquia, y, cuando ya estaba el tren en marcha y sólo en mi cabina, abrí el papel. En él estaba escrito un nombre: Gabriel Mirás, y una dirección: Copérnico, 2312.

Claro es que lo primero que hice al llegar a Buenos Aires fué dirigirme a la calle Copérnico, 2312, en busca de Gabriel Mirás, el contrabandista de tabacos.

En el camino se me ocurrió una broma y resolví llevarla a cabo con la seguridad que me daría el resultado práctico de obtener tal vez más baratos los cigarros.

Bajé en la esquina de Pueyrredón y Las Heras y a pie subí la barranca que llega hasta Copérnico. Frente a un terreno baldío de una cuadra de extensión, hay una docena de casas, todas ellas nuevas, de dos y tres pisos, chalets modernos, que, mal podían, a mi juicio, servir de domicilio a un contrabandista de cigarros habanos. Consulté el número y allí estaba el 2312. Una puerta cochera, mejor dicho, de «garage», correspondiente a uno de los palacetes de la cuadra.

Me detuve en la esquina un momento y medité lo que debía hacer. Preguntar por Mirás... ¿no sería despertar sospechas en la casa? Tal vez el hombre desempeñaba allí alguna tarea con la que disimulaba su verdadera profesión de contrabandista. Tal vez era el «chauffeur» de la casa, y llevaba escondidas las cajas de cigarros dentro del coche de los mismos patrones, o era el portero y le servían de escondite para su contrabando el desván de la escalera o el propio escritorio del patrón. Pero... ¿no sería el mismo patrón? Estas reflexiones me tuvieron un momento indeciso, hasta que vi salir del 2312 a un hombre pequeño de estatura, afeitado, tipo español, bien trajeado y con un gran paquete, que inmediatamente supuse que eran cigarros.

El hombrecito miró a derecha e izquierda, como si quisiera convencerse de que nadie lo observaba y se dirigió hacia la esquina de Las Heras y Pueyrredón. Tenía forzosamente que pasar junto a mí. Esperé, observándole, y ya, con la idea de que el paquete que llevaba era de cigarros, lo dividí mentalmente en cajas y luego en cigarros. Según mis cálculos, el hombrecito llevaba 4.000 cigarros en aquel paquete. Al pasar junto a mí, el hombrecito me miró fijamente; yo clavé en él la mirada y debió escuchar el ruido que hice con las narices para oler a su paso el tabaco que llevaba, porque el hombrecito apresuró el paso y bajó la barranca casi corriendo.

Yo le seguí forzando también la marcha y, casi juntos, llegamos a la esquina. Pasaba un coche y el hombrecito lo llamó. Subió apresuradamente y, sin tiempo para darle la dirección, le dijo solamente: «siga»

Iba el cochero a fustigar al jamelgo para arrancar, cuando a una señal mía se detuvo. Vi, entonces la cara pálida, desencajada y sorprendida del hombrecito que, asomando por debajo de la capota, me miraba interrogante.

—¡Un momento!... —le dije. —¿Es usted el señor Mirás?

—¿Mirás?... —me respondió, tartamudeando y sin poder dominar un miedo espantoso.—¡Mirás... soy yo..., pero... yo no soy Mirás...

—¿Cómo es eso?—le dije sorprendido.—¿Usted es Mirás, pero no es Mirás?... ¿Quién es Mirás, entonces?... —Y, aprovechando el indiscutible dominio que ya ejercía sobre el hombrecito, subí al coche y repetí al cochero la misma orden anterior: «¡Siga derecho!»

Siguió el cochero al trotecito de su pobre jamelgo bajo un sol canicular y yo, sentado al lado del hombrecito, saqué del bolsillo el papelito que me dió Padilla y se lo leí:

—Gabriel Mirás, Copérnico, 2312... ¿No es usted?

El hombrecito palideció más aún ante la evidencia de que no tenía salvación. Seguramente se creía en poder de la justicia... Estaba perdido irremisiblemente, perdido, y temblaba de pies a cabeza.

Llegamos por las Heras a Callao; el tráfico era intenso.

Ante el silencio del hombrecito, me le fuí a fondo en las preguntas:

— ¿No es usted el que le manda a Mar del Plata, al señor Padilla, cigarros habanos?

Estas dos palabras concluyeron de desconcertar al pobre hombrecito. Me miró fijamente como intentando una súplica suprema, que lo salvara de un peligro imaginario, y, aprovechando que el coche se detuvo en la esquina de Callao, saltó agil y rápido, y desapareció de mi vista.

Fué tan rápida la escena, que ni el cochero se dió cuenta de la brusca desaparición de mi compañero de viaje El varita que dirige el tráfico hizo seguir al cochero su interrumpida marcha y éste volviéndose al interior del coche, me preguntó, no sin demostrar en la cara cierta extrañeza ante la falta de uno de los pasajeros:

— ¿Adónde vamos?

Le di la dirección de mi casa y continué el viaje, con el gran paquete abandonado en el coche por el hombrecito y que ahora tenía yo la más absoluta seguridad de que era de cigarros habanos, pues esas dos palabras habían determinado en el pobre contrabandista el pánico más espantoso, dichas por mí, en quien sin duda el infeliz había visto a un inspector de impuestos internos.

En cuanto llegué a casa, lo primero que hice fué abrir el paquete. Eran, en efecto, 3.000 coronas de Hoyo de Monterrey, legítimas, con sus envases íntegros, sin más impuestos que los de Cuba, y despidiendo a través de las frágiles tablitas, un aroma delicioso.

Claro es que yo no podía honradamente apoderarme de aquellos cigarros...

Esa misma noche envié un mensajero a la calle Copérnico, con una carta para Gabriel Mirás, en la que le explicaba el equívoco que tanto susto le había producido, y le rogaba me viniera a ver, sin miedo.

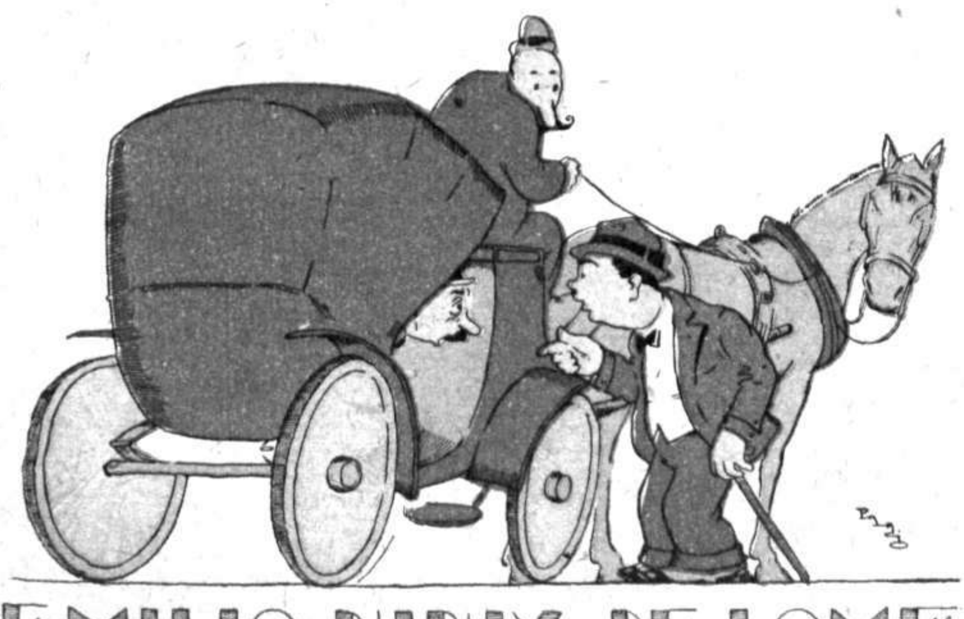
Poco tardó el mensajero en regresar. Volvía con la misma carta que yo le había dado y en el sobre, escrito con lápiz, decía: «El señor Mirás se mudó hoy, no sabemos dónde»

¿Qué hacer ante aquella desaparición del contrabandista que abandonaba en mi poder un capital en cigarros habanos?

Le escribí inmediatamente a Padilla, contándole lo sucedido y cuatro días después, que fueron para mí cuatro días de martirio, pues tener en casa tres mil cigarros habanos y no poderlos fumar, era algo peor que lo que padeció Tántalo en su célebre suplicio. Cuatro días, después, repito, recibí una carta de Padilla felicitándome por el «golpe maestro» que había dado y remitiéndome, a su vez, una carta de Mirás, graciosísima, en la que le contaba lo ocurrido:

«Figúrese usted, señor Padilla — le decía el pobre hombre — que el inspector se me metió en el coche y, gracias a que se distrajo un poco en la esquina de Las Heras y Callao, pude escapar de sus garras, dejando en su poder 3.000 cigarros de los que a usted le mandaba. Nada me importa la pérdida de esa partida, pues he hecho en estos cuatro meses un negocio redondo, y esta misma noche salgo para Montevideo, donde trataré de embarcar para la Habana. Volveré a mediados de año y traeré nuevamente cigarros, si Dios quiere y no me sale al encuentro ese inspector, ¡que mal rayo lo parta, y se le indigesten los cigarros, que estoy seguro se fumará, sin el menor escrúpulo, como buen funcionario nacional.»

Hice un paquete con la mitad de los cigarros y se la mandé a Padilla; la otra mitad, estoy aún fumándola, sin que hasta la fecha se me haya indigestado ninguno, afortunadamente.



EMILIO DUPUY DE LOME

DIBUJOS DE PALACIO

UNA CACERÍA EN LA PAMPA



El general Emilio Mitre, jefe entonces de la frontera del Oeste, concedió permiso a Juan Méndez para que realizara una boleada de avestruces internándose más allá de la zona sometida a su vigilancia estratégica. Se corrió la voz y en pocos días estuvieron listos ciento veinte gauchos con sus tropillas livianas en las cuales llevaban únicamente los caballos de marcha y de correr.

La autorización para mover aquella gente otorgaba por sí sola, a quien la obtenía, atribuciones de jefe de la pintoresca expedición; pero no bastaba para darle adherentes sin un concepto bien ganado de destreza, condiciones de mando y valor personal probado, fundador de prestigios en aquellos hombres en quienes las tares diarias eran continuado ejercicio de energías viriles.



Llamábase a Méndez primer boleador del Norte, y tenía tal fama debido a su incomparable habilidad en el manejo de esa arma arrojadiza, tomada de los salvajes, que eran notablemente certeros en sus tiros para los cuales usaban menores distancias que los gauchos.

La reputación de Méndez difundióse en el desierto, y llegó a las tolderías llevadas por los fugitivos de una invasión de merodeo sorprendida una vez por él con sus gauchos boleadores en pleno arreo de diez mil yeguas, que les quitó, conduciéndolas a Rojas, hazaña por la cual el gobierno de la Provincia le regaló una suma de dinero, una lanza, un revólver y el título de Capitán de guardias nacionales que ostentaba con orgullo en sus viejos años.

En aquella pelea, solía él recordar, no se oyó un solo tiro. Como el ruido seco que hacen al chocar las astas de los vacunos saliendo apretados del corral, oíase así el golpe de las lanzas contra los facones. Habíamos marchado en la noche y los sorprendimos durante su primer descanso. Los cargamos en cuanto se juntaron. Eran de las partidas de Pincén.

Semejantes recuerdos, invocaciones de las horas de combate que parecen remover atávicos sentimientos de los que clasifican al hombre entre los animales de presa, animaban como por un fuego interior la adusta fisonomía del narrador habituado a la impasibilidad, esa suerte de estoicismo con que se viste la energía, el coraje.

Podía él seleccionar sus secuaces, pues acudían desde todas partes los aficionados a riesgos y emociones parecidas.

Designóse el lugar de la reunión, no lejos de Rojas, población en la cual asentábase la comandancia general de esa frontera.

Desde el obscurecer del día anterior a la marcha deteníanse las tropillas y se maneaban las madrinas no lejos del *guayco* (1), alrededor del cual establecíanse los fogones.

Méndez conversaba entonces con el rumbeador y el vaqueano, personajes complementarios, poniéndose de acuerdo, sobre distancias, paradas, organización de la marcha, región donde debería formarse el primer cerco. Discutíase, reuniendo todos los rumores, indicios, versiones, las probabilidades existentes de topar con una invasión o con simples partidas de indios merodeadores que penetraban audazmente en regiones pobladas, con fines de robos y de espionaje. Según la importancia de los peligros a que se estaba expuesto determinábase el número de fogones en que vivaquearían los boleadores. Si se creía probable o posible hallar en el rumbo una invasión delante de la cual hubiera que replegarse, multiplicábanse los fogones.

Igual táctica observaban los salvajes en sus incursiones. El calor de las brasas, encontradas muchas veces todavía humeantes, avisaban de peligro recíprocamente y obligaban a retroceder o a cambiar de orientación.

Las decisiones del jefe de la boleada eran inapelables, tenían la severidad y el derecho a la obediencia de las consignas militares. Regíanse por disposiciones establecidas y sancionadas como leyes de la pampa que debían ser conocidas y acatadas para fundamento de la seguridad de todos y de la disciplina necesaria al orden y a la concordia, base de la organización voluntariamente aceptada.

Así la piel del tigre pertenecía a quien lo mataba; la del puma al que lo veía, dado que este animal es tímido y se esconde ante los asomos del peligro.

Al clarear la aurora de uno de los días en los cuales comienza la primavera, cuando aun las pieles no han perdido su valor invernal, Juan Méndez ordenaba la marcha. En grupos, sin perder contacto, al trote largo y galope corto de sus caballos, poníanse sus hombres en camino arreando las ágiles tropillas. La dirección y el aire de la marcha determinábanlo la distancia de la aguada junto a la cual se haría noche o se pasarían las horas en que el sol quemara.

Algunos caballos cargueros conducían ollas y pavas para la sobria comida de la noche, y así mismo los mates de la velada animada y parlera, las guitarras para entonar nostálgicos estilos.

El jefe había consentido a varios mercachifles el derecho de seguir a los boleadores con sus jardineras provistas de conservas, baratijas, ponchos, artículos diversos susceptibles de ser trocados por plumas y pieles a lo largo de las jornadas provechosas y entusiastas.

No poca decisión, no poco coraje, a fe, necesitaban estos hombres, quienes corrían la aventura tras de sus utilidades en condiciones de mayores riesgos

(1) Laguna pequeña y profunda.

y percances que los cazadores mismos. Prohibíaseles vender bebidas espirituosas las cuales solamente aparecían bajo la vigilancia y distribución del jefe.

Por fin, a los muchos días de camino, dejadas atrás las últimas poblaciones, aquellas que hicieran a rigor de intemperie, paciencia, resignación, supremas energías ignoradas, la riqueza del país y su prosperidad actual irreductible, se acampó en las márgenes de la aguada protectora.

Méndez indicó quiénes debían ser los punteros para formar el cerco, las señas visibles con que darían a conocer su dirección y movimientos, y al recordarles las últimas disposiciones para la cacería repetía: nadie bolea hacia adentro.

Al amanecer del día siguiente los *punteros* partían en opuesta dirección, llevando de tiro el caballo de correr enriendado, luciendo éste por todo apero un cuero de carnero sujeto con un cinchón de tres vueltas.

Al alejarse, a una distancia convenida de antemano, eran seguidos por los demás boleadores quienes desprendíanse todos, y uno a uno, en la misma forma desde el núcleo central, cuidándose de conservar la misma huella.

El número de la gente determinaba el espacio en que los punteros debían ir acomodando la marcha para cerrar una enorme extensión de campos silenciosos y desiertos donde quedaban como encerrados millares de avestruces, centenares de gamas y también tigres y pumas.

Cuando los que guiaban la operación se avistaban a la distancia, confirmaban su identidad con movimientos visibles, iguales, convenidos en reserva de antemano a manera de santo y seña. Al encontrarse apresurábanse a apearse de sus caballos de marcha siendo imitados inmediatamente por quienes venían detrás y así, en escasísimos minutos, se conocía la terminación de la habilísima maniobra iniciadora de la agitada correría.

Con una rapidez sorprendente que la impaciencia imaginaba lentitud, aquellos jinetes avanzaban a su frente convergiendo hacia una misma dirección, puesto a la par el flete de marcha.

Ya los tímidos y vigilantes ñandúes habían sentido el peligro. Despaciosamente, azorados, empinando el largo cuello con inquietud se concentraban, alejándose de los rumores que les traía la tierra.

Como si ellos fuesen los centinelas, que debían dar con sus pasos y su alarma la voz de alerta, el desierto se conmovía; todo lo que allí vivía emprendía la fuga despavorida, fuga que reunía en vez de dispersar, pues desde todos los rumbos aparecían los enemigos encaminados hacia el centro del amplio cerco.

A medida que los jinetes avanzaban oprimiendo el espacio cercado, encerrado, y aproximándose los unos a los otros, los ariscos animales sorprendidos y ofuscados daban vueltas en una nerviosa, febriciente, continua rapidez, hasta que, enloquecidos, concluían por emprender la huída desesperada, abriendo sus plumosas alas, botín codiciado, por entre las filas de los boleadores.

Entonces comenzaba propiamente la cacería.

Aquellos por en medio de los cuales habíase roto el cerco perseguíanlos a toda la furia de sus caballos, revoleando sus ñanduceras las cuales arrojaban a distancias variables de una, dos y tres vueltas, para que cayeran sobre el lomo o el pescuezo del avestruz, y se les enredaran en las largas piernas. El animal caía y se revolcaba nerviosamente en el suelo.

Cada gaucho llevaba boleaderas de repuesto envueltas en la cintura para no perder la presa aun en el caso de errar el primero y hasta el segundo tiro.

Solía suceder que un avestruz mal boleado siguiera corriendo y entonces lo redujera la habilidad de otro corredor.

La difícil averiguación sobre la propiedad de la presa se esclarecía otorgándola a aquel cuyas ligaduras quedaban sobrepuestas.

La animación impresionante y revoltosa sobrevenía al estrecharse completamente el cerco cuando los animales enloquecidos por las carreras y la algazara rompían las filas en confusa dispersión. Era el momento del correr en aparente desorden, de los gritos de auxilio o de aviso, la embriaguez de los éxitos, el lucimiento de la destreza, la audacia de las combinaciones, la rapidez de los movimientos, del olvido de todo riesgo.

Caía la tarde.

Méndez recogía su caballo, contemplaba el campo, donde corrían todavía algunos gauchos detrás de los avestruces rezagados, y al tranco lentamente tomaba el rumbo de la aguada junto a la cual se había pernoctado y se cuidaban las tropillas por aquellos designados para esa vigilancia a cambio de una parte de las plumas generosamente cedidas por los más afortunados.

Llegado al sitio del descanso escuchaba los partes traídos por cada jefe de real o fogón, en los cuales dábanle cuenta de las peripecias sucedidas a sus hombres. Si no faltaba ninguno, si nadie había perdido su caballo y todos habían salido ilesos de las rodadas, caídas, el parte era sin novedad. En cambio si alguien no aparecía o alguno se lamentaba de un percance, teníase el deber de buscarlo o remediar la desventura. Todos para uno era también una ley de la pampa.

Cuando el cerco había encerrado copiosas cuadrillas y resultado provechosa la boleada, deslizábase gran parte de la noche en la narración de los episodios acontecidos llenos de intensas emociones.

Elegíase luego el sitio para el nuevo cerco allá donde no hubiesen llegado los rumores del anterior, y así de cerco en cerco, volvían a los dos meses de correrías cargados de recuerdos, y como siempre, como en la vida, los mercachifles eran dueños de las plumas arriesgadamente adquiridas.

Mientras tanto serenábase el campo movido por aquella agitación, y la frágil memoria animal perdía las sensaciones vividas, restableciéndose la calma majestuosa con que la naturaleza hace sentir su imperio.









TIPOS DE LA CIUDAD



Los autores dramáticos ha mucho tiempo que no hacen monologar a sus personajes, debido, entre otras razones, a que no siempre saben lo que se hacen los que trabajan para el teatro. En la realidad hay monólogos y no hay para qué decir que es una tontería eso de hacer que un personaje dramático le diga unas cuantas cosas a los botones de su chaleco. El menos discursivo ha hablado a solas más de una vez en la vida. Lo que quiere decir que el monólogo no es una tontería para comodín de comediógrafos malos.

Hay muchos hombres que hablan a solas, y eso lo sabemos desde los días de la Biblia. Job, Prometeo... El que monologa es una realidad en que lo reidero se da la mano con lo aflictivo. Cuando lo vemos pasar — nos referimos siempre al hombre que va hablando solo — nos echamos a un lado, como si supiéramos que «eso» es una fuerza de Dios. Porque es seguro que el que anda fuera de sí es algo muy parecido a un conflicto en marcha, a una tragedia en potencia o a una humanidad señalada por los dioses hostiles.

Abstengámonos, pues, de hacer chistes ante la exaltación de esos hombres y preguntemos que por qué hay tanto monólogo en marcha en las calles de toda gran urbe. El que habla a solas es de lo más pintoresco, y bien merece que nos detengamos ante su obsesionante personalidad. El pobre va por la calle como si caminara por la mitad del desierto, sin fijarse en los que lo miran y sin darse cuenta de que va constituyendo un espectáculo gratis. Diríase que ese hombre va absorto en la contemplación de un paisaje interior o en la audición de un discurso diabólico. El infeliz se va abriendo paso a través de la muchedumbre, moviendo las manos, haciendo visajes y llamando la atención de las personas observadoras.

Viéndolo ir es necesario pensar en don Quijote y en Hámlet, que fueron héroes de largos monólogos. El que habla a solas, si no se pregunta, como Hámlet, por la razón de su vida, se va preguntando, como don Quijote, que dónde hallará un par de medias que le libren de mostrar la hilacha en la casa del duque o en cualquier otra parte. Todos esos discursos están inspirados por la falta de metales preciosos, que fué, de seguro, lo que invalidó a don Quijote ante los representantes de la brutalidad y la impertinencia. Ya es sabido que todo es cuestión de medias... «Ser gran caballero — que se dijo el de la Triste Figura — y tener medias con puntos!»

Seguro que el hombre a quien acabamos de ver es un hombre infeliz a quien han dicho que «no» en la sastrería de la esquina o a quien acaba de conminar un casero execrable. Porque es seguro que lo que perturba a los héroes del soliloquio no es la truculencia de un drama cinematográfico, ni la tristeza de una fea historia escuchada al pasar, sino una cosa propia, íntima, acuciadora. El que habla consigo mismo es porque ha sido puesto al margen de la comedia y porque se le importa un ardite que lo vean o que lo dejen de ver los que pasan por la calzada.

Hablar a solas a la vista de una muchedumbre hostil es tanto como decir: «Aquí va un conflicto». Hay que pensar que ya ha de estar hasta el colodrillo el que sale manoteando con tremenda cara de basilisco. Malo, malo tiene que ser el que dice en mitad de la calle las cosas que se le ocurrieron a Job. Lo que quiere decir que no debemos «meternos» con el hombre del soliloquio. Si la felicidad hace tontos, el dolor hace locos, y Dios sabe lo que nos puede pasar con semejante figura. El que sale a la calle hablando con los botones de su chaleco es un héroe a quien se le complican las cosas, que habla porque quiere justificarse y que acciona porque no sabe lo que se hace. Si lo supiera, ni accionaría ni se perdería en la simplicidad de unos alegatos inútiles. «El hombre hace lo que puede, y luego es la casualidad la que lo hunde o lo salva». Que fué lo que dijo el gran Carlos V el día en que, ya cansado de hablar con las costuras de su jubón, renunció a las pompas de este pícaro mundo.

Y cuentan, o dicen que cuentan, que para el caso es lo mismo, que el que anda hablando por esas calles del municipio es casi siempre un hombre de condición infantil. El discurso es para ellos lo que la válvula para la máquina de vapor, y de ahí que ninguno de esos ciudadanos reviente perturbando el desorden establecido. Cuando a un hombre le hacen una perrería y ese hombre se pone a hablar como los héroes de Echegaray, eso quiere

decir que la cosa va a acabar por las buenas. Lo malo sería que el atropellado no dijera nada que se retirara «a rumiar» sus agravios o que sonriera pensando que todos nos encontramos por esos largos caminos.

El hombre del soliloquio... Ello es que en Buenos Aires hay infinitos hermanos nuestros que andan por ahí con una facha muy rara, haciendo sonreír a los espíritus simples, regocijando a las almas perversas y demostrándonos que todavía hay quien pierde en el juego de la existencia. Nos bastaría, para saber que andan por ahí muchos pájaros raros, con tomar asiento al ventanal de un café y mirar hacia la muchedumbre que pasa. De cien hombres, diez, por lo menos, pasan moviendo las manos, como si se hallaran en presencia de un juez neurasténico. Es así cómo se manifiesta la protesta de los que pierden, la ira de los que no aciertan, el cansancio de los que buscan lo que no hallarán en la vida.

El que gesticula es algo así como un índice de infelicidad... Pero dejemos pasar a esas pintorescas figuras y pongamos la mirada en los infelices que, más tranquilos o mejor educados, saben «despistar» «al respetable» con una linda «parada» y una sonrisita de triunfo. Esos tipos son un poco más evolucionados y un poco más peligrosos también que los que vemos gesticulando por la amplitud de esas calles. Los serenos son los que pueden darnos un tremendo disgusto y los que, por lo pronto, nos distraen con el mentiroso optimismo con que representa su papel «El de las cuentas galanas».



DIRÍASE QUE ESE HOMBRE VA ABSORTO EN LA CONTEMPLACIÓN DE UN PAISAJE INTERIOR O EN LA AUDICIÓN DE UN DISCURSO DIABÓLICO.

MANUEL AZNAR

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

MOTIVO DE LA PRIMAVERA



Con un gesto de santo
Se ha dormido el invierno;
Y en el medio del campo
Lo han encontrado muerto.

A través del camino
Que forma la alameda
Se lo llevan metido
En sus ropas fraileras.

Da pena que en un día
Tan claro y tan sereno
Tramonte la colina
El fúnebre cortejo.

El aire se ha poblado
De mil ritmos sonoros;
Parece que los pájaros
Se hubieran vuelto locos.

El ojo de la charca,
Que del cielo desciende,
Se trocó esta mañana
En un moño celeste.

Y como una chicuela,
Con un gesto travieso,
Trepó la primavera
Las ramas del almendro.



HÉCTOR M. IRUSTA



PAISAJE AL PONERSE EL SOL

El cielo
al poniente oro rojo;
al cénit oro pálido;
al oriente heliotropo.

y el campo también oro,
— oro de pasto y sol poniente —
aquí y allá pintado
por la sombra ovalada de árboles dispersos,
parece que lo hubieran alfombrado
con el cuero de un tigre gigantesco.

Un ombú y varios ranchos
se van adornando de misterio;
y atado rienda arriba bajo el ombú,
relincha y manotea un caballo parejero.

Cerca, canta un chingolo;
lejos, hieren la tarde gritos de teru-teros;
y en el horizonte,
bajito, bajito como a media picana,
el Sol, antes de irse limpia sus lanzas
en el agua tranquila de las cañadas.

DIBUJO DE BONOMI

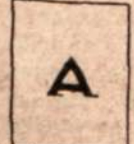
FERNÁN SILVA VALDÉS

LA MANO CORTADA

MARTINEZ POR ZUVIRIA

HUGO WAST

NOVELA INÉDITA ESCRITA ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"



A la hora de la siesta, por el umbrío camino del pueblo, entre dos filas de álamos altísimos, bajaba la cuesta un hombre, a quien ladrabran sin acercársele los perros de los ranchos que iba dejando atrás.

Sus gruesos botines estampaban en el polvo blanco una huella desconocida, y su blusa de tela azul ponía también una nota extraña en el paisaje del lugar.

Avanzaba con paso lento y fatigoso, llevando al hombro una bolsa de arpillera, pendiente de un garrote, que empuñaba



—¡MAMÁ, EL HOMBRE DE LA MANO CORTADA!

con la mano izquierda. Deteníase para tomar aliento, dejaba caer el fardo, y podía observarse entonces, al encogerse la manga derecha, el muñón velludo y rojizo de aquella muñeca cortada a cercén.

No tenía bigote ni barba; y sus labios estaban resecos, como si muriera de sed. Aspiraba con delicia el aire dulcísimo, que mecía las copas de los árboles, y cargaba de nuevo su fardo y echaba a andar, adivinando tal vez que al pie de la cuesta corría un arroyo.

Mas lo venció la sed. Se aproximó a una de aquellas casuchas de barro techadas de paja, que se divisaban por los claros de la alameda, a la orilla de un alfalfar. Los perros no le permitían llegar al patio, donde picoteaban algunas gallinas, y un corderito guacho mordisqueaba los pastitos nacidos a la sombra de las paredes.

Dejó caer la bolsa y descargó con su bastón dos o tres golpes en la tranquera.

Redobló el alboroto de los perros: una voz de mujer gritó desde el interior del rancho: «¿Quién es?» y aparecieron dos tímidas muchachitas cogidas de la mano, recelosas ante el raro visitante.

—¿Qué se le ofrece?

—Un jarro de agua, por amor de Dios.

Hizo el hombre un ademán y las chicuelas advirtieron que era manco, y huyeron despavoridas.

—¡Mamá, el hombre de la mano cortada!

La puerta del rancho cerróse con estrépito, y sólo quedaron afuera los perros enfurecidos, el corderito asustado y las gallinas indiferentes, buscando junto al horno algunas migas de pan.

El hombre aguardó un rato, sonrióse luego con desdén y amargura, recogió su bolsa y prosiguió su camino.

La alameda terminaba al comenzar la pendiente, que era pedregosa y árida, porque las lluvias desnudaban sus flancos, arrastrando hasta el valle toda tierra vegetal.

Allí corría un arroyo inagotable y límpido, entre berros y cañas, al amparo de seculares sauces llorones, cuya sombra refrescaba sus aguas. En una de sus márgenes se advertían las ruinas de dos molinos que dieron nombre al pueblo.

El hombre de la mano cortada se echó de bruces y bebió ansiosamente de aquella purísima, que permitía ver las arenas del fondo y millares de mojarritas plateadas, y luego fué a sentarse en la piedra roja, ceñida por zunchos de hierro, que medio siglo atrás movía la corriente de



—SI SOY FORASTERO... A LOS FORASTEROS, ¿LOS RECIBEN SIEMPRE ASÍ?

aquel mismo arroyo, para que moliera el pan de la aldea.

Se adormeció recostado en su bolsa, al canto de los pájaros, con la cara cubierta con la manga de su blusa azul, hasta que lo despertó el ruido de unas ramas que se rompían.

Media docena de pilluelos estaba contemplándolo, con curiosidad y con miedo a la vez, y por todos los caminos que descendían al arroyo, bajaban otros a verlo, como si se tratara de un animal salvaje, entrampado por un cazador.

Como él se incorporase, lanzaron ellos gritos de espanto y huyeron.

—¡El hombre de la mano cortada!

En un instante desaparecieron todos, unos cuesta arriba, otros salvando los bardales de ramas espinosas, otros a lo largo del arroyo, que media legua más abajo desembocaba en el ancho y tranquilo Río I!.

El hombre de la mano cortada meneó la cabeza con fastidio y volvió a tumbarse, escondiendo la cara, y de nuevo se adormeció.

Cuando se despertó, había un viejo sentado en la misma piedra, mirándolo como si aguardara que abriese los ojos; y, por entre la arboleda, que empezaba a obscurecer conforme atardecía, divisábanse manchas claras y bultos inquietos, signo de que allí había gente esperando el resultado de la conferencia que iba a tener lugar entre aquellos dos honmbres.

El viejo era pálido, de barba descolorida, vestía de negro y usaba anteojos con armaduras de latón.

—Usted, por lo visto, es forastero... —comenzó diciendo, y el hombre de la mano cortada lo hizo titubear con una pregunta.

—Sí, soy forastero... A los forasteros, ¿los reciben siempre así?

El viejo compuso el pecho y prosiguió:

—Yo soy el maestro del pueblo y he comprendido que usted nunca ha estado en este lugar.

El hombre de la mano cortada lo miró curiosamente:

—¿Por qué ha comprendido eso?

—Porque se acercó a un rancho a pedir agua, cuando tenía aquí al arroyo.

—Es verdad... Usted es muy sagaz...

El maestro sonrió, halagado.

—Yo conozco a todos esos niños que usted ha visto alborotados por su llegada: son o han sido mis discípulos.

—Hay que felicitarlo por sus discípulos —dijo, con sorna el forastero. —No han sido capaces de darme un sorbo de agua

en el camino y sehan pasado la voz para venir a espiarme mientras dormía, acorralándome como a un gato rabioso. Me hubieran apedreado si no me tuviesen miedo.

El acento de aquel hombre era el de un extranjero que ha venido de niño al país, o el de un viajero que ha pasado muchos años fuera de su tierra.

—Se ve que no es de aquí —volvió a decir el maestro. —Esos pobres chicos no son peores que los de otros lugares, pero usted los ha espantado...

—¿Cómo?

—Usted no sabrá, tal vez, ni el nombre de esta población.

—Sí, lo sé; en el pueblo vecino me lo dijeron. Vengo de allí y voy de paso...

—¿Va de paso? ¡Mejor! Usted no podría vivir en este lugar ni dos días...

—¿Tan salvajes son sus vecinos?

—No es eso... Es que aquí se aguarda hace años a un hombre que tiene la mano cortada, como usted...

—¿Para qué se le aguarda?

—Se cree que, fatalmente, vendrá un día u otro, a buscar la mano que aquí perdió...

—¡Qué curioso! —exclamó el desconocido incorporándose del todo, y requiriendo el grueso bastón, como si necesitara apoyarse o defenderse, guardó silencio durante un rato, en que solamente se oyó la canción fresca del arroyo.

—¡A bucar su mano!... ¿Dónde la encontraría?

—En el cementerio... En el cajón de una muerta, enterrada hace más de veinte años...

—En el cajón de una muerta!... Decididamente, sus vecinos están locos. ¿Cómo se llamaba esa muerta?

—Panchita Montiel. Era la sacristana de la iglesia...

Aquel hombre atezado, de tez curtida por el sol y los vientos, palideció al sentir ese nombre, y el bastón se le escapó de la mano y rodó sobre la piedra hasta el agua. Se bajó a recogerlo, y solamente habló cuando ocupó su asiento al lado del maestro, que repetía siempre: «Usted no es de aquí; por eso ignora esto.»

—¿Creen que ese hombre vendrá a buscar su mano? ¿Y qué piensan hacer ellos si viene?

—No sé, no sé. Del crimen de que podrían acusarlo, ya no hay ni rastros en los papeles de la justicia. Han cambiado tantos jueces en este lugar, y han sido tan rústicos, la mayoría, y tan poco cuidado-



EL VIEJO MAESTRO HABLA CON LOS VECINOS Y LES ASEGURA QUE NO ES EL HOMBRE QUE ELLOS CREEN.

sos de sus expedientes, que habrán encendido el fuego, muchas veces, con las hojas de aquel sumario.

—¿Se hizo un sumario?

—O tal vez no se hizo nada. Esta es gente de pocas letras. El hombre de la mano cortada y el maestro se miraron un rato en los ojos, como si quisieran penetrar sus pensaminetos. Los ojos del maestro eran mortecinos a través de sus empañados cristales; los del forastero, azules, duros, penetrantes.

El maestro prosiguió tranquilamente:

—Yo no vivía aquí en el tiempo en que sucedió aquello... No conocí al que perdió la mano... Pero en el pueblo hay muchos que lo reconocerían, si lo volvieran a ver.

—¿Aunque estuviera muy cambiado?

—Seguramente... Usted sabe, los paisanos son gentes de buena memoria. Sólo quieren verlo una vez, para saber, de cierto, quién fué aquel hombre.

—¡Qué extraño lo que me cuenta! No saben quien fué el hombre que perdió la mano, pero saben que vendrá a buscarla y usted está seguro de que ellos lo reconocerían al verlo... ¿Será porque le falta una mano como a mí?...

—No. Sólo tres personas pudieron cometer aquel crimen. Se pensó especialmente en uno, precisamente en el que menos debieron pensar. Y esta gente quiere estar segura de que fué verdad; le pareció imposible.

La tarde iba cayendo. La alameda era una masa de sombras cortada por la franja blanca de la carretera.

El desconocido pasó la punta de su bastón por el nudo de su bolsa, y fué a echársela al hombro, como si quisiera seguir su camino, pero el maestro lo detuvo.

—El pueblo más cercano queda a cinco leguas. Ya no llegará antes de la noche, y de noche nadie le abrirá su puerta, ni le dará un pedazo de pan.

—¡Estoy acostumbrado!

—¿Quiere venir hasta mi casa? Vivo solo. No tengo más familia que una hermana vieja, como yo. Cenará conmigo esta noche y le contaré esa historia.

El caminante volvió a mirar los ojos inocentes del maestro y pareció tranquilizado. Fué a levantarse, pero se contuvo al notar que un verdadero gentío se había dado cita a la orilla del arroyo, para espiarlo, a través de los árboles. Se echó el sombrero a la cara y se dispuso a aguardar el tiempo que fuera preciso.

Pero tenia hambre, un hambre de lobo



SE ADORMECIÓ RECOSTADO EN SU BOLSA, AL CANTO DE LOS PÁJAROS, CON LA CARA CUBIERTA CON LA MANGA DE SU BLUSA AZUL.

rriéndose y marchándose de allí a sus quehaceres; los muchachos desaparecieron los últimos, a pesar del respeto que les inspiraba la orden del viejo de anteojos de latón. Sólo quedaron algunos perros, acechando tras de los matorrales, prontos a ladrar en cuanto el forastero se aproximara al pueblito.

Era de noche cuando el maestro y su extraño huésped llegaron a la puerta de la escuela fiscal, en cuya fachada había una chapa con el escudo de la nación, y en cuyo zaguán, al sentir que se abría la puerta, apareció una vieja, con una lámpara de loza en la mano.

—¡Buenas noches! ¡Adelante quien quiera que sea!

II



sí lo dijo, por buena costumbre: «¡adelante quien quiera que sea!», y sin pensar en nadie. Era el tiempo y la hora en que el aire ligero de las huertas se impregna del dulce perfume de los duraznos maduros. La hermana del maestro no miró al visitante, que dejó su bolsa al lado de la puerta.

Junto con la lámpara llevaba una canasta de fruta, y entró ella primero en la pieza grande y fresca, blanqueda en sus cuatro paredes, y sobre la mesa tendida puso la luz y el postre para la cena.

Y sólo entonces pensó en conocer al recién llegado que su hermano le presentaba; y no pudo contener un grito y se apartó, retrocediendo hasta la pared.

—Es un obrero que ha salido del hospital. Perdió la mano en



AVANZABA CON PASO LENTO Y FATIGOSO, LLEVANDO AL HOMBRO UNA BOLSA DE ARPILLERA.

acorralado por la jauría, en un rincón del desierto.

El maestro comprendió su repugnancia de pasar por delante de todos aquellos testigos, que lo contemplaban con curiosidad, con encono y con miedo, a la vez; y fué a pedirles que se alejasen, porque no era el que esperaban.

—¡No es él! Este es un pobre hombre que busca trabajo. Se albergará en mi casa, y mañana seguirá su camino. Váyase cada cual por su lado.

Hombres, mujeres y niños se miraron con desilusión, y fueron poco a poco abu-

la fábrica, y ahora... ¡Acércate, hermana, y salúdalo!

Ella era una viejecita pálida también, mayor que el maestro, sin duda, con el cabello ceniciento, ojos color de acero y una barbilla larga y temblorosa. Obedeció, y se aproximó al huésped y lo saludó con una reverencia. Los ojos azules de aquel hombre relucían y estaban negros de ira, pero trataba de sonreir y de bromear para no espantar a la dueña de casa.

—¡Ya sé que en este pueblo corre una leyenda, y esperan que un día vendrá un hombre, que tiene la mano cortada.

—Sí, señor, sí...

—Algunos me han visto a mí y creen que yo soy ese hombre que cometió un crimen...

—No, señor, no...

—Sentémonos a la mesa, que es hora —dijo el maestro, alegremente. — ¡Hermana, otro cubierto!

—Hay dos cubiertos ya para ustedes dos. Yo serviré —dijo ella, que no se animaba a comer junto a aquel hombre.

La lámpara de loza, con pantalla de papel plegado, no alumbraba más que el cuadro blanco de la mesa, los tres platos apilados delante de cada asiento, el pedazo de pan casero, el botellón del vino y la cesta de frutas. Pero dejaba en la sombra las facciones de los visitantes, cuyas miradas corrían por todos los rincones de la pieza.

—¿Siempre esta casa fué escuela?

—No —respondió el maestro. —esta casa pertenece a la iglesia, y el cura de esta parroquia vive en la quinta del seminario, a una legua del pueblo. En esta casa, antes de ser escuela, vivía la sacristana... Aquí vivió Panchita Montiel...

—¿Hay un patio con un parral?

—Sí; ya las uvas comienzan a madurar; pero las avispas se las comen antes que cortemos un racimo.

—¿Hay un pozo con brocal?

—¡Sí! ¿Cómo sabe?

—Al entrar lo vi desde el zaguán.

—Es verdad: desde el zaguán se ve toda la casa hasta el fondo.

—He visto en el fondo una puerta ancha, que debe dar al campo.



ELLA MISMA SUBÍA A LA TORRECITA Y LLA ABA A MISA CON DOS HERMOSAS CAMPANAS DE QUE EL PUEBLO ESTABA ORGULLOSO.

—No, no; antes hubo. Después la tapiaron; quedó la señal, y eso lo ha engañado.

Entró la hermana del maestro con una sopera humeante, y durante un rato comieron los dos en silencio.

Los ojos del hombre de la mano cortada dejaron de escudriñar los rincones y se posaron en su plato, que la vieja llenó dos veces, tal era la voracidad con que comía. El murmuró, en son de excusa:

—Hace dos días que no pruebo bocado.

El maestro lo observaba.

—¿Usted ha sido siempre obrero? — le preguntó, de pronto, y el hombre se turbó.

—No siempre. Yo he estudiado... ¿Por qué me lo pregunta?

—Sus modales no son los de un obrero...

—Sí, yo he estudiado... Pero de esto hace mil años. Ahora no sé nada, y ya no serviré sino para mendigo... Pero usted me prometió contarme una historia.

—Sí, cuando hayamos comido; mi hermana es capaz de no dormir si me oye contarla, aunque, ya la sabe.

—¡Nervios de mujeres!... Y ese cemen-

terio... ¿queda lejos de aquí?... Cuando sepa esa historia tendré curiosidad de ver dónde enterraron a aquella muerta.

—¿Quiere hacer más leguas todavía? El cementerio está lejos de aquí, y la tumba de ella está borrada por un yuyal. A la pobrecita la enterraron en un rincón, y no hubo nadie que cuidara de su tumba.

Así que hubieron comido, sentáronse en el patio, junto al pozo, cuyo brocal blanco se veía desde el zaguán, y en cuyo crucero florecía de noche una enredadera, humedecida por las gotas que desperdiciaba el balde. Allí el maestro, en voz baja, refirió la historia.

III

PANCHITA era la hija mayor del hombre más importante del lugar, don Froilán Montiel, dueño de uno de los molinos cuyas piedras se disgregaban hacía cincuenta años a la orilla del arroyo.

Los molinos mecánicos de la ciudad y el ferrocarril arruinaron la pequeña industria local, y don Froilán quedó reducido a sus parcelas de quinta en el pueblo y a unos potreros poblados con vaquitas criollas, que poco a poco se fué comiendo.

Cuatro hermanos tuvo Panchita, ninguno de los cuales alcanzó a cumplir diez años.

Entre un padre severo y adusto y una madre triste y devota, vivió Panchita muchos años, sin compañeras de juegos, sin diversiones, con humor tranquilo y espíritu limitado por sus montes.

Su casa estaba junto a la iglesia, casi pegando con la sacristía. De aquel pozo profundo, cavado a pólvora en la peña viva, se proveían de agua los vecinos que no tenían con quien mandar al arroyo; y la niña, todas las mañanas, llenaba sobre el brocal de piedra las vinajeras de cristal, para la misa del cura, a las siete en verano y algo después en invierno.

Ella misma subía a la torrecita y llamaba a misa con dos hermosas campanas de que el pueblo estaba orgulloso, porque ninguna otra iglesia de aldea las tenía iguales.

Eran dos anchas campanas que el cardenillo había barnizado. En la orilla de una había una franja en alto relieve, con las escenas del «Via Crucis»; en la de la otra, los Misterios del Santo Rosario.



AVANZABA CON PASO LENTO Y FATIGOSO.

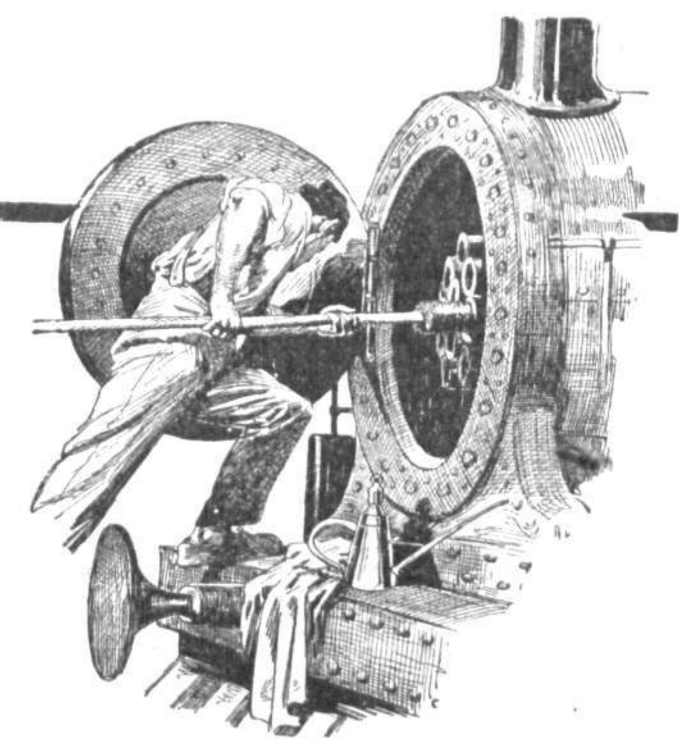
Panchita subía, gozosa, cada mañana, por una escalera de ladrillos dorada de sol. Las campanas estaban al aire libre, y el viento de la torre enrojecía las mejillas de la niña. En invierno, en los días de fiesta, cuando correspondía llamar, no con un toque llano sino con un alegre repique, se soplaba los dedos entumecidos, y empuñaba los dos gruesos badajos, que habían mordido el borde de las campanas, formando por dentro un círculo brillante como el oro.

Después del repique, sentábase Panchita en el parapeto y con un alfiler arañaba en las campanas su pobre nombre o estudiaba las escenas cinceladas allí. Llegó a conocer cada una de aquellas figuras, y cuando las hería con un duro martillazo parecíale que del seno misterioso del bronce volaba su alma sobre las lomas rocallosas, o las chacras en flor, o los pajonales blancos y ondulantes, o los montes tupidos y obscuros; y los hombres reconocían su voz, los hombres de su valle, desde el confín azul hacia el norte, donde el cielo pegaba con la tierra, hasta la adusta cordillera, atrás de la cual existían países que ella nunca vería.

Nadie en su pueblo estaba más orgullosa que ella de su iglesia, que poseía, además de dos maravillosas campanas, un tesoro en vasos sagrados, dignos de una catedral.

(CONTINUARÁ)

DIBUJOS DE PÁR PAGNOLI



Retórica y poética

Cada verso tiene, su carácter, cada tema su colorido.

Y siendo así, ¿por qué, si no puedo ni sé guardar el debido estilo, se me va a llamar poeta?

¿Por qué, cediendo a una vergüenza tonta, quiero más bien ser ignorante que aprender?

Un asunto cómico no debe ser tratado en verso trágico.

Del mismo modo, no se puede tolerar que me refieran la cena de Tieste en versos familiares, apenas dignos del estilo cómico.

Manténganse cada una de estas composiciones dentro de sus límites y guarde el estilo adecuado y que el *buen gusto le trazase.*

Con todo, a veces la comedia levanta también la voz y Cremes, verbigracia, riñe con tono vehemente; mientras que otras veces la tragedia se duele en lenguaje familiar.

Telefo y Peleo, pobres los dos, desterrados los dos, desechan las frases rimbombantes y las palabras de pie y medio si han de mover a compasión con sus quejas las almas de los espectadores.

No basta que los poemas tengan belleza de estilo: es necesario también que sean patéticos y que lleven tras sí el corazón del oyente.

Como es natural en el hombre reir viendo que otros ríen, así lo es también llorar con los que lloran.

Si quieres que yo llore, llora primero tú, Peleo, o tú, Telefo; entonces harán mella en mí vuestras desgracias; porque, si no hiciéreis bien el papel que se os ha dado, vuestras desgracias o me darán risa o me darán ganas de dormir.

A un semblante triste corresponden palabras tristes; a un enojado, palabras amenazadoras; al divertido, chistosas; al serio, graves.

La naturaleza nos predispone interiormente a la expresión que conviene según las situaciones en que nos hallamos; nos invita a la alegría, nos mueve al furor, nos abate *bajo el peso de una gran tristeza* y nos angustia; después de esto, valiéndose del lenguaje, como de un intérprete, expresa los movimientos del alma.

Si las palabras no corresponden al estado de ánimo y a la condición del que las dice, todos los romanos, nobles y plebeyos, se reirán de él a carcajadas.

HORACIO.

— Pero, ¿cómo? Me felicitas de Año Nuevo otra vez, ¿nena?
Nena. — Sí, abuela, porque necesito otra muñeca...



El pájaro negro. — ¿Y para qué sacará tanta lengua?
El pájaro blanco. — Para compensar el peso de la cola.

DISCOS DOBLES NACIONAL

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA

Disco Doble "NACIONAL" de 25 ctms. a $ 3.25
DUO GARDEL - RAZZANO. Con acompañamiento de 4 guitarras RICARDO - BARBIERI
18121 { PA QUE ACORDES. Tango. Solo Gardel. (Segundo premio del Gran Concurso de tangos del Grand Splendid Theatre). Seitún - Lomuto.
Tesorito. Tango. Solo Gardel. Caruso-Avilés.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00
ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica
6323 { Hopa-Hopa. Shimmy. Fox Trot. C. Romanelli.
San Patricio Fickau Sou. Maxixa. X. X.
6327 { Taita lindo. Tango. Pacho.
Galleguita. Tango. H. G. Pettorossi.
FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz Band
4050 { Noche mala. Tango. Típica. Romano.
Alborada. Fox Trot. Jazz Band. C. Vidal.
4055 { Oro y Seda. Tango. Típica. O. Fresedo.
Luna de Oriente. Shimmy. Jazz Band. J. Calderella.
ADOLFO R. AVILES. Jazz Band
8205 { De verbena. Pasodoble. E. Paz.
Simpatía. Fox Trot. A. Schujer.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 ctms. a $ 3.25
IGNACIO CORSINI. Con acompañamiento de 3 guitarras
18428 { El flechazo. Tango. Caruso-Lambertucci.
Ojerosa. Tango. Hernández-Russo.

Discos Dobles "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00
MARIO A. PARDO. Con acompañamiento de guitarra
6587 { Ultimo amor. Canción. Muñoz-Pardo.
Los naranjos tucumanos. Zamba. Dúo con A. Pelaia. A. Pelaia.
DUO RUIZ - ACUÑA. Con acompañamiento de 3 guitarras. I. GOMEZ
10293 { Fe gaucha. Tonada. Dúo. A. Pelaia.
Cuando nada te debía. Bailecito. A. Chazarreta.

Disco Doble "NACIONAL" de 25 ctms. a $ 3.15
JOSE BOHR. Con acompañamiento de orquesta FRANCISCO CANARO
16111 { El Ukulele. Fox Trot. Collazo - Conrad.
Chez Nous il y a des Bananes. (Aquí tenemos bananas). Fox Trot. Collazo - Buxeuill.

CREDITOS SOLICITE INFORMES

m$n. 45.-
FONOGRAFO GLUCKSMANN CON BOCINA

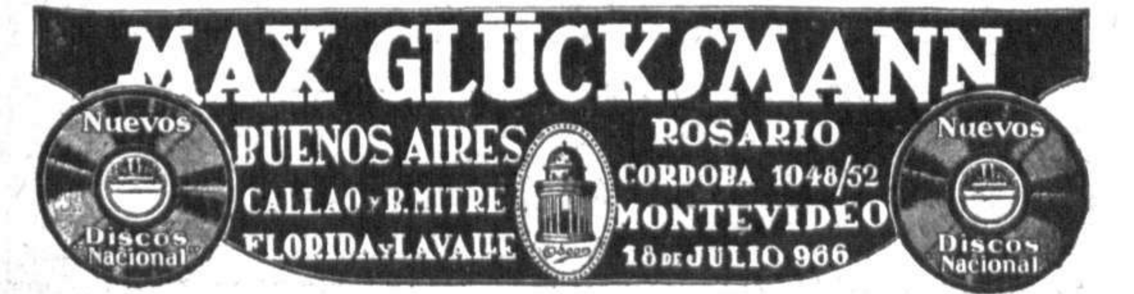
Fonógrafo Glücksmann sin bocina, $ 45.-

Fonógrafo "Reflex" portátil, N.º 501. $ 95

VALIJA Parlante, N.º 503 .... $ 87

¡NO PIDA VD. PUAS! PIDA "PUAS CONDOR" CONDOR
¡No es la mejor, es la única! En cajitas de 200, $ 1.

VALIJA Parlante, N.º 502 .... $ 75



Los muertos hablan...

En el Hospital Ramos Mejía de esta capital, en la sala del doctor Julio Méndez, es costumbre que, cuando muere un enfermo, se le lleve a la mesa de operaciones, y reunidos en pleno, médicos y estudiantes, el sabio profesor explique las causas que determinaron la muerte, y haga la crítica del diagnóstico, elogiando o censurando. Este modo de enseña hace que los discípulos de Méndez tengan una preparación sólida, basada en gran parte en hechos observados personalmente. Conviene hacer resaltar este procedimiento, porque en Europa no lo siguen, y es bueno que aprendan algo de nosotros que, en materia médica estamos muy adelantados.

Una de aquellas mañanas, luego que maestro y discípulos hicieron la visita a los enfermos de la sala, fué informado aquél de la muerte de un enfermo que lo traía muy preocupado por lo extraño de la dolencia que lo aquejara:

— ¿Cuándo murió? — preguntó al cabo de sala.

— Esta madrugada, como a las cinco, doctor.

— Y el cadáver ¿dónde está?

— En una camilla para transportarlo donde usted ordene.

— Bien, bien — dijo Méndez pensativo — llévelo a la mesa de operaciones — y volviéndose al doctor Héctor Dasso que estaba a su lado, le dijo. — Es un caso raro que me preocupa. Vamos a ver si la autopsia nos aclara algo. Fueron a la sala de operaciones; en torno al cadáver, tendido sobre la mesa de mármol, formaron los discípulos, Dasso tomó el bisturí, y ya iba a hacer un corte sobre el pecho, cuando el Maestro Méndez comenzó a decir:

— El diagnóstico asigna una afección...

Todos se inclinaron hacia adelante, para no perder ni una palabra del Maestro, Dasso, levantó la mano armada del bisturí, y la dejó caer lentamente sobre el estómago del cadáver, que, por su boca rígida dejó escapar un grito sordo.

— ¡Uff!

Uno que estaba junto a la cabeza, por una ventana se tiró al jardín, otro se ganó bajo la mesa, otros salieron como bala, cruzando la sala, Dasso, quedó petrificado, y el Maestro... perdió los lentes... y buscándolos se serenó, y dueño de sí, miró a todos lados, y luego al muerto, al pobre muerto que estaba inmóvil:

— Vamos — dijo en tono de broma — este es un muerto que habla... — mas, triunfando el hombre de ciencia sobre el humorista, agregó: como aun está caliente el cadáver, los gases condensados en el estómago han salido al oprimirse a éste...

Pero, la explicación llegó a muy pocos, a los muy pocos que, con todas precauciones, se asomaban por las ventanas, a mirar lo que había ocurrido.

— Permítame que cante su belleza rubia y sus ojos azules.
— ¡Eso ya se lo ha dicho usted a mi prima!
— Le aseguro que no. Su prima es morocha.



Un equipo eléctrico
DELCO LUZ
Para cada estancia, chalet, negocio o casa de campo.
Si usted adquiere un equipo eléctrico DELCO-LUZ para su residencia de campo, puede tener la seguridad que adquiere una verdadera usina eléctrica, que se adaptará en todo a sus necesidades. Queremos decir con esto, que no sólo le suministrará luz eléctrica en abundancia, sino, que también le proporcionará fuerza motriz para accionar todas las máquinas de uso doméstico.
HOY MISMO debe usted enviarnos la orden para que le instalemos un DELCO-LUZ, en su residencia de campo, y así podrá disfrutar con él de sus comodidades y economías. EN CUALQUIER EPOCA DEL AÑO, cuando usted va a su estancia en procura de reposo o por negocios, seguramente notará la falta de luz eléctrica y con ella, las demás comodidades de que dispone en su casa de la ciudad.
En la Argentina hay más de 3.500 poseedores de estos equipos, sumamente satisfechos de sus resultados, muchos de ellos con más de 7 años de uso diario.
Solicítenos folletos explicativos y la nómina de poseedores que enviamos GRATIS.
AGENTES EXCLUSIVOS:
Pratt & Cia.
626, SARMIENTO, 636 — BUENOS AIRES
Agentes en las principales localidades del interior.
Maipú y Córdoba. ROSARIO
San Martín, N.º 89. CORDOBA
DELCO-LUZ



DESDE EL MIRADOR

LA PROPAGANDA ARGENTINOFOBA EN EUROPA

Desde hace mucho tiempo es conocida la actividad de cierta agencia informativa que tiene frondas en Europa y raíces en el nuevo mundo. Uno de sus predilectos *ritornellos* ha sido siempre el de comentar, deformándolas, las noticias argentinas, o simplemente las ha inventado. Así acaba de suceder una vez más, como es público y notorio.

Nuestro embajador en España, por ejemplo, se ha visto varias veces en el caso de desmentir a la referida agencia, aunque no con la premura que hubiera sido deseable. El protocolo, la lentitud administrativa, han retardado acaso las rectificaciones inmediatas. Es, pues, de lamentar que la vana solemnidad diplomática y las tramitaciones oficinescas, demoren los actos de la lógica defensa nacional.

LA CIENCIA MEDICA ARGENTINA

Los triunfos que en el superior campo de las ciencias curativas están alcanzando en la capital de Francia dos médicos argentinos, son de los que bien pueden estimular gloriosamente. De todos modos son triunfos que honran al país — país joven e insuficientemente conocido en los grandes centros de la docta y admirable Europa.

¡Oh! ¡No han faltado las dudas lugareñas con respecto a la magnitud e importancia de la labor de los doctores argentinos! El desamor de lo propio y el «boquiabiertismo» para todo lo extraño es desgraciadamente una de las características del mundo hispanoamericano...

Pero acaso ese punto negativo dé más fuerza a los hijos de estos países, que persiguen trascendentes ideales.

Los estudios y experiencias de los doctores Jáuregui y Lancellotti, puede decirse que entran a formar parte de los del Instituto Pasteur de París, que dirige el sabio profesor Roux. La sola enunciación del hecho es un timbre de honra para la ciencia médica nacional.

ITALIA GENTIL

Con sólo leer el texto de la nota pública del Comité italiano de homenaje a la Argentina, el espíritu siente la altura de la idea y la gentileza de la acción. Hay en el documento frases lapidarias que por sí solas son ya un homenaje a la Nación hóspita; pero sobre todo respira gran sinceridad la palabra italiana que comentamos. Y en los actos de la amistad, del afecto y de la bella gratitud, la sinceridad es todo.

Nosotros confesamos habernos sentido conmovidos ante el entusiasmo cordial con que las colectividades italianas de todo el país han resuelto la erección de la antena veneciana, a cuyo tope flameará la enseña azul y blanca de Belgrano.

A no dudarlo, se trata de un monumento no sólo de inapreciable expresión y de supremo símbolo, sino de tal valor artístico que bien puede ufanarse nuestra capital con ese nuevo motivo de su ornato.

La antena veneciana, donde la gracia y el genio itálicos van a decir la misa de la grata amistad, alzando la bandera de esta fecunda patria, será un altar votivo. El sacro fuego del emblema brillará en la llama heráldica lo mismo que la ígnea esencia de los vasos profundos e inagotables.

Los italianos que conviven con nosotros saben muy bien lo sentido que es el afecto del pueblo argentino hacia la ilustre gran patria latina.

El príncipe heredero, el joven embajador de la sonrisa maravillosa y fascinante, salió de nuestro suelo sintiendo la verdad del afecto argentino que el expresado monumento va a interpretar evocativamente.

Esa prueba de unión espiritual, al ser corroborada con la intensiva navegación italiana que vincula cada vez más los intereses de nuestras dos naciones, debe señalarse como algo que nos es precioso en la marcha hacia el porvenir.

¡PEOR QUE LOS TANQUES DE COMBATE!

Los autobuses de Buenos Aires siguen llenando las crónicas diarias, y el número de malferidos acrece en la gran capital progresiva.

Nuestros lectores saben lo mucho que hemos dicho e indicado a fin de que los servicios de autobuses hagan más bien que mal a la población porteña; y hoy insistimos.

Es preciso que esos grandes vehículos no abusen de la velocidad y sean manejados por individuos capaces y «probados». Es preciso que el aseo de esos coches sea completo y que durante la noche los pasajeros cuenten con alumbrado, pues son numerosos los autobuses completamente obscuros. Se impone también que los inspectores de tráfico no tengan la manga ancha con los paquidermos rodantes.

LAS VEREDAS Y LOS ANDAMIOS

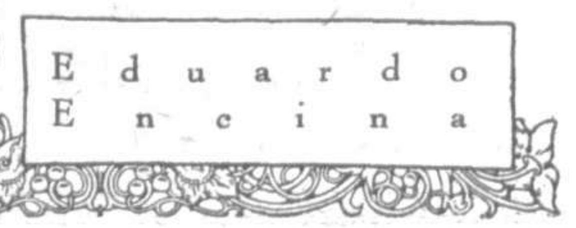
Como si nadie hubiera protestado; como si no existieran claras y terminantes ordenanzas al respecto; como si el número de víctimas no tuviese importancia, y como si la prensa nunca mostrara el mal, los andamios siguen ocupando las veredas. Hay calles por donde los transeuntes a pie tienen que echarse al medio, con los riesgos que ello comporta.

¿Cómo es posible, por ejemplo, que las autoridades competentes permitan cegar una acera, a ras del tranvía? Las aceras con andamios pegados a las líneas tranviarias son verdaderas amenazas públicas, como lo demuestran los constantes accidentes.

Util es que los peatones de Buenos Aires sean acróbatas y toreadores consumados, pero no hay que cerrarles tanto el paso.

Los andamios aludidos, que abundan, como lo puede ver quien tenga ojos, privan de un derecho ciudadano elemental; y ello es absurdo y temible.

Eduardo Encina



Caníbales

Horroriza la maldad miserable del carnicero alemán que, puesto de acuerdo con otros asesinos de su ralea, mató a una veintena de infelices, confeccionó con su carne pasteles y los vendió a los parroquianos, bien ajenos a la odiosa antropofagia que cometían. La indignación pública ha debido ser enorme en toda Alemania, como lo fué en Francia en el primer tercio del pasado siglo, cuando fué descubierto un crimen idéntico, cometido por un pastelero del «boulevard». La maldad no reconoce patrias, y estos hechos de salvajismo pueden ser realizado en todas las latitudes.

Es demasiado horrible el regreso al canibalismo para que podamos consolarnos de la mera posibilidad haber de sido sus cómplices inconscientes.

Porque el canibalismo actual reviste otras formas. Ya no se devora materialmente la carne de las víctimas; pero se las hace morir rápida o lentamente, para aprovechar el fruto de su trabajo o de su sacrificio. Muchas veces, cuando gustamos con delectación los más sabrosos y exquisitos manjares, no pensamos en las lágrimas que ha sido preciso verter ni en la sangre que ha sido menester derramar para que nosotros nos deleitemos con aquel fruto de la explotación y no pocas veces de la iniquidad. El buen don Ermeguncio de la sátira moratiniana no decía ninguna tontería al afirmar que, por un sorbo de soconusco podía haberse llenado la América infeliz de miseria y luto. Lo que le hacía despreciable no era el veraz aserto, sino la falta de sinceridad y el placer con que, a sabiendas, saboreaba luego el contenido de la jícara. En verdad, son muchos los mortales que a nadie han despedazado, que son incapaces de comer carne humana; pero que saben que los manjares servidos en sus mesas han sido adquiridos con dinero robado y son producto de hechos punibles que alguna vez han hecho morir a alguno de sus semejantes de dolor y miseria.

Cuando Hobbes formulaba su axioma de que el hombre es para el hombre un lobo, sabía demasiado que para que fuera cierta la metáfora no era menester que los seres humanos triturasen con sus dientes la carne de sus víctimas. Basta para ello que los haga morir de un modo indirecto, a fin de aprovechar sus bienes o el fruto de una labor penosa. De este modo es como subsiste la antropofagia y ella es más frecuente que lo que nos deja sospechar nuestro optimismo crédulo.

En un principio se mataba en la lucha al vencido y con sus despojos se celebraba el festín conmemorativo de la victoria. Luego se esclavizó al prisionero y se le hizo trabajar para el amo, matándolo de hambre y de fatiga. Hoy los procedimientos son muy otros; pero el carnicero alemán, si se asoma a las ventanas de su prisión, podrá reconocer en los transeuntes a muchos colegas de maldad que no han manchado sus manos de rojo, pero que llevan en las conciencias la acusación de un canibalismo tan cruel como el de los aborígenes africanos.

Antonio Zozaya.



LA IMPORTANCIA DE UN PELO SOLITARIO

Primero: Indica la dirección del viento. Segundo: Predice las temperaturas destempladas. Tercero: Anuncia la humedad.


No hay aperitivo más poderoso
y agradable que un
Pineral
GRAN APERITIVO
PINERAL
EL MEJOR DE TODOS LOS APERITIVOS
PINERAL
PINI HERMANOS & Cía: Lda.
Pte. L. SAENZ PEÑA, 1074.-Buenos Aires.

Las flores más grande del mundo

ORIGINARIAS de los países cálidos, las «Amorfofalles», plantas de la familia de las Aroideas, son las que dan las flores más grandes que se conocen. La «Amorfofalles de Río», procedente de Cochinchina, es una de las variedades más conocidas por los jardineros; es muy decorativa, pero exhala un hedor a cadaverina bastante fuerte.

La «Amorfofalles gigante» llama la atención por el enorme tamaño que alcanzan las flores. Esta planta crece espontáneamente en Sumatra; las hojas miden hasta seis metros de diámetro y la flor un metro treinta y cinco centímetros de alto, siendo muy frecuente verlas de dos metros. ¡Lástima que tan maravillosa flor dure apenas lo que una rosa y sobre todo, el poco grato olor que esparce a su alrededor!

En el Brasil se produce espontáneamente la «Amorfofalles nevada», de menor tamaño que sus parientas asiáticas; tiene sobre ellas la inmensa ventaja de ser absolutamente inodora. Muy decorativa, se aclimata perfectamente.

Amorfofalas titánica en pleno florecimiento.

Los aficionados a plantas exóticas cultivan también el «Amorfofalles campanula» que crece en Ceilán, de abigarrada y espléndida coloración, tanto en las hojas como en su florescencia.

Por último, en el Japón, se encuentra la variedad «Amorfofalles Konjak, cuyo tubérculo sirve de alimento a la población indígena. Es una planta vivaz, de tallo verde salpicado de manchas negras y tostadas; alcanza una altura de metro y medio a dos. Los tubérculos, recién arrancados exhalan fuerte olor y son muy picantes de sabor. Antes de ser aptos para el consumo tienen que sufrir diversas manipulaciones a base de lavajes alcalinos, convirtiéndose en un producto alimenticio muy nutritivo y de agradable paladar. Sirve para confeccionar diversas golosinas características de la cocina japonesa y una especie de fideos muy estimados en el imperio del Sol Naciente. La harina de la «Amorfofala Konjak» se utiliza también como sucedánea de la de arroz y para pegar papeles en los muros.

La maldición de Osiris

Recordarán nuestros lectores que al morir lord Curzon, a consecuencia de la infección producida por la picadura de un insecto venenoso, los creyentes en los misterios egipcios de ultratumba afirmaban que la muerte del célebre egiptólogo no era sino el cumplimiento de una sentencia, el efecto ineludible de la «maldición» fatal para todos los profanadores de las tumbas faraónicas.

¿En qué consistía esa maldición?

Los antiguos egipcios ocultaban celosamente las tumbas de sus faraones; escondían en complicadísimos laberintos las urnas que encerraban los cadáveres embalsamados, y como última arma de defensa ponían sobre el pecho de la momia la «maldición» contra los profanadores; maldiciones elaboradas y escritas por los sacerdotes iniciados en los misterios de Osiris.

El egiptólogo V. Scebedew sostiene la eficacia de tales maldiciones, y recuerda el caso de un arqueólogo de Londres que fué víctima de la «maldición» en circunstancias impresionantes. Había logrado descubrir una momia imperial y la había enviado a Londres.

Poco tiempo después el arqueólogo descubridor partió para Abisinia, donde, en una cacería, lo mató un elefante, y fué enterrado a la orilla de un río.

Las personas que desde Inglaterra fueron a recoger el cadáver para trasladarlo al panteón de la familia en Londres, no pudieron hacerlo, porque una repentina crecida del río había inundado aquellos lugares, destrozando el enterramiento y llevándose las aguas el cuerpo del infortunado cazador. Pasados dos meses, los arqueólogos del museo, al examinar la momia del faraón, encontraron sobre su pecho esta «maldición»: «El que viole mi cuerpo será muerto por las bestias, y el río vengador arrastrará su cadáver».

Otro caso: Al hacer las excavaciones de Sidon, por orden de Napoleón III, se encontró una momia, que fué enviada al museo del Louvre.

Sobre el pecho llevaba la «maldición» siguiente: «El emperador que intentara violar mi tumba morirá sin gloria; sus actos no tendrán éxito.



Lola. — ¡Pero cómo se envuelve cuando está en su casa!
Angélica. — Sí, porque cuando sale no hay otra cosa más desenvuelta...

LA VISITA

POR JOSÉ HERNÁN FIGUEROA



IBA a emprender la ascensión de la escalera — una escalera de caracol herrumbrosa, de tramos desvencijados y roídos por el orín que se cimbraba crujiente al treparla, llenando de estrépito la casa — cuando, saliendo de uno de los interiores, me atajó la dueña de la hospedería, una vieja de estampa zuloaguesca, bisoja, con antiparras de factura española; anunciándome que me aguardaban en mi habitación.

Tuve un sobresalto. Sentí el latir tumultuoso del corazón desacompasado golpeándome el pecho. ¿Quién sería el visitante? Imagineme los propósitos que habían traído al desconocido y pensé cosas absurdas, descabelladas, ingratas para mi tranquilidad y conveniencias. Las visitas acaecidas anteriormente justificaban, por otra parte, este pesimismo. La primera fué la de un señor que compareció, agitado, tartajoso por la emoción y los sesenta y tantos escalones pinos que hubo de subir, cortado el aliento. Enfundado en un levitón obscuro de circunstancias, explicaba con compungido gesto, explayándose en menudos pormenores, el mandato que confiaran a su amistad y discreción y en cuyo cumplimiento encontrábase allí. La vieja, alma simpática para la desgracia ajena en cuyo corazón siempre hallaba eco el dolor de los otros; despojada de sus gafas nubladas, le escuchaba patética, enjugábase los ojos, arrasados en lágrimas, cuando me llegué hasta ellos.

Cesó de golpe la conversación y el hombre, incorporándose solemne, me estrechó la mano con ademán teatral, afirmando la siniestra en mi hombro.

— Es virtud de cristiano la resignación — dijo — y dando fuerza a su voz vacilante continuó. — Traigo el triste encargo de...

Me dijo que mi padre había muerto en su lejano rincón de provincia.

La otra visita tampoco tuvo nada de amable. Fué la de un compañero de Facultad que llegó al procomedio de la noche, golpeando la puerta de calle con porrazos furibundos, con gran escándalo de la vecindad, a comunicarme el resultado de una asamblea estudiantil que se pronunciara unánimemente por la huelga indefinida. La noticia era más que grave; en mi situación tomaba contornos de verdadera catástrofe. Desde entonces cuando se anunciaba a un visitante me echaba a temblar como un azogado.

Al sobresalto se unió pronto el malestar que regularmente experimento ante la visita de extraños. Debo decir ante todo que soy un temperamento antisocial por excelencia, un incivil, si ustedes quieren. Mi carácter taciturno, reconcentrado, seco, de una sola pieza, ahondado por épocas de miserias cruentas, me convirtió, a través de sucesivas gradaciones en un inadaptado al medio, en uno de esos seres que nunca están bien donde se hallan porque nada les satisface, hasta trocarse en insoportables. Retraído voluntariamente estuve fronterо a la misantropía, una misantropía horrible de topo, en la cual se figura uno no tener salvación, humana ni divina. Otra vez relataré in extenso, esta melancólica época cuyo recuerdo me conmueve como un sacudimiento y del cual no lograré desasirme, quizá nunca. Cursaba por entonces el tercer año de medicina, a costa de sacrificios sin cuento y a empujones de voluntad, ayudándome con los escasos dineros que mi familia, de abolengo rancio, hogaño venida a menos por lances de honor y de fortuna, me remitía; sangrando el menguado patrimonio común de suyo apocado, para enviarme, a mí, el primogénito, unos pesos que no alcanzaban al centenar. Viví como pude, confiado en el favor de Dios. Conocí por entonces la repugnancia, hasta producir bascas, de dormir en hoteles y casas de pensión de mala muerte, horras de higiene elemental, cuando se retrasaba — lo que acontecía con frecuencia — el giro mensual. Me alojaba, cuando me veía en la mala, en casa de muchachos jaraneros que me permitían tender una manta en el suelo y comer de su yantar en trueque de unas cuantas cuecas y malambos, que según decían, ejecutaba concienzudamente con singular arte y maestría. Por la noche, apagada la luz, sucedía que no podía más y lloraba a todo trapo con la frazada en la boca sofocando el hipo del llanto. A la mañana siguiente amanecía con los párpados abotagados y los comprovincianos hacían pullas a mi costa, entre sorbo y sorbo de mate, atribuyendo la rojez de mis pupilas a una libación subrepticia, mientras ellos descansaban «porque yo era capaz de todo». Capciosamente les seguía en sus chanzas pensando en que tenía que comer y andaba de la cuarta al pértigo, sin un cobre. Esto era indigno, abyecto; este arrastrarse con intervalos a la deriva, alimentándome del corrusco que me arrojaran como lo hubieran hecho con un can famélico; esta continua sofocación del ánima mancillando la doncellez que providencialmente conservaba mi espíritu sobre la podredumbre del vivir cotidiano, me conducían — res que traen del ronzal rumbo al matadero — inevitablemente al país neblinoso de la locura. En llegando a sus mismas puertas, columbrando el hórrido panorama, de rodillas, clamé al Dios de los Justos: ¡Por mi madre, Señor, allí no!... ¡Líbrame!

Así fué. Sorteé el peligro, milagrosamente. Después de esto fuí peón de puertos; bajé a la estiba cargando fardos y subí un peldaño en mi reivindicación. Ahorré dinero y tuve libertad. Reconquisté lo que me quitó la adversidad y me puse a barajar mis sueños, uno a uno, arrojándolos al aire, como hacen los malabaristas con sus utensilios en el circo. Alquilé un altillo en una casa vasca, al fondo, apéndice de un tercer piso, en vilo casi sobre un patiezuelo colindante. Allí después del trabajo era feliz, independiente, substraído del comercio con las gentes a quienes desdeñaba, solía leer y platicar conmigo mismo. Un buen libro y silencio que abundaba, era lo que pedía. Júzguese, entonces, la intranquilidad que hizo presa de mi ánimo al saberme con un huésped inusitado y quizá en guardia para turbar mi humilde existencia.

Me encaramé en la escalera, saltando los tramos con liviandad de acróbata y empujé la hoja entreabierta. Sumergido el cuarto en la penumbra del atardecer apenas si el resplandor del cielo permitía percibir la forma de los muebles. Una sombra se alzó pesadamente desde un ángulo y avanzando me tendió sus largos brazos.

— ¡Por fin te encuentro, hermano! — exclamó, envolviéndome en un abrazo.

Turbado no atiné a decir nada. Adelanté mis brazos respondiendo tibiamente su fervoroso estrujón. La voz me sonaba, más no logré reconocerle hasta tanto, encendida una cerilla, hicimos luz. A la luz del velón, al fluctuante vacilar del pábilo, que se apagaba y tornaba a encenderse como una luminaria, reconocí en mi visitante a Pascual Cisneros.

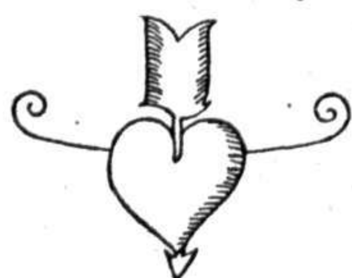
— ¿Vos por aquí? — le dije, vistiendo mi turbación con una indiferencia que estaba lejos de sentir. — ¿Se puede saber qué vientos te han traído?

— Déjame descansar un poco — me contestó. — Estoy rendido. He caminado toda la tarde de un extremo a otro de la ciudad preguntando tu dirección y recién llego, molido por el cansancio. ¿Tienes algo que brindarme?

En realidad no llegaba a comprender cómo había conseguido dar con mi recoleto albergue ya que era norma en mí no comunicar a nadie mi domicilio, y cuando por las circunstancias me veía constreñido a hacerlo, salvaba el paso dando un número falso. De manera que si alguien quería importunarme acudía allí donde le respondían lo que es de suponer. Si la ocasión me ponía nuevamente ante el amigo o lo que fuese y me hacía cargos achacaba la culpa a su poca retentiva de los números. Mi casa la quería para mí solo; además tenía la pudibundez de mi pobretería.

Cisneros me solicitó un cigarrillo y después de alabar cómicamente mi pulcritud y lo ordenado que era, «tienes cada cosa en su sitio», me refirió detalles precisos de su pasada existencia, de lo pésimamente que transcurrían sus días y cómo resolvería su actual situación. Para esto último — terminó diciendo — me pongo bajo tu protección.

Distraído y ensimismado, le dejé despacharse a su gusto cuanto quiso. Cisneros pertenecía a esa categoría de seres que ha-



con uso de una facundia inagotable, en cualquier ocasión y con no importa qué temas. Cisneros era un prócer en verbosidad. A más de esta recomendable cualidad el mocito tenía fama de hombre vivaracho, oíanse por allí decires que lo dejaban mal parado; pedía prestada la firma y no hacía honor a su compromiso, postrando en la miseria, muchas veces al incauto fiador; y mil otras picardías más que se festejaban en los corros estudiantiles y que para mí constituían simplemente canalladas. Así se lo manifesté cuantas veces quise y por eso seguramente llegó a respetarme y en seguida a estimarme. Yo que estaba con el lodo hasta el cuello y me debatía desesperado, le aleccioné para que recompusiese su torcida vida, que se hiciese un hombre hecho y derecho, decente, y ya que no pensaba continuar sus estudios que procurase al menos convertirse en el ser que la sociedad necesita, para la mejor y perfecta armonía de su ecuánime actividad.

Viéndole todos los días, llegué a congraciarme con su juventud despierta y pensé que, como blanda arcilla en las manos de un hábil alfarero, yo podría ennoblecer su pretérito innoble, moldeando su barro, hasta darle formas delicadas, de graciosos contornos. Desmonté su espíritu como el mecanismo de una máquina y examiné su estructura y su fábrica y nació en mí la secreta idea de hacer de mentor ya que no de gestor espiritual suyo. Convino conmigo que iría a cualquier parte donde hubiera trabajo. Diligenciamos por aquí y por allá. Nada de concreto en total. Esperamos meses y éste no se presentó. Un día vino alborozado, con una hoja impresa que enarbolaba en la diestra como blanquinegro pabellón:

— ¡Eureka!... ¡Eureka!... ¡La patria está salvada! — gritó, apenas me divisó entre la turbamulta de obreros que subían por el escotillón descargando el vientre inagotable del barco amarrado en la rada. Me mostró unos planos de una colonia próxima a fundarse, patrón para otras tantas a erigirse en los alrededores de un ingenio en una provincia norteña y a cuyo fin se solicitaban hombres de templado corazón, pagándose pingües sueldos, etc.

— Mirá que esto del trópico no es una sinecura — le dije — mirándole en los ojos.

— Me lo imagino — contestó. — Lo que yo deseo es trabajar, cueste lo que cueste...

— Bueno, bueno — le dije — la cuestión marcha viento en popa. Tengo unos parientes por allí que te ayudarán seguramente. ¿Cuándo te marchas?

No tenía un céntimo. Le presté mis ahorros ¡mis ahorros! ¡Cuántas privaciones significaban! Se marchó a Orán, con una carta mía, al día siguiente.

A los cuantos días recibí carta suya, preñada de esperanzas. Después empezaron a ralear, hasta que cesó toda correspondencia. Ya habrá juntado sus buenos pesitos — pensé. — No necesita de mí y por consiguiente me echa en saco roto.

Esta vez me había equivocado. Al cabo de un tiempo recibí una carta suya que en síntesis decía así:

«He estado internado mucho tiempo en el hospital; debido a esto no te escribí. Estoy desesperado, amigo mío del corazón. Los primeros tiempos, inmediatos a mi llegada, pude pasarlo más o menos bien a pesar de los naturales inconvenientes del desconocimiento del medio y el clima, pero todo fué llegar el verano, cuando con el paso de un equinoccio al otro mi vida se cambió totalmente. Encargado de una parcela de terreno boscoso que había que limpiar, descuajando de raíz árboles de treinta y tantos metros de altura y del grosor de una torre, dejándolo apto para la siembra de la caña Java; me pasaba todo el santo día, ganoso de hacerme de unos pesos para devolverte lo que tuviste la bondad de prestarme. ¿Has leído los cuentos magistrales de Horacio Quiroga donde pinta Misiones, describiendo sus misterios y su ardorosa temperatura? Pues bien, siendo eso francamente agostador, creo, aunque no llegué a la verificación propia, que esto es peor. El sol me penetraba hasta lo hondo del meollo. Me escocía, resecándome las carnes. Me hundía en un marasmo brutal, durante el cual andaba como un sonámbulo, sin ton ni son, de aquí para allá, sin objeto. De la sombra no había quien me sacase ni la cantimplora con el agua caliente como caldo de las manos, tampoco. Los peones acabaron por burlarse de mí y la disciplina se relajó por completo. Sabido esto por los directores me despidieron». Terminaba la carta pidiéndome le enviase apresuradamente dinero para el viaje porque no podía continuar allí.

Le contesté que hiciera esfuerzos por otro lado para trabajar y que sería una vergüenza que ante el primer contraste claudicase.

Aquí lo tenía nuevamente. Recordando lo antedicho le miraba, pesando, in mente, los sueños que había acariciado relativos al porvenir de este muchacho — un año menor que yo — y los sacrificios hechos, desbaratados ahora. Había fracasado. Llegaba vencido el hombre listo, nunca apurado, que en el fondo como el personaje de un libro de Baroja, Lesvia, era un sentimental. Tuve la crueldad de decírselo.

— Me ha vencido el sol de Orán — replicó, defendiéndose.

— ¿El sol de Orán nada más? ¿Estás seguro que no hay nada más? — inquirí colérico, defraudado en mis aspiraciones.

— No sé a lo que te refieres...

— A vos te venció el sol y una muchacha de Buenos Aires...

Protestó de mi ocurrencia pero yo en conciencia quedé firme en mis trece.

Permanecimos en silencio, largo rato. Intuitivamente comprendió que no podía encontrarme nuevamente; que el que estaba frente a él no era el mismo que dejara.

— ¡Adiós! — me dijo dándome una palmada en el hombro. — En la tarde sólo se oía el rumor de sus pasos descendiendo la escalera.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

El nuevo arte pictórico: "Ideas luces"

El mundo marcha, tan de prisa o más de lo que pudiéramos desear, si no en otros aspectos, por lo menos, en el de la pintura. Cada amanecer *nos trae una nueva modalidad pictórica, más o menos* relacionada con el arte de Apeles. Ayer fué el cubismo y el futurismo, hoy es la pintura de las «ideas-luces».

Vamos a dar a nuestros pacientes lectores alguna nota de lo que sabemos acerca de la flamante modalidad pictórica, bautizada por su mismo autor con el sugestivo nombre de pintura de las «ideas-luces.»

Manan estas «ideas», o esta pintura de la mano de un artista checo, que se llama Francisco Kupka.

Francisco Kupka hízose conocer en París, hace veinte años, como un excelente dibujante, ilustrando la obra de Reclus, «El hombre y la tierra», y la de Leconte de Lisle, «Erinnias», versión magnífica de la trilogía del viejo Esquilo.

Mostraba ya entonces Kupka, recién llegado a la capital de Francia, desde Praga, ciudad de su naturaleza, una educación clásica de las más completas y un espíritu apasionado de la verdad y el color.

Por estos dos imperativos de su arte, lo sacrificaba todo. Llegó a hacer un viaje a la lejana Grecia para documentarse ampliamente y dar a sus ilustraciones de la obra de Lisle la pasión de las figuras clásicas y la luz del ambiente heleno.

Artista fogoso y «rebelde», dió a la Sociedad Nacional páginas soberbias, que le consagraron como uno de los pintores más notables de la época. Pero vino la guerra, y finó la guerra, la gran guerra provocadora de tantas renovaciones artísticas como sociales y el *gran Kupke nos sorprende con la aparición de una* obra enteramente distinta a su antiguo modo, y que él califica como «evasión de las fórmulas y cánones clásicos modernos, obra de renunciamineto a toda especie de intención representativa, a todos los accesorios literarios, históricos y anecdóticos.» Evasión que Kupka justifica con estas razones: «los artistas han colocado el arte frente a la ciencia, y si en los tres últimos siglos, los grandes pintores elevaron a la más alta consideración el color, no dedicaron una atención seria al examen del sujeto.»



LAS BATACLANAS
— Mirá, che: en la platea hay mujeres menos vestidas que nosotras.

En cuanto a los modernos pintores realistas, según Kupka, habían falseado a la naturaleza.

Para obviar esta supuesta falsedad, el maestro checoeslovaco se lanzó a la conquista de las «ideas-luces», esto es, de elementos ricamente plásticos, en que la ciencia y el arte se mezclan íntimamente, según Kupka.

Pero la representación de estas «ideas-luces», con que desde entonces el pintor caracteriza a su obra, no son más que líneas y bandas de colores entrelazados y arrollados, en las cuales, por mucho que concedamos y esforcemos la imaginación, no podemos ver lo que el autor pretende expresar con esas abstracciones puras de color y líneas que solamente nos inpiran la idea de un montón de serpentinas ejecutado por un analfabeto en el arte de Apeles.


Olio Sasso
OLIO SASSO
GARANTITO PURA OLIVA P. SASSO
OLIO SASSO
GARANTITO PURA OLIVA P. SASSO e FIGLI ONEGLIA
El aceite preferido en todo el mundo
UNICO IMPORT. C.V. BERNARD B. MITRE 2238

El perro sagrado de los egipcios

El perro es uno de los muchos animales que los antiguos egipcios tuvieron en gran reverencia, y cuya imagen figura con frecuencia en los monumentos del valle del Nilo. Herodoto refiere que cuando a un egipcio se le moría un perro, lo hacía embalsamar, y probablemente lo enterraba en una costosa tumba. Créese que, al menos en ciertos casos, se ponía en la tumba una estatua del perro; pero estas estatuas son hoy muy raras, debido al ardor iconoclasta de los primeros cristianos. Sabido es que uno de los dioses egipcios se representaba con cabeza de animal canino, sea de chacal o de perro.

En realidad, los egipcios tuvieron dos dioses a quienes consagraron el perro, uno más antiguo, Apuaitú, y otro más moderno, Anubis. Los viajeros e historiadores griegos dieron el nombre de Lucópolis (Ciudad del Lobo) a la población donde se adoraba a Apuaitú, y el de Cynópolis (Ciudad del Perro) a aquella donde estaba el principal santuario de Anubis; pero, si hemos de juzgar por las figuras pintadas o esculpidas encontradas en Egipto, en ambos casos el animal sagrado era el perro; la única diferencia está en que al animal de Apuaitú se le representa generalmente andando, y al de Anubis echado o sentado. Hoy, la antigua Lycópolis es Asiut, y Cynópolis se llama Xeij-el-Fadl, y en ambas localidades se encuentran en gran cantidad momias de cánidos, que parecen idénticos a los actuales perros vagabundos de Egipto, probables descendientes de los antiguos canes del país.



LLEGAR A TIEMPO...

En el momento en que el novio de Lucía llega tarde a comer, el padre de la chica hace un violento discurso contra la impuntualidad.

Los egiptólogos han discutido largo tiempo sobre si el animal consagrado a Apuaitú era realmente un perro o era un chacal. El museo del Louvre acaba de adquirir una estatua que disipa todas las dudas. Es la figura de un animal sentado que no puede ser sino un perro doméstico, pues el artista lo ha representado hasta con su collar, del que pende una campanilla. Como la estatua ha sido encontrada en Asiut, no cabe duda de que representa el animal consagrado al dios que se veneraba en Lycópolis. Lo curioso es que esta imagen esté sentada, pues el perro de Apuaitú se figura siempre andando; pero el caso no es único, porque también el museo Británico posee una estatuilla de perro sentado, que procede igualmente, de Asiut. La diferencia no es, pues, constante, aun cuando bastante raros, se encuentran algunos ejemplares.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITE CATALOGO N.° 21



MODELO N.° 407

En cabritilla punzó, fondo de cabritilla negra. En cabritilla naranja, fondo negro. En cabritilla negra, fondo plateado. En cabritilla charolada, fondo plateado. Taco de 7 cm. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 428

En cabritilla negra, marrón y charolada. En gamuza negra. Taco de 5 ½ cm. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 402

En cabritilla camello, pasacinta dorado. En cabritilla negra, pasacinta charol. En cabritilla marrón, pasacinta dorado. En cabritilla charolada, pasacinta dorado. Taco de 5 ½ cm. únicamente.

$ 14.90

MODELO N.° 404

En cabritilla camello, fondo de charol. En cabritilla marrón, fondo de charol. En cabritilla negra, fondo de charol. En cabritilla charolada, fondo gris. En cabritilla charolada, fondo camello. Taco de 5 ½ cm. únicamente.

$ 14.90



MODELO N.° 328

En gum metal negro. En cabritilla negra. Liso o picado.

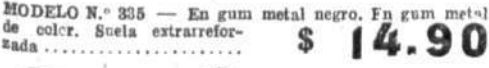
$ 14.90



MODELO N.° 313

En cabritilla charolada y cuero mate, con cordones o botones. En cabritilla negra.

$ 14.90



MODELO N.° 335 — En gum metal negro. En gum metal de color. Suela extrarreforzada ....

$ 14.90



MODELO N.° 325 — En cabritilla charolada. En cabritilla negra. En gum metal negro. En gum metal color, liso o picado

$ 14.90



NUEVOS MODELOS PARA OTOÑO E INVIERNO

ANECDOTARIO DEPORTIVO

En París, el 31 de Mayo de 1888 se reunió por primera vez un comité llamado de «Propaganda de Educación Física» y bajo la presidencia de Jules Siman discutió la necesidad de reformar el sistema pedagógico haciendo entrar en Francia la base del sistema Arnold que contrariamente a lo que se decía, no tenía nada de anglosajón. Se buscaba, en fin, de modernizar por completo el sistema francés de educación física y en una frase, bien clara, se quería «broncear nuevamente» la juventud de Francia.

En aquel entonces el Barón Pierre de Coubertin, que deseaba hacer revivir los Juegos Olímpicos se entrevistó con Jules Simón y le dijo:

«¡Se trata de «broncear nuevamente» a la Francia»!

— ¿En cuánto tiempo? — contestó Jules Simón.

— En veinte años... fué la contestación de Pierre de Coubertin.

—Soy vuestro hombre... —Y los dos próceres de la educación física se separaron.

El Barón Pierre de Coubertin mantuvo su palabra y empezó a trabajar firme en la formación de los Comités Olímpicos internacionales, siguiendo el desarrollo de la obra que en 1888 había iniciado.

En 1892, presentó su primer proyecto para la realización de los Juegos Olímpicos... fracasando por la inercia de los que se ocupaban de educación física en aquel entonces.

Pero Pierre de Coubertin sigue con entusiasmo su obra y en 1895 llega a formar el Comité Internacional que como primera «tésis» de su vida proyecta y organiza para 1896 la primera Olimpiada moderna que se efectuó después en 1896 en Atenas.

Siguieron después las Olimpiadas de París, Londres, etc., hasta la última, y es opinión general que la Olimpiada moderna dió vida al internacionalismo en el deporte mundial.

El primer Maratón moderno se efectuó pues en Atenas, en ocasión de la Olimpiada, cuyo programa se desarrolló desde el 5 hasta el 13 de abril. La carrera de Maratón, por efectuarse en Grecia, que dió vida a la leyenda del soldado que corrió 42 kilómetros para anunciar al pueblo que su ejército había triunfado en una difícil batalla, había despertado un enorme interés entre los representantes de las naciones que participarían en el concurso. Fué un griego, un tal S. Louis, quien como un héroe, ganó la carrera de los 42 kilómetros manteniendo un promedio de 15 kilómetros por hora y empleando un tiempo total de 2 horas 55 minutos 20 segundos. El francés Lermusieux llevó la delantera durante treinta kilómetros y cuando se creía que el triunfo no podría escapársele, apareció el griego acompañado por los gritos de una muchedumbre loca de entusiasmo. S. Louis, con los ojos fuera de las órbitas, la boca abierta, con los síntomas de la rabia, producía entonces el esfuerzo magno de la Olimpiada y ganaba.

La muchedumbre lo llevó en andas y Louis, muerto casi de cansancio pidió que se le diera su bastón de pastor. Porque S. Louis era un modesto guardián de ovejas, y como los antiguos de su patria, quería volver a sus montes después de haber demostrado su fuerza en la arena de los reyes.

Ottavio Bottecchia, fué la revelación entre los grandes corredores ciclistas después de la guerra mundial. No hay otro corredor que haya podido tan netamente afirmarse, porque en el viejo mundo se comprende una afirmación absoluta el triunfo en una vuelta de Francia, de Italia, o en la Bordeaux-París. El modesto albañil italiano, cuando se presentó por primera vez en Francia, no tenía siquiera un lindo baúl o una valija de cuero... pero sí poseía una fuerza de voluntad increíble. Corrió la vuelta de Francia en 1923... y si Henry Pelissier se hubiera descuidado, Bottecchia que mantenía el segundo puesto en la clasificación general, le habría ganado la gran carrera. En 1924, la misma casa, — Automoto de Saint Etienne, — contrató al italiano... para que no hiciera peligrar el triunfo francés. Pero desde la partida Bottecchia dejó ver a todos su firme voluntad de ganar otra vez la gran carrera y como no pudo despegar al pelotón antes de la llegada, se permitió el lujo de dominar a diez y seis corredores en los últimos mil metros de carrera. Después siguió ganando varias etapas y en una etapa de montaña se aseguró el primer puesto distanciando a sus adversarios por más de quince minutos. La prensa del viejo mundo llenó páginas y páginas para cantar el triunfo de Bottecchia y es interesante recordar que el ganador recorrió los 5.427 kilómetros en 226 horas, 30 minutos a un promedio de casi 24 kilómetros por hora. A la partida Bottecchia se había pesado y la balanza dió 73 kilogramos... a la llegada la misma balanza registró 69 kilogramos, lo que indicaba que el italiano había perdido 4 kilos, para ganar la más importante carrera ciclista del mundo.

El turf francés se interesa todos los años en un acontecimiento que en la historia de la Hípica europea, ocupa uno de los primeros puestos. Se trata del Gran Premio de París, que se disputó por primera vez en el año 1863. Esta prueba se corre desde hace 24 años en el Hipódromo de Longchamp sobre 3.000 metros y por un premio de 400.000 francos franceses.

En 1900 el ganador fué Semendria del stud Sickler. El tiempo empleado fué de 3 minutos 18 segundos 3/5.

Recién en 1907 el stud Rothchild pudo ganar el Gran Premio de París con el caballo Verdún, pero no batió el tiempo pudiendo marcar solo 3 minutos, 28 segundos dos quintos. El año anterior el stud Vanderbilt ganó la prueba con el caballo Norteast, en 3 minutos 14 segundos.

Se empezó entonces una batalla cerrada entre el stud del barón Rothchild y los demás para bajar el tiempo del Gran Premio, y finalmente, en el año 1914 con el caballo Sardanapale, el conocido barón millonario y turfista triunfaba con el tiempo de 3 minutos 11 segundos 3/5.

El popular jockey G. Stern era la monta de Sardanapale.

Hasta la fecha no se ha batido más el tiempo record de 3 minutos 11 segundos 3/5.

PEDRO DE VAGLERIANO





Piel Inmaculada

Las señoras que usan el Jabón de Sales Naturales de La "Toja" saben por propia experiencia, que los granos, barrillos y demás impurezas de la piel, desaparecen, como por encanto, apenas se presentan.

Un poco de espuma basta para mantener la piel inmaculada, tersa y fresca como la de un niño y para evitar la probable infección por cualquier contacto.

JABÓN DE LA TOJA

El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

CONCESIONARIOS

POLLEDO & Cía

Bme Mitre 1352

Buenos Aires

Páginas médicas

Várices

Suprimir las ligas y reemplazarlas por tiradores.

Prohibir la posición en pie prolongada. Cuando están *en reposo*, los varicosos deben en lo posible guardar la posición horizontal.

Puede permitirse y hasta aconsejar la marcha, sobre todo la marcha rápida que constituye un verdadero método de tratamiento (Marchais): marcha rápida y acompasada — 100 a 120 pasos por minuto, con períodos de descanso y de reposo horizontal en cuanto se sientan fatigados, andar una hora el primer día — por períodos de cinco minutos y descansar —, 1 hora y cuarto el segundo, y así sucesivamente hasta andar dos horas y media a los 15 días. Este método tonifica en parte los músculos. A la marcha puede añadirse el masaje de los mismos.

Llevar medias elásticas o un vendaje comprensivo, bien ajustadas y que ejerzan una comprensión *uniforme*.

Resultan muy convenientes, principalmente en los individuos que están obligados a permanecer en pie e inmóviles. En caso de várices recientes, es preferible no llevar*las y hacer, si es posible, el tratamiento por la marcha y masaje.*

Los medicamentos indicados y recomendados contra las várices son: hamamelis virginica, viburnium pronifolium, Marron des Inde; este último es el que da mejores resultados; 5 a 6 gotas de tintura antes de cada comida, durante 10 a 15 cada mes.

El tratamiento por los rayos violetas es el últimamente aconsejado, con óptimos resultados.



EN LA PENSION

La nueva pensionista. — ¡La cerradura está dañada!

El mucamo. — Sí, está dañada; pero usted haga como los otros: cante no más mientras se baña... ¡cante!

Palpitaciones

Tratar ante todo la afección que produce las palpitaciones, clorosis, anemia, trastornos genitales, menstruación, tuberculosis incipiente, neurastenia, histerismo, afecciones cardíacas.

Se debe recordar que la mayor parte de los enfermos que sufren palpitaciones se creen afectados de una lesión cardíaca que la mayoría de las veces no existe y que frecuentemente basta tranquilizarles sobre el estado de su corazón, para ver disminuir inmediatamente sus palpitaciones.

En términos generales, prohibir el tabaco, el te, el café, vigilar el tubo digestivo, palpitaciones causadas o agravadas por los trastornos gástricos.

Prescribir, *principalmente* en los neurópatas, los antipasmódicos, bromuros, valeriana o valerianato de amonio, el Bromhidrato de quinina a pequeñas dosis, solo o asociado a una pequeña dosis de digital.

Polvo de digital ...... 5 centg.
Bromhidrato de quinina.. 10 cens.
para 1 píldora = X. De una a tres al día.

La hidroterapia, duchas frías, envolturas en la sábana mojada, los tónicos arsenicales, ferruginosos, modifican a menudo muy bien las palpitaciones neuropáticas.

El carácter

El carácter enérgico es digno de los espíritus fuertes, el carácter débil lo es de las almas pequeñas, el carácter noble es propio de los espíritus levantados; los grandes caracteres se distinguen por el valor moral de los actos personales, por las dificultades que vencen al adoptar medidas graves en el orden político, por las consecuencias de la participación tomada en los asuntos sociales.

Los grandes caracteres son siempre poderosos e inflexibles en los períodos de crisis nacional, siempre unos en el auge de la gloria como en las desgracias de la patria; siempre grandes en el pesar, en la abnegación, en el placer, en el sacrificio. El hombre de carácter mira ante todo el bien común, antepone el interés de la familia al del individuo y el de patria a todos los intereses; se olvida de sí mismo, porque siempre sabe dominarse e impera con sus ideas y su voluntad; ama las empresas difíciles porque no le arredran los embarazos cuando divisa un fin de felices resultados.

Un hombre o una mujer sin carácter es un ser automático, una momia animada con un soplo de vida que se deja tomar por ajenas voluntades.

La dureza, la arbitrariedad, el abuso del poder, etc., en las personas investidas de autoridad, es — las más de las veces, — signo de debilidad de espíritu.

Se deben tomar muy en cuenta las diversas disposiciones naturales del carácter de los niños, tratando de desarrollar en ellos las buenas, y anular las malas es el momento propicio para *iniciar* un carácter.

La escuela sólo puede echar la primera piedra en el desarrollo del carácter; la vida exterior y las innumerables vicisitudes que el niño experimentará en su vida futura, se encargarán de completar esta obra, tan importante para la patria y la familia.



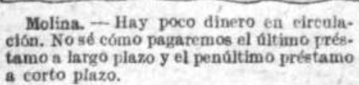
Consejo a un candidato al matrimonio: — "Vea dónde va a caer".

LA ESCASEZ DE NUMERARIO

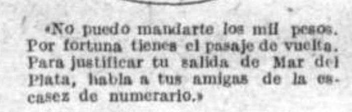




— He perdido unos cuantos miles de pesos en la ruleta. Con esta escasez de numerario, no sé cuándo podré pagarlos.



Molina. — Hay poco dinero en circulación. No sé cómo pagaremos el último préstamo a largo plazo y el penúltimo préstamo a corto plazo.

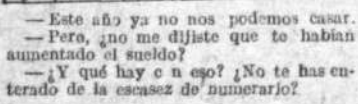


«No puedo mandarte los mil pesos. Por fortuna tienes el pasaje de vuelta. Para justificar tu salida de Mar del Plata, habla a tus amigas de la escasez de numerario.»



— *Es imposible levantar el pagaré.*
— Tiene usted tiempo hasta mañana a las 13.
— ¿Cree usted que a esa hora habrá terminado la escasez de numerario?





— Este año ya no nos podemos casar.
— Pero, ¿no me dijiste que te habían aumentado el sueldo?
— ¿Y qué hay con eso? ¿No te has enterado de la escasez de numerario?



— El propietario dice que si no le pagamos este mes, pedirá el desalojo.
— Total, le debemos cinco meses. Puedo firmarle un vale para cuando se acabe la escasez de numerario.



— Usted es un tenor admirable, y su esposa, una tiple sin rival; pero la gente no viene al teatro.
— *Es que el buen gusto escasea.*
— Lo que escasea es el numerario.

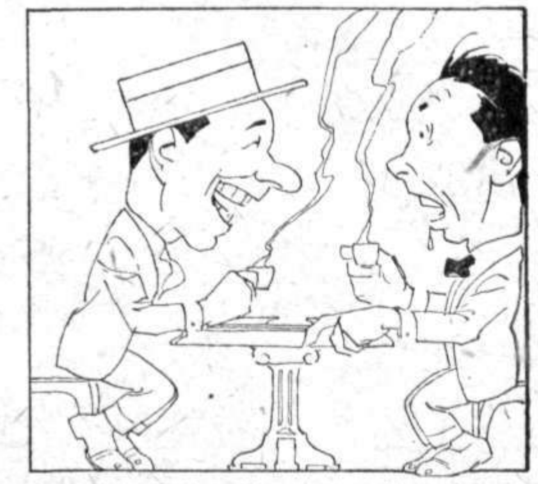


— ¡Una limosna, por amor de Dios!
— Hasta que no depositen en las legaciones un millón de pesos oro, no podré darle los cinco centavos de costumbre. ¡Hay tanta escasez de numerario!

EL MINISTRO DE O. P.



—Cuando venía Ortiz a hacerse cargo de la cartera, descarriló el tren en que viajaba.
—¡Caramba!



—El otro día descarriló nuevamente el tren en que viajaba el Ministro de Obras Públicas.
—¡No me diga!

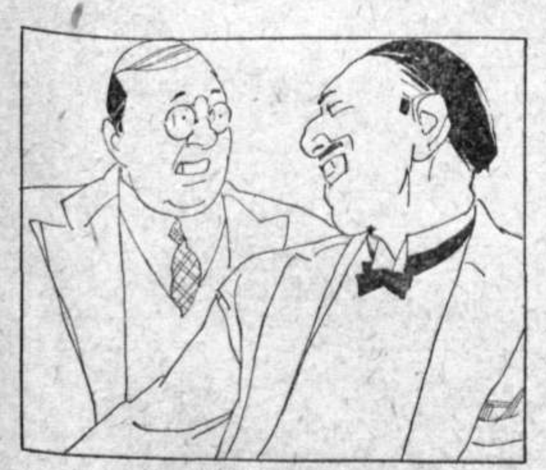


—¿Te vas de Buenos Aires?
—Primero voy a enterarme si va Ortiz en este tren.
—¿Con qué objeto?
—Para tomar otro tren.



LOS BUENOS AMIGOS

—Carlos me hace acordar a cada momento de Paavo Nurmi.
—Si Carlos no corre.
—¡Pero dice cada paavada!



ORATORIA MUDA

—¡Qué éxito tuvo don Hipólito en Córdoba como orador!
—¡Pero si no dijo una palabra!
—Es que le aplaudieron, no por lo que dijo, sino por lo que no dijo.



ENTRETENIMIENTOS PLATENSES

—José Luis Cantilo pronto será desjoseluiscantilizado. El desjoseluiscantilizador que lo desjoseluiscantilizara, buen desjoseluiscantilizador será.

Nuevo método para ejecutar un reo de muerte

El sillón eléctrico, que parecía la última palabra, la culminación científica en el fácil arte de matar, pasará a ser un modelo anticuado, ya que los filántropos han encontrado un procedimiento que, al decir de sus patrocinadores, es insuperable por la rapidez y dulzura de su actuación.

El primer ensayo se realizará en la cárcel de la ciudad de Carson, Estado de Nevada. Pero no hay que apurarse. La víctima elegida es un chino, condenado a muerte por robo seguido de asesinato.

Como las leyes de Nevada no toleran la bárbara costumbre de que el reo sepa cuándo ha de ser muerto, poniéndole en «capilla» horas o momentos antes de ir al patíbulo, el juez que condena a la última pena designa una semana durante la cual se llevará a cabo la sentencia.

Al comienzo de la semana, el condenado es conducido a la celda fatal, especialmente construída al efecto, y en la que espera que una noche, no sabe cuál, mientras duerme tranquilamente, dará el salto en el *vacío, dulcemente asfixiado* por el gas cianhídrico, que, en fuerte dosis, proyectará en el interior de la celda un potente fumigador.

En la noche de la ejecución se aproximarán a un cristal especialmente colocado, caminando cautelosamente por temor de provocar ruido que despierte a la víctima, el director de la cárcel y sus siete acompañantes, y espiarán el interior de la celda iluminada. Verificarán ante todo si la víctima duerme tranquilamente o si escucha, desencajada, el paso de la muerte. Luego tendrán oportunidad de comprobar si el deceso se produce rápidamente y sin dolor, o si el condenado se agita, presa desesperada de la terrible garra.



El inculpado. — Robé porque la miseria tocó a mi puerta, señor juez.
El juez. — No ha debido usted abrirle, amigo.

El público no será informado de quiénes son las personas que manejen el aparato fumigador.

De las observaciones de esa primera ejecución con gas se hará un informe científico para el gobierno y para la legislatura del Estado.

Según lo que ese informe diga, la nueva forma de llevar a cabo el más terrible fallo de la justicia será adoptada o rechazada oficialmente.

Como se ve, no se trata *sólo* de *cumplir* un *triste* deber, sino también de realizar un experimento. Y esto último es lo que ha excitado a la opinión pública. ¿Hay derecho a realizar un experimento con la agonía de un hombre, por más que sea de color amarillo? ¿Es humanitario aplicar una pena sin conocer exactamente el grado de *sufrimiento* que influirá? Por lo menos, dicen los promotores del experimento, una cosa es cierta: el tóxico que se empleará ocasiona la muerte más rápidamente que los procedimientos adoptados en los demás países para las penas capitales: la decapitación, el fusilamiento, la horca.

Pero nada dicen de la intensidad del dolor, capaz de concentrar horas en una fracción de segundo

Maravillosos efectos de las pequeñas fuerzas

El receptor telefónico de una estación de telefonía sin hilos produce los sonidos por efecto del rápido movimiento de su disco de metal que, al vibrar, hiere las partículas del aire inmediatas y las agita.

Por mucho que se observe el funcionamiento del receptor parece que está en plena quietud, aunque en realidad se mueve de doscientas a dos mil veces por segundo.

Los movimientos son invisibles, primero, por su gran rapidez, y segundo, por su pequeñez increíble. El disco sube y baja el espacio de seis millonésimas partes de centímetro, y, sin embargo, tan leve movimiento basta para crear ruidos perceptibles exactamente iguales a los de la voz de un cantante, la de un violín, la de una flauta, la de un piano y.. hasta los acordes de toda una orquesta, según la transmisión que recibe.

Al oprimir el pulsador de un timbre eléctrico enviamos atropelladamente a lo largo de los alambres algo así como un trillón de electrones; pero esta fuerza es terrible comparada con los impulsos de la transmisión sin hilos. Con toda su maquinaria y con todos los maravillosos aparatos empleados para hacerla trabajar, la antena de las estaciones más potentes irradia mucho menos de un HP de electricidad.

¿Qué proporción nos corresponde de esta fuerza cuando estamos escuchando? Seguramente menos de una trillonésima parte de la fuerza emitida, aunque vivamos al lado de la estación.

Una linterna de bolsillo no es un instrumento eléctrico potente, pero gasta un millón de veces más fuerza que la que llega al aparato receptor.



—¿Así es que Clara rompió con su novio el doctor?
—Sí.
—¿Y él qué hizo?
—Le mandó una factura por cincuenta y dos visitas.

Tenemos el caso de un aparato de cinco o seis válvulas que hace funcionar un enorme receptor de alta voz, el cual llena con sus acordes los ámbitos de un gran salón. ¿Cuál es la proporción de fuerza que crea tanto ruido?

El receptor de alta voz es, sencillamente, un receptor telefónico perfeccionado y provisto de una bocina. La energía la obtiene de la batería de alta tensión de la última válvula, y la corriente que gasta, es sólo una diminuta fracción de la que requiere la linterna de bolsillo.

En sonido se convierte escasamente una milésima parte de la corriente consumida; el resto se gasta en varias cosas, tales como en calentar el hilo que rodea los magnetos del receptor. Cuando se escucha una canción ante un teléfono de esta clase, el auditorio percibe las palabras antes que las personas que se hallan en el estudio transmisor. A 220 kilómetros de la estación transmisora se oyen las notas tan pronto como hallándose a un palmo de los labios del cantante.

CANAS

Los Años Pasan Rápidamente

Haga todo lo posible por detenerlos. Cuando sus cabellos encanecen Vd. tiene el deber de ocultarlos. Se lo imponen las exigencias de la vida moderna. En la oficina, en el hogar, en la calle, en el salón de baile, en todos los círculos, la juventud es la que triunfa. Haga Vd. que sus cabellos canosos recobren su color natural exacto, rubio, castaño o moreno, y habrá ganado diez años en apariencia juvenil.



Su Aplicación Simple,

es lo que más maravilla a todos los que usan "LA CARMELA". - Con la mano, al peinarse, como si se tratara de una loción cualquiera y sin necesidad de lavados ni precauciones, pues no mancha y es absolutamente inofensiva.



HOY NO ES NECESARIO

recurrir a tinturas químicas, molestas y peligrosas en su aplicación. Sus canas desaparecerán con unas cuantas fricciones de

AGUA DE COLONIA HIGIENICA

"La Carmela"

El Producto de Confianza que no tiene Rival.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: $ 8.— Interior: $ 8.50

J. L. CONDE & Cía.

C. Pellegrini, 426 Buenos Aires.

En el Uruguay: Soriano, 780 - Montevideo.

En el Paraguay: Gral. Diaz, 402 - Asunción.



Para cocinar en 10 minutos

MARMITA "HISPANIA"

No debe faltar en ninguna casa de familia, hotel, restaurant, estancia, etc., porque:
Economiza el 80 % de combustible, sea carbón, leña, gas, etc.
Hace en 10 minutos cualquier comida, puchero, guisos, dulces, compotas, jugos, etc.
Evita los malos olores. Es higiénica. Permite dedicar el tiempo de la comida en otros quehaceres.

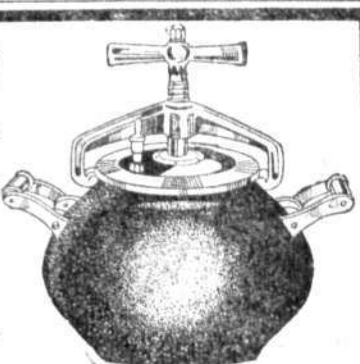
PRECIOS:

Marmita de 4 litros de capacidad	$ 30.—
» » 5 » » »	» 35.—
» » 10 » » »	» 55.—
» » 20 » » »	» 65.—

Se envía con flete gratis a cualquier punto de la República.

J. L. CONDE & Cía. — CARLOS PELLEGRINI, 426. — BUENOS AIRES

Tenemos zonas disponibles para agentes activos.





Vestía traje de levita, lustroso por el tiempo y la plancha, pero muy correcto.

RECUERDOS *de la* VIDA LITERARIA

"EL CURA DE ALDEA" "MORIR SOLA"

Los jóvenes de hoy, sin restricción ninguna para sus lecturas, apenas si podrían imaginarse lo que pasaba con los jóvenes de ayer, sobre todo con los que crecimos en un hogar montado a la antigua usanza española o, lo que era más grave, regido por el severo puritanismo británico. El mío participaba de ambas cosas.

La familia ejercía una estricta censura en materia de libros. De cada país se nos permitía leer unos cuantos autores rigurosamente seleccionados.

Entre los españoles, aparte de los clásicos que eran obligados y de rigor, salvo algunos que entraban en el campo de lo vedado, solamente llegaban a nuestras manos, Pérez Escrich, Fernán Caballero, con algunas reservas, Fernández y González; Doña María del Pilar Sinués de Marco y algunos otros tan inocentes y cándidos como los citados.

Siendo nuestro único manjar, nos deleitaba, con tanta más razón cuanto que andábamos sobre los quince años y esas obras nos servían de refugio para descansar de los libros escolares.

Pero llegó la hora de alzar el vuelo a todo gusto. Pudimos elegir, sin limitación, nuestras lecturas, nuestros autores, nuestros temas favoritos. Mandó entonces el temperamento, las aficiones y la moda, déspota amable a la cual no es posible resistirse.

No volví a saborear las páginas de mis compañeros de la edad impúber, pero, no sabría decir si por mi natural afectuoso, seguí guardándoles en mi memoria un benévolo recuerdo, algo así como el que conservamos por aquellos juguetes que nos hicieron una gran ilusión y entretuvieron los más sabrosos días de nuestra infancia.

Cuando llegué a Madrid, por primera vez, supe que aun vivían dos de mis viejos amigos intelectuales, don Enrique Pérez Escrich y doña María del Pilar Sinués de Marco y tuve el deseo de conocerlos. Un capricho, por otra parte, muy justificado.

Iba cierto día en unión de Salvador Rueda por la calle del Arenal, cuando el poeta, deteniéndose en la puerta de una confitería, me dijo:

— ¿Ves a ese caballero que está allí? — y me señalaba el interior, — ¿a que no sa-

bes quién es?

El sujeto me daba la espalda y en tal conceptó, respondí:

—No le veo la cara, no sé quién pueda ser.

—Don Enrique Pérez Escrich.

Se colmaba mi deseo. Fuí presentado al viejo novelista. Era por entonces director de un Asilo de Huérfanas y se ocupaba de comprar golosinas para sus asiladas. Vestía traje de levita, lustroso por el tiempo y la plancha, pero muy correcto. Llevaba sombrero de copa, chaleco de pechera muy amplia y una corbatita blanca como propia para vestido de gran etiqueta. Era menudo y pálido, de mediana estatura y aire modesto.



Había hecho realidad del título de su última novela. Murió sola.

De acuerdo con sus ofrecimientos, pocos días después estuve a visitarle y charlé con él un largo rato. Era pulido y atildado en el decir, sin que tuviera nada de meticuloso. Me habló con verdadera complacencia del buen éxito de sus obras en América y casi con orgullo, si tal pasión cabía en él, de las cartas laudatarias que con frecuencia recibía del otro lado del mar. A medida que nos engolfábamos en aquella sencilla charla, me penetraba en la diafanidad de la pureza de su alma. Asaltado por una sospecha, y no pudiendo resistir a la tentación, le pregunté de pronto:

—Dígame, don Enrique, ¿no se copió usted en su «Cura de Aldea?»

Enrojeció hasta el linde de su cabello cano, bajó los ojos con timidez, y, turbada la voz, repuso:

—Pero, señor, ¡qué cosa se le ocurre! Si yo no soy bueno. ¿Cómo cree?...

Mi sospecha se trocó en convicción. Aquel rubor y aquel acento balbuciente de colegial, desmentían su respuesta. No cabía duda. Para trazar la bondadosa figura de su párroco, no había hecho otra cosa que fotografiar, al desnudo, su alma generosa.



Cosa análoga, pero con un detalle muy curioso, me aconteció visitando a doña María del Pilar Sinués de Marco. El cambio era de sexo. Por lo demás me hallé con una niña anciana, como antes me hallara con un viejo niño. Era igualmente modesta y dulce. Sentía por su obra un amor tierno y sin vanidad. Como a una gran mayoría de los escritores, le pasaba que prefería, de toda su labor, la menos meritoria. No es cosa extraña. Cervantes mismo, daba la primacía a «La Galatea», sobre «Don Quijote». Ella optaba por sus novelas, siendo así, tal mi juicio de muchacho, que valen más sus leyendas cristianas.

Cuando estaba a punto de despedirme, le pregunté:

—¿Tiene usted alguna obra en preparación?

—Estoy para concluír una novela.

—¿Se titula?

—«Morir sola».

Pasaron algunos meses, cuando cierto día me sorprendió leer en los diarios la noticia de su muerte. Había acontecido así. La sirvienta al traerle el desayuno, llamó a la puerta sin obtener contestación. Ante el silencio persistente, se decidió a entrar.

Sobre una alfombrita de antecama, caída del lecho, rígida ya, pero conservando su amable expresión, yacía muerta doña María del Pilar Sinués de Marco.

Había hecho realidad del título de su última novela. Murió sola.

M. SOTO HALL

DIBUJOS DE FARPAGNOLI

La espuma de Mar y el ámbar

La «magnesita» es un silicato de aluminio hidratado de color blanco mate, a veces algo amarillento, generalmente opaco, seco al tacto, hojeado y de una densidad de 1,2 a 1,6; posee un brillo grasiento que se hace admirable por el frotamiento, y se encuentra a profundidades que alcanzan a veces 30 metros, envueltos en una ganga de arcilla rojiza y en fragmentos bastante pequeños, pues raramente exceden los bloques de 30 cm. por lado. Las capas de ganga explotable tienen de uno a dos metros de espesor, bajo bancos de arcilla sucesivos de naturaleza diversa.

Existen minas de espuma de mar, aunque poco importantes, en Crimea; en Negroponte (Grecia), en Vallecas, a las puertas de Madrid, y en los alrededores de París. Pero las más ricas de todas, y cuyo rendimiento es suficiente para satisfacer las necesidades del mercado mundial son las de Anatolia (Asia Menor).

La espuma, de color blanco amarillento, como se ha dicho, al ser extraída es también en extremo blanda, al punto de dejarse cortar por un cuchillo.

Desembarazados de la ganga que los envuelve, los bloques se ponen a secar al sol en verano y en estufas en el invierno.

Al cabo de ocho o diez días el endurecimiento es perfecto; se lavan con agua caliente, y se les deja secar sobre algodón extendido en largos cañizos.

Los pulidores pasan entonces por la cera y les dan el brillo frotándoles con una pana o terciopelo especial. La operación requiere suma habilidad y es muy delicada.



María:— Tu novio se viste como un colegial.

Punita. — ¿Se viste? ¡Eso no es nada! ¡Si oyeras el lenguaje que usa! Parece que no se educara.

En este estado, después de haber separado y escogido las diversas cualidades (hay doce), la espuma se vende a los industriales. El precio varía según el volumen, siendo más caro cuanto mayores, y oscila alrededor de cuatrocientos pesos cada bloque.

Viena es uno de los centros fabriles que acaparan la producción en bruto, transformándola en lindas pipas y boquillas que esparce luego por el mundo. París, Bélgica e Inglaterra siguen por el orden en importancia de la fabricación del producto.

La espuma de mar, por su difícil fusibilidad, su facultad de absorción de los líquidos y facilidad con que se deja trabajar, es la materia ideal para la industria de las pipas y boquillas para cigarros.

La nicotina del tabaco la colora de un hermoso tinte castaño obscuro caoba, casi negro según el tiempo de uso.

El ámbar, complemento necesario de la espuma en la industria pipera y boquillera, es, como todo el mundo sabe, una resina fósil, sólida, de un olor agradable y de 1,10 aproximadamente de densidad. Es generalmente amarilla y translúcida, pero puede ser también de color rojo jacinto, amarillo meloso, blanco amarillento y hasta casi negro. En este caso se la descorteza y no se utiliza sino su núcleo amarillo.

El ámbar proviene de coníferos de la época terciaria, sobre todo del «Pinus succinifer», que han dejado trasudar su resina, la cual se ha solidificado, cristalizado y transformado en la tierra.

Su más importante banco se extiende a lo largo de las costas prusianas, sobre todo hacia Koenisberg, de la Curlancia, de la Livonia, en el mar Báltico, y en las costas occidentales de Jutlandia, en el mar del Norte.

¿Le duelen los RIÑONES, la VEJIGA o sufre Vd. TRASTORNOS URINARIOS?



Ante los primeros amagos de dolores en órganos tan importantes como la Vejiga y los Riñones, desinféctelos rigurosamente tomando para ello las afamadas pastillas Urotropina.

Urotropina es el gran preventivo y desinfectante interno en general de mayor eficacia que se conoce. Su fama es mundial. Consulte a su médico.

En venta en todas las farmacias.

Exija siempre UROTROPINA
en frascos originales "Schering"
que contienen 50 comprimidos
de 1/2 gramo.

UROTROPINA
"SCHERING"

De la vida de Kemal Pasha

Físicamente Mustafá Kemal Pashá hace pensar más bien en un diplomático que se ocupa de literatura, que en un organizador de partidos y un conductor de ejércitos: tipo finísimo, figura aristocrática, mirada penetrante pero dulce, manera delicada, lenguaje escogido y sereno. Este hombre, dice el «Giornale di Roma», cuya tranquila apariencia parece delatar en él la vida placentera de los salones, ha sufrido las más grandes privaciones, viviendo en los tugurios, pernoctando bajo las nómadas tiendas de guerra, atravesando desiertos, cabalgando a la cabeza de sus tropas. La familia de Mustafá Kemal Pashá, originaria de la Rumelia, era de condiciones modestas, casi humilde. Su padre, funcionario de la aduana de Salónica, murió cuando Kemal era chiquillo, sin dejarle bienes de fortuna. Sin embargo, aunque entre mil estrecheces financieras, el muchacho terminó sus estudios primeros, ganó una beca y aun antes de cumplir la edad reglamentaria, logró que se le admitiese en la escuela Hardié, de Constantinopla, donde se forman los oficiales de Estado Mayor. Tomando contacto con la vida del pueblo, ensancha el horizonte de su concepto de la vida nacional; reune a los compañeros; les habla de liberales y de patria; describe con palabra inflamada el estado miserable en que el país se halla. Cuando recibe el grado de oficial, ya es director de un diario político fundado por él para iniciar una campaña en favor del resurgimiento de Turquía. Desterrado a Damasco, después a Jaffa, huye de una ciudad a otra, y se mantiene oculto durante muchos meses, haciendo esfuerzos y sacrificios de toda clase, empeñado en una lucha desigual con el gobierno de Constantinopla. Veinte años después de haber obtenido su grado de oficial, el hombre se revela el vencedor del principio de la libertad nacional.



—¿No encuentras muy bien mi abrigo?
—Sí... Sí... ¿Cuánto pagaste por él?
—¿Yo? ¿Pero no eres tú quien debe pagarlo?

PARFUMERIE

L.T. PIVER

PARIS



Loción y Polvos de Tocador.

Lo más fino y exquisito.







Notas Sociales

Si hemos de prestar crédito a todas las versiones que nos llegan desde la más brillante y aristocrática de nuestras *villegiature*, cabe anotar entonces — como una de las más fantásticas — otra extraña modalidad: entre los astros de primera magnitud, que rigen en Mar del Plata todos los matices de la figuración mundana, se ha hecho sentir la influencia misteriosa e irresistible a la vez, de un tribunal supremo que, como el legendario *Consejo de los Diez*, impone el destierro, o *boycotea* a tal o cual figura femenina que haya dejado de ser persona grata en su propio círculo. Así se asegura que más de una brillante personalidad mundana, ha debido sufrir el fallo de ese tribunal secreto, cuyo poder es ilimitado, y ante el cual no existe recurso de apelación posible. El *Consejo de los Diez* ha sido puesto en vigor y lo mismo que en la Venecia de los Dux, se sospecha que en el recinto de un círculo muy cerrado e intransigente, hayan sido instaladas las *bocas de bronce* de tan triste tradición... Eso solo aclararía el injustificado desvío de las amigas que fueron íntimas, o por lo menos muy cordiales hasta ayer, y que adoptan de pronto una actitud rígida, cuando la víctima elegida se acerca al circulillo que se estrecha cerrándose, en torno de determinadas mesas, a la hora del «vermouth»...

¿Qué es lo que se censura? ¿Un pequeño exceso de coquetería? ¿De liberalidad? Sin embargo, para tales faltas sobran las circunstancias atenuantes y, sobre todo, en aquel ambiente, y sería, además, de todo punto inverosímil que la sentencia se hubiera fundado sobre una falta de elegancia, de *snobismo*, o sencillamente, de *chic*... Pero las *bocas de bronce* han hablado, y el tribunal supremo ha impuesto su fallo... Tal severidad hubiera tenido su lógica explicación al ejercer una censura estricta, sobre las bromas que se atribuyen ahora a figuras femeninas de nuestra aristocracia, durante los días del pasado carnaval; al decir de las crónicas, fueron las figuritas juveniles, las más atrevidas e inconscientes, puesto que, por mi parte, preferiría creer que alguna de ellas ni midieron siquiera el alcance de sus palabras. Autorizados en esa forma, algunos de nuestros *snobs* exageraron — si eso hubiera sido posible — la nota deplorable. Pero la nota más dolorosa, en ese *crescendo* de enormidades, ha sido, sin duda, la que se refiere a la actuación de ciertas jovencitas, muy mimadas por el destino, que, al cubrir el rostro casi quinceañero, para hacer libremente gala de su ingenio, han provocado la justa indignación de las gentes que, después de escucharlas con asombro, las han reconocido...

Pero más de una vez, los mayores, aquellos que tienen *cargo de almas*, son los que dan el ejemplo del aturdimiento, por no decir de la disipación. Cuentan que mientras un caballero, que por su edad, su rango social, y los cargos muy representativos que desempeña, bailaba — con tanta gracia como la del oso de la fábula, y no en muy correcta compañía — un baile regional, una máscara campesina le aconsejó que si se empeñaba en ponerse en ridículo, evitara por lo menos el hacerlo en presencia de sus hijos; y dicen que el oportuno consejo fué seguido dócilmente...

Ya que me he propuesto anotar los últimos comentarios de playa, por fantásticos que ellos sean, no olvidemos el nuevo protocolo mundano, que otorga a los novios oficiales, el derecho de pasear sin *chaperon*, no sólo por la rambla o en la arena; parece que se ha establecido ahora el que puedan hacer también largas excursiones en el auto de su propiedad, o pasar las últimas horas de la tarde en el cine. Ya se ve que los asuntos sentimentales no pierden su interés, para las gentes observadoras, así se trate de un compromiso oficial, de una ruptura, de una reconciliación, o de una primicia. Entre las jovencitas más agasajadas en la *villegiature* de moda, figuran las gráciles y atrayentes siluetas de dos hermanas a las que se nombra siempre con el mismo apodo — pero pluralizado — del jefe de su hogar. El rostro pálido, pero deliciosamente expresivo, de una de las dos hermanas, su encanto muy singular, han conquistado al distinguido joven que sabe mantener honrosamente la noble tradición paterna; él lleva un nombre que evoca el recuerdo de un soberano desterrado de su patria y el apellido, que encarna toda la hidalguía y rectitud que distinguió siempre el jefe del hogar, al *hombre bueno*, frase con que se sintetizara su vida entera. Abogado, perfecto caballero, y muy buen mozo, condición que no está de más, seguramente, pudo conocer íntimamente a la deliciosa porteña que tiene mucho de parisina, en la temporada que acaban de pasar juntos, en una de las más suntuosas estancias de la provincia. La crónica detalla ampliamente la vida de *chateau* que se lleva en ese *grupo de estancias* que representan, por lo menos, unas quince leguas, repartidas entre cuatro hermanos. En la residencia más importante de aquella región encantadora, puesto que se trata de un verdadero castillo, se recibe con hospitalidad fastuosa, y en cada detalle se revela el gusto exquisitamente refinado de la distinguida castellana. Para cada uno de los departamentos de huéspedes, se ha elegido un color, y tanto el mobiliario como el servicio de porcelana para el desayuno, lucen igual decoración...

En el *chateau* se hacía — hasta que sus dueños se trasladaron a Mar del Plata — una vida mundana intensa; de las estancias vecinas — que han conservado el estilo característico de las viejas casonas criollas — llegaban diariamente los autos que traían nuevos grupos de invitados, llenos de *entrain* y alegría... En tan riente cuadro se esbozó el prólogo del nuevo romance sentimental y en la *Feria de Vanidades*, se asegura que la noticia oficial ha de exteriorizarse en breve; es necesario añadir que ella lleva en su apellido compuesto, el mismo nombre de un eminente canciller argentino.

Mientras tanto, viven ambos candidatos los días más luminosos de su existencia.

La dama duende.

Buenos Aires, marzo 12, 1925.



SEÑORA MARIA LEONOR ALVAREZ DE SUAREZ

Distinguida y bondadosa dama, cuyo fallecimiento ha causado penosa impresión en el extenso círculo de sus amistades.

Encuadernación de "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra"

Avisamos a los señores subscriptores que desde la fecha no nos encargaremos de la encuadernación de ambas publicaciones. Solamente podemos proporcionarles las tapas a los precios siguientes:



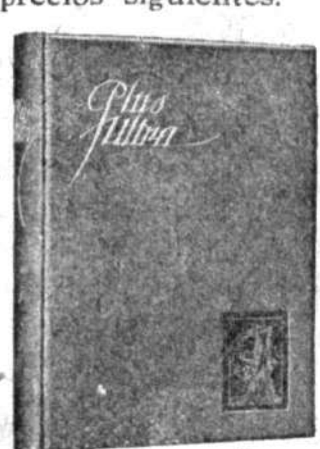
"CARAS Y CARETAS"
Por bimestre

De tela .... $ 1.50
„ cuero ..... „ 6.—

"PLVS VLTRA"
Por año

De tela .... $ 3.50
„ cuero ...... „ 9.—

La Administración




CINZANO
VERMOUTH